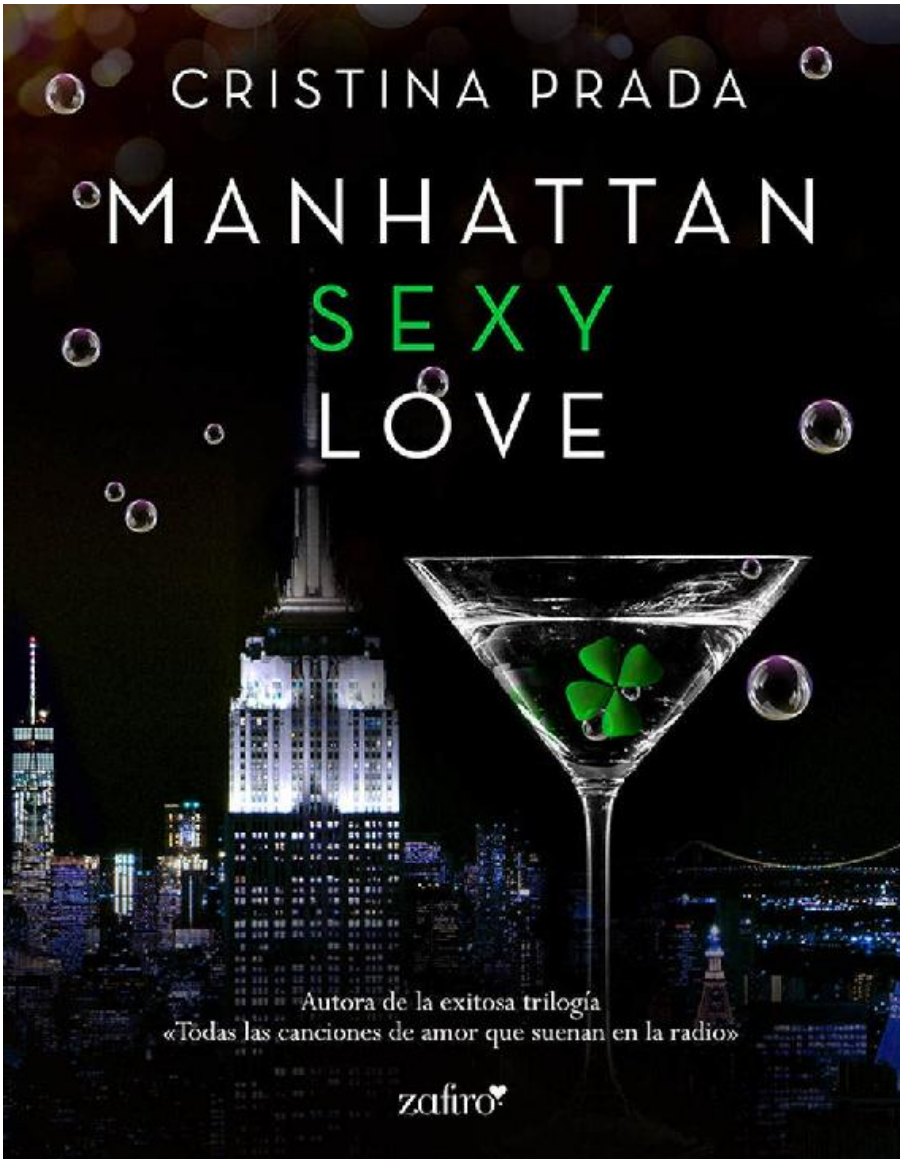
CRISTINA PRADA

MANHATTAN SEXY LOVE

Autora de la exitosa trilogía
«Todas las canciones de amor que suenan en la radio»

zafiro



Índice

Portada

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Epílogo

Biografía

Notas

PlanetadeLibros

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Prólogo

—Quiero comprar esa empresa —dice Hamilton con una seguridad aplastante, echándose hacia atrás en el asiento—. Me da igual cuánto cueste, pero no quiero ningún compromiso sobre mantenerla abierta o conservar a sus trabajadores.

Tuerzo el gesto y también me recuesto en la silla, a la vez que tiro de una de las solapas de mi traje gris. La expresión me dura poco. No es algo personal, son sólo negocios. Ésa es la segunda regla aquí, y Jackson, Donovan y yo la tenemos clarísima.

—Nuestra comisión es del quince por ciento del importe total de la operación —responde Jackson.

Para los gilipollas arrogantes, la tarifa siempre sube un cinco por ciento. Puede que el trabajo sea trabajo, pero ésa es nuestra política.

—Ningún problema.

Hamilton se levanta, se abrocha el botón de su chaqueta de Hugo Boss y sale de nuestra sala de reuniones.

Los tres nos miramos y creo que resoplamos a la vez.

—¿En Glen Cove todos sois igual de gilipollas? —le pregunta, socarrón, Donovan a Jackson, mientras contempla cómo camina hasta uno de los muebles y saca tres vasos y una botella de Glenlivet.

—Déjame pensar —contesta Jackson, sirviendo las tres copas—. Tú vives en Park Avenue, ¿no?

Donovan le enseña el dedo corazón y yo sonrío acomodándome aún más en la silla, al tiempo que comienzo a darle vueltas a mis planes para esta noche. Podría ir al Archetype, pero no estoy de humor. Podría llamarla, que viniera a mi casa, follármela un par de veces y después pedirle un taxi. Ella entiende cómo son las cosas. Es algo cómodo, sencillo...

—Pelapatatas —me llama Jackson, sacándome de mi ensoñación.

Ladeo la cabeza y lo observo displicente. Por la mirada que él me dedica, es obvio que no era la primera vez que me llamaba.

—¿Chistes de irlandeses? Qué poca clase, Colton —respondo burlón.

—Trabajo con lo que me das —replica divertido.

—No os merecéis que ofrezca más.

—Eso es lo que deben de decirte las chicas después de quitarte de encima.

—Yo no tengo novia —objeto encogiéndome de hombros y entrelazando los dedos sobre mi estómago—. Puedo permitirme estar debajo alguna vez.

Jackson me observa y se humedece el labio inferior, tratando de contener una sonrisa.

—Cabronazo —sentencia al fin.

Sonrío encantado.

—Ninguno de los dos tiene clase, ¿contentos? —apostilla Donovan—. Ahora vamos a discutir algo importante. ¿Quién se encarga de Hamilton?

Los tres nos miramos. A todos nos parece el mismo capullo con un traje caro... ¿Qué coño? Por lo menos estaré entretenido.

—Yo lo haré —digo levantándome y estirándome sobre la mesa para

coger la carpeta.

Jackson y Donovan me miran sorprendidos. Lo sé. Nunca pediría voluntariamente encargarme del análisis funcional de una empresa, y mucho menos de una que, sea de la manera que sea, está a punto de hundirse, pero me puede el aburrimiento.

Aún de pie, abro el dosier y comienzo a revisar los documentos.

—¿Qué? —pregunto con la vista posada en una tabla de inversiones bastante deprimente. Siguen observándome—. Tú tienes que ayudar a Katie con las cosas de la boda y tú, una novia de veintiún años. Joder, si yo estuviera en tu lugar, ni siquiera me molestaría en salir de la cama para venir a trabajar. Además, necesito distraerme —concluyo cerrando la carpeta de golpe y mirándolos al fin.

Apuro mi copa de un trago y salgo de la sala de reuniones.

Estoy muy aburrido, joder.

1

—Henry, ¿de verdad no hay otra opción? —pregunto cruzándome de brazos y perdiendo la mirada en el cielo de Manhattan. No puedo creerme que hayamos llegado hasta este punto.

—Criatura, ¿crees que, si hubiera otra alternativa, permitiría esto?

Niego con la cabeza. Conozco a Henry desde hace años. Esta compañía es su vida.

—Es la única posibilidad que nos queda —añade—. Hoy vendrá alguien de la empresa de asesoría externa que auditará nuestro trabajo y decidirá qué hacer con nosotros. Los envía el comprador interesado.

Hace una pequeña pausa. Se coloca frente a mí y me coge de los hombros.

—Sé cómo es esa clase de gente —continúa—. Si no puede sacar beneficios, comprará la compañía y la desmantelará para quedarse con lo que pueda servirle. Necesitamos demostrarle que podemos ser muy rentables, Audrey. Todos dependemos de ti.

Asiento algo asustada, pero me recupero rápido. Nunca me he achantado ante las situaciones difíciles. No pienso empezar ahora.

—Disculpe, señor Cunningham —nos interrumpe Mónica—. Han llamado de recepción. Ya están aquí —nos informa lacónica.

Parece que no soy la única a la que le inquieta la llegada de esos tipos.

Henry asiente y su secretaria se marcha. Observa la puerta hasta que ésta se cierra y se ajusta su elegante chaqueta azul marino.

—¿Estás lista? —me pregunta con los ojos clavados aún en la madera.

Miro, nerviosa, hacia donde él lo hace.

—Claro que sí —respondo sin vacilar.

Henry asiente de nuevo y se encamina hacia la salida. Yo me quedo un segundo inmóvil, almacenando un poco de oxígeno. Voy a hacer frente al reto profesional de mi vida con veintisiete años. Muchos lo hacen con cuarenta y muchos, otros no llegan a enfrentarse nunca a algo así, pero, bueno, por eso estoy aquí y no donde todos dieron por hecho que acabaría.

—Puedo con esto —murmuro alisándome mi vestido rojo.

Puedes con esto y con mucho más, Bluebird, me digo mentalmente para infundirme valor.

Cojo aire por última vez y salgo de la oficina. Camino hasta colocarme junto a Henry, a unos pasos de la puerta de su despacho. Los empleados fingen trabajar, pero no se están perdiendo ni un solo detalle.

Todos en Cunningham Media saben que vendrán a evaluarnos, aunque desconocen hasta qué punto dependemos de esa auditoría.

El tenue pitido del ascensor nos anuncia que las puertas van a abrirse. Clavo mis ojos marrones en el acero. Son los cinco segundos más largos de mi vida. Al fin las puertas se abren y un hombre, seguido de al menos cinco personas, sale de él. Avanza con el paso seguro y largas zancadas; va enfundado en un perfecto traje a medida de tres piezas gris. Tiene el pelo castaño y es muy guapo. Sin embargo, lo que hace que no pueda apartar mi mirada de él es ese halo de elegancia y atractivo que lo rodea, como si la palabra *sexy* se hubiese escrito para él y sus ojos azules.

Tiene una mano metida en el bolsillo y con la otra da indicaciones a los sujetos que lleva consigo, que se despliegan diligentes por la oficina. Con la vista clavada al frente, ni siquiera se molesta en mirarlos, convencidísimo de que nadie se atrevería a desobedecerlo o a hacer las cosas si no es exactamente como él quiere. ¿Quién es? No puedo tener tan mala suerte como para que sea justo él el auditor que viene a analizar nuestra compañía.

Cuando al fin llega hasta nosotros, sólo queda una mujer de unos cincuenta años a su lado.

—La auditoría ya ha comenzado. Mi personal tiene libertad de actuación y el suyo le facilitará absolutamente todo lo que necesite —le indica a Henry con una seguridad atronadora y mucha prepotencia—. ¿El despacho más grande?

¿Cómo puede ser tan arrogante? Ni siquiera se ha molestado en dar los buenos días o presentarse.

—¿Y usted es? —pregunto arisca, cruzándome de brazos.

No pienso dejar que una cara bonita y un estúpido exceso de confianza en sí mismo me distraigan lo más mínimo.

Él da un paso hacia mí y me observa de arriba abajo lleno de descaro. De pronto frunce el ceño suavemente y una sexy sonrisa aparece en sus labios.

—Colin Fitzgerald —responde—. Mi empresa estudiará la suya.

No puede ser. No puede ser.

—¿Y usted es? —inquiere sin apartar sus ojos de los míos.

Me siento un poco intimidada.

—Audrey Dempsey —digo con la voz clara y firme. Sólo es un hombre guapo, nada más. Nueva York está lleno de ellos —, vicepresidenta de Cunningham Media.

Él asiente y se muerde el labio inferior un escaso segundo.

—¿Cuál es su despacho? —pregunta cogiéndome por sorpresa.

—Al fondo de la sala —contesto algo confusa, señalando vagamente con el pulgar a mi espalda.

¿Por qué quiere saberlo?

—Perfecto —sentencia, dando una palmada y echando a andar—. Me instalaré allí.

¿Qué? ¡No!

—No —replico saliendo tras él.

¿Cómo se atreve?

—Señor Fitzgerald, no puede… —me interrumpo a mí misma al frenarme para esquivar a una de las chicas de contabilidad que se queda ensimismada con él—. Señor Fitzgerald —repito, pero no me oye o simplemente me ignora, porque no se detiene—. Señor Fitzgerald…

Entra en mi despacho y, sin dudarlo, se acomoda tras mi mesa. Lo sigo y lo miro absolutamente escandalizada; pero ¿quién demonios se cree que es? Hasta donde yo sé, esta compañía sigue perteneciéndole a Henry Cunningham, y eso incluye todos los despachos y el maldito mobiliario.

—Señor Fitzgerald…

—Shhh… —me acalla alzando la mano.

Pero ¿cómo…? La rabia me recorre de pies a cabeza. Me enfada de tal manera que consigue bloquearme. ¡Acaba de chistarme!

—Está en mi despacho, señorita Dempsey —me explica insolente, sin que esa canalla sonrisa abandone sus labios— y lo mínimo que uno hace antes de entrar en el despacho de otra persona es llamar a la puerta.

—¿Qué?

No puede hablar en serio.

—Éste es mi despacho —me quejo realzando lo obvio.

Por Dios, ¿es alguna broma de cámara oculta?

—No, es el mío —sentencia.

—Pero…

Vuelve a chistarme, interrumpiéndome, y la sangre me arde. ¡Es un cabronazo! Alza la mano y la mueve, indicándome que me marche. Yo lo miro sin dar crédito. Esto es un maldito sinsentido, ¡y el futuro de toda la empresa depende de él! Resoplo a la vez que estrello las palmas de mis manos contra mis costados. No puedo creerme que esté a punto de hacer lo que voy a hacer. Giro sobre mis sandalias favoritas, esas que me pongo cuando necesito ganar seguridad, camino hasta la puerta y salgo. Justo antes de cerrar, lo asesino con la mirada, pero sólo consigo que su sonrisa se ensanche. El bastardo se lo está pasando en grande a mi costa. Me las va a pagar.

Alzo la mano dispuesta a llamar, pero, antes de hacerlo, tengo que resoplar de nuevo. Ahora mismo quiero asesinarlo despacio... y sólo hace cinco minutos que lo conozco.

—Lo haces por la empresa —murmuro para autoconvencerme—. Todos dependen de ti, Bluebird.

Resoplo por enésima vez y finalmente llamo.

—¿Quién es? —responde al otro lado.

¡Será imbécil!

—Audrey Dempsey —contesto entre dientes.

—Adelante —me da paso al fin.

Abro la puerta y la cierro a mi paso.

—¿Qué la trae por mi nuevo despacho? —plantea socarrón.

—¿Dónde espera que trabaje yo? —le espeto con la paciencia al límite.

—No lo sé —contesta echándose hacia delante, hasta apoyar los codos en la mesa y entrelazar los dedos sobre la madera—. Tiene pinta de ser una chica lista. —Entorna los ojos y baja la voz, como si estuviera a punto de relatarme un perverso plan—. Seguro que es rápida y consigue robarle una mesa a algún incauto de contabilidad.

—Esto no me parece nada profesional.

Y no lo es, por el amor de Dios.

—¿Sabe lo que no es profesional? Perder veintiún millones de dólares en el primer trimestre y cincuenta y tres entre los dos siguientes —

replica.

Vuelvo a fulminarlo con la mirada. ¿Quién demonios se cree que es? No puede juzgar tan a la ligera lo que hacemos aquí. Ha sido un año muy complicado.

—¿Cree que me impresiona que se haya aprendido dos datos de un informe? —comento, cargando mis palabras con el monumental enfado que siento ahora mismo—. Llevo trabajando muy duro en esta empresa nueve años. Henry Cunningham es uno de los mejores CEO que ha conocido esta ciudad y lo mínimo que le debe es un poco de respeto, no entrar aquí como si se creyese el dueño del mundo.

Colin Fitzgerald se humedece el labio inferior y se levanta despacio. Se abrocha los botones de su impecable chaqueta y se retoca los gemelos. Por un momento ese puñado de gestos me distraen de lo furiosa que estoy.

—No se equivoque, señorita Dempsey —tengo la sensación de que me lo está advirtiendo—: yo no le debo nada a Henry Cunningham —continúa, andando hacia mí—, ni a esta empresa ni a usted.

Se detiene frente a mí. De pronto su olor me sacude. Huele a algo suave y fresco, muy fresco, como si todos los cítricos del mundo y la menta más suave hubiesen explosionado y una decena de modelos internacionales hubiesen esparcido con mimo el resultado por todo su cuerpo.

Creo que necesito salir de aquí.

«Urgentemente», conviene mi voz de la conciencia.

Colin Fitzgerald atrapa mis ojos marrones con los suyos azules. Su forma de mirarme es completamente diferente y ni siquiera sé por qué.

—Estoy aquí para saber si merece la pena reflotar Cunningham Media o bien quemarla hasta los cimientos y vender las cenizas al mejor postor —prosigue arrogante sin un gramo de compasión o empatía—. Así que guarde todo lo bueno que tenga que decir de esta compañía y lo que ha hecho en ella para su carta de recomendación, es muy probable que la necesite pronto.

¿Cómo puede comportarse así? ¿No le importa lo que pase con la empresa, con todo el esfuerzo de Henry y los que trabajamos en ella? ¿Cómo puede hablar con tanta ligereza de esto, como si cada día

mandara al traste las ilusiones de cientos de personas?

Abre la puerta y estira la mano, pero no veo lo que hace con ella. Estoy tan furiosa que sólo quiero encontrar las palabras perfectas para decirle todo lo que pienso de él. Bastardo presuntuoso, insolente y gilipollas se queda demasiado corto.

—Ahora salga de mi despacho.

Retira la mano y me entrega la placa con mi nombre, que acaba de quitar de mi puerta. La miro conmocionada, mientras él se gira y vuelve a mi mesa.

¡No lo soporto!

Lo fulmino con la mirada por enésima vez y salgo del despacho dando un portazo. Me llevo las manos a las caderas a la vez que soplo para apartarme el flequillo de la frente. ¡Nunca había estado tan enfadada!

Me las vas a pagar, Fitzgerald.

Camino decidida hasta la mesa de Arizona. Cuando todavía estoy a unos pasos de ella, alza la cabeza y me mira con cara de susto. He visto cómo el noventa por ciento de las chicas de la oficina se ha quedado embobadas con ese malnacido; espero que mi asistente, vecina y una de mis dos mejores amigas no haya caído también bajo sus encantos.

—Audrey —me llama, levantándose—, la secretaria del señor Fitzgerald me ha dicho que ahora también soy la secretaria de ese tipo. ¿Qué está pasando aquí? ¿Te ha despedido? Porque no pienso trabajar para ese desgraciado, por muy bueno que esté.

Ésa es mi chica.

—Es un cabronazo —murmuro entre dientes, llegando hasta su mesa y apoyando las dos manos en ella.

—Tiene pinta —sentencia, cruzándose de brazos.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Por supuesto, lo que quieras.

—Acepta ser su secretaria...

—Ni hablar —me interrumpe, pero inmediatamente guarda silencio,

recapacitando sobre mis palabras—. A no ser que forme parte de un malévolo plan.

Sonrío, dándole, sin palabras, el sí más grande del mundo.

—Ese tío es nuestro enemigo y necesito que tú seas mi infiltrada en las líneas enemigas. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo, pequeña —añade chasqueando los dedos—. Recuerda que todo lo que sabes sobre planes malévolos lo has aprendido de mí.

Mi sonrisa se ensancha. Colin Fitzgerald no va a durarnos ni dos minutos.

—Perfecto —sentencio—. Ahora voy a buscarme un despacho donde poder trabajar.

Ella alza la mano para pedirme que aguarde y descuelga el teléfono de su mesa. Marca con la parte de atrás del lápiz la extensión del asistente del director de recursos humanos y, mientras espera a que respondan, se inclina para retocarse su preciosa melena afro, utilizando la pantalla del ordenador como espejo improvisado.

—Stu —saluda con una sonrisa enorme—, soy Arizona. Necesito un despacho... Ése no es mi problema, pequeño. Yo te ayudé cuando perdiste el informe McArthur. Me debes una.

¿Qué? ¡Perdió el informe McArthur!

Abro la boca dispuesta a preguntar, pero Arizona levanta la mano en la que sostiene su impoluto lápiz, frenándome.

——Tiene que ser en esta misma planta... De acuerdo... Vale, sí.

Cuelga y sonríe de oreja a oreja.

—Despacho diecisiete. Adelantará el traslado de Iris Woodson a contabilidad.

—Genial.

Giro sobre mis pies y empiezo a caminar. Sin embargo, sólo me he alejado un par de metros cuando me vuelvo y desando mis pasos. Tiene que explicarme qué pasó con el informe McArthur.

—No quieras saberlo —me aconseja llena de seguridad, alzando la

mano de nuevo, pero sin levantar la mirada de las carpetas que revisa.

Tuerzo el gesto. Tiene razón, estoy casi segura de que no quiero saberlo, por lo menos hoy. Ya tengo muchos frentes abiertos y todos son culpa del señor Fitzgerald. De eso sí que estoy completamente segura.

Antes de buscar mi nuevo despacho, voy al de Henry. La irrupción de Colin Fitzgerald no ha podido sentarle bien. Maldita sea, Henry llegó al centro de Manhattan a mediados de los setenta, cuando aquí sólo había prostitución y microdelincuencia, y levantó una empresa y, con ella, el *Midtown* de la ciudad.

Todos los riquísimos ejecutivos con despachos con vistas a Times Square deberían darle las gracias por lo que hizo.

—Mónica, ¿sabes dónde está el señor Cunningham? —pregunto a su secretaria al ver su puerta abierta de par en par y nadie en su oficina.

—El señor Cunningham se marchó hace unos minutos. Lo siento, Audrey, pero no me ha dicho adónde iba.

Me muerdo el labio inferior, pensativa. No se lo merece. De repente estoy aún más enojada que antes.

Doy media vuelta y regresó prácticamente corriendo a la mesa de Arizona. Teniendo en cuenta la altura de los tacones que llevo, estoy muy orgullosa de no haber dado con mi culo en el suelo.

—Necesito toda la información que hayamos recibido sobre la firma que nos hace la auditoría y también sobre el posible comprador —pido casi en un susurro.

Esa mujer de cincuenta y tantos que vino con Fitzgerald, y que imagino que es su secretaria, está a unos metros de nosotras, hablando con una de las chicas de contabilidad.

—Dalo por hecho.

Asiento y me alejo sigilosa como un gato. Cada vez tengo más claro el malévolo plan.

Iris Woodson me recibe con una sonrisa —al fin y al cabo, su traslado a contabilidad supone un ascenso— y me explica que me ha dejado el cajón lleno de material de oficina. La observo mientras se marcha. Enciendo el ordenador y me siento a su mesa. No tengo un solo

segundo que perder.

Arizona no tarda en llegar.

—Lo que tengo que decirte no va a gustarte —anuncia nada más entrar, cerrando la puerta del pequeño despacho a su paso.

Alzo la cabeza y la miro mitad expectante, mitad desesperada. Esa frase no puede ser el principio de nada bueno.

—Sólo he podido averiguar el nombre de la empresa que realiza la auditoría, Colton, Fitzgerald y Brent, y, gracias a un favor que me debía Scott, un antiguo ligue que trabaja en la Oficina del ejercicio bursátil, que está especializada en capitalización e inversiones de riesgo, aunque no es lo único que hacen.

Tuerzo el gesto otra vez e inmediatamente escribo el nombre de la compañía en Google. Un segundo después, frunzo el ceño, extrañada.

—¿Qué clase de empresa no tiene página web hoy en día?

—Una que gane tanto dinero que no lo necesite. Eso te lo aseguro —sentencia Arizona.

Cuadro los hombros, pensando el siguiente paso. No puede ser tan difícil descubrir algo más de ellos.

Además, ese nombre me suena muchísimo.

—¡Charlie! —digo al fin.

Arizona me mira como si me hubiese salido una segunda cabeza.

—Hace unas semanas, cuando fui a ver a Charlie, el hermano de Henry —le explico, descolgando el teléfono y tratando de recordar el número del despacho de ese Cunningham—, me equivoqué de oficina y acabé en la de enfrente... y recuerdo haber leído un rótulo con el nombre de Colton, Fitzgerald y Brent.

—Ahora que lo mencionas, a mí también me suena muchísimo ese nombre —replica Arizona, llevándose la mano a la barbilla.

Aún no han descolgado cuando la puerta se abre y tres hombres, vestidos con tres uniformes idénticos de mantenimiento, entran seguidos de la secretaria de Fitzgerald.

—Buenos días, señorita Dempsey.

Yo la miro sin saber qué contestar. ¿A qué viene esto?

Uno de los hombres me quita el teléfono de las manos, a pesar de mis protestas, sigue el cable y, de un acertado tirón, lo desconecta de la línea telefónica. Entorno los ojos, escandalizada, y, apoyando las palmas de las manos sobre la mesa, me levanto como un resorte.

—¿Qué creen que están haciendo? —gruño—. Me da igual cómo el señor Fitzgerald haya dado por hecho que son las cosas. Soy la vicepresidenta de Cunningham Media. No puede dejarme incomunicada sin más.

—El señor Fitzgerald considera que, dado el cargo que ocupa en esta compañía, es la persona más adecuada para ejercer como su asistente mientras dure la auditoría.

—¿Qué? —inquiero absolutamente atónita—. Por encima de mi cadáver —suelto en un bufido.

—Y dado que deberán estar en permanente contacto —continúa, ignorando por completo mis palabras —, el señor Fitzgerald ha pensado que necesitará uno de éstos.

Los hombres se retiran tan rápido como entraron. Ella, impecablemente ataviada con un traje chaqueta burdeos, señala algo en mi mesa y se marcha sin esperar respuesta. Yo veo la expresión de Arizona llena de incredulidad y de inmediato miro donde ella tiene clavada la vista. ¡Ha hecho que me instalen un maldito intercomunicador digital! ¡Yo no soy su secretaria!

—Está muerto —siseo, rodeando mi mesa, y salgo como un huracán de mi oficina.

Creo que nunca había estado tan cabreada y, sobre todo, nunca había sentido tantas ganas de recurrir a la violencia física con alguien. La puerta de su despacho, es decir, ¡¡el mío!!, está abierta; mejor. No pensaba llamar ni por todo el oro del mundo.

—No pienso ser tu asistente, ni tu secretaria, ni nada que des por hecho que voy a ser, Fitzgerald.

Él está apoyado, casi sentado, en el mueble bajo que recorre toda la pared bajo los ventanales. No levanta la vista de los papales que tiene en la mano, pero sé que me ha oído. Sus labios se han curvado, impertinentes, en una media sonrisa. ¿Por qué tengo la sensación de que he reaccionado exactamente como esperaba?

—¿Ya nos tuteamos? —pregunta burlón—. Eso me gusta, Dempsey.

—No voy a dejar que hagas lo que te dé la gana —le advierto.

Sonríe otra vez.

—Tampoco es que puedas impedirlo —me reta arrogante, cerrando la carpeta y dejándola sobre el mueble, para a continuación cruzarse de brazos —, pero me muero de ganas de ver cómo lo intentas.

—¡Deja de comportarte como si todo esto te divirtiera!

¡No puedo más!

Sin embargo, ni siquiera parece escucharme. Alza la mirada y la pierde en el ventanal a su espalda, a la vez que se echa hacia atrás.

—¿Arriba hay otra planta? —pregunta, ignorándome por completo—. Ésta es la última, según los botones del ascensor.

—¿Qué? —inquiero, confusa.

¿A qué viene eso?

—Sí, tiene que haberla —se contesta a sí mismo, mientras se incorpora girándose y mira de nuevo por la ventana y seguidamente al techo—. Quiero verla.

Sin esperar respuesta, sale de mi despacho. Resoplo y lo sigo.

—¿Las escaleras? —demanda con una sonrisa enorme, deteniéndose frente a la mesa de Emily, una de las redactoras publicitarias.

Ella alza la cabeza y, al encontrarse con él, tartamudea un inicio de respuesta y acaba sonriendo nerviosa. Debe ser la historia de la vida de Colin Fitzgerald. Él diciendo «salta» y todas las chicas a su alrededor preguntando «cómo de alto».

—Al fondo de la sala, junto al pasillo de los baños.

—Gracias, encanto.

Le sonríe de nuevo y Emily Hooks se queda al borde del desmayo. Seguro que siempre utiliza esa sonrisa para el mal.

«No lo dudes», conviene mi voz de la conciencia.

De prisa, atraviesa el espacio que le queda hasta la puerta que da a las escaleras y la cruza con largas zancadas y el paso seguro. Yo tengo que acelerar el ritmo para no perderlo de vista. Aun así, cuando piso el primer peldaño, él ya me saca dos tramos de ventaja.

—No hay nada, ni siquiera una triste mesa —trato de explicarle, mirando por el hueco de la escalera a la barandilla superior—. Además, no vas a poder entrar —continúo subiendo—, la última planta está clausurada.

Termino de pronunciar esas palabras a la vez que llego al último escalón, justo a tiempo de ver cómo Colin Fitzgerald está tratando de forzar la pequeña cerradura de la puerta de metal que dejaron los obreros para indicar lo obvio: no se puede pasar.

—¿Tú nunca escuchas? —me quejo.

—Quiero ver lo que hay ahí detrás —responde descarado—, y siempre tengo todo lo que quiero.

—Eres un crío con un traje caro —replico.

Colin me mira unos segundos y, finalmente, sonríe encantado por mi salida de tono. Mientras, yo me revuelvo discreta, pero muy incómoda. Por un momento el filtro entre mi boca y mi cerebro se ha evaporado. Es cierto que se comporta como un crío, pero decirlo implica entrar en un terreno personal, y yo soy una profesional. No me gusta mezclar ambas cosas.

Oigo un metálico «clic», y la puerta se abre frente a él. La sonrisa de Colin se ensancha e inmediatamente echa a andar. Yo me cruzo de brazos, observándolo.

—Vamos, Dempsey —me llama—. No seas cobarde.

Entorno los ojos.

—No soy ninguna cobarde —protesto, dando un paso hacia delante y cerrando los puños con fuerza junto a mis costados.

—Lo sé. Una chica cobarde jamás se pondría ese vestido.

¿A qué ha venido eso?

Sin dudarlo, salgo tras él.

—¿Qué tiene de malo mi vestido?

Es precioso. Me lo compré en Macy's, en las rebajas de verano del año pasado.

Cuando llego hasta él, Colin ya está esperándome. Me repasa de arriba abajo sin ningún disimulo y se detiene un segundo en mis labios antes de atrapar mis ojos marrones con los suyos azules. Es demasiado atractivo para tramar nada bueno.

—Es rojo —responde al fin, y algo me dice que su media sonrisa traviesa esconde mucho más.

—¿Y? —replico, confusa.

¿Cuál es el problema?

Colin se mete las manos en los bolsillos. Esa pose, fingidamente desinteresada, debería volverlo más inofensivo, pero, de alguna manera, el efecto es exactamente el contrario, como si estuviese diciéndome «ven aquí y gánate mi desdeñoso interés».

—También es lo suficientemente ajustado como para insinuar sin que parezca que eso es lo que quieres.

Carraspeo y vuelvo a cruzarme de brazos, aunque rápidamente deshago el gesto. No quiero que piense que estoy a la defensiva. Mis movimientos no le pasan por alto y vuelve a sonreír de esa manera tan canalla.

—Sólo es un vestido bonito.

—Ninguna mujer diría que un vestido es sólo algo —objeta.

—Y tú pareces saber muy bien lo que cada vestido significa para cada chica.

Colin vuelve a sonreír. ¿Alguna vez piensa dejar de hacerlo?

—Sé lo suficiente como para darme cuenta de que, ponerte vestidos elegantes y sofisticados, te hace sentir más segura de ti misma —afirma dando un peligroso paso hacia mí—. Pero no quieres que nadie piense que no eres profesional, y por eso no usas ninguna joya, sólo esa pequeña pulsera de platino en la muñeca derecha —continúa diciendo, sin levantar sus ojos de los míos, sin dudar de que esa pulsera es exactamente así y está justamente ahí.

De pronto el ínfimo y mal iluminado pasillo se hace aún más pequeño

y aún más oscuro, pero mucho más apetecible. ¿Qué me pasa?

—El maquillaje suave, el escote sutil —su voz se agrava y reverbera ronca— y unos zapatos con los que apuesto a que te sientes victoriosa cada vez que das una carrera por Cunningham Media y no te caes.

Le mantengo la mirada. No sé a qué está jugando, pero, si cree que me conoce, está muy equivocado...

aunque haya acertado de lleno con el vestido y con el maquillaje, y con los zapatos... ¡Maldita sea!

—Aún no me has dicho cómo sabes tanto de moda —suelto impertinente—. ¿Eres modista en tus ratos libres o te tiraste a una?

Colin rompe a reír sincero y yo frunzo los labios, molesta. Quiero enfadarlo como él me está enfadando a mí y no lo estoy consiguiendo.

Por sorpresa, me coge de la muñeca y tira de mí a la vez que camina unos pasos. Me agarra de las caderas, me levanta y me estrecha contra su cuerpo. No entiendo qué está haciendo, pero todo pasa tan rápido que no tengo tiempo de protestar. Su olor me sacude una vez más. Colin Fitzgerald huele demasiado bien y el corazón ahora mismo me late demasiado de prisa. Mis Manolos tocan el suelo despacio y Colin se separa de mí, regalándome una última sonrisa. Me siento como Barbra Streisand intentando no sucumbir a la sonrisa de Robert Redford en *Tal como éramos.* Cuando se aleja un paso más, mi cerebro vuelve, arrepentido por estas minivacaciones en villa Fitzgerald, y me doy cuenta de que me ha cogido para que pasáramos una gruesa cadena metálica de la que cuelga una señal de stop, la última advertencia de que no podemos estar aquí.

—Vamos a divertirnos mucho, Dempsey —afirma, mientras echa a andar y sale del pasillo definitivamente.

Ya a solas, miro mi vestido, miro la cadena y finalmente miro el pasillo desierto. *Welcome to New York,* [1] de Taylor Swift, suena de fondo, atenuada por la distancia que hay hasta la planta de abajo. Me obligo a parar con cualquier línea de pensamientos, cuadro los hombros y lo sigo hacia el interior.

—¿Eres hiperactivo o algo parecido? —farfullo.

La sala es como ya sabía que era. Una estancia algo más grande que mi despacho, completamente diáfana... y vacía. El arquitecto la proyectó como el despacho del CEO, pero a Henry nunca le gustó; no

quería estar aislado del trabajo y sus empleados, así que, cuando se hizo la última reforma, simplemente se cerró y se dejó así.

Colin tiene la mirada perdida en los inmensos ventanales, que en esta planta van del suelo al techo. El Rockefeller Plaza emerge en toda su extensión frente a nosotros, como muestra viva del Nueva York con el que cualquiera en cualquier parte del mundo sueña; ese lleno de rascacielos y los deseos imposibles hechos realidad. Había olvidado estas vistas. Son maravillosas.

—A partir de mañana trabajaremos aquí —anuncia, sacándome de mi ensoñación.

Parpadeo, asimilando sus palabras.

—¿Qué? No —añado de inmediato—. Tú y yo no trabajamos juntos.

—Si quieres salvar esta empresa, sí —responde sin ningún arrepentimiento.

—¿Eso es un chantaje? —pregunto, aunque no sé por qué. Está claro que lo es.

Colin niega suavemente con la cabeza.

—Ya te lo dije. Tengo que decidir qué hacer con Cunningham Media. Tú pareces conocerla muy bien.

Te estoy dando la oportunidad de que me convenzas de que merece la pena salvarla.

Sus palabras me molestan mucho. Otra vez está comportándose como si todo esto fuese un juego, algo para pasar el rato.

—¿Así es cómo hacéis las cosas en Colton, Fitzgerald y Brent? —Algo imperceptible en su mirada cambia una sola milésima de segundo. Sí, yo también sé buscar información, Fitzgerald, aunque sea poca —. Más de doscientas personas trabajan aquí. —Sueno molesta, lo estoy, y también llena de una febril dignidad.

—¿Siempre estás tan a la defensiva?

Su pregunta me pilla fuera de juego.

—Sí —respondo nerviosa—. Cuando se trata de Cunningham Media, sí —agrego, recuperando la compostura.

Colin me observa un momento. Sus ojos se clavan en los míos y por un instante tengo la perturbadora sensación de que no hay ninguna barrera entre los dos. Es un contacto íntimo, puro y duro, casi demoledor. No se esconde. No lo necesita. No tiene nada que ocultar y, la arrogancia de quien es exactamente como es porque así es como quiere ser, hace que su atractivo resplandezca.

—Empezaremos el lunes a las ocho en punto —sentencia, girando su cuerpo delgado, alto y armónico, y echando a andar.

—Si acepto, trabajaré contigo, no para ti —le aclaro, volviendo la cabeza y después, despacio, el resto del cuerpo.

—¿Quieres un socio, Dempsey? —pregunta deteniéndose y dándose la vuelta de nuevo.

—Quiero que seas justo, Fitzgerald.

Él vuelve a dedicarme su media sonrisa y comienza a caminar otra vez.

—Eso lo descubriremos juntos —concluye saliendo de la estancia.

Yo observo la puerta que acaba de traspasar. Me niego a dejar que destruya esta compañía y venda los trozos al mejor postor. Me llevo el pulgar a los labios y araño la uña con los dientes. Desde luego, las cosas no han ido exactamente como esperaba. Mi malévolo plan sigue en pie. Sólo me estoy acercando al enemigo, porque Colin Fitzgerald es exactamente eso: el enemigo.

2

Ese vestido rojo me está volviendo loco. Este fin de semana he corrido cinco kilómetros más de lo habitual cada mañana y he sido el último en marcharme de la oficina cada noche, y nada ha funcionado. Ese vestido es mi pesadilla.

Cuando Mackenzie me llamó el viernes invitándome a su casa, acepté. Me gusta estar con ella. Es muy guapa, el sexo es increíble y no espera nada a cambio. Nunca me pide que salgamos a cenar o que vayamos al cine, ni siquiera exclusividad; sé que quiere todo eso, pero también que es plenamente consciente de que no voy a dárselo. Sin embargo,

hoy ha sido diferente. No he conseguido dejar de pensar. Lo único que ella quiere es que esté aquí y no se lo he dado. Soy un gilipollas.

—¿Quieres beber algo? —pregunta envolviéndose en la colcha y levantándose de la cama.

Yo la observo. Su ondulada melena rubia le cae por la espalda hasta encontrarse con el borde de la prenda.

—Agua —respondo.

Ella se gira, me mira por encima del hombro y sonríe. Yo le devuelvo el gesto y sale de la habitación.

Odio ese maldito vestido rojo.

Me froto la cara con las palmas de las manos y, tras lanzar un largo suspiro, me levanto de un salto. Mientras me abrocho los vaqueros y me pongo la camiseta, echo un vistazo a mi alrededor. Todo el mundo afirma que los dormitorios dicen mucho de sus dueños. Yo los veo todos iguales, y probablemente haya visto más de los que debería.

Salgo al pequeño salón y no tardo en ver a Mackenzie al otro lado de la barra de la cocina de pequeños azulejos grises, llenando un vaso de cristal con agua de una botella también de cristal. Doy un paso hacia ella; cuando me tiende el vaso, lo mantengo un segundo en la mano, antes de llevármelo a los labios.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Dejo de beber y le dedico mi sonrisa más ensayada, la que siempre consigue que se acaben las preguntas.

—Sí, claro que sí.

Apoyo el vaso en la encimera y cojo mi abrigo marinero del respaldo del sillón. Camino de la puerta, paso junto a ella y le doy un beso en la mejilla. Ella sonríe y me observa hasta que salgo de su apartamento.

En el rellano resoplo, pero inmediatamente sigo andando. Sin embargo, aún no he alcanzado el primer tramo de escaleras cuando un ruido brusco en la planta de arriba hace que me detenga en seco. El sonido vuelve a repetirse. Este bloque es bastante tranquilo. Giro sobre mis pies y subo el primer peldaño mientras pienso qué podría ser: una pelea o quizá estén en mitad de una sesión de sexo alucinante... o tal vez yo debería meterme en mis propios asuntos. De

pronto un ruido aún mayor atraviesa el ambiente y una risa chillona y desbocada inunda todo el edificio. Yo me quedo de pie, inmóvil, y al cabo de unos segundos sonrío. No sé qué hay en ese sonido casi estridente, por Dios, es la risa más horrible del mundo, pero mi sonrisa suave y sincera sigue ahí, mientras continúo mirando hacia arriba y vuelvo a sentirme bien por primera vez desde hace dos días.

Sacudo suavemente la cabeza y finalmente salgo del edificio. Llamo un taxi y le doy la dirección del Archetype. He recuperado el buen humor y no pienso desperdiciarlo.

Todas las mañanas salgo a correr. Jackson tiene el polo y Donovan es un esnob europeo de Park Avenue que, según sus propias palabras, sólo practica el «concienzudo arte de follar». Yo tengo el rugby, pero apenas puedo practicarlo, así que, cuando quiero despejar la mente y poner mi cuerpo un poco al límite, salgo a correr... además de practicar el concienzudo arte de follar, por supuesto.

Algunas personas eligen correr por el parque, el circuito interior más pequeño, el más grande rodeando el lago; pero yo prefiero perderme por las calles de Manhattan, por el corazón de la ciudad. Siempre hago el mismo recorrido. Bajo por Madison Avenue, unas treinta y cinco manzanas hasta la catedral de San Patricio, ocho más hasta Bryant Park, y después el camino inverso por Times Square hasta la entrada sur de Central Park, bordeándolo para regresar a casa. Me gusta ver a la gente preparándose para ir a trabajar, las tiendas abriendo, a los turistas embobados con los carteles de neón. Huele a lluvia, a pan recién hecho y a café, y el sonido del viento perdiéndose entre los frondosos árboles ofrece un momento de paz casi trascendental. Definitivamente adoro Nueva York.

Después una ducha, un traje a medida, siempre gris, gris marengo, azul o negro, y el desayuno mientras veo el canal internacional de noticias. Es una rutina perfeccionada con el paso de los años y hace dos aprendí que, si quiero tomarme el café viendo cómo va la Bolsa en Londres, no puedo permitirme secarme el pelo. Tampoco es que me importe demasiado.

Después la oficina: trabajar, comer con los dos gilipollas que tengo por mejores amigos en un sitio ridículamente caro, trabajar, trabajar, trabajar.

Y, por último, divertirme, y mucho, en el Archetype.

Ésa es mi perfecta rutina, pero durante las próximas semanas me veré obligado a cambiarla, empezando por este lunes.

—Buenas tardes, Beatrice —saludo a mi secretaria, saliendo del ascensor.

Cunningham Media se despliega ante mí. Comienza el espectáculo.

—Buenas tardes, señor Fitzgerald. ¿Ha comido?

Asiento suavemente.

—Un asqueroso sándwich en la sala de reuniones. No sé por qué, pero, cuando me la traes tú, la comida me sabe mejor.

Le dedico mi mejor sonrisa y ella pone los ojos en blanco, aunque no puede evitar que los labios se le curven hacia arriba.

—Le traeré un café.

Por eso nunca dejaré que Lara la empareje con ese tal Lincoln. Beatrice tiene que mimarme sólo a mí.

—Aquí tiene los estudios que me había pedido sobre la empresa —continúa, tendiéndome unas carpetas— y los informes de contabilidad de los últimos cinco años. El señor Colton quiere saber si seguirá al frente de las inversiones de Clarence Nagori o bien necesita que él se encargue.

—Son cosa mía.

Esas inversiones nos harán ganar mucho dinero y están prácticamente cerradas. No me supondrá ningún problema.

Una chica de contabilidad me sonríe desde detrás de su ordenador corporativo. Yo le devuelvo la sonrisa. Tiene las paletas separadas, eso siempre me ha gustado.

—¿Hablo con el edificio Pisano para que hagan un nuevo informe de reinversiones basándose en tipos internacionales?

—Yo me encargo —respondo entrando en mi despacho.

—A las cinco tiene programada una reunión con el departamento de I+D+I de Cunningham Media.

—Pásala a las cuatro y media. Después quiero ver al director de recursos humanos y al del departamento de inversiones. También quiero saber quién se encargó de la recapitalización cuando este barco empezó a hundirse.

El reluciente intercomunicador digital llama mi atención. Automáticamente una sonrisa se cuela en mis labios. Rodeo la mesa impaciente y pulso el botón. Beatrice finge no verme, pero me conoce demasiado bien. Los dos tenemos claro que sabe lo que estoy a punto de hacer.

—Buenas tardes.

Audrey guarda silencio unos segundos.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlo?

Suena enfadada e indignada, y eso lo hace todo mucho más divertido.

—¿Ya no nos tuteamos?

Otra vez su respuesta se hace esperar.

—¿Alguna pregunta que de verdad valga la pena?

Lo pienso un instante y la sonrisa se cuela de nuevo en mis labios.

—¿Qué llevas puesto?

Suelta un bufido y, sin decir nada más, cuelga. Mi sonrisa se ensancha. Observo a Beatrice más que satisfecho, aunque ella vuelve a fingir no verme.

Pulso de nuevo el botón del intercomunicador.

—¿Es rojo?

—Cállate, Fitzgerald.

Me cuelga otra vez y yo suelto una sincera carcajada. Tengo la sensación de que no lo hacía de verdad desde que escuché aquellas risas en el rellano de Mackenzie.

—A trabajar, Dempsey —replico, llamándola por última vez—. Tienes

una empresa que salvar.

Ahora soy yo el que cuelga mientras abro las carpetas que hay sobre el escritorio. No tardo más de un par de minutos en oír unos tacones repiquetear hasta llegar a mi despacho. No levanto la vista de los documentos y sonrío. Me gusta que haya hecho exactamente lo que le he ordenado.

—¿Le paso el estudio de rentabilidad sobre los nuevos edificios y subcontratas de Astoria al señor Brent?

—Yo me encargo.

Alzo la cabeza y Audrey roba inmediatamente mi atención. Está a unos pasos de Beatrice. Lleva un precioso vestido azul, otra vez sin joyas, casi sin maquillaje, y otra vez está preciosa.

—Varias inversiones del señor McCallister necesitan asesoramiento jurídico, ¿hablo con el señor Colby?

Pestañeo y me obligo a volver a la realidad.

—Yo me ocupo del asesoramiento.

—¿Y los nuevos proyectos para expandir las empresas del señor Canon y todo el asunto de Gemma Bird para la adecuación de sus capitalizaciones al mercado bursátil japonés sin pasar las restricciones internacionales?

—Yo me ocupo —repito.

Audrey suelta un pequeño suspiro, sorprendida pero también un poco admirada.

—Puedes retirarte, Beatrice.

Mi secretaria asiente eficiente y se marcha.

A solas con Audrey, mi mirada vuelve a perderse en ella. La recorro de arriba abajo y me quedo hipnotizado con la curva de su clavícula y el mechón de pelo castaño que le cae de su recogido justo ahí.

—¿Vas a comentar algo más sobre mi vestuario? —inquiere impertinente.

Sus palabras me sacan de mi ensoñación y todo dentro de mí se reactiva con la mezcla exacta de adrenalina y sangre caliente.

—Eso depende —replico lleno de seguridad. Vamos a jugar—, ¿te has puesto ese vestido para mí?

Mi pregunta parece romperle los esquemas. Cambia de postura y se cruza de brazos malhumorada.

—Claro que no —me espeta.

Una media sonrisa se dibuja en mis labios a la vez que cierro las carpetas sobre la mesa. Despacio, rodeo el escritorio y me dirijo hacia la puerta. Al pasar por su lado, me detengo. Está enfadada, y mucho.

—Entonces, ¿qué te importa que lo comente o no?

Otra vez se queda fuera de juego, pero otra vez reacciona rápido. Entorna los ojos y creo que ya no está molesta sólo conmigo.

—Si quieres algo, pídelo —sigo diciendo, inclinándome sobre ella, dejando que mi voz se vuelva más ronca— y, si haces algo para conseguirlo sin tener que pedirlo, recuerda que sólo le doy el premio a las chicas valientes.

Su olor me sacude. Busco sus ojos marrones con los míos y toda esa intimidad, toda esa sinceridad, vuelven de golpe. Las ganas de tocarla, como lo hice en la planta de arriba cuando la agarré por las caderas para pasar el cordón metálico en vez de tenderle la mano o simplemente advertirle de que estaba allí, también regresan. Ella también quiere que la toque. Pero no lo hago. No se lo ha ganado.

Me aparto y comienzo a andar de nuevo. Estoy en el segundo tramo cuando oigo la puerta de acceso a las escaleras cerrarse con fuerza y el mismo repiquetear de tacones resonar furiosos contra el mármol.

—¡No quiero nada de ti! —grita desde abajo.

Sonrío y me asomo al hueco de las escaleras apoyando los brazos en la barandilla.

—Las vicepresidentas listas no se autoengañan, Dempsey.

Audrey abre la boca escandalizada y me fulmina con la mirada. Está a punto de patalear de pura rabia. Esto es muy divertido, joder.

—Eres un capullo.

Mi sonrisa se ensancha una vez más.

—¿Ves? Ya nos insultamos, eso significa que ya somos un poquito más amigos —le hago ver sólo para fastidiarla—. Ahora sube tu culo de vendemotos hasta aquí —añado burlón, recordando divertido cómo llamábamos a los estudiantes de marketing y publicidad cuando estaba en la facultad—. Tenemos mucho trabajo.

Sigo subiendo y llego a la última planta. El Rock Center me recibe. Me quito la chaqueta y me siento en el suelo, apoyando la espalda en la pared blanca y extendiendo las piernas a lo largo de la moqueta verde. Audrey no tarda en aparecer. Las inmejorables vistas de Manhattan le roban el aliento unos segundos, pero en seguida cuadra los hombros y me mira como las chicas buenas miran a los chicos malos justo antes de darles una bofetada.

—Si vas a decirme que te graduaste la segunda de tu promoción en Marketing y Publicidad en la Universidad de Nueva York —la interrumpo sin levantar la mirada de las carpetas que abro sobre mi regazo— o que estás haciendo un máster para ejecutivos, puedes ahorrártelo porque ya lo sé.

De hecho, eso fue lo primero que hice cuando salí de aquí el viernes. Estudiar la información que había sobre ella en la carpeta de empleados de Cunningham Media. Entró a trabajar para Henry como recepcionista y, gracias a su esfuerzo y a sus brillantes ideas, acabó convirtiéndose en su mano derecha. Ahora está en el selecto grupo de los ejecutivos menores de treinta años elegidos por la New York Advertising Association para hacer su máster, uno de los más complicados y diabólicos del país, y, por lo que he escuchado, también acabará entre las primeras. Si en vez de en Cunningham Media trabajase en una compañía importante en el mundo del marketing, como ShowRoom Logic, por ejemplo, hoy en día todos hablarían de ella.

—Lo que te dije iba en serio —prosigo—. Todavía puedes salvar esta empresa.

Alzo la mirada y busco la suya, que ya me estudiaba como si tratara de descifrar un puzle. ¿Por qué no puede entenderlo? Tiene que aprender que debe confiar en mí y trabajar conmigo en lugar de enfrentarme.

Su expresión cambia, pero sigue estando en guardia.

—Tengo una reunión en el centro con unos clientes —me miente.

Yo me humedezco el labio inferior y asiento una sola vez. Ella

continúa observándome, esperando a que añada algo, pero no pienso hacerlo. La pelota está en su tejado y me muero de ganas de ver qué hace con ella.

3

Cuadro los hombros y salgo de la estancia mientras observo su media sonrisa de autosuficiencia, a pesar de que él ya no me está mirando a mí.

Bajo las escaleras más de prisa de lo que debería, incluso me sorprende no acabar rodando por ellas.

«Sí, definitivamente lo que necesitas para que empiece a tomarte en serio.»

Resoplo malhumorada y al fin salgo a la planta principal. La atravieso como una exhalación y llego hasta mi despacho. Cuando Arizona entra y cierra con cuidado tras de sí, ya estoy dando cortos e inconexos paseos. No sé qué hacer, ¡y yo siempre sé qué hacer!

—¿Qué te ha hecho ese desgraciado de Colin Fitzgerald? ¿Tengo que subir y darle una paliza?

—No sé qué hacer —me sincero—. Y yo siempre sé qué hacer. Ése es mi superpoder.

Arizona suelta un bufido y niega con la cabeza.

—De eso nada. Si tuvieras un superpoder, sería el de pedir siempre la ensalada que ya se ha terminado en el restaurante o, mejor aún, el de ser tan responsable —se burla alargando todas las vocales de las dos últimas palabras.

—Ey —me quejo.

Ella sonríe encantada con su propia broma. Tengo una amiga horrible.

—Volviendo a lo importante —conviene—. ¿Con qué no sabes qué hacer?

—Con Fitzgerald. Me ha ofrecido la posibilidad de trabajar juntos para

salvar Cunningham Media.

—Y no sabes si puedes fiarte de él.

Me toco la nariz con el índice. Has dado en el clavo, amiga.

—Cuando lo conocí, quise asesinarlo... y el plan malévolo sigue en pie —me apresuro a aclarar—, pero ahora no sé si debería pasar a ser el plan B.

—¿Sabes que, si aceptas, tendrás que trabajar con él, codo con codo?

—Lo sé.

—¿Que tendrás que contarle todos los secretos de la empresa y dejar que tome decisiones?

—Lo sé.

—Decisiones importantes —especifica.

—Lo sé.

—¿Confías en él?

Lo pienso un instante.

—No —respondo veloz, y algo dentro de mí me dice que no debería haberlo dicho tan de prisa.

Estoy hecha un lío.

Arizona me observa unos segundos y da un paso hacia mí, con el índice en alto.

—Vámonos de aquí. Necesitas una copa y dejar de pensar para tomar la mejor decisión.

—¿Cómo voy a dejar de pensar para tomar la mejor decisión? —clamo alzando los brazos—. Es absurdo.

—No pongas en tela de juicio mi sabiduría, pequeña.

Lo dice tan convencida que no tengo más remedio que sonreír.

—De todas formas, no puedo —continúo—. Tengo que...

—Ya me he encargado de eso. He llamado a Griffin.

—¿Qué? —¿En serio?—. ¿Has llamado a Griffin?

Nunca pensé que viviría para ver esto.

—Desde que te vi salir de tu despacho para hablar con Fitzgerald, supe que acabarías necesitando una copa y... ya sé que Griffin se ha comportado como un auténtico imbécil los últimos diez años —se adelanta a cualquier cosa que pensara decir —, pero a veces cumple y hoy, mira por dónde, ha cumplido.

—No sé si es una buena idea... aunque supongo que es lo mejor —recapacito al cabo de un momento.

Arizona asiente y yo mentalmente también. Puede que Griffin, por fin, haya decidido cambiar.

Miro mi reloj y después mi teléfono.

—Quizá debería llamar —sigo con voz culpable agitando mi BlackBerry—. Sólo para hablar con él.

—Quizá, no —responde con una sonrisa, cruzándose de brazos.

Maldita sea, tiene razón, pero es más complicado de lo que parece. Finalmente asiento de nuevo y también sonrío, dejando escapar toda la tensión.

—Coge tu bolso y vámonos al Goose.

—Arizona Harley, siempre sabes lo que me conviene —me burlo obedeciendo y saliendo tras ella.

—Por supuesto, pequeña. Ése y mi increíble capacidad para la moda son mis superpoderes.

Dos horas después aún seguimos en el Goose, nuestro pub favorito, en nuestra tercera ronda de daiquiris de fresa, nuestro cóctel favorito.

—¿Te has dado cuenta de lo bueno que está Colin Fitzgerald? —pregunta Arizona—. Es tan atractivo que incluso llega a ser un poco ridículo... el Guapísimo Gilipollas.

Asiento. No le falta razón. Es ridículamente atractivo y también muy inteligente. Ya lo sospechaba, pero, la cantidad de asuntos que trató con su secretaría esta tarde, terminó de confirmármelo.

Arizona abre los ojos con una mezcla de puro deleite y expectación, y

se inclina sobre la mesa.

—Hay leyendas urbanas sobre él.

—¿Cuáles? —me apresuro a preguntar curiosa, inclinándome yo también.

—El máximo tiempo que ha estado sin sonreír han sido diez segundos. Es *in-cre-í-ble* en la cama. Y

nunca le ha dicho que no a una mujer.

Suena *Animals,* [2] de Maroon 5, y definitivamente no ayuda a hacer más pequeño el mito.

—¿Con cuántas mujeres crees que se ha acostado? —inquiero acariciando la base de mi copa de cóctel.

—No lo sé... ¿Un millón?

—¡Eso es imposible! —replico.

—Es verdad... —recapacita jugueteando con la sombrillita de su combinado—... ¿dos millones?

—Nadie puede acostarse con dos millones de personas... ni con un millón.

—Si alguien pudiera, sería él —sentencia.

Y de pronto las dos nos echamos a reír. Mantener conversaciones profundas con un daiquiri de fresa en la mano resulta muy complicado.

—¿Sabes lo que te ayudaría a tomar la mejor decisión? —dice de pronto, increíblemente convencida —, conocer la guarida del lobo.

Lo pienso un instante.

—¿Los lobos tienen guarida?

—Sí, porque viven en manadas.

—No viven en manadas, idiota —me quejo—. Son nómadas.

Arizona niega con la cabeza y a continuación asiente.

—Estás confundiendo nómada con monógamo.

—¿Los lobos son monógamos? Qué romántico —añado con la sonrisa más idiota del mundo, que inmediatamente se contagia en los labios de mi amiga.

—Como los pingüinos.

Vuelvo a pensarlo unos segundos.

—Creo que no —estoy ciento por ciento segura… o eso creo tras tres daiquiris—, porque los pingüinos no viven en guaridas como los lobos.

Asiento. Asiente. Nos miramos y, antes de darnos cuenta, estallamos en risas otra vez.

—Céntrate —me pide cuando nuestras carcajadas se calman—. Estoy hablando de Colin, de conocer la guarida del Guapísimo Gilipollas.

—¿Ése es su mote oficial? —le pregunto al ver que lo ha repetido dos veces en la misma conversación.

—Por supuesto.

Sonrío. Le va como anillo al dedo.

—Sabemos que su oficina está enfrente de la del hermano de Henry —continúa—. Si le decimos al guardia de seguridad que vamos a ver a un Cunningham de parte del otro Cunningham, seguro que nos deja pasar.

Sopeso sus palabras. La verdad es que estaría bien ver su oficina, quizá curiosear algún papel. Si tiene su despacho lleno de las cabezas de los ejecutivos cuyas empresas ha desguazado colgadas en la pared, es mejor saberlo ahora.

—Decídete —me apremia.

—Lo estoy pensando. Las cosas hay que estudiarlas para tomar la mejor decisión.

—¿Ves? Ahí está otra vez tu superpoder —se burla.

Entorno la mirada. Soy responsable, pero serlo es lo lógico.

—He decidido que vamos a hacerlo —la informo—. Necesito saber a qué me enfrento.

Salimos del pub y cogemos un taxi hasta la 56 Oeste con la Sexta. Por suerte, el vestíbulo está desierto; el guardia de seguridad debe de estar haciendo la ronda, así que no necesitamos ninguna excusa para colarnos.

En el ascensor tenemos algún que otro ataque de risa, pero conseguimos llegar a la planta sesenta sin problemas. Pasamos junto a la oficina de Charlie y nos detenemos frente a una puerta de cristal con aspecto muy pesado y en la que puede leerse en unas discretas y sencillas letras blancas «Colton, Fitzgerald y Brent».

Pongo la palma de la mano sobre el cristal y, justo antes de empujar, tengo un último ataque de dudas.

Haces esto por Henry, Bluebird. No puedes echarte atrás ahora, me recuerdo.

Asiento reafirmándome y al fin impulso la puerta. No se mueve. Empujo más fuerte.

—No se abre —me lamento.

Lo más probable es que no quede nadie y la oficina esté cerrada. ¡Maldita sea!

—Joder —vuelvo a protestar.

Arizona observa concienzudamente la puerta, alza la mano y, en lugar de empujar, tira del reluciente manillar de metal hacia nosotras, moviendo la puerta sin problemas.

Yo arrugo la nariz y asiento bajo la atenta mirada de mi amiga, que mantiene la entrada abierta.

—Lo mejor será que nos olvidemos de este incidente sin importancia. Han sido los daiquiris —me disculpo.

Sin más, entro y Arizona me sigue con una sonrisilla de lo más impertinente.

Pasamos la recepción y, junto a una sofisticada sala de espera, la oficina se divide en dos pasillos.

—¿Cuál crees que será su despacho? —inquiero.

Arizona se encoge de hombros. Yo miro hacia ambos lados. La cosa se está complicando. Cogemos el pasillo de la izquierda como podríamos haber optado por el de la derecha, pero la única oficina que hay está cerrada.

—¿Sabes lo que me vendría bien para saber si puedo o no confiar en Colin Fitzgerald? —comento mientras desandamos nuestros pasos en busca del otro pasillo—. Hacer una lista; ya sabes, valorar los pros y los contras.

Mi amiga asiente muy concentrada.

—Es la mejor manera de tomar una decisión —continúo—, y desde luego la más inteligente.

Arizona se detiene delante de un despacho con las paredes de cristal. Parece una pecera.

—En los contras estarían que no lo conozco, que lo manda el comprador, que es un completo engreído —asiento a mis propias palabras—. Ése, sin duda, es el peor contra, ¿o quizá el mejor?

Abre el despacho y entra.

—Un pro seguro que sería que es muy inteligente... y lo de las leyendas urbanas —confieso con una risilla.

La luz al otro lado de la pared de cristal encendiéndose me hace dar un respingo.

—¿Qué haces ahí? —grito en un susurro.

—Estoy buscando un lápiz —responde sin ver ningún problema—, para tu lista.

No acaba de parecerme buena idea. El guardia de seguridad podría aparecer en cualquier momento y pillarnos con las manos en la masa.

—Coge también papel —le pido, trabándome en la última palabra por culpa del alcohol.

—No he encontrado ninguno —confirma tras revisar uno a uno todos los cajones—, pero esto servirá —añade, con un rotulador negro en la mano.

Camina hasta que nos situamos cada una a un lado del cristal. Destapa el rotulador y, algo torpe, se aparta uno de sus rizos afro de la cara.

—¿Cuál decías que es el primer contra?

—Lo manda el comprador —repito.

Un largo bostezo se me escapa de los labios, pero el gesto se me corta y los ojos se me abren como platos cuando la veo escribiendo en la pared de cristal.

—¡Estás loca! —murmuro.

—¿Quieres que me ponga a buscar una hoja de papel? —replica—. ¿Es que quieres que nos pillen?

Recapacito sobre sus propias palabras y todos los daiquiris de fresa que llevo en el cuerpo le dan la razón.

Rodeo la pequeña pecera y finalmente entro.

—¿El segundo contra? —me pregunta.

No sé cuánto tiempo después, hemos escrito una enorme lista de pros y contras, además de todo lo que pensamos de él, como que tiene el culo mejor puesto de todo Nueva York o pelo de recién follado.

También escribimos su mote, Guapísimo Gilipollas, un centenar de veces, alguna letra de canción que lo describe a la perfección y, en un alarde creativo, un intento de dibujo de una postura del *Kamasutra* porque, de acuerdo con su leyenda urbana, es un dios del sexo sin parangón y eso es un contra importantísimo... o un pro, ya no me acuerdo.

No dejamos de reírnos y, cuando Arizona pone la canción *Let's go,* [3] de Tiësto con Icona Pop, en bucle en su móvil, comenzamos a cantar y bailar. Estamos tan entusiasmadas que no nos damos cuenta de que la luz del vestíbulo se enciende y también la de nuestro pasillo. Ni siquiera nos percatamos de nada cuando alguien se detiene al otro lado del cristal y empieza a leer todo lo que hemos escrito.

—Joder —grito con la voz evaporada cuando me giro y veo al mismísimo Colin Fitzgerald leyendo todo lo que pone en el cristal.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Apago la música rápidamente, le doy un manotazo en el hombro a Arizona, que se vuelve sorprendida, y creo que las dos tragamos saliva a la vez. Colin está al otro lado de la pared transparente, ladeando

suavemente la cabeza mientras lee y sonríe y continúa leyendo con una expresión que entremezcla la curiosidad, la diversión y todo el engreimiento del mundo. El Guapísimo Gilipollas está disfrutando con esto.

Despacio, como en esa canción de Maroon 5 que escuchamos en el Goose, rodea la pared y entra en la pequeña pecera. El alcohol se evapora de golpe.

—Buenas noches, señoritas —nos saluda con la voz ronca.

De prisa, Arizona coge su móvil de encima de la mesa y se lo lleva al oído.

—¿Diga? —miente descaradamente.

Yo abro la boca escandalizada mientras clavo mi vista en ella. ¡Nadie la ha llamado!

—¿Que tu madre está en el hospital? —prácticamente grita—. Voy para allá.

Finge colgar su falsa llamada y se dirige hacia la puerta sin mirar atrás.

—¿Adónde vas? —protesto.

—¿No lo has odio? —se queja girándose para verme, pero sin ninguna intención de detenerse—. Su madre está en el hospital.

Yo alzo las manos. No puedo creerme que vaya a echarle tanto morro. ¡Todo esto fue idea suya!

—¡Arizona! —protesto de nuevo, pero no hay nada que hacer. Probablemente ya esté en la frontera con México.

Bajo los brazos y contengo todo mi nerviosismo para no empezar a dar golpecitos con el tacón sobre el parqué. Mientras, Colin Fitzgerald me observa, estudiándome. Maldita sea, ¿qué va a pensar de mí ahora?

«Eso debiste pensarlo tú antes de colarte en la oficina.»

Oh, cállate.

Lo mejor será fingir que no tengo nada por lo que avergonzarme, que es de lo más común entrar en el despacho de otros ejecutivos a escribir obscenidades en las paredes. Además, si no quería que eso

pasase, no debería haber puesto unas paredes de cristal tan tentadoras para locas borrachas.

—¿Ha sido divertido? —pregunta con una impertinente sonrisa.

—No era diversión, era trabajo —respondo sin achantarme—. Estaba tratando de tomar una importante decisión.

—¿Sobre mí?

—Exacto —contesto alzando la barbilla altiva y cruzándome de brazos.

Eso es. Sólo tengo que fingir ser una fría ejecutiva de una peli de los ochenta un poco más.

—¿Sobre cómo se me da follar? —inquiere socarrón, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Sí... digo, no —me retracto en cuanto analizo su pregunta.

Colin sonríe, se incorpora de nuevo y comienza a andar desenfadado hacia la pared garabateada.

Incluso cuando parece despreocupado, sigue resultando increíblemente masculino.

Yo hundo los hombros y me doy cuenta de que esta estrategia no me está dejando demasiado bien.

Debería sincerarme.

—Mira —arranco caminando hasta colocarme a su lado—: yo sólo quería saber si puedo confiar en ti.

Colin alza la mirada, fijándose en las frases de más arriba. La luz que llega desde el pasillo incide en sus ojos y de pronto se ven increíblemente azules. Yo pestañeo y me obligo de inmediato a dejar de observarlo.

—Cunningham Media es muy importante para mí —añado.

De reojo puedo ver cómo deja de contemplar la pared y centra su mirada en mí.

—¿Por qué es tan importante para ti salvar esa empresa?

—Porque Henry me salvó a mí. —Hago una pequeña pausa, recordando exactamente qué significan esas palabras—. Se lo debo.

Levanto la cabeza y volvemos a encontrarnos frente a frente. No he mentido. Henry me salvó cuando nadie daba un mísero centavo por mí. Si tengo que tragarme mi orgullo y trabajar con Fitzgerald, tener al enemigo en casa, lo haré, pero antes necesito saber que de verdad va a permitirme sacar a Cunningham Media del pozo y que ofrecerme salvarla no es sólo una estrategia para terminar de hundirla.

Seguimos mirándonos y creo que estudiándonos el uno al otro. Me gustaría que me dijera exactamente lo que necesito escuchar, aunque, para ser franca, no sé si podría creerlo.

—Será mejor que te marches a casa —dice tras humedecerse el labio inferior—. El chófer está abajo, él te llevará.

Asiento. Tiene razón.

En el ascensor estamos prudentemente separados. Yo, apoyada en una de las paredes laterales con los brazos cruzados; él, en la otra esquina de la pared frontal, con los brazos estirados y sus masculinas manos apoyadas en la barandilla que rodea todo el cubículo a poco más de un metro del suelo. El silencio se instala entre ambos, pero, por algún extraño motivo, no es algo violento. En realidad, desde que lo conozco, lo he odiado e incluso he querido golpearlo en la cara con algo increíblemente pesado, pero nunca me he sentido incómoda a su lado. Quizá ése sea un buen punto de partida para trabajar juntos.

Atravesamos el vestíbulo caminando uno junto al otro. Colin me abre la puerta y, al salir, debido al aire frío de mediados de diciembre, todo mi cuerpo se tensa y las preguntas se estrellan unas contra otras en mi cerebro. Tengo mucho en lo que pensar esta noche.

Un hombre de unos cincuenta años cuadra los hombros profesional al ver a Colin y se separa un paso del Jaguar negro en el que estaba apoyado.

—Lleve a la señorita Dempsey a su casa —lo informa Colin, metiéndose las manos en los bolsillos de sus pantalones—. Ella le dará la dirección.

El conductor asiente y, presto, me abre la puerta de atrás. Colin me mira, pero sigue en silencio. Yo no sé qué decir. Supongo que lo mejor es que me marche ya. Asiento suavemente para reafirmarme y giro sobre mis pies para montarme en el coche.

—Al final es una cuestión de confianza —dice.

Su voz es ronca, pero extrañamente cálida, y detiene mis pies en seco antes de que mi cerebro hubiese decidido que quería pararme y enfrentarlo.

—La confianza en sí, quiero decir. Es una jodida paradoja —continúa hablando con una suave sonrisa rascándose la barbilla—, como aquella historia de los prisioneros y los policías de Dresher. Si quieres confiar en mí, tienes que confiar en que puedes confiar. Te lo dije esta tarde y vuelvo a repetírtelo: no hay nada escrito sobre Cunningham Media. Todavía puedes salvarla.

Yo suspiro manteniéndole la mirada.

—Gracias —respondo.

Giro sobre mis pies de nuevo y entro en el coche. El conductor cierra tras mi paso y, por un momento, sigo observando a Colin a través del cristal.

Tiene razón, pero yo la tenía en que, aunque dijese lo que yo quería escuchar, no sabría si podría creerlo.

—Siento haber pintado tu pared —le digo tras bajar la ventanilla, asomándome.

El vehículo arranca y avanza los primeros metros. Colin sonríe y, sin esperar a que nos alejemos del todo, da media vuelta todavía con las manos en los bolsillos y regresa al edificio.

Definitivamente, tengo muchísimo en lo que pensar.

4

Corro más rápido de lo habitual, o por lo menos ésa es la sensación que tengo, porque las treinta y cinco manzanas hasta la catedral de San Patricio se funden como si sólo hubiesen sido una. Acelero el ritmo. Times Square. Central Park. De vuelta en el Upper East Side. Me detengo en seco frente a mi edificio y prácticamente me arranco los cascos de golpe. *What makes a good man?,* [4] de The Heavy, sigue sonando débil desde mi mano. No he conseguido dejar de pensar. Yo

siempre consigo dejar de pensar.

Sacudo la cabeza, me echo el pelo hacia atrás con una mano y entro. Desde que ayer descubrí a Audrey en mi oficina, más concretamente desde que dijo que Henry la salvó, no he podido parar de darle vueltas a las mismas preguntas. ¿De qué la salvó? ¿Qué ocurrió? ¿Cuándo? Además, está el molesto hecho de cuánto me importa que ella no tenga claro que puede confiar en mí ni siquiera después de haberle dicho específicamente que todavía podemos salvar Cunningham Media. No soy ningún gilipollas sin moral. No voy a mandar una compañía con más de doscientas personas al traste sin antes intentar reflotarla. Resoplo y salgo del ascensor. También es verdad que nunca me ha temblado el pulso cuando acabar desmantelándola y vendiéndola ha sido lo que he tenido que hacer.

Abro el grifo de la ducha. El baño se llena al instante de vapor. Me quito la camiseta y me meto bajo el chorro de agua caliente, casi hirviendo. Quiero que confíe en mí y quiero que trabaje conmigo, aunque no tenga claro por qué quiero ninguna de esas dos cosas.

Me revuelvo el pelo un par de veces mientras observo el Rock Center a través del enorme ventanal. Me pregunto si ya habrá llegado, qué habrá decidido. Repito el gesto y me concentro en el prospecto de inversiones que tengo delante.

No alzo la mirada cuando la oigo entrar. Sé que podría ponerle las cosas más fáciles, pero yo ya dije todo lo que tenía que decir. La decisión ahora depende de ella. Me observa unos segundos y finalmente hunde los hombros como si se rindiese a la elección que ya ha hecho.

Camina hasta mí, coge una carpeta y se sienta a mi lado.

Ladeo la cabeza satisfecho y la observo un segundo antes de volver a mis papeles. Sonrío. Ha hecho lo que tenía que hacer.

—Que trabajemos juntos no significa que necesite ver tu sonrisa cada quince segundos —apunta.

Mi gesto automáticamente se ensancha.

—Yo tampoco necesito ver muchas cosas de ti que me hacen pensar otras muchas cosas y aquí estoy, dejándome llevar y disfrutando —

replico.

—Descarado —responde divertida.

Sonrío de nuevo y ella también lo hace. No sé por qué, pero me gusta tenerla cerca.

Un poco antes de la una, bajo a mi despacho. Quiero tratar algunos asuntos con Beatrice antes de que se vaya a comer. Trabajar con Audrey ha sido... diferente, mejor. En la oficina, aunque Jackson, Donovan y yo sabemos exactamente lo que queremos y cómo lo queremos, también preferimos repartirnos el trabajo para que cada uno disfrute de su autonomía y no tengamos que molestarnos los unos a los otros para la toma de decisiones, así que siempre he trabajado solo y, por supuesto, nunca he estado sentado con alguien cinco horas sobre el suelo de moqueta de una planta desierta revisando proyectos. No ha sido violento, ni siquiera incómodo. No tenía dudas de que Audrey es inteligente, pero la manera en la que me ha aguantado el ritmo con cosas como inversiones o prospectos de capitalizaciones, que están tan alejadas de su campo, me ha sorprendido.

—Beatrice —la llamo tamborileando suavemente con los dedos sobre su escritorio de camino a mi despacho.

Ella se levanta y me sigue. Arizona no pierde detalle desde su mesa. Yo la observo hasta que deja de mirar a mi secretaria y me mira a mí, y sonrío. Ella disimula de inmediato a la vez que aparta la vista. Fue la cómplice de Dempsey. Me pregunto hasta qué punto serán amigas.

Le pido varios informes a Beatrice y regreso con ella a la sala principal. Hoy comeré con Dillon Colby y revisaré algunos asuntos del edificio Pisano.

No hemos llegado todavía a su mesa cuando veo a Audrey salir de su despacho. Pestañeo un par de veces mientras la sigo con la mirada. Está diferente. Se ha cambiado de vestido y se ha maquillado. De pronto parece una niña buena de familia adinerada. La estudio de pie, esperando los ascensores. Sigue estando preciosa, pero no parece ella, como si llevase puesto un uniforme. Las puertas cerrándose me sacan de mi ensoñación y tardo un segundo entero en reordenar mis ideas... ¿Adónde demonios va?

Las reuniones con Dillon Colby nunca son mi momento favorito del día, pero hoy me está resultando más insoportable de lo habitual. Este hombre parece estar volviéndose más idiota por segundos. Aún no ha terminado el primer plato cuando saco mi iPhone y, casi sin pensarlo, busco en Google el nombre de Audrey Dempsey. Quizá sea de una familia acomodada o algo por el estilo. La manera en la que iba vestida tiene una intención. No es algo aleatorio. Sin embargo, no hay nada. Lo único remotamente interesante es que comparte apellido con una actriz de los años setenta, Cara Dempsey, que desapareció del panorama cinematográfico a principios de los ochenta.

Después de la tediosa comida, en lugar de regresar a Cunningham Media, voy a mi oficina. Necesito empezar a cerrar algunos asuntos y Donovan y Jackson querrán saber cómo ha ido todo con Colby. Podría haberlos llamado por teléfono, pero insultarnos en directo siempre resulta más divertido.

Saludo a Eve y recojo los papeles con algunas llamadas anotadas que me tiende. Nada importante.

Voy directo al despacho de Jackson. En cuanto me ve, su secretaria se levanta de un salto con cara de susto dispuesta a impedirme el paso.

—Al señor Colton no le gusta que lo interrumpan —balbucea.

Yo le guiño un ojo y le sonrío sin detenerme, y abro la puerta sin ni siquiera llamar.

Jackson alza la cabeza sentado al otro lado de su mesa y me fulmina con la mirada.

—No seas gruñón, joder —me quejo, cerrando la puerta tras de mí.

—¿Tú no tendrías que estar en Cunningham Media? —inquiere arisco.

—Te echaba de menos.

Mi socio cabecea mostrando una sonrisa, dejándome por imposible, mientras vuelve a sus papeles.

—No finjas que tú no me echas de menos a mí —replico divertido.

—¿Qué tal ha ido con Colby?

Bufo mientras paso los dedos desinteresado por la colección de libros

de economía de Jackson.

—Mal —respondo al fin.

—Deberíamos despedirlo.

—¿Y dejar al frente de Pisano a Connor Derby? Ese tío tiene nombre de piloto de la NASCAR.

Los dos sonreímos. Cojo un libro de derecho constitucional, uno increíble de Sullivan Matthews, y me siento en el borde de su mesa, dándole la espalda, al tiempo que empiezo a ojearlo.

—Además, Donovan no lo soportaría —le recuerdo—. Lo odia a muerte desde que intentó ligarse a Katie.

—Eso es cierto.

Jackson continúa trabajando y yo comienzo a leer. Durante unos minutos permanecemos en silencio, cada uno concentrado en lo que tiene delante. Éste es uno de mis libros favoritos. Sullivan Matthews fue el primero en decir que el Estado debía estar al servicio de los ciudadanos y no al revés, una especie de Revolución francesa, pero sin guillotina ni asaltos a prisiones. Él se limitó a señalar lo que era obvio y el reajuste fue orgánico y tranquilo. Siempre me ha gustado esa idea. Sabes lo que quieres, lo coges y lo conviertes en tu forma de vida sin dramatismos, todo lleno del control que uno siempre debe tener sobre lo que lo rodea.

—¿Te acuerdas de por qué decidimos montar esta empresa? —le pregunto, ladeando la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—Sabíamos lo que queríamos —responde como si fuera obvio—, buscábamos ganar dinero... —lo piensa un instante—... y supongo que somos demasiado gilipollas para aguantar trabajar para otros.

Los dos volvemos a sonreír. Yo también habría contestado eso, pero creo que hubo algo más.

—Sobre todo tú —añado.

—Es lógico, también soy el que tiene más dinero.

—Por eso Lara sigue contigo —bromeo.

—Capullo —replica conteniendo una sonrisa.

Continuamos en silencio unos minutos más.

—¿Te suena de algo el nombre de Audrey Dempsey? —inquiero, esta vez con la vista aún clavada en el libro.

—Es la vicepresidenta de Cunningham Media, ¿no?

—No me refiero a eso —me apresuro a aclarar—. Quiero decir si reconoces a los Dempsey como una de esas familias de gente absurdamente rica de Glen Cove.

Jackson lo piensa un momento y finalmente niega con la cabeza.

—No, pero tampoco conozco a todos los ricos del estado —apuntilla socarrón.

Frunzo los labios. Esa respuesta no me vale.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Me está ayudando a valorar las posibilidades de la compañía.

De pronto mi cuerpo entra en una extraña tensión y no sabría decir por qué. ¿Acaso no es la verdad?

—Estoy estudiando todas las opciones —añado encogiéndome de hombros, en cierta manera poniéndome en guardia.

—¿Y cómo van esas opciones?

Sonríe con cierta malicia y, aunque mi primer impulso es algo desconocido que no sé muy bien cómo gestionar, yo también sonrío y me relajo al instante, como si las aguas volviesen a su cauce.

—Si te refieres a la empresa, aún no hay nada decidido y, si te refieres a Audrey Dempsey...

—¿Por qué das por hecho que me refería a ella? —contraataca.

—Porque eres un pervertido.

—Mira quién fue hablar.

—No me la estoy tirando ni nada parecido.

No sé por qué necesito aclararlo. Es preciosa; puede que no en el

sentido más convencional de la palabra, pero lo es, y no voy a negar que he fantaseado un par de veces con la idea de follármela. Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué me molesta tanto que sea otro quien lo insinúe?

Jackson se recuesta sobre su silla y se toma unos segundos para observarme.

—Sabes que Hamilton no quiere salvar la compañía, ¿verdad?

—Entonces es una suerte que sea un gilipollas incapaz de trabajar para nadie.

Mi amigo sonríe más que satisfecho de la respuesta que acabo de darle y yo salgo de su despacho. De camino al mío, sacudo la cabeza.

No hay por qué analizarlo todo en el preciso instante en que sucede, ni darle más vueltas de las precisas. No tengo que comportarme conmigo como me comporto con un prospecto de inversiones, estudiándolo al detalle.

—Nada de dramatismos —murmuro.

Me paso las siguientes horas trabajando y, antes de irme a mi apartamento, darme una ducha y marcharme al Archetype, decido pasar por Cunningham Media para asegurarme de que han mandado todo lo que pedí desde el edificio Pisano.

Estoy ojeando la tercera carpeta cuando me doy cuenta de que varias cosas no están saliendo como quiero. Miro el reloj y resoplo. Si me doy prisa, podré tenerlo todo listo en una hora. Cojo los archivos que necesito y subo a la última planta. Acabo de cruzar el austero marco cuando veo a Audrey de pie, de cara a los inmensos ventanales. Ya no está vestida como este mediodía y es obvio que está llorando. Doy un paso más sin saber muy bien qué hacer. Una parte de mí quiere darse media vuelta, salir de aquí y llamar a Arizona para que sea ella quien se ocupe de consolarla. La otra quiere saber qué le ha ocurrido y pegarle una paliza al que haya provocado que esté así. La segunda parte me inquieta bastante, pero también pesa más que la primera.

—Hola —digo, e inmediatamente pongo los ojos en blanco. ¿En serio no podía ocurrírseme nada mejor?

Al oírme, Audrey da un brinco y, rápida, se seca las lágrimas con el reverso de las manos.

—Maldita sea —susurra avergonzada—. Creí que ya no volverías a la oficina por hoy —balbucea como excusa y se dirige hacia la puerta.

—Espera —le pido, agarrándola de la muñeca y obligándola a girarse.

El contacto nos pilla por sorpresa a ambos. Ella clava la mirada en mis dedos rodeando su piel. No está enfadada, ni siquiera sorprendida.

Sus ojos están llenos de... curiosidad. Abro la boca dispuesto a decir algo, pero acabo humedeciéndome los labios sin saber qué palabras pronunciar.

—No tienes que marcharte. Puedes contarme lo que te ha pasado.

Parece salir de su ensoñación y alza la cabeza buscando mi mirada.

—No me parece una buena idea.

—¿Por qué no? Es obvio que necesitas hablar y pensé que, después de que aceptaras que trabajáramos juntos, tenías claro que podías confiar en mí.

Me observa un segundo más y, como si cayera en la cuenta de algo, arruga el ceño.

—Pero eso no significa que seamos amigos.

Bufo a la vez que aparto mi mano de su muñeca. Esta mujer es exasperante.

—Yo no he dicho eso —gruño—. Por Dios, deja de estar siempre a la defensiva.

—Y tú deja de darlo todo por hecho —replica impertinente.

Sonrío y ni siquiera sé por qué, esto no tiene ninguna gracia, pero la sensación de tener cristalinamente claro que cada paso con Audrey va a ser una batalla me calienta por dentro.

—Discutir mejor que llorar, ¿no?

Ahora es ella la que sonríe.

—He discutido con mi hermano, Steven —dice al fin—. Hoy hemos almorzado juntos y hemos acabado peleándonos. —Su respiración vuelve a entrecortarse—. Las cosas son complicadas con él.

Se encoge de hombros y yo estudio cada gesto que hace.

—¿Por qué las cosas son complicadas con él?

—No está de acuerdo con algunas decisiones que tomé.

—¿Y tus padres?

—Sólo estamos él y yo —se apresura a responder—. Es mi hermano mayor y está convencido de que tiene que cuidar de mí.

Asiento y durante un par de segundos nos quedamos callados. Es curioso, pero con ninguna pregunta he tenido la necesidad de pedir disculpas por ser un entrometido, ni Audrey se ha negado a contestar; tampoco me ha importado estar sabiendo más de ella.

—Y, si no tenéis una buena relación, ¿por qué aceptas comer con él?

Audrey arruga el gesto de nuevo, como si no entendiese mi pregunta.

—Porque es mi hermano —contesta como si fuera obvio.

Yo le mantengo la mirada y volvemos a quedarnos en silencio. Eso es algo que jamás podré entender, pero en lo que no voy a meterme.

¿Por qué mantener en tu vida a alguien que no es bueno para ti? Todo es más sencillo. Experimentación y resultado. Causa y efecto. Si algo no funciona, apártalo.

—¿Y por qué habéis discutido?

Se sorbe los mocos, clava los ojos en sus propias manos y niega suavemente con la cabeza. No puedo evitar sonreír contemplándola, es adorable.

—Por lo de siempre —responde—. Él quiere que me comporte de una determinada manera, que haga las cosas que cree que debo hacer, y eso es muy difícil por demasiados motivos.

Se lleva la palma de una mano a la frente, casi tocándose los ojos, y sonríe nerviosa.

—Por Dios, debo de estar aburriéndote soberanamente.

—No te preocupes, con la segunda palabra me he puesto a pensar en el partido del New York City —replico con una sonrisa, buscando su mirada.

Audrey aparta la mano y me devuelve el gesto. Me gusta verla sonreír después de todo lo que me ha contado.

—Empató —responde pillándome por sorpresa. ¿Acaso le gusta el *soccer?* —; dos a dos, con el Dallas.

Yo sonrío divertido, eso sí que no me lo esperaba, y ella se encoge de hombros.

—¿Por qué no me cuentas algo de ti? —me pide—. De tu familia. Así estaremos en paz.

Lo medito un instante estudiando su cara, sus ojos grandes y marrones, su nariz respingona y sus labios. No es una chica guapa, pero tampoco quiero dejar de mirarla.

—Mi familia era como cualquier familia irlandesa del este de Portland —contesto sin darle importancia—. Diecisiete hermanos peleándonos por el cuarto de baño.

—¿Sois diecisiete hermanos? —exclama con cara de susto.

Yo asiento de nuevo, encogiéndome de hombros, burlándome de ella.

—No —digo al fin, conteniendo una carcajada—. Soy hijo único. Me criaron mis abuelos.

—Eso no es muy irlandés —conviene enarcando las cejas.

—Pero tener un padre que vive en el bar, sí.

Su expresión vuelve a cambiar en una décima de segundo.

—Lo siento, Colin —se disculpa, sintiéndose culpable por haber bromeado.

—No hay nada que sentir, Dempsey. Mi padre eligió la vida que llevó. Yo estuve con mis abuelos y mi tía.

Busco de nuevo su mirada.

—Yo tuve una familia fantástica, él no —sentencio.

Al ver mi sonrisa, inmediatamente se contagia en sus labios. Otra vez me sorprende la rapidez con la que hemos hablado de algo íntimo y personal y cómo ninguno de los dos parece haberse sentido incómodo con la situación.

—Todas estas violentas confidencias —bromeo, haciendo un vago gesto entre los dos con el que consigo que vuelva a sonreír—, nos obligan a cenar algo.

Creo que Audrey niega con la cabeza incluso antes de que termine de pronunciar la última palabra.

—No puedo —se reafirma—. No puedo ir a cenar contigo.

Yo pongo los ojos en blanco, la cojo de la mano y tiro de ella, obligándola a caminar.

—Sólo voy a invitarte a una hamburguesa con queso y patatas en la primera cafetería que encuentre —le dejo claro—. No es una cita, Dempsey. No voy a usar mi telequinesis para follarte en mi cama —suelto, girándome hacia ella, alzando la mano a la altura de los ojos y fingiendo que tengo poderes mentales.

Ella sonríe de nuevo.

—No sería telequinesis —me corrige redicha—, tendrías que hipnotizarme.

—¿De verdad? —replico socarrón.

Audrey entiende de inmediato que me estaba burlando de ella y me golpea en el hombro, divertida.

—Eres idiota —se queja cantarina.

Yo sonrío y la obligo a bajar las escaleras.

—¿Por qué haces todo esto? —me pregunta cuando alcanzamos el último peldaño, sólo a unos metros de la puerta que nos llevará de regreso a la sala principal.

Me detengo y ella lo hace a mi lado, sin soltarse de mi mano. Mi sonrisa desaparece, pero vuelve en cuanto encuentro la respuesta.

—Porque me gusta hablar contigo. Nunca había hablado con una chica.

Me preocupa sonar prepotente, pero la sensación apenas dura unos segundos. No estoy diciendo que las mujeres no merezcan la pena o sólo sirvan para el sexo; es que yo, Colin Fitzgerald, en mis treinta y dos años de plácida existencia, nunca me había parado a hablar con una chica más allá de dos frases vacías para llevármela a la cama... y,

con Audrey, esa cálida sensación de intimidad, no es algo de lo que quiera huir, ni siquiera lo considero una antesala de nada más. Y por algún extraño motivo sé que ella ha entendido cada palabra.

Su sonrisa se dulcifica y ahora es Audrey la que tira de mí para que sigamos andando.

—Ése es un buen motivo, Fitzgerald. Creo que me va a gustar que seamos amigos.

5

Estoy a punto de llegar a las escaleras cuando oigo que Arizona me llama. Al volverme, la veo correr hacía mí, exhausta y con cara de pocos amigos a la vez.

—¿Has estado hasta ahora en la reunión? —pregunto sorprendida.

—Colin está loco —refunfuña—. En la rueda de prensa pretende revisar los archivos contables, de inversiones y de capitalización... ¡de los últimos cinco años!

Sonrío. Colin ha organizado, para dentro de ocho semanas, una importantísima reunión. Intervienen tantos departamentos y empresas diferentes que designó un pequeño grupo que se encarga de coordinar y gestionar toda la documentación que se revisará en la reunión. Arizona está en dicho grupo.

A la rueda de prensa, como la llama Arizona, porque según ella nunca vamos a ver más trajes de firma gris marengo juntos, vendrán los dos socios de Colin, Jackson Colton y Donovan Brent, además de abogados del despacho jurídico que representa al comprador y este último. Lo sigo llamando *comprador* porque no sé ningún detalle sobre él, ni siquiera su nombre, y no ha sido por falta de ganas, pero, cada vez que he intentado usar algún subterfugio para averiguar algo, he acabado dándome de bruces con Colin, que siempre repite la misma frase: «el comprador quiere permanecer en el anonimato y la discreción es una regla fundamental para Colton, Fitzgerald y Brent». A mi curiosidad y a mí no nos cae muy bien cuando dice eso.

—Si Colin os ha pedido tanta documentación, será por un buen motivo. Sabe lo que hace.

Mi amiga entorna los ojos y me barre con la mirada.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Nada —responde perspicaz al cabo de unos segundos.

Pongo los ojos en blanco y reanudo mi camino. No sé qué es lo que se está imaginando, pero no puedo quedarme a descubrirlo, tengo muchísimo trabajo.

—Recuerdas lo de esta tarde, ¿verdad? —inquiero girándome y andando de espaldas—. Tienes que darle la medicina del tapón rojo. Es muy importante. —Lo pienso un instante—. Será mejor que lo cancele todo y vaya a casa...

—No te preocupes —me interrumpe —. Está todo controlado.

Frunzo los labios y finalmente me rindo. Tiene razón.

—¿Qué haría sin ti? —le digo empujando la puerta de acceso a las escaleras con el culo.

—Sabes que no podrías vivir sin mí, pequeña.

—Lo sé, pequeña —sentencio con una sonrisa.

Subo de prisa las escaleras y en apenas un minuto estoy en la planta superior. Me quito los zapatos y, tras sonreírle al Rock Center, cojo una de las carpetas de las decenas apiladas y me siento junto a Colin.

Es curioso lo rápido que nos hemos acostumbrado el uno al otro en el sentido laboral. Colin no está obsesionado con el trabajo, pero sí disfruta muchísimo con lo que hace y eso lo vuelve todo más fácil.

Sólo llevamos dos semanas colaborando, pero nos compenetramos muy bien. Algunas personas tardan mucho más tiempo en lograrlo y en el ochenta por ciento de los casos ni siquiera acaba funcionando.

Abro el dosier sobre mi regazo y cojo un lápiz del cubilete entre los dos, el único material o mobiliario de oficina de toda la planta. Reviso el primer documento. Es la propuesta de inversión de Michael Talbot, algo muy provechoso para Cunningham Media y que probablemente nos sacaría del pozo. Henry le ha pedido a Colin que se encargue de las gestiones y, en última estancia, decida si aceptamos o no la propuesta, aunque es un mero trámite, está claro que dirá que sí. Concentrada, me llevo el lápiz a los dientes.

—Ni se te ocurra —murmura con la mirada fija en la tabla de inversiones que corrige.

No puede hacerme esto. Tengo la costumbre de mordisquear los lápices desde la escuela primera.

—Así pienso mejor —me defiendo.

—¿Tengo pinta de que me importe?

Entorno los ojos y acabo dedicándole un mohín a la vez que dejo caer el lápiz en el cubilete. Eso también ha sido muy de escuela primaria.

—¿Cuántos años dices que tienes? —pregunta burlón, aún sin levantar la mirada—. Aunque no sé por qué pregunto, el otro día encontré una piruleta en tu bolso.

—La piruleta no era mía —protesto.

—Entonces, ¿de quién era? —contraataca sin dejar de prestar atención a sus papeles.

Abro la boca dispuesta a contestar, pero la cierro de inmediato, frenándome a mí misma. Frunzo los labios y lo pienso un instante. Sonrío. Tengo la respuesta perfecta.

—No vayas por ahí, Fitzgerald —replico veloz—. Tengo muchos trapos sucios sobre ti. Ayer te vi robarle una chocolatina a una chica de su mesa.

Colin sonríe.

—Uno, no era una chocolatina —dice ladeando la cabeza para mirarme—. Era una Three Musketeers.

Yo me llevo dos dedos a la boca abierta, fingiendo que sólo de oír el nombre del dulce me dan ganas de vomitar.

Colin me observa muy serio, tratando de contener una sonrisa.

—¿Y dos? —lo apremio impertinente, como si no hubiese hecho nada fuera de lo común.

—Y dos, no le estaba robando nada. Había escrito su número de teléfono en el envoltorio —sentencia con una sonrisa traviesa.

Le dedico un nuevo mohín, se lo ha ganado a pulso, pero de pronto

caigo en la cuenta de algo que, en realidad, llevo pensando semanas. Colin Fitzgerald es el sexo con piernas. Es un hecho objetivo. Hay algo en su forma de moverse, de mirar... Y cuando tu vida sexual se para de golpe y para siempre a los diecisiete años, un hombre así resulta, cuando menos, intrigante.

—Háblame de tus experiencias sexuales, Señor Mujeriego.

Colin se echa a reír sincero. Mi comentario y su apodo le han pillado por sorpresa.

—¿Que te hable de qué? —Hace una pequeña pausa—. No sé. Creo que no quiero —confiesa sin que la sonrisa lo abandone.

—Vamos —gimoteo girándome hacia él—. Vamos, vamos —añado con voz de cachorrito.

Ya hablamos de todo. Tenemos esa clase de confianza que me permite, por ejemplo, llamarlo *capullo* cuando se lo merece, cosa que ocurre la mayor parte del tiempo, y él la tiene para comerse la mitad de mi sándwich y beberse tres cuartas partes de mi refresco después de haber dicho que no quería almorzar.

¿Por qué hablar de sexo iba a ser diferente?

—Está bien —claudica resignado. Yo sonrío de oreja a oreja, incluso doy unas palmaditas—. ¿Qué quieres saber?

—No lo sé... —Tengo la sensación de que estoy a punto de mantener una conversación con uno de los protagonistas de novela romántica que tanto me gusta leer... ¿Puedo llamarte Christian?

Me llevo el pulgar a la boca, pero Colin alza la mano y lo aparta. Eso tampoco es nada justo.

Necesito hacerlo cuando estoy nerviosa. Colin me observa impasible y yo acabo arrugando la nariz sólo para que deje de mirarme como un profesor de escuela.

—Quiero saberlo todo —contesto al fin muy segura.

Bien dicho, Bluebird. No todos los días puedes recibir una pizca de sabiduría directamente del dalái lama del sexo.

—No voy a contártelo todo —replica conteniendo una nueva carcajada—. Un mago necesita guardarse algunos trucos.

—¿Piensas usarlos conmigo, Fitzgerald? —bromeo.

—¿Piensas darme la oportunidad, Dempsey?

—Eso depende —digo muy resuelta.

Colin frunce el ceño y me mira con interés.

—Desde luego no me esperaba esa respuesta —confiesa con una sonrisa—. Y… ¿se puede saber de qué depende?

—De tus experiencias.

Por un momento parece todavía más confuso y yo no puedo evitar sonreír un poco satisfecha y con un poco de malicia. No pasa muy a menudo, por no decir nunca, que consiga dejarlo fuera de juego.

Normalmente es al revés.

—Estoy calibrándote —me explico divertida y también un poco desafiante.

Me observa un segundo y se humedece el labio inferior justo antes de empezar a hablar.

Sencillamente ha recuperado el control.

—He hecho todo lo que he querido con quien ha querido compartirlo conmigo.

Uau.

Pestañeo y reordeno las ideas. Esa frase ha sido lo más sensual que he oído en diez años.

—No le has dicho que no a muchas mujeres, ¿verdad?

Quiero sonar divertida, o por lo menos desenfadada, pero no tengo claro que lo haya conseguido.

Colin vuelve a sonreír al tiempo que recoge su pierna. Sin pretenderlo, la tela de su pantalón a medida roza mi muslo. Él no se mueve. Yo tampoco. No quiero.

—¿Me estás llamando fácil?

Alzo la mirada a la vez que balanceo la cabeza suavemente,

meditando la respuesta.

—Mujeriego.

—Otra vez.

Por una décima de segundo parece molesto, pero su sonrisa brilla de nuevo y me doy cuenta de que obviamente lo he malinterpretado.

—Me gustan las mujeres, y no me avergüenzo de ello, Niña Buena. —Su apodo me pilla por sorpresa, pero inexplicablemente también consigue que algo dentro de mí se tense deliciosamente—. He disfrutado con ellas y ellas también lo han hecho conmigo. He probado casi todo lo que me han ofrecido y digamos que he aprendido cuáles son mis perversiones favoritas.

Su sonrisa se oscurece y tengo la sensación de que el lobo está saliendo de su letargo.

—¿Y... y cuáles son? —balbuceo.

Colin se inclina un poco más. Ya no sólo me toca su pierna. Nuestros hombros casi se rozan y me doy cuenta de cómo de cerca está su masculina mano de la mía. Sólo tendría que estirar los dedos y podría rozarla o, mejor aún, él podría rozar la mía. Lo que ha dicho, cada palabra que ha pronunciado y cómo lo ha hecho, han provocado que me diluya en el deseo más íntimo y sensual que he sentido en mi vida. Estoy hipnotizada y quiero más.

—Todas y cada una de ellas —susurra salvajemente sensual.

Joder.

Me quedo observándolo. No quiero, pero tampoco soy capaz de dejar de hacerlo. Colin se aparta y, con el movimiento, de pronto, la manera en la que lleva la camisa a rayas remangada bajo el chaleco oscuro, casi negro, me llama poderosamente la atención. Maldita sea, viene a trabajar así todos los días, ¿por qué parece que acabo de descubrirlo hoy?

Noto algo entre los dos y al fin consigo salir de esta especie de ensoñación. Agacho la cabeza y, confusa, observo cómo me está tendiendo uno de los lápices del cubilete.

—Te lo presto —dice con una media sonrisa de lo más socarrona—. Parece que ahora sí necesitas algo con lo que entretenerte.

Abro la boca escandalizada, enfadada y muy indignada, y, cuando lo veo sonreír encantado por su propia broma... sencillamente es el colmo. Cojo los tres lápices que quedan en el cubilete y rápidamente los lamo de arriba abajo bajo su atónita mirada. Los suelto en el bote y, antes de que pueda pensar con claridad en lo que acabo de hacer, rompo a reír como una niña.

—Malditos veintisiete años —farfulla divertido, cabeceando y volviendo a los documentos que revisaba.

Cuando mis carcajadas se diluyen, lo imito y vuelvo al trabajo. Sin embargo, no han pasado más de un par de segundos cuando pierdo la vista en el Rock Center justo en el mismo instante en el que mi mente decide regalarme imágenes muy vívidas de todo lo que acaba de contarme Colin, con él como protagonista. Suspiro discretamente y vuelvo la vista a las carpetas.

Ahí está la diferencia entre hablar de sexo y hacerlo de todo lo demás, que ahora no puedo dejar de imaginármelo desnudo... Guapísimo Gilipollas.

Más tarde, sigo trabajando. Ya ha anochecido y todos se han marchado a casa, pero yo necesito terminar el informe sobre la propuesta de inversión de Michael Talbot. Es muy importante, pero no encuentro la maldita carpeta que necesito.

—¿Dónde he metido esos condenados archivos? —me quejo levantando cada carpeta de mi escritorio.

Resoplo y me llevo las manos a las caderas. En ese momento la puerta se abre y entra Colin.

—Tengo hambre, Niña Buena. Nos vamos a cenar.

—No puedo —respondo.

Necesito encontrar esos papales, así que voy a dejar para otro momento el explicarle al señor «el mundo es mío» que el que tiene hambre es él, no yo, así que no tengo por qué ir; además de repasar las grandes batallas: tienes que llamar antes de entrar y no me llames Niña Buena. Sonrío. ¿A quién pretendo engañar? Es una causa perdida.

—Sí que puedes —contraataca.

—No, en serio. Tengo que encontrar los archivos de la propuesta de Michael Talbot para acabar el informe. Henry lo quiere a primera hora... y no sé dónde está la maldita carpeta —concluyo levantando por tercera vez mi portátil como si mágicamente hubiese ido a parar allí.

Tan pronto como dejo de nuevo el ordenador sobre la mesa, tuerzo el gesto. Acabo de recordar dónde la dejé; más concretamente, la he visualizado sobre otros dosieres, perfectamente cuadrados y ordenados encima de la mesa de Mitchell McDowell, el jefe del departamento contable. Yo misma se la llevé esta tarde y olvidé recogerla. ¡Soy idiota!

—Está en el despacho de McDowell —gimoteo.

—Pues ve a buscarla.

—Ya se ha marchado.

—Pues entra en su despacho —responde como si fuera obvio.

—Está cerrado con llave.

—Llama al conserje y dile que te abra la puerta. El despacho es tuyo.

Yo sonrío socarrona.

—Y todos los que trabajan aquí —continúo con la voz grave, burlándome de que haya hablado como si fuera el dueño de una plantación sureña en 1817—. No puedo hacerlo. Además, McDowell está obsesionado con su despacho. No deja que nadie entre si él no está. Una vez ya hice que el guardia de seguridad me abriese y, al enterarse, le estuvo gritando durante quince minutos. No sé qué demonios guarda ahí.

—Porno —contesta sin más.

Finjo no oírlo.

—Porno de importación —se extiende—, de ese que viene de Japón, y seguro que lo ve con una muñeca hinchable ultrarrealista vestida de criada sexy.

—Para —me quejo entre risas—. No quiero saberlo.

—Él mismo le plancha el vestidito negro y los ligeros cada noche.

—¡Colin! —exclamo.

Pongo cara de asco al no poder evitar imaginarme la escena, y él rompe a reír.

—Así es nuestro jefe contable —sentencia.

No voy a negar que ha conseguido que la situación tenga algo de gracia, pero necesito una solución.

Debo terminar mi informe.

—¿Qué voy a hacer? —pregunto llevándome el pulgar a los dientes.

Colin me aparta la mano de la boca y yo lo fulmino con la mirada. No es un buen momento para quitarme mis manías, Fitzgerald.

—Pues, si no puedes pedirle al guardia de seguridad que te abra, habrá que conseguir las llaves.

—¿Cómo?

—¿Tú cómo crees?

Frunzo el ceño, confusa. ¿A qué demonios se refiere?

—Tendremos que robarlas, Dempsey —suelta en un bufido sonriendo, desesperado porque no lo haya deducido por mí misma.

—No —respondo—. No pienso hacerlo.

—Será divertido —replica con una nueva sonrisa.

Está claro que el día que dije que era como un crío con un traje caro no me equivoqué. Exactamente, un crío de diecisiete años con un carísimo traje a medida de tres piezas.

—He dicho que no.

—Como quieras —responde fingidamente resignado, dando un paso hacia atrás—. Supongo que no te importa que mañana Henry llegue y se lleve la enorme decepción de comprobar que no has hecho lo que te pidió.

Entorno los ojos. Lo está haciendo a propósito para que me sienta

culpable.

—El pobre ya lo está pasando lo suficientemente mal, ¿encima quieres decepcionarlo?

—Eres un cabronazo.

Colin se encoge de hombros. Maldita sea, ¡está consiguiendo que me lo plantee en serio!

—Va a ser muy divertido —repite, envolviendo de sexy aventura cada palabra.

Cabeceo a la vez que exhalo sin poder creerme que esté a punto de decir que sí. La sonrisa de Colin se ensancha, me coge de la mano y me saca de mi despacho.

—¡Aún no he aceptado! —protesto mientras atravesamos la desierta planta camino de los ascensores.

—Tú nunca vas a decirme a nada que no, Niña Buena —responde engreído.

Abro la boca escandalizada e indignadísima. Colin nos mete en los ascensores y yo me suelto de inmediato de su mano y me cruzo de brazos. Ha sido un auténtico capullo por decir eso.

—Te lo tienes demasiado creído —le espeto con la vista clavada al frente, alzando la barbilla altanera.

Colin, también mirando las puertas de acero, se encoge de nuevo de hombros con las manos metidas en los bolsillos.

—Y tú estás preciosa cuando te enfadas.

¿Qué?

Las mariposas despiertan en mi estómago y todo mi cuerpo se ilumina. ¡Ha dicho *preciosa!* Sonrío como una idiota y bajo la cara para disimularlo. De reojo puedo ver cómo ladea la cabeza, me observa un segundo y también sonríe.

El ascensor llega al vestíbulo y tengo que reconocer que necesito un segundo antes de salir.

Me dispongo a caminar hasta Frank, el guardia de seguridad, que está tras el mostrador, en el centro del enorme vestíbulo de mármol, pero

Colin vuelve a agarrarme de la muñeca y tira de mí hasta escondernos pegados a la pared del inmenso pasillo que da a las oficinas de la planta de abajo.

—Tienes que distraerlo —me informa en un susurro.

—¿Qué? No —contesto imitando su tono de voz.

Colin pone los ojos en blanco y resopla.

—¿Quieres dejar de protestar? Ve allí y distráelo. Tienes que hacerlo para que yo pueda robarle las llaves.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo?

—¿Tú cómo crees?

—¿Tengo que intentar ligar con él?

Colin se incorpora y me mira muy serio.

—No —afirma como si no hubiera posibilidad alguna de usar esa opción.

Yo abro la boca dispuesta a decir algo, pero la verdad es que no sé qué. En las películas de espías siempre usan la técnica de ligar como distracción, ¿no? ¿Por qué le ha molestado tanto que lo proponga?

—Está bien —claudico.

—Vamos, ve.

Colin me gira entre sus brazos y me empuja con suavidad.

—Sigo sin saber cómo hacerlo —replico susurrando.

—Lo harás bien. Confío en ti.

Me da una palmada en el trasero y me deja prácticamente en mitad del vestíbulo. Yo me giro y lo fulmino con la mirada.

—Vamos —repite como si no hubiese hecho nada fuera de lo común.

¡Dios! Ahora mismo lo odio.

Me vuelvo, bufo y echo a andar. ¿Por qué estoy haciendo esto? Tengo veintisiete años, por el amor de Dios.

—Hola, Frank —lo saludo cantarina.

—Buenas noches, señorita Dempsey. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verás...

Tendría que haber pensado con qué distraerlo antes de intentar distraerlo. ¡En realidad no tendría que estar tratando de distraerlo de ninguna manera!

—¿Sí? —me anima a continuar.

Yo abro la boca sin saber qué decir. Últimamente hago mucho eso.

—He oído un ruido en la planta diecinueve.

Eso es.

—¿Segura? —pregunta levantándose.

Asiento con la cabeza varias veces.

—Sí —me reafirmo, mintiendo estrepitosamente mal— y he visto luces... linternas —especifico.

—Yo me encargo, señorita Dempsey —responde profesional, echando a andar hacia los ascensores.

Lo observo hasta que las puertas se cierran y miro hacia Colin, que ya camina en mi dirección.

—Eres la peor mentirosa del mundo, Dempsey —se queja socarrón.

—Yo ya he hecho mi parte. Haz tú la tuya, criminal.

Colin llega hasta el mostrador, se sienta en la silla de Frank y comienza a trastear en busca de las llaves, mientras yo vigilo que no venga nadie.

—No están —comenta tras unos segundos.

—¿Cómo que no están? —replico rodeando el mostrador y comenzando a buscar también—. ¿Por qué tiene esto aquí? —inquiero confusa al cabo de unos segundos, sacando un paquete de galletas Oreo que estaba escondido junto a los monitores de seguridad.

—No seas así, Dempsey. Lo tendrá por si nos atacan.

Frunzo el ceño aún más confundida. ¿Se refiere a comida para una situación de emergencia prolongada o algo así?

—Por si nos ataca, ¿quién?

—El monstruo de las galletas.

Rompo a reír, aunque es lo último que quiero, y me agacho para seguir buscando. Colin y yo nos movemos a la vez y de pronto, sin que ninguno de los dos lo pretenda, acabo acuclillada frente a él. Por un momento nos quedamos en silencio, muy quietos. Colin me recorre con la mirada: mis tacones rojos sobre el brillante mármol, mi vestido gris entallado, mis hombros, mi cuello, mi cara y por fin mis ojos marrones. A cada centímetro que ha recorrido, mi respiración se ha acelerado un poco más y ahora, frente a sus ojos azules, ni siquiera sé qué debería pensar.

Colin alza una mano, pero, cuando apenas la ha separado unos centímetros de la rodilla donde la tenía apoyada, la cierra en un puño.

—Busquemos las malditas llaves —prácticamente gruñe.

Asiento y me giro para seguir hurgando en los cajones. Sin embargo, no puedo evitar mirar de reojo cómo su mano sigue cerrada con fuerza, casi con rabia. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Acaso iba a acariciarme?

«Ya te gustaría, ladrona de pacotilla.»

Cabeceo y me obligo a concentrarme en las llaves. Abro el primer cajón. Rebusco. Nada. Abro el segundo. Repito la operación. Nada. Pero al abrir el tercero, el ruido del metal tintineando entre sí me hace sonreír de oreja a oreja.

—Están aquí —susurro feliz.

Oigo un ruido a mi espalda. Reviso los pequeños llaveros identificativos hasta que encuentro el de nuestra planta.

—Las tengo —digo cogiendo el manojo de llaves e incorporándome.

—Abortar misión —grita Colin en un susurro levantándose.

—¿Qué? —pregunto confusa.

Pero, cuando me giro para mirarlo, ya ha desaparecido.

—Colin —lo llamo.

—Señorita Dempsey —dicen a mi espalda.

Cierro los ojos. Quiero que la tierra me trague.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Frank.

No puedo darme la vuelta. No quiero. ¡Acaba de pillarme con las manos en la masa!

—Sólo estaba buscando las llaves —aclaro girándome al fin, rezando para que Colin tenga razón y efectivamente parezca una niña buena—, para subir a ayudarte.

—Ésas no son las llaves de la planta diecinueve —replica.

—¿No? —pregunto con una sonrisa nerviosa—. ¡Qué torpe soy!

Voy a morirme de la vergüenza de un momento a otro.

—Señorita Dempsey, ¿estaba registrando mi mostrador?

—¿Yo? No —contesto con un bufido.

Él observa su mesa.

—Creo que sí —señala—. Tendré que llamar al jefe de seguridad —sentencia caminando hasta la barra de metal y madera para coger el teléfono.

—No.

¡No, por Dios!

—Otra vez, señorita Dempsey —interviene Colin caminando muy convencido hasta nosotros.

Frank se sobresalta al verlo y yo lo asesino con la mirada. ¡Me ha dejado tirada en pleno crimen!

—Ya le dije que, si volvía a cerrar mi despacho con las llaves dentro, tendríamos una charla, pero no hacía falta que intentara robarlas —continúa sin un gramo de vergüenza, mintiendo como un absoluto bellaco.

—Señor Fitzgerald… —lo llama el guardia de seguridad algo aturdido.

—No se preocupe, Frank, yo me encargo —lo interrumpe. Coge las llaves y me agarra del brazo, obligándome a echar a andar hacia los ascensores—. Y no se preocupe, la señorita Dempsey recibirá el castigo que se merece.

Yo ladeo la cabeza y lo observo buscando una explicación silenciosa a por qué parece haber disfrutado cuando ha dicho la palabra *castigo*. Colin me dedica su media sonrisa por respuesta. Los dos nos volvemos a la vez y vemos a Frank, aún de pie, observando su mesa, tratando de averiguar si efectivamente todo está donde tiene que estar.

—Y suba a la planta diecinueve —le ordena Colin justo antes de que entremos en el ascensor—. Nos están robando.

El guardia sale disparado. Las puertas se cierran y, antes de que ninguno de los dos diga nada, rompemos a reír.

—Eres lo peor —protesto cuando nuestras carcajadas se calman—. Me has dejado tirada.

—Te he avisado, pero tú estabas tan feliz contemplando tu primer objeto robado que no me has oído.

Le pego en el hombro. La sensación es tan buena que la repito y una décima de segundo después estoy golpeándolo con ambas manos.

—Para —protesta Colin entre risas.

Lo hago, pero los dos nos quedamos muy cerca y, sin quererlo, volvemos a esa especie de silencio.

Colin da un paso hacia mí y me mete un mechón de pelo tras la oreja. Es un gesto de lo más inocente, pero, inexplicablemente, mi cuerpo no piensa lo mismo.

—Has sido muy valiente, Dempsey.

—Tú tampoco has estado mal, Fitzgerald.

Colin sonríe. El silencio se hace un poco más intenso y, aunque no nos movemos, creo que nos acercamos un poco más el uno al otro.

Las puertas se abren. ¿Por qué tiene que ser tan increíblemente guapo? La sonrisa de Colin se ensancha como si pudiese leer mi mente y yo aparto la vista nerviosa para acto seguido alzarla altiva e impertinente. Si piensa que me tiene en la palma de la mano, está muy

equivocado.

—Vamos —dice cogiéndome de la mano absolutamente en contra de mi voluntad y tirando de mí para que salgamos—. Quiero ver todo ese porno.

Aunque es lo último que quiero, otra vez rompo a reír. Colin se gira sin dejar de caminar y me mira sólo un segundo, con el mismo gesto en los labios. Cuando se vuelve, una sonrisa sincera inunda los míos. Creo que hacía muchísimo tiempo que no me reía así y más de diez años que no cometía una estúpida locura como ésta. Supongo que debería darle las gracias al Guapísimo Gilipollas.

—Gracias —suelto mientras prueba las llaves, intentando abrir el despacho de McDowell.

—¿Por qué? —pregunta abriendo la puerta y girándose.

Yo lo miro y sonrío.

—Sólo gracias —sentencio pasando junto a él y entrando.

Sienta bien ser la sexy misteriosa por una vez.

Cojo la carpeta de la mesa del jefe de contabilidad, me doy media vuelta para salir y entonces lo veo.

Colin está de pie, bajo el umbral; la habitación en penumbra se alía con él y parece todavía más atractivo. Hechizada, como las polillas lo están cuando vuelan hacia la luz, sigo caminando hasta quedarme a un mísero paso de él. Su olor me envuelve y todo mi cuerpo se tensa deliciosamente. Colin se humedece el labio inferior y se inclina despacio sobre mí.

—Un placer —responde con su voz ronca.

Sin esperar respuesta, sale de la estancia. Yo me quedo inmóvil, incapaz de reaccionar durante largos segundos, hasta que finalmente salgo del despacho de McDowell.

—Espera, ¿ya no quieres ver porno conmigo? —prácticamente grito.

Colin se detiene en el centro de la sala, camino de su oficina, y se gira despacio. Sólo entonces me doy cuenta de lo que he dicho.

—Yo... —¿cómo salgo de ésta?—, sólo quería decir que... —trato de rectificar, pero esa frase es imposible de solucionar la mires por donde

la mires.

Colin sonríe, mitad incrédulo, mitad encantado, viendo cómo procuro salir de este lío lingüístico.

—Colin —me quejo al fin, absolutamente exasperada.

—No te preocupes, Dempsey —replica riéndose claramente de mí—. Podemos ver porno cuando quieras.

—Eres un capullo —protesto cruzándome de brazos.

La sonrisa de Colin se ensancha. Gira sobre sus talones y emprende de nuevo la marcha hacia su despacho.

—Tienes diez minutos para terminar ese informe —me advierte sin detenerse—. Me muero de hambre.

Yo lo fulmino con la mirada, pero casi en el mismo instante sonrío. No puedo evitarlo. Ha conseguido que me comporte como si tuviese diecisiete años otra vez, y sienta de maravilla.

El sábado por la mañana me levanto más nerviosa que cualquier otro día de la semana y no tiene nada que ver con Cunningham Media. De hecho, hoy ni siquiera tengo que ir a la oficina.

Resoplo girándome en la cama y clavo la mirada en el techo. He quedado para comer con Griffin.

Cuando hablamos ayer por la tarde e insistió en que quedáramos para almorzar, tendría que haber dicho que no, pero no puedo dejar de pensar que quizá quiera empezar a hacer las cosas bien y, si al fin ha entendido eso, no puedo ser yo la que se niegue ahora.

Apenas he puesto un pie descalzo en el parqué cuando oigo la puerta principal abrirse y a Adele, la madre de Arizona, gritar desde la cocina que ha hecho tortitas para desayunar. Vivir en el mismo edificio que Arizona es genial, pero vivir al lado del de Adele, no tiene precio. Hace las mejores tortitas del mundo.

Me recojo mi media melena en una cola algo desastrosa y voy hasta la cocina. Adele ya está sirviendo el desayuno mientras Arizona y Saint Lake City están poniendo la mesa. Obviamente ése no es el nombre de mi otra mejor amiga. Empezamos a llamarnos por nuestras ciudades

natales, Saint Lake City, en su caso, y Nueva York, en el mío, para meternos con Arizona, que lleva ese nombre porque nació en ese estado cuando sus padres regresaban en coche a Nueva York desde San Diego, de vuelta de su luna de miel; con el paso de los años, diez en concreto, esa broma ha terminado por convertirse en una auténtica tradición.

Saludo a Adele con un beso enorme en la mejilla y ayudo a las chicas a terminar de prepararlo todo.

En mitad del desayuno, mi móvil suena avisándome de un nuevo mensaje. Me levanto y regreso a la mesa con la vista puesta en la pantalla de mi BlackBerry. Es un mensaje de Griffin en el que me anuncia el lugar donde quiere quedar. Por supuesto no hay ni un «buenos días», ni un «por favor», ni un «gracias».

Es un auténtico imbécil.

Respondo con un escueto «sí» y él tiene el valor de responderme quejándose y advirtiéndome de que, si no quiero ir, que no lo haga. Yo resoplo discretamente. Además de un imbécil, es un malnacido. ¿Por qué tuvo que volver?

—¿Con quién te traes tantos mensajitos? —pregunta Arizona, perspicaz, al otro lado de la isla de mi cocina—. ¿No será con cierto Guapísimo Gilipollas?

La miro, pero por un momento me quedo bloqueada. No quiero decirles que he quedado con Griffin.

No es santo de la devoción de ninguna de las tres, con toda la razón. Y, por otra parte, tampoco entiendo a qué viene ese comentario sobre Colin. Sólo somos amigos; mejor dicho, compañeros de trabajo. Aunque, siendo sincera, desde la conversación que mantuvimos ayer, quizá haya tenido uno... o puede que unos veinte pensamientos que no podrían encuadrase específicamente en la sección de cosas que piensas sobre tus compañeros de trabajo, a no ser que trabajes en el hospital de «Anatomía de Grey».

—Por supuesto que no —respondo al fin.

No sé qué cree que me traigo con Colin, así que mejor no darle más leña para ese fuego.

—¿Sabéis? —interviene Saint Lake City —. Me muero de ganas de conocer a ese hombre. Tiene que ser realmente increíble si ha

conseguido que recuerdes que tienes vagina —me suelta sin ningún remordimiento.

Yo entorno los ojos y frunzo los labios enfurruñada.

—Claro que recuerdo que tengo vagina —protesto—; quiero decir —continúo cruzando los brazos—, que no necesito recordarlo porque sé perfectamente dónde está, aunque no la use —Resoplo. Maldita sea, acabo de darle la razón—. Sí la uso —rectifico —, mucho... muchísimo... Sois lo peor —me quejo malhumorada, rindiéndome y provocando las risas de Arizona y Saint Lake City.

—Y tú tienes que echar un polvo —replica la primera.

—Chicas —las regaña Adele, salvándome.

Las dos se callan de golpe y yo sonrío satisfecha. Les va a caer una buena.

—Muy bien dicho, Adele. ¿Qué clase de tema de conversación es éste para el desayuno? —la espoleo, sabiendo lo importante que son para la madre de Arizona los modales en la mesa—. Y ella ha dicho *vagina* —avivo el fuego señalando a Saint Lake.

—Y ya va siendo hora de que asumas que tienes una o acabará pareciendo una cueva llena de murciélagos —me replica Adele.

Las tres la miramos con los ojos como platos.

—Apuesto toda mi pensión a que ese Guapísimo Gilipollas sabe muy bien lo que se hace en la cama —añade—. Si tú no te decides, me presentaré en tu oficina y le explicaré cómo hacíamos las cosas en mi época.

Se hace un segundo de denso silencio en la cocina y acto seguido las cuatro estallamos en carcajadas.

—¿Entendido? —me advierte cuando nuestras risotadas se aplacan, señalándome con el tenedor.

—Entendido —respondo.

El desayuno fue genial, como siempre que estoy con las chicas, pero ahora vuelvo a estar nerviosa, mucho, de pie en la esquina de la 28

Oeste con la Octava, muy cerquita del Madison Square Garden, esperando a Griffin.

Miro mi reloj de pulsera una vez y vuelvo a girar sobre mis pies. Ya he perdido la cuenta de cuántos paseos absurdamente cortos he dado.

Mi teléfono comienza a sonar al fondo del pequeño bolso que llevo cruzado. Miro la pantalla y frunzo el ceño, confusa. Es Griffin.

—Hola —respondo—. ¿Dónde estás?

Echo a andar de nuevo y una ráfaga de viento helado me sacude al acercarme a la intersección entre las dos calles. Hace un frío que pela.

—Creo que es mejor que nos olvidemos de la comida, Audrey —suelta de un tirón.

Yo arrugo aún más la frente. ¿Cómo puede pedirme eso?

—Fue idea tuya, Griffin —le recuerdo molesta.

—Ya lo sé —se apresura a interrumpirme—, pero lo he estado pensado y no me parece bien. No estaríamos actuando de la manera más correcta.

Esa frase, no lo que ha dicho, sino las palabras que ha utilizado, llaman mi atención e inmediatamente mi enfado se multiplica por mil.

—Has hablado con mi hermano Steven, ¿verdad?

Griffin guarda silencio al otro lado de la línea. No me lo puedo creer. Estoy cansada de revivir la misma situación una y otra vez.

—Tiene razón, Audrey. Deberíamos hacer las cosas de otra forma.

—Pues ven a comer y hablémoslo —replico exasperada.

Me paso las manos por el pelo y cierro los ojos tratando de recordar por qué hago esto a pesar de que Griffin no merece la pena en ningún sentido.

—Has estado desaparecido prácticamente diez años, hasta que un día llegaste prometiendo cosas que no has cumplido —le espeto cabreada —. Aun así, cada vez que me has pedido una oportunidad, te la he dado y ¿ahora me sales con éstas?

—Ya he tomado una decisión —me informa altivo.

—Pues, cuando cambies de opinión, no vengas a buscarme.

Sin decir nada más, ni darle oportunidad de que él lo haga, cuelgo. ¡Estoy harta! Cómo me gustaría poder borrarlo de mi vida de un plumazo. Es un cobarde incapaz de hacer lo que quiere hacer, ni siquiera lo que cree que es correcto. Rebufo y, antes de que la idea cristalice en mi mente, llamo a mi hermano Steven. Él también tiene mucha culpa de toda esta situación.

—Tienes que dejar de meterte en mi vida —siseo en cuanto descuelga—. Maldita sea, no soy ninguna niña.

—Esa comida no era buena idea, Audrey —rebate pausado.

—¿Por qué? —prácticamente vocifero. Ya no aguanto más—. ¿Porque tú lo has decidido? ¡Es mi vida y son mis decisiones!

—¿Y qué buena decisión podrías tomar con Griffin? Es un maldito idiota.

—Ya lo sé. Si alguien sabe lo imbécil y miserable que es, ésa soy yo, pero no puedo echarlo de mi vida sin más, aunque lo esté deseando.

Por favor, entiéndelo de una vez.

Steven guarda silencio un segundo.

—Quizá tú no puedas, pero yo sí —sentencia.

¡Dios! Es como vivir en un maldito bucle.

—Yo no quiero que lo hagas.

—Audrey...

—Me da igual todo lo que vayas a decirme —me adelanto.

No quiero escuchar otra vez la cantinela de siempre sobre que sólo quiere cuidar de mí. Es injusto y llega demasiado tarde, concretamente diez años tarde.

—Sólo estoy haciendo lo que papá hubiese querido que hiciese.

Aprieto los labios con fuerza y siento el llanto detrás de mis ojos. No quiero pensar en mi padre ahora.

—Tengo que colgar, Steven —murmuro.

—Podemos ir a comer juntos —me propone, tratando de sonar todo lo dulce que es capaz.

Suspiro. Es mi hermano y lo quiero, pero no me gustaría aceptar quedar con él, estar bien los cinco primeros minutos y acabar discutiendo por Griffin y todo lo demás. Me merezco un descanso.

—Gracias —respondo serenando también mi tono de voz—, pero prefiero irme a casa.

—Audrey... —me llama.

—Adiós, Steven.

Cuelgo y contengo el aluvión de lágrimas. Me gustaría decir que son de pura rabia, pero hay muchas más cosas... Cabeceo y cuadro los hombros. No quiero pensar en eso, es lo último que necesito. Giro mi BlackBerry entre mis manos. Llamaré a las chicas, podemos almorzar juntas y después irnos de tiendas o a dar una vuelta por el parque. Lo intento con Arizona, pero salta el contestador y en ese momento recuerdo que se iba con su madre a pasar la tarde a Jersey, a casa de su abuela. Vuelvo a marcar.

—Hola, Nueva York —descuelga cantarina al otro lado.

—Hola, Saint Lake —respondo con una sonrisa—. ¿Te apetece que comamos juntas?

—Lo siento, no puedo —se disculpa.

Toda mi esperanza de pasar un día de chicas se apaga. Parece que al final sí que tendré que volver sola a mi apartamento.

—He quedado con... con alguien.

En cuanto oigo sus palabras, sonrío de oreja a oreja.

—Eso es genial. ¿Quién es el afortunado? ¿Lo conozco? ¿Lo conoce Arizona? Si se lo has contado a ella antes que a mí, pienso dejar de hablarte —bromeo.

—No le he dicho nada —responde entre risas—. Sólo estamos... quedando —me explica—. No es nada serio.

Apuesto a que ahora mismo la sonrisa que tiene es tan grande que va a partirle la cara en dos. Me alegro mucho por ella. Se lo merece.

—Sea lo que sea, quiero detalles —le exijo—. Sube a verme cuando termines.

—Cuenta con ello.

—Diviértete.

—Lo mismo digo.

Cuelgo y frunzo los labios mirando a mi alrededor. Me he quedado sin comida con las chicas. Por lo menos ahora estoy de mejor humor y creo que por eso una idea bastante absurda cruza por mi mente.

Cabeceo desechándola automáticamente y atravieso la calle para llegar a la parada de metro de la 28. Sin embargo, aún estoy a unos pasos de la estación cuando me detengo en seco y simplemente sopeso el descabellado pensamiento. Puedo llamarlo y podemos almorzar juntos. En la oficina lo hemos hecho algo así como un millón de veces. No es nada raro, somos amigos, quiero decir, compañeros de trabajo.

Saco el teléfono una vez más y deslizo el pulgar sobre su nombre.

Cuatro tonos después, responde.

—¿Diga?

De pronto mi cuerpo se tensa hasta el último centímetro. Es sábado. Lo más probable es que se haya levantado en la cama de una chica con pinta de supermodelo y ahora piense tirársela en la ducha.

Qué idiota puedes llegar a ser, Bluebird.

—¿Audrey? —me llama algo confuso.

—Hola —digo al fin, y acto seguido me golpeo en la frente con la palma de la mano.

Durante unos segundos eternos se hace el silencio en la línea telefónica.

—Hola —repite con la voz ronca.

Sin quererlo, me quedo callada. Estoy en blanco. ¡Por el amor de Dios, esto es ridículo! ¡Habla, mema!

—A lo mejor te parece un poco extraño —me disculpo por adelantado —, pero había quedado para comer y me han dado plantón, y he

pensado que quizá te apetecía que almorzáramos juntos. ¿Qué me dices? —añado, e inmediatamente me doy cuenta de lo impaciente que he sonado.

Soy un absoluto desastre.

Otra vez un silencio de lo más angustioso se apodera de la línea. Vamos, Guapísimo Gilipollas, di que no para que pueda colgar, dejar que la tierra me trague y seguir adelante con mi vida en el inframundo.

—Así que plantón —pronuncia socarrón—. ¿Significa que soy tu plan B, Dempsey?

—En realidad eres el plan D —respondo encogiendo los hombros.

Colin rompe a reír y yo consigo relajarme un poco.

—¿Dónde estás? —quiere saber.

—En la 28 Oeste, cerca del Madison Square Garden.

Oigo algunos ruidos al otro lado de la línea que no consigo identificar y a Colin tarareando *You only live once,* [5] de The Strokes. Sonrío. Siempre que está pensando, tararea alguna canción muy bajito. A veces creo que ni siquiera se da cuenta de que lo hace.

—Hay una cafetería cerca de Herald Square, a unas pocas de manzanas de la estación. Se llama Daisy's. Nos vemos allí en veinte minutos.

Espero algo impaciente y algo nerviosa. Han pasado exactamente veinte minutos cuando Colin aparece caminando por la Séptima. En seguida su atuendo llama mi atención. Nada de elegantes trajes a medida de tres piezas ni camisas impecablemente remangadas. Sólo unos vaqueros gastados, una camiseta gris y un marinero con el cuello levantado. A unos metros de mí, me mira de arriba abajo y sonríe. Hago memoria sobre mi atuendo: unos *leggins* oscuros, un jersey de punto color crema y un abrigo que me está dos tallas grande. Yo tengo aspecto de haberme escapado de una clínica de rehabilitación, mientras que él parece salido de un catálogo de moda de náutica. Qué injusto.

—Hola —lo saludo cuando aún está a unos pasos—. Gracias por venir —añado rápidamente—. No tienes que quedarte por pena —suelto de un tirón—. Es sábado y debes de tener un montón de planes con

chicas... guapas.

Una buena manera de decir «chicas que no se hayan vestido en dos minutos, después de darse una ducha de cinco mientras se terminaban las tortitas porque, como siempre, a su día parece que le faltan horas desde que suena el despertador».

Colin me observa un par de segundos.

—¿Insinúas que sólo salgo con chicas guapas?

—No —me apresuro a responder—. Está claro que tú sabes encontrar el atractivo a cualquier cosa...

chica —rectifico—... cualquier chica que te guste —concluyo.

¿Qué demonios me pasa? Colin sonríe divertido, viéndome hundirme más y más.

—¿Qué tengo que hacer para que olvidemos esta conversación? —inquiero al fin.

Definitivamente rompe a reír mientras yo no tengo más remedio que dejar que mis labios se curven hacia arriba.

Menudo desastre estás hecha, Bluebird.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que hablas muchísimo?

Le dedico un mohín.

—Sí, alguna vez —confieso. La misma idea vuelve a torturarme—. En serio, si tienes otro plan...

—Estoy aquí, ¿no? —me interrumpe con una sonrisa.

Yo asiento sin dejar de mirarlo y por primera vez esa sonrisa que tantas veces he visto me parece un poco más sincera y mucho más bonita.

—Vamos a comer —propone echando a andar, cogiéndome de la mano y tirando de mí para que lo siga—. Me muero de hambre.

La cafetería me recuerda a esas que salen en las pelis de los años

cincuenta. Cada mesa de metal está flanqueada por dos sofás de cuero rojo y la kilométrica barra está acompañada por una fila de mullidos taburetes.

Colin nos guía hasta una de las mesas junto a los inmensos ventanales. En cuanto tomo asiento y me deshago del abrigo, abro la carta, pero, antes de que pueda haber leído dos líneas del menú, un camarero se acerca.

—¿Qué van a tomar? —pregunta.

Lo miro e inmediatamente vuelvo a la carta. No tengo ni la más remota idea.

—Dos Budweiser y dos sándwiches de pollo —pide Colin, que ya se ha quitado su marinero.

El chico asiente y se retira anotando la comanda. Yo lo miro a la vez que frunzo los labios. No tengo claro que me haya gustado que haya pedido por mí sin ni siquiera preguntarme.

—A lo mejor soy alérgica al pollo —comento cruzándome de brazos sobre la mesa— o a lo mejor lo odio a muerte —agrego insolente—. ¿No lo habías pensado?

Colin imita mi postura con cierto aire misterioso que poco a poco va transformándose en la sonrisa más canalla del mundo.

—Todo lo que te dé de comer te encantará. Puedes estar segura, Niña Buena —sentencia.

Entorno la mirada y cuadro los hombros.

—Eres un sinvergüenza, Fitzgerald —me quejo a punto de echarme a reír, pero creo que no es más que un extraño mecanismo de defensa recién adquirido y es como si, muy en el fondo, o quizá no tanto, mi cuerpo y mi mente tuviesen clarísimo que cada palabra que ha dicho es cierta.

Colin sonríe de nuevo sin una pizca de arrepentimiento y se deja caer contra la espalda del mullido sofá.

El camarero llega con nuestras cervezas.

—¿Así que te han dado plantón? —pregunta cogiendo la suya.

Yo asiento mientras le doy un trago a la mía. Está helada.

—Sí —respondo sin más.

De cualquier otra persona me molestaría la falta de tacto, lo directo que puede llegar a ser, pero, de Colin, no. No quiero tener secretos con él, aunque tampoco pretendo contárselo todo. Es muy confuso. Lo que sí tengo claro es que no me apetece perder un segundo hablando sobre Griffin.

La campanilla de la puerta suena y casi al mismo tiempo Colin sonríe con la mirada fija en esa zona de la cafetería. Extrañada, me vuelvo y veo a una chica pelirroja devolverle la sonrisa y acercarse a nosotros. De inmediato una sensación que no me gusta y que nunca había experimentado se concentra en la boca de mi estómago.

La chica alza una mano a modo de saludo a la vez que Colin se levanta.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendida.

Tiene la nariz llena de pecas y unos preciosos ojos azules.

—¿Qué haces tú aquí? —inquiere él a su vez, burlándose de lo expresiva que ha sido.

Ella lo golpea en el hombro y en ese mismo instante repara en mí. Yo sonrío nerviosa.

—Katie, te presento a Audrey —comenta Colin—. Audrey, está es Katie.

Me obligo a relajarme y me levanto.

—Hola —nos saludamos.

—¿Dónde está Donovan? —demanda.

—En la oficina —responde la chica—. Quería pasar a recoger unos archivos. He quedado con él allí.

Vamos a ir a comprar algunas cosas para el bebé.

Sonríe encantadísima y el gesto de Colin se ensancha.

—¿Por qué no te quedas a comer con nosotros? —propongo, no sé si porque quiero caerle bien o porque necesito decir algo.

Colin asiente.

—Muchas gracias, pero no puedo —se excusa—. Sólo he entrado a saludar. —De pronto parece caer en la cuenta de algo—. Ahora que lo pienso, tú no deberías estar... Déjalo —se interrumpe a sí misma alzando la mano—. Creo que prefiero no saberlo.

Fitzgerald sonríe algo incómodo y, sin quererlo, yo comienzo a hacerme un montón de preguntas.

¿Quién es Katie? ¿De qué se conocen? Y, ¿dónde se supone que debía estar Colin?

—La oficina está algo lejos, ¿quieres que te pida un taxi? —le ofrece.

Ella niega con la cabeza.

—No, me apetece dar un paseo.

Colin sonríe.

—Os dejo que comáis tranquilos —se despide—. Encantada de conocerte, Audrey.

—Lo mismo digo, Katie.

Los dos la observamos hasta que sale y Colin un poco más mientras se aleja por la Séptima.

—Esa chica parece muy simpática —comento tras coger con los dedos la patata más pequeña del plato y comérmela—. ¿Dé que la conoces? —indago antes de que siquiera haya sido un fugaz pensamiento en el fondo de mi cerebro.

Colin deja de mirar por la ventana y se toma unos segundos para contestar, mientras yo me estoy muriendo lentamente de la vergüenza por preguntar lo que claramente no es asunto mío.

—Es la prometida de uno de mis mejores amigos.

—¿Tenéis mucha confianza? —Suena como una pregunta, pero no lo es. Es obvio que la tienen.

—Sí, así es —replica misterioso.

Yo asiento y clavo la vista en mis dedos, que perezosos cogen otra patata.

—¿Os habéis acostado? Antes de que fuera la prometida de tu mejor

amigo, quiero decir.

No levanto la mirada. No quiero. Pero ¿qué me pasa? Desde luego tengo que tomar algún medicamento para que el filtro entre mi boca y mi cerebro no se largue cada vez que le apetezca. Estoy seriamente tentada de llevarme el pulgar a los dientes y mordisquearlo, pero no quiero dejarle tan cristalinamente claro que estoy nerviosa y, sobre todo, todas las ganas que tengo de saber la respuesta a esa pregunta por mucho que me autoengañe.

—¿En serio? —inquiere Colin, separándose el botellín de Budweiser de los labios, al borde de la risa—. ¿Cómo has podido siquiera pensarlo? —me reprende divertido.

—Y a ti, ¿cómo te parece tan raro? —protesto alzando la cabeza.

Es un auténtico mujeriego. Tengo razones de sobra para pensarlo.

—No me he acostado con ella —niega arisco—. No me he acostado con todas las mujeres del planeta —añade como si fuese capaz de leerme la mente—. Yo jamás me iría a la cama con la chica de un amigo.

Está enfadado y yo automáticamente me doy cuenta de que he metido la pata. Cada vez tengo más claro que, más allá de las bromas y la tranquilidad y el control con los que parece tomarse la vida, Colin Fitzgerald es un hombre de principios.

—Entre Nueva York y Portland hay unos ciento cincuenta millones de mujeres —comento tras cuadrar los hombros y mirar al techo, fingiendo que realmente estoy haciendo unos cálculos complicadísimos.

Quiero hacerle reír para redimirme por ser una completa idiota—. Nos quedamos con las más menos diez años con respecto a tu edad en un plazo de… —lo observo con mi actitud más científica, tratando de discernir cuándo el mujeriego dio el primer paso para serlo—. Seguro que empezase pronto en el sexo.

¿A los diecisiete?

Aunque trata de disimularlo perdiendo su mirada por la cafetería, cuando sus ojos vuelven a atrapar los míos, está sonriendo.

—Seguro que fue con una mujer mayor que tú —apunto, entornando los ojos para llenar mi afirmación de misterio y peligro.

Se humedece el labio inferior sin dejar de sonreír.

—Una profe joven y divorciada del instituto —continúo—, que fumaba cigarrillos mentolados junto a la ventana los días de calor, apoyando una pierna en la otra, dejando que su vestido de tirantes de algodón y estampado de flores permitiera ver el borde de su muslo despacio.

—Me la has puesto dura —me interrumpe divertido.

Frunzo los labios y le tiro una servilleta convertida en una bola.

—Eres lo peor.

—Has empezado tú —contesta encogiéndose de hombros—. Y para que quede claro —me desafía cruzándose de brazos otra vez sobre la mesa e inclinándose de nuevo sobre ella. Guarda silencio unos segundos, consiguiendo que mi expectación crezca sin control—, no era profesora —añade con un sonrisa traviesa, con un poco de malicia y mucha seguridad en sí mismo.

Yo trago saliva sin apartar mis ojos de los suyos.

—¿Te liaste con alguien mayor?

Sé que he sido la primera en insinuarlo, pero sólo bromeaba.

Colin vuelve a sonreír, un gesto lleno de atractivo.

—Fue increíble. Yo salía con Elaine, una chica preciosa de mi instituto. Los dos estábamos en el último año. Cada vez que iba a su casa, su madre me ofrecía un cigarrillo mientras esperaba a que Elaine bajase. Yo aceptaba y me lo fumaba con ella en el patio. Una noche, después del cigarrillo, me invitó a pasar y se preparó un whisky. Era una mujer increíble, muy sensual. Yo no podía dejar de pensar en todas las cosas que sabría hacer.

Asiento suavemente, siguiendo cada palabra que parece revivir mientras la pronuncia. Está siendo un poco más sexy, un poco más misterioso, casi peligroso, y yo estoy hechizada por completo.

—Me dijo que Elaine no estaba en casa. Se acercó a mí sabiendo perfectamente que las presillas de su ligero asomaban bajo su vestido. Al llegar hasta mí, yo estaba hipnotizado y muy muy excitado. Sólo tuvo que empujarme con uno de sus suaves dedos para dejarme caer en el sofá. Levantó la pierna, apoyó la punta del pie en la mesa y me

dejó ver el liguero con el que yo no había dejado de fantasear ni un solo segundo desde que la vi por primera vez.

Cierro los muslos y los aprieto suavemente. La sangre me corre rápida y caliente y toda mi atención se centra en sus labios. Maldita sea, nunca había estado tan excitada.

—Me echó el polvo de mi vida —sentencia.

Contengo un suspiro.

—Seguimos viéndonos a escondidas. Yo sólo podía pensar en tocarla. Lo necesitaba tanto como respirar. Elaine me dejó y conoció a otro tipo, pero, cuando se prometió, me di cuenta de que realmente la quería y comprendí que tenía que dejarlo con la señora Robinson.

Colin sonríe y yo tardo un segundo más de lo que me gustaría en salir de mi ensoñación. ¡Qué cabronazo! ¡Es el argumento de la peli *El graduado!* ¡Se ha estado riendo de mí todo el tiempo!

—¡Eres un idiota, Fitzgerald! —protesto.

Mi cerebro emplea un momento en reanalizar la situación y por qué lo he llamado *Fitzgerald* en vez de Colin, como me han pedido todos mis impulsos.

Sonríe encantado, además de con toda la suficiencia del mundo. Sí, te has quedado conmigo, pero no te recrees, capullo.

—Mentiroso.

—Me divierto. Eso que tú no sabes hacer —comenta cogiendo una patata.

¿A qué ha venido eso?

—Por supuesto que sé divertirme —me quejo indignada.

Colin frunce los labios. Está claro que ni siquiera va a molestarse en fingir que me cree.

—Sé divertirme —repito sin asomo de dudas—... cuando es necesario.

—¿Y cuándo no es necesario? —replica al borde de la risa.

—Obviamente cuando trabajo.

Fitzgerald niega con la cabeza.

—¿Alguna vez dejas de ser una niña buena?

Sus ojos se vuelven aún más traviesos y se llenan con un poco más de malicia cuando pronuncia esa frase. Tengo la temeraria sensación de que quiere que le diga que sí.

—No soy ninguna niña, así que deja de llamármelo.

Es la respuesta más adulta y, desde luego, la que va a meterme en menos líos.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita? —me pregunta.

Maldita sea, ni siquiera me acuerdo. Alzo la mirada tratando de recordar.

—Joder, Dempsey, ¿tienes que pensarlo? —exclama—. Eso quiere decir que hace muchísimo tiempo...

—Puede que no tenga citas —lo interrumpo—, pero es sólo porque no tengo tiempo con el...

—Trabajo —dice conmigo al unísono, riéndose claramente de mí.

Lo asesino con la mirada.

—Sí, el trabajo —me reafirmo— y otras muchas cosas que no son asunto tuyo, Fitzgerald —aclaro alzando la barbilla—. No tengo citas, ¿y qué? Eso no significa que vaya a morir sola... o, por lo menos, no lo significa todavía.

—No te preocupes, no dejaría que murieras sola.

—¿Acaso quieres hacer uno de esos pactos por el que, si a los cuarenta ninguno de los dos tiene una relación, nos casaremos?

—No, quiero regalarte un gato —responde burlón.

—Idiota —replico, otra vez al borde de la risa.

Le lanzo otra arma de destrucción masiva, esta vez una patata.

—Deja de tirarme comida. Estás en la mesa, jovencita —me reprende con una sonrisa producto de su propia broma.

—Ha sido divertido.

—¿Ves como no sabes divertirte?

—Sí que sé.

Vuelve a negar con la cabeza.

—De eso nada.

—Claro que sí.

—Cuéntame un chiste —me reta.

¿Qué?

—No voy a contarte ninguno.

—Además de todo, eres una cobarde, Dempsey —replica resignado.

—No soy ninguna cobarde —protesto alzando las manos.

—Quiero un chiste.

—Pero...

—Un chiste —me interrumpe.

—No pienso...

—Un chiste —repite como el adolescente insufrible que es.

—Un gato entra en un restaurante —comienzo a decir, sólo para que se calle.

Sonríe encantado por haberse salido con la suya y yo resoplo sin poder evitar que su gesto se entremezcle con el mío y acabe contagiado en mis labios.

—Hay una gatita blanca y delgada junto a su dueña al fondo del local. El camarero se acerca al gato y le pregunta «¿mesa para uno?» y el gato responde «¿por qué? ¿No puedo montármelo con las dos en la misma mesa?».

Empequeñezco la mirada hasta casi cerrar los ojos a la vez que me muerdo el labio inferior. Colin se queda observándome muy serio y muy callado... y de pronto rompe a reír, consiguiendo que

automáticamente yo también lo haga.

—Joder, Dempsey. Ha sido el peor chiste del mundo.

—Prometo que los próximos serán mejores.

—Creo que me inquieta saber que hay más —contesta cogiendo su botellín de cerveza y dándole un trago.

Nuestras carcajadas se van calmando hasta que sólo nos queda una suave sonrisa en los labios.

—Te dije que no era ninguna cobarde. Además, ¿una chica cobarde estaría pensando en hacerse un tatuaje? —lo desafío.

La cara de Colin cambia por completo y su sonrisa se vuelve diferente.

—¿De verdad quieres hacerte uno?

Asiento.

—Lo que pasa es que no sé dónde.

—Eso depende del tatuaje.

—Es que tampoco sé qué tatuarme —respondo haciendo énfasis en el *qué*.

—Ven aquí.

Alzo la cabeza, pero por un momento su orden deja clavado el resto de mi cuerpo. Creo que ha sido la manera en la que ha pronunciado esas dos únicas palabras con su voz grave, casi ronca, y el toque exacto de sensualidad... o quizá ha sido cómo ha cambiado su mirada desde que hemos empezado a hablar de tatuajes.

No aparta sus ojos de los míos. Yo trago saliva y, despacio, me incorporo y camino hasta sentarme a su lado. Nerviosa, lo hago prácticamente en el borde del asiento. Cuando me tiene donde quiere, Colin sonríe y de nuevo parece marcar un antes y un después con ese gesto.

—Yo tengo cuatro tatuajes.

Al oírlo, me giro e inconscientemente me deslizo por el sillón hasta quedar más cerca de él. Nunca habría imaginado que tuviese tatuajes.

Mi cara de sorpresa debe parecerle de lo más divertida, porque vuelve a sonreír al tiempo que se humedece el labio inferior. Sus ojos azules, por un momento, dibujan mi cara, posándose en cada centímetro hasta que vuelven a atrapar mi mirada.

Sin previo aviso, ni un solo segundo para mentalizarme, coge mi mano. Sus dedos se desperezan contra mi palma, llenando mi estómago de unas mariposas que ni siquiera entiendo, y lentamente la guía hasta llevarla contra la parte superior de su brazo izquierdo, casi en el hombro. Aún más despacio, dibuja una figura. Yo no puedo dejar de observar sus dedos manejando los míos, alzar la mirada y sentirme diferente con la forma en la que él también me mira, y darme cuenta una vez más de que es uno de los hombres más guapos que he visto nunca.

—Es el escudo del regimiento donde mi abuelo luchó en la segunda guerra mundial.

Asiento torpe y nerviosa, con el corazón latiéndome cada vez más de prisa. *Kiss me*, [6] de Ed Sheeran, comienza a sonar bajito.

—Aquí —dice moviendo mi mano hasta que recorremos su pectoral derecho y descendemos unos centímetros por su brazo— tengo un lobo.

Sonrío y casi al mismo tiempo me muerdo el labio inferior, recordando cómo Arizona y yo hablamos de su despacho como la guarida del lobo. No podíamos tener más razón.

—Te pega mucho —murmuro.

La sonrisa de Colin se ensancha. Sus dedos vuelven a entrelazarse con los míos y tira de mí, brusco, tomándome por sorpresa y consiguiendo que mi cuerpo otra vez vuelva a quedarse dulcemente inmóvil.

Mi respiración ya es un caos. Mueve mi mano otra vez poco a poco hasta dejarla sobre su hombro izquierdo.

—Muévela —me ordena en un susurro increíblemente sexy y masculino.

No pienso, sólo obedezco. Creo que nunca había dejado de pensar. Bajo la mano despacio por su espalda y siento su armónico cuerpo tensarse con suavidad bajo la punta de mis dedos.

—Es una cruz de san Patricio —dice cuando llego a su omoplato.

—Es el patrón de Irlanda, ¿verdad? —prácticamente musito.

—Digamos que tiene el difícil cometido de cuidar de los irlandeses por todo el planeta.

Su sonrisa aparece suave y sensual, poniéndome las cosas aún más difíciles. Debería dejar de mirarlo. Debería hacerlo urgentemente.

Colin atrapa de nuevo mi mano y la lleva hasta sus costillas. Bordea la primera de la derecha con mis dedos y vuelve a sujetarme la mano con fuerza.

—Aquí me tatué «Evelyn».

—¿Te tatuaste el nombre de una chica una noche de borrachera?

—Algo así.

Asiento. No quiero seguir preguntando. Muevo mi mano bajo la suya. Él la separa apenas unos milímetros, lo justo para dejarme emprender mi propio recorrido. Subo por su perfecto torso hasta llegar a su corazón. Sus latidos retumban serenos, llenos de todo el control que me gustaría sentir, mientras la palma de su mano calienta el reverso de la mía.

—¿Por qué no tienes nada tatuado aquí?

Sonríe de nuevo, suelta mi mano y alza la suya. Suavemente me mete un mechón de pelo tras la oreja, con los ojos fijos en el movimiento, y se humedece los labios.

—Porque es la piel del corazón —sentencia volviendo a clavar sus ojos en los míos —. Cuando lo haga, tiene que ser algo que realmente valga la pena.

Sus palabras están llenas de seguridad y de la idea de que nunca hace nada si no es lo que quiere hacer, que nunca pierde el control. Nadie me había parecido tan atractivo jamás.

—Esa Evelyn tuvo que ser una mujer increíble para que decidieras llevar su nombre para siempre.

Su mirada se endurece.

—No quiero hablar de eso —sentencia sin dejar un solo resquicio para la réplica.

Audrey aparta su mano y su mirada, intimidada por mi respuesta. ¿Por qué he tenido que ser tan imbécil? Quiero decir algo, pero no creo que sea una buena idea y le hago un gesto con la cabeza para que vuelva a su asiento. Ella obedece algo aturdida y ocupa de nuevo el sillón frente al mío. De pronto mi cuerpo se queda frío, como si le hubiesen robado el maldito sol, y mi cerebro se niega a colaborar.

¿Por qué no la has besado? ¿Por qué no te la has llevado a tu apartamento, gilipollas? , me reprendo.

Me paso la mano por el pelo y exhalo con suavidad todo el aire de mis pulmones. No estoy en ese punto con ella. No quiero querer estarlo.

—Dos chicas están jugando a encestar una moneda de veinticinco centavos en un vaso —dice.

Entorno los ojos confuso hasta que ella repite la frase enarcando las cejas y me doy cuenta de que me está contando un chiste.

—Entonces llega un chico con su propia moneda y les dice «esta moneda es mágica. Siempre soy capaz de meterla donde quiera.

¿Queréis verlo?» Y una de ellas contesta «mejor enséñaselo a mi amiga, creo que yo no podría tragarme la moneda».

La observo sin decir nada mientras ella extiende las palmas de las manos mostrando su obra maestra. Por Dios, es el chiste más malo que he oído en todos los días de mi vida, pero entonces Audrey rompe a reír, una risa chillona y destartalada, a la vez que me pide perdón, y yo no tardo más de un segundo en imitarla sólo por verla así de contenta, de desinhibida, por sentir cómo me calienta por dentro. Parece feliz, y eso me gusta. Joder, eso me gusta muchísimo.

Por un momento tengo la sensación de que es la misma risa que oí en el rellano de Mackenzie, pero me doy cuenta de que es imposible.

Sería demasiada casualidad.

Terminamos de comer y la acompaño a la boca de metro. Durante el corto trayecto que tenemos que recorrer, estoy tentado una docena de

veces de pedirle que vayamos a tomarnos una copa, puede que llevármela al Archetype, pero me obligo a quitarme la idea de la cabeza.

Audrey y yo sólo somos amigos.

Durante las siguientes semanas, me maravillo por cómo Audrey se ha integrado en mis perfectamente definidas rutinas, como los whatsapps bastante absurdos que nos enviamos durante el desayuno. Siempre me manda una recopilación de los chistes que ha escuchado en el programa de Jimmy Fallon la noche anterior. Cada mañana, inexplicablemente, escoge los peores y yo me meto con ella hasta que acaba admitiendo en un mensaje de voz, muerta de risa, que contar chistes no es lo suyo.

Cuando estoy en Cunningham Media, a no ser que alguna reunión lo impida, trabajamos juntos y también almorzamos juntos. Algunos días ni siquiera tengo hambre y no pido nada, pero entonces ella empieza a comerse un sándwich y a emitir unos pequeños gemidos, como si estuviese en el séptimo cielo culinario, y un apetito voraz se despierta dentro de mí, sin dejarme otra salida que robarle la mitad de su comida.

Sin embargo, lo más curioso es que, cuando estoy en el Archetype y, por el motivo que sea, Audrey me envía algún mensaje, prefiero quedarme mandándome whatsapps con ella y mi vaso de Glenlivet a pasar a cualquiera de las habitaciones.

—Señor Fitzgerald —me llama Beatrice asomándose a la puerta de mi despacho—, lo aviso, como me pidió, de que el mensajero acaba de salir con todos los documentos hacia el edificio Pisano.

Miro el reloj en la esquina inferior de la pantalla de mi Mac; ya son casi las doce.

—Gracias —digo mientras me levanto y me abotono la chaqueta—. Nos vamos.

Salgo de Colton, Fitzgerald y Brent y, menos de veinte minutos

después, estoy atravesando la planta principal de Cunningham Media camino de las escaleras. Tengo ganas de verla y de charlar de cualquier estupidez. He estado aburrido y de un humor de perros toda la mañana, repasando contratos y tablas de contabilidad en mi despacho.

Subo los últimos peldaños con la sonrisa en los labios, pero el gesto se me borra de golpe cuando descubro la estancia vacía. Miro el reloj.

—¿Dónde está? —farfullo.

Giro sobre mis pies y regreso a la planta principal. La puerta de su despacho está abierta y la estancia vacía. Pienso en preguntarle a Beatrice, pero me doy cuenta de que obtendré mejores resultados si pruebo con Arizona.

—Buenos días —la saludo tamborileando con los dedos sobre su mesa.

—Buenos días, señor Fitzgerald —me saluda impasible.

Frunzo los labios conteniendo una sonrisa. Creo que es la primera vez que no le caigo bien a una mujer; en realidad, la segunda; apuesto a que Audrey quería asesinarme cuando me conoció. Mi sonrisa se ensancha sincera.

—¿Dónde está la señorita Dempsey?

—Esta mañana han llamado de la junta directiva de su máster. Ya han seleccionado a los diez ejecutivos que realizarán la última parte del programa y Audrey está entre ellos —me informa orgullosa.

Ésa es mi chica. Sabía que lo conseguiría. De pronto tengo la mejor idea del mundo.

Me despido de Arizona y le hago un gesto a Beatrice para que me siga hasta el ascensor. Le encargo varios asuntos y, al borde de la 49

Oeste, pido un taxi y le doy la dirección de la New York Advertising Association.

Apenas me he alejado un par de manzanas cuando mi móvil comienza a sonar.

—¡Lo he conseguido! —grita Audrey feliz en cuanto descuelgo—. Sólo quedamos diez —continúa pletórica— y estoy completamente segura de que cuatro de ellos son unos pardillos —añade divertida e

inmediatamente rompe a reír por su propia broma mientras pide perdón.

Adoro cuando se ríe así.

—He pensado que quizá podrías escaparte del trabajo y comer juntos. No te preocupes —se apresura a interrumpirme—, esta mañana me he levantado increíblemente temprano y he dejado cerrados todos los asuntos que teníamos pendientes en Cunningham Media para hoy.

¿Qué me dices? —añade impaciente.

—No lo sé —me hago de rogar burlón—. Me preocupa ser tu plan A.

—No te precipites, Fitzgerald —replica—. Ya he probado suerte con Arizona, dos chicas de contabilidad y Beatrice.

—¿Mi propia secretaria? —me quejo divertido—. Eso es de lo más ruin, Dempsey.

—Todo lo que sé lo he aprendido de ti —responde.

Ya la imagino alzando la barbilla altiva, sin achantarse, y no puedo evitar sonreír.

—Pues aprende mejor, Beatrice jamás me abandonaría.

—No te confíes. Le he prometido más dinero, menos horas y nada de trajes italianos de tres piezas ni comentarios engreídos... ah... —recapacita como si hubiese olvidado lo más importante—... y nada de tener que aguantar a *groupies* —agrega fingidamente seria.

Pero ¿qué coño...?

Sonrío a la vez que me humedezco el labio inferior.

—Y tú lo sabes mejor que nadie, porque la presidenta de mi club de *groupies* eres tú —sentencio socarrón.

Audrey guarda silencio unos segundos.

—¿Cómo te has atrevido a decir eso? —exclama finalmente al borde la risa—. Eres lo peor, Fitzgerald —protesta.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Realmente lo pienso. Estoy muy orgulloso de todo lo que ha logrado,

de la increíble profesional que es.

Otra vez hay un pequeño silencio al otro lado del teléfono, aunque en esa ocasión suena completamente diferente.

—Muchas gracias —responde con la voz suave, dulce, jodidamente sensual.

Ahora mismo me muero de ganas por agarrarla de las caderas, levantarla a pulso y llevarla contra pared.

—Estoy deseando verte —suelta de pronto.

De nuevo nos quedamos callados. Mi cuerpo reacciona por su cuenta y se me pone dura de repente. ¿Qué coño ha sido eso, joder?

—Quiero decir —rectifica en seguida abochornada—, que estoy deseando celebrarlo contigo... con alguien que me caiga bien... No es que tú seas mi persona favorita ni nada por el estilo... ¿Vas a venir o qué? —se queja exasperada finalmente.

Sonrío y todo mi cuerpo se destensa. Parece que la señorita Audrey Dempsey tiene el efecto de ponerme al límite y relajarme sin ni siquiera proponérselo.

—Resolveré algunos asuntos y cogeré un taxi —miento.

—Perfecto —responde feliz.

—No me eches mucho de menos estos veinte minutos —comento sólo para fastidiarla.

—¡Fitzgerald!

Es todo lo que oigo que grita antes de colgar muy satisfecho conmigo mismo.

La New York Advertising Association está en el límite del distrito financiero, en la zona sur de Manhattan. Es un edificio enorme; un amasijo posmoderno de metal y cristal que resume la arquitectura minimalista que tan famoso hizo a John Pawson a finales de los noventa.

Atravieso el vestíbulo y salgo a una especie de patio central cubierto con una monumental claraboya. Automáticamente todo se llena de luz natural y el efecto mezclado con el blanco impoluto de las paredes es increíble.

No tardo en ver a dos hombres bajar por las escaleras y de inmediato percibo el ruido demasiado familiar de unos tacones contra el suelo de mármol. Prácticamente en ese mismo segundo, Audrey llega al pie de las escaleras y llama a uno de los chicos. Él se gira, sonríe y sube a encontrarse con ella. La sangre me arde. Está preciosa, con un vestido increíble, elegante, ajustado y blanco. Joder, ¿por qué tenía que llevar un vestido blanco precisamente hoy? Hablan. El gilipollas no le quita ojo de encima, incluso se permite barrerla de arriba abajo más de una vez.

Deben de tener la misma edad. Es uno de esos imbéciles que se cree el no va más por ir a trabajar con vaqueros rotos y deportivas. Por Dios, es como si un hípster y un vagabundo se hubiesen peleado a muerte y al superviviente le hubiesen dado un mangerazo y hubiesen dejado que se secase al sol.

Tiro de una de las solapas de mi chaqueta y miro mi camisa blanca, mi traje a medida de diez mil dólares, mi corbata azul y mis zapatos de Cesare Paciotti. ¿Y si en realidad a Audrey le gustan ese tipo de chicos? Al fin y al cabo, tienen la misma edad y ella parece muy cómoda con él, así que imagino que sí. Joder, me estoy poniendo de un humor de perros y ni siquiera sé por qué. ¿Acaso estoy celoso? No, no puede ser eso.

—No puede ser, Fitzgerald —me reprocho en un murmuro.

Después de dos minutos eternos, por fin se despiden. Ella le dedica una sonrisa enorme y lo saluda con la mano mientras él baja las escaleras. Inconscientemente empiezo a caminar hacia ellos. Cierro los puños con fuerza y, de pronto, el adolescente de dieciséis años que se peleaba en los billares que aún llevo dentro parece inundarlo todo.

Cuando nos cruzamos, tengo que contenerme para no abalanzarme sobre él. La cabeza me va a mil kilómetros por hora. Al llegar al pie de las escaleras, Audrey repara en mí. Me sonríe de oreja a oreja y baja de prisa mientras yo sigo pensando. Pensando en que nos llevamos cinco años y vemos demasiadas cosas de maneras demasiado diferentes, que es la primera vez que puedo hablar con una chica, disfrutar de ella, de pasar tiempo con ella, y no quiero perderlo por nada del mundo y, sobre todo, pienso en mi tatuaje, en Evelyn.

Esto es un error.

—Hola —me saluda cantarina—, ¿listo para ir a comer?

—En realidad venía a decirte que no puedo quedarme a almorzar —

suelto de sopetón—. Tengo muchas cosas que hacer.

Su expresión cambia por completo y yo me siento como un bastardo miserable.

—Tengo una reunión muy importante y no he conseguido aplazarla —miento para hacer que se sienta mejor y no crea que simplemente estoy pasando de ella.

—Tenía muchas ganas de celebrarlo contigo —susurra encogiéndose de hombros, casi disculpándose—, pero no te preocupes, lo entiendo —añade apesadumbrada.

Quiero decirle que yo también tenía ganas de celebrarlo con ella, de llevarla a mi apartamento, de tenerla completamente desnuda, en mi maldita cama, debajo de mí. Vuelvo a apretar los puños. Quiero tocarla, quiero agarrarla de las caderas y atraerla hacia mí.

—Nos vemos en la oficina —me despido, giro sobre mis pies y echo a andar.

Joder, soy un maldito gilipollas.

Me paso la mano por el pelo y salgo del edificio.

En el taxi estoy más que incómodo. No quería dejarla así, pero no voy a permitir que ninguna situación, y mucho menos ésta, se me escape de las manos.

En mitad del huracán del querer y no poder, o más bien del desear hasta volverme loco y estar completamente convencido de que hacerlo sería un error, recibo un mensaje de Jackson en el que me dice que Donovan, las chicas y él van a comer al Malavita. Un almuerzo con parejitas no es lo que más me apetece ahora mismo, pero siempre será mejor que volver al despacho y pensar en ese condenado vestido blanco.

Llego al restaurante en cuestión de minutos. Saludo al *maître* y le hago un gesto vago con la mano para indicarle que no necesito que me acompañe a la mesa. Ya a unos pasos veo a Donovan y a Jackson. No hay rastro de las chicas.

—Glenlivet —gruño en cuanto me siento, sin dejar que el camarero llegue a la mesa.

Los chicos me observan durante unos segundos, pero yo finjo que no

hay nada que ver.

—Estás de muy buen humor —comenta Donovan, irónico.

—Ah, pero ¿tú sabes lo que es estar de buen humor? —replico.

Donovan suelta un silbido, fingiendo que mi comentario le ha dolido, y los dos sonríen.

El camarero llega con mi copa.

—¿Qué te pasa, Pelapatatas? —me pregunta Jackson inclinándose sobre la mesa.

Le doy un trago a mi whisky. No parece tener el mismo efecto de siempre.

—Irlanda es la primera potencia electrónica europea —comento displicente.

—Lo siento —se disculpa Jackson. Me temo lo peor. Este gilipollas no se ha disculpado en su vida—. ¿Qué te pasa, Montaordenadores?

No quiero, pero no tengo más remedio que reírme.

—Eres un capullo racista —me quejo, todavía con una sonrisa, revolviéndome en la mullida silla—. No sé qué coño ve Lara en ti.

Jackson se humedece el labio inferior arrogante y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Sabes que, cuando perdiste la virginidad, ella todavía llevaba brackets?—comento.

—Sí, y probablemente, cuando perdió la suya, estaba pensando en mí.

—Nadie debería pensar en ti mientras pierde la virginidad —replico— ni en ti —añado mirando a Donovan, que inmediatamente bufa—.

No os lo toméis como algo personal —me burlo.

Los tres sonreímos. Creo que, si no nos riéramos los unos de los otros, ya habríamos llegado a las manos, o por lo menos lo haríamos más a menudo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —plantea Donovan.

—No me pasa nada —respondo mecánico.

No quiero hablar. No quiero decir que he tenido un ataque de celos por culpa de un tío que probablemente piense que el mundo se está sumiendo en una revolución recesiva a causa del dramático y atemporal sentido de la globalización, que sólo escucha bandas de *indie folk* si nadie más las sigue y que se dejó barba el mismo día que alguien escribió en Twitter que eso era una manera de rebelarse contra la cultura social establecida.

—¿En qué momento dejamos de salir a bailar? ¿De ir a conciertos? —farfullo con la vista clavada en mis dedos, haciendo girar el vaso sobre el carísimo mantel. Donovan y Jackson me miran como si me hubiese salido una segunda cabeza—. ¿Cuándo dejé de hacerme tatuajes?

Recuerdo cómo me miró mientras le hacía seguir el contorno de uno de ellos con los dedos en aquel restaurante.

—Dios mío —exclama Donovan captando de inmediato nuestra atención—, está pasando. Nuestro Colin se ha convertido en un adulto.

—Los dos sonríen y yo gruño un «gilipollas» entre dientes que sólo hace que sus gestos se ensanchen—. Todavía recuerdo cuando iba por ahí partiéndose la cara en los bares y follándose a todo lo que se movía.

—No sé por qué intento mantener una conversación profunda con vosotros —protesto divertido antes de apurar mi copa, pero en el fondo algo sigue carcomiéndome por dentro.

Jackson me observa un segundo y se apoya en la mesa despacio.

—Ey, Pelapatatas —me llama para que alce la cabeza y lo mire—. No pasa nada por replantearse las cosas de vez en cuando.

Sonrío y asiento.

—Yo no me estoy replanteando nada.

En ese momento, el *maître* se acerca seguido de las chicas. Jackson me observa perspicaz unos segundos más, pero yo cojo la carta, dando la conversación por terminada. No tengo nada que replantearme. Me gusta mi vida tal y como es. Sé por qué tomo las decisiones que tomo. Y todo tiene que quedarse exactamente tal y como está.

Sin embargo, no soy capaz de dejar de darle vueltas a cómo me marché de la New York Advertising Association. Para cuando llega el postre, ya estoy completamente convencido de que me he comportado como un auténtico capullo con Audrey y tengo que hacer algo para compensárselo.

Me escabullo con el móvil en la mano con la excusa de tener que atender una llamada de trabajo y, a unos metros de la puerta del restaurante, la llamo.

—Hola —responde.

Por un momento esperaba escuchar el mismo tono casi pletórico con el que me recibió en el edificio de su máster.

—Te llamaba para decirte que siento mucho lo que pasó antes.

Guarda silencio.

—No te preocupes —me dice algo decepcionada—. No debí dar por hecho que podrías escabullirte del trabajo por mí.

Joder, esto es una maldita tortura. ¿Por qué tiene que ser así de dulce? Eso sólo me complica más las cosas.

—Yo también tenía muchas ganas de celebrarlo contigo —le aclaro antes de concederme un solo segundo para pensarlo—. Tener una amiga entre los diez cerebritos más repelentes del marketing del país no es algo que ocurra muy a menudo —añado burlón.

Me esfuerzo en pronunciar la palabra *amiga* y en bromear sobre todo lo demás.

—Si habláramos de viejos cerebritos repelentes, también podrías estar tú —contraataca.

Sonrío.

—Por tu bien, fingiré que no he oído eso. —Ahora la que ríe es ella y mi cuerpo entra en una tensión completamente diferente de golpe —. Te llevo a cenar. Te lo debo por el almuerzo.

—Me encantaría —se apresura a responder —, pero ya he quedado con Arizona... aunque, si quieres, podrías venirte con nosotras.

Vuelve a sonar contenta, incluso ilusionada.

Maldigo entre dientes, asegurándome de que ella no puede oírme. Quiero verla, pero no así. Quiero que estemos solos. No quiero tener que compartirla. Me paso la mano por el pelo y me lo revuelvo mientras canturreo *Manhattan*,[7] de los Kings of Leon.

—Mis amigos han quedado esta noche —miento—. Podemos vernos todos juntos.

Prefiero que juguemos en mi terreno y con mis normas.

—Genial —responde feliz—. Se lo diré a Arizona.

Cuelgo y resoplo mirando mi iPhone 6s Plus. No me concedo tiempo para pensar en lo que acabo de hacer y regreso al restaurante.

Afortunadamente las chicas están encantadas con que salgamos esta noche a tomar una copa, lo que significa que los gilipollas de mis mejores amigos no harán muchas preguntas ni pondrán demasiadas pegas. Lara propone que vayamos a The Hustle, su pub favorito, y yo acepto.

Llevar a Audrey al Archetype no sería buena idea, ni por las razones que me permito reconocer ni por las que no.

A eso de las ocho llego al pub con los chicos y Katie. Lara lo hará un poco más tarde con Allen y su amiga Sadie. No tardo en ver a Audrey en una de las mesas cerca de la barra. Arizona le dice algo, no entiendo el qué, y ella comienza a reírse. Antes de poder darme cuenta, estoy embobado con esa risa descontrolada y sonriendo también.

—¿Dónde nos sentamos?

La pregunta de Donovan me saca de mi ensoñación y me obligo a volver a la realidad. Lo último que necesito es levantar las sospechas de mis amigos.

—Allí —respondo escueto, echando a andar.

—Hola, Fitzgerald —me saluda Audrey al verme, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, Dempsey. Espero que no hayáis empezado la juerga sin nosotros —bromeo.

—No lo dudes —interviene Arizona, hostil.

Me humedezco el labio inferior y la observo entornando los ojos, gesto que ella me mantiene sin ningún problema. Aprovecho el revuelo de los chicos acercándose y presentándose y, apoyándome en la mesa, me inclino discretamente sobre ella.

—En el momento en el que menos te lo esperes —le anuncio—, vas a imaginar cómo sería estar en mi cama y, créeme, ahí vas a odiarme todavía más —sentencio engreído. En estas circunstancias puedo permitirme serlo.

Arizona me mira como si quisiese asesinarme, pero como si al mismo tiempo estuviese luchando por no darme la razón, y yo sonrío encantado. Es mejor poner las cosas en su sitio cuanto antes.

—Veo que ya os conocéis —digo mirando a Audrey, que asiente rápidamente—. Pues entonces empecemos con las copas.

Aún con la primera ronda en las manos, creo que hemos hablado prácticamente de todo. Audrey parece sentirse muy cómoda con mis amigos y en seguida ha conectado con nuestro sentido del humor, incluso no le ha temblado el pulso cuando ha visto la oportunidad de meterse conmigo o asentir enérgica, entre risas, cuando lo han hecho Jackson o Donovan.

—Sí que sé divertirme —clama cuando, esta vez Arizona, le recuerda que es la chica más responsable de todo Nueva York—. Colin me dijo lo mismo, incluso me retó a contarle un chiste, y lo hice.

—El peor chiste que he oído jamás —añado divertido.

Ella me golpea en el hombro, fingidamente hostil, y frunce los labios. Por un momento nos quedamos simplemente mirándonos y los dos sonreímos cómplices.

—Eso no es un reto de verdad —se queja Arizona—. Un reto de verdad... —continúa diciendo a la vez que cuadra los hombros y mira a su alrededor—... sería acercarte a ese chico tan guapo de la barra y pedirle su teléfono.

La sonrisa se me borra de los labios de un plumazo, pero me esfuerzo en disimular otra. Audrey la mira perpleja sin saber qué contestar y, a continuación, se gira discreta para observar al tipo en cuestión. Yo también lo hago. Es un maldito gilipollas.

—No hablas en serio —replica Audrey.

—Claro que sí.

En ese preciso instante, Audrey me mira. Mi mente se empeña en complicarme las cosas y por un momento no sé si me está pidiendo consejo o permiso.

—Anímate, Dempsey —le digo absolutamente en contra de mi voluntad.

Me obligo a sonreír y ella parece dudar un segundo, como si no hubiese sido la reacción que esperaba. Le doy un trago a mi copa.

Audrey asiente, saliendo de su ensoñación, y se levanta. Aprieto con tanta fuerza el vaso que por un segundo temo romperlo en pedazos.

Arizona y, más tímidamente, Katie siguen jaleando a Audrey, mientras Jackson y Donovan sonríen correctos observándome. Yo alzo la mirada molesto, muy molesto. No tengo nada de qué esconderme, porque aquí no está pasando absolutamente nada.

Audrey llega hasta el chico. Suena a todo volumen *Pay my rent,* [8] de DNCE. No puedo escuchar lo que dicen. En la mesa continúan hablando sobre cualquier estupidez. Suena el móvil de Arizona, no me interesa. Audrey mueve las manos tratando de explicarse. Está nerviosa y jodidamente adorable. Él sonríe y asiente. Me siento como me sentí en el maldito edificio de la New York Advertising Association. La música suena más alta. La voz de Joe Jonas y una rabia cristalina sacuden todo mi cuerpo. Ella sonríe. Ahora mismo sólo quiero partirle la cara a ese capullo.

Los dos sonríen una última vez y ella camina de vuelta a la mesa. Toma una bocanada de aire y sólo entonces me doy cuenta de que estaba conteniendo mi propia respiración.

—¿Y bien? —pregunta Arizona entusiasmada. Odio a Arizona—. ¿Cómo ha ido?

—Normal, no sé —contesta con una sonrisa nerviosa—. Me ha dicho que me da su número de teléfono a cambio de que lo deje invitarme a cenar.

Cierro los puños con rabia de nuevo.

—¿Y qué le has dicho? —inquiere esta vez Katie.

Audrey duda un segundo.

—Le he dicho que sí.

Me mira y yo me obligo a sonreír. Otra vez tengo la sensación de que no he reaccionado como ella esperaba. Deja de mirarme y suspira a medio camino entre la risa y el sentirse sobrepasada.

—Tengo que irme —le anuncia Arizona señalando el teléfono. Ante ese gesto, las dos asienten como si fuera una alusión a una conversación que ya han mantenido antes—. Acompáñame a la puerta y dame los primeros detalles.

Audrey asiente de nuevo. Se gira y, tímida, alza la palma de la mano abierta a la vez que sonríe para indicarle al chico que le dé cinco minutos. Él le devuelve el gesto y la sonrisa encantado. Gilipollas.

Las chicas salen, pero yo sigo con la vista clavada en ese tío. Creo que ni siquiera lo pienso cuando me levanto y camino con el paso decidido hacia él. No debería hacer lo que estoy a punto de hacer, lo tengo clarísimo. Debería dejarla salir, divertirse, justo de lo que me quejaba que tenía que hacer más, pero esta noche no, no con lo preciosa que está con ese vestido, no con ese capullo que no tiene ni idea de que acaba de tocarle el bote de la lotería.

—La chica con la que estabas hablando no va a ir a ningún lado contigo. Lárgate.

Las palabras salen de mi boca más graves y también más seguras y arrogantes que cualquiera que haya pronunciado.

Él me observa y, a continuación, dirige la vista hasta su amigo, en la barra. Pretende intimidarme con el numerito de «somos dos y tú, sólo uno», pero yo ni siquiera me molesto en mirar al otro. Intercambian un par de sonrisas presuntuosas, pero, cuando hace el ademán de dar un paso hacia mí, yo lo doy hacia él. Ya no parece tan valiente ni tampoco tan presuntuoso.

—No te lo voy a volver a repetir —sentencio.

La sangre mezclada con la adrenalina me hierve en las venas.

Joder. Hacía mucho tiempo que no tenía tantas ganas de partirme la cara con alguien.

—¿Por qué? —prácticamente tartamudea—. ¿Acaso es tu novia?

No lo pienso.

—Sí, es mi novia y no pienso darte más putas explicaciones —lo amenazo con la voz aún más ronca—. Lárgate.

El gilipollas asiente y coge su chaqueta nervioso.

—Paso de jueguecitos —murmura, ya a unos pasos.

Yo lo miro y me humedezco el labio inferior, pensando en si abalanzarme sobre él o no. No me sentía así desde hacía diez putos años.

¿Qué me está ocurriendo? Me paso la mano por el pelo y me obligo a ignorar toda la rabia acumulándose bajo mis costillas, el calor en las manos, la sensación de que todo está pasando a cámara lenta, el enfado con el mundo en general y, más que nada, la idea de que todo volvería a una extraña calma si lo tumbase en el suelo de un puñetazo.

Finalmente el tipo decide no tentar más a la suerte y se marcha. Yo doy una bocanada de aire larga, tratando de que cada cosa vuelva a

su lugar. Cuando me giro para regresar a la mesa, puedo notar la mirada de Jackson y Donovan sobre mí, incluso la de Katie, pero no hago el más mínimo intento de devolvérselas. No estoy orgulloso de lo que he hecho, pero volvería a hacerlo sin dudar.

Me siento e inmediatamente recupero mi vaso de Glenlivet.

—¿Se puede saber qué coño has hecho? —pregunta Jackson.

Yo finjo no oírlo. No tengo por qué darle ningunas putas explicaciones.

En ese momento veo a Audrey caminando hacia la mesa y una inquietante idea se abre paso en mi mente. ¿Y si se ha cruzado con ese

idiota? ¿Y si le ha dicho lo que he hecho? El corazón me late de prisa, pero las cosas no han cambiado. He hecho lo que tenía que hacer, aunque ella no pueda entenderlo.

—No digáis una sola palabra —gruño volviéndome hacia mis amigos.

En realidad no sé por qué lo he dicho, sé que siempre me cubrirían las espaldas.

Nuestras miradas al fin se cruzan, pero la única que me remueve por dentro es la de Katie. Me observa como si fuera un ratón de laboratorio que no ha reaccionado como esperaba en el experimento, como si tuviese que estudiarme de nuevo para reconocerme.

Últimamente yo también me he mirado así alguna vez.

A unos pasos de nuestra mesa, Audrey mira hacia la barra y se gira desconcertada.

—¿Sabéis dónde está Mark? —pregunta señalando vagamente el lugar en el que estaba ese imbécil.

—Se ha largado —respondo lacónico.

Todos me miran, pero una vez más finjo que no ocurre nada fuera de lo normal mientras le doy un nuevo trago a mi copa.

—¿En serio?

Sólo dos palabras y me siento como el hombre más miserable sobre la faz de la tierra. Alzo la cabeza y de inmediato me encuentro con

sus ojos marrones. Está nerviosa, pero sobre todo avergonzada, pensando que el chico que quería llevarla a cenar acaba de dejarla tirada delante de un grupo de personas que apenas conoce.

—Será mejor que me vaya —balbucea con la mirada clavada en sus pies.

Se gira rápido, pero no lo suficiente como para impedir que vea sus ojos vidriosos; está a punto de romper a llorar.

Lo estás haciendo genial, capullo. Has conseguido que se sienta fatal.

—Tenía que ser algo importante —lo disculpo levantándome y dando un paso para agarrarla de la muñeca y obligarla a girarse—. Sonó

su teléfono y estuvo hablando un par de minutos antes de salir disparado.

Ella me mira, abre la boca dispuesta a decir algo y finalmente vuelve a cerrarla a la vez que cabecea y fija de nuevo la mirada, esta vez en su propio vestido.

Soy un completo gilipollas.

—Me muero de hambre —digo inclinándome hasta que atrapo su mirada; en cuanto sucede, sonrío y ella me imita, aunque es lo último

que quiere ahora mismo—. Éstos ya han comido —continúo diciendo, en referencia a mis amigos—, así que te llevo a cenar.

Vuelve a tomarse unos segundos para observarme sin saber qué contestar, primero mi mandíbula, mis labios, mis mejillas y finalmente mis

ojos.

—Está bien —musita.

Le dedico una nueva sonrisa y, tras una rápida despedida, salimos del local.

—Estoy segura de que tienes planes —me dice apesadumbrada mientras avanzamos de la mano por Centre Street.

—¿Quieres parar con eso? —me quejo.

Tiene que dejar de pensar que estando con ella no estoy donde quiero estar.

Audrey resopla y se detiene en seco. Ninguno de los dos se suelta, así que doy un paso atrás para quedar frente a ella.

—Es que me siento como una estúpida y muy culpable —se explica agitando frenética la mano que tiene libre—. Debes de tener algo así

como media decena de mujeres con carísima lencería esperándote.

La manera en la que se imagina mi vida sexual me hace sonreír, pero mi gesto le hace arrugar el ceño, como si realmente creyese que

cada minuto que estoy con ella estoy desperdiciando un polvo con una supermodelo.

—No tienes por qué cargar conmigo sólo porque no sea capaz de tener una estúpida cita —sentencia decepcionada, enfadada, triste.

Aparta de nuevo su mirada y la pierde en el endiablado tráfico.

—No digas estupideces —protesto de nuevo.

Pero Audrey no me mira, creo que ni siquiera me escucha, y una lágrima se escapa por su mejilla. ¿Por qué he tenido que ser tan imbécil?

Hace el ademán de soltarse, pero lo último que quiero es que se marche pensando todo lo que está pensando ahora mismo, así que acuno

su cara entre mis manos para conseguir que vuelva a mirarme y le digo lo único en lo que puedo pensar ahora mismo.

—Eres una chica preciosa y hay millones de hombres en Nueva York. Más tarde o más temprano encontrarás al indicado y te enamorarás.

Tan pronto como pronuncio esas palabras, me arrepiento. No quiero que conozca a nadie y no quiero que pierda la cabeza por cualquier

gilipollas que no se la merezca. Ninguno se la merece.

«¿En qué lío te estás metiendo, Fitzgerald?»

De golpe me hago consciente de toda la intimidad que mis manos, en esa parte exacta de su cuerpo, conllevan y las bajo despacio. Ella

sigue mirándome. Los dos continuamos inmóviles uno frente al otro.

La realidad comienza a hacerse un incómodo hueco. Ya no se trata de que quiera llevármela a mi apartamento; ahora quiero encerrarnos

allí, tapiar las ventanas y follármela hasta que se acabe el maldito mundo. Y además estoy muerto de celos... joder.

7

No sé qué pensar, qué decir, qué hacer. No quiero conocer a ningún otro hombre. No quiero que ninguno

se fije en mí. Sólo quiero que me lleve a su apartamento, que me bese, que me desnude en su cama

mientras él sigue impecablemente vestido, que me haga sentir todo lo que ya sé que sentiré.

Colin da un paso atrás y se muerde el labio inferior, pensativo, sin apartar la mirada de mí, justo

antes de meterse las manos en los bolsillos de su marinero y devolverme de repente a la realidad.

Yo resoplo, apartando la mirada por enésima vez y tratando de hacer precisamente eso, volver a la

realidad. ¿Cómo hemos llegado hasta este punto? ¿De dónde ha salido toda esta tensión? Colin Fitzgerald

y yo sólo somos amigos.

Cuadro los hombros e, imitando su gesto, me guardo también las manos en los bolsillos. Creo que es

la manera más explícita que ha encontrado mi cerebro para gritarme la malísima idea que sería dejar que

Colin volviera a cogerme de la mano. Todavía hay partes de mi cuerpo tensándose deliciosamente por

cómo me enmarcó antes la cara. Estábamos muy cerca y olía tan rematadamente bien...

¡Basta!

Necesito volver a la zona de amigos desesperadamente. Abro la boca dispuesta a decirle que nos

vayamos a comer, puede que incluso a contar un chiste, cualquier cosa que nos devuelva a ese punto,

cuando mi móvil comienza a sonar. Lo saco de mi bolso y observo la pantalla bajo la atenta mirada de

Colin. Genial. Es Griffin. Lo último que necesitaba. Corto la llamada, vuelvo a guardar el teléfono y me

aparto el flequillo de la cara con un soplido antes de dedicarle una

sonrisa inmensa y también un poco

desesperada.

—Creí que te morías de hambre, Fitzgerald —comento.

Los amigos se llaman por los apellidos; los amantes, por el nombre susurrado, aunque tengo la

sensación de que, con él, las únicas palabras que logran llegar a pronunciar las mujeres son «más, por

favor, más», «Dios» y «sí, oh, sí».

¡Tengo que dejar de imaginarme al Guapísimo Gilipollas desnudo urgentemente!

Soy un auténtico desastre.

Tras un par de segundos, Colin sonríe, pero su gesto parece tan inquieto como lo fue el mío. Mi móvil

vuelve a sonar. Resoplo por adelantado; sé de sobra quién es, así que recupero la BlackBerry de mi

bolso. Pienso en volver a cortar la llamada, pero, ¿y si ha ocurrido algo? Normalmente Griffin utiliza

esas ocasiones para fastidiarme y hacer que me replantee cosas sólo por la inquietud de que pasen otras.

Contestando sólo le estoy dejando ganar, pero ¿y si es realmente urgente?

—Lo siento. Tengo que cogerlo —me disculpo.

Colin asiente y yo descuelgo.

—¿Qué quieres, Griffin? —respondo arisca.

Al oír su nombre, la expresión de Colin cambia por completo.

—¿Por qué tienes que hablarme así? —replica a la defensiva.

—¿Qué quieres? —repito.

Sé de sobra lo que quiere: hacerme sentir mal por todo lo que pasa

entre los dos y después

consolarme.

—Tienes que venir —me espeta.

—¿Por qué?

—¿Por qué necesitas saberlo? ¿Crees que te llamaría por una tontería?

—No sólo lo creo —bufo—, lo tengo clarísimo.

—No se trata de mí —sentencia áspero y, sobre todo, con la clara intención de hacerme sentir

culpable. Lo consigue al instante.

—Voy para allá.

Cuelgo sin despedirme y me dirijo al bordillo con la mirada en el tráfico, buscando un taxi.

—¿Adónde vas? —pregunta Colin acercándose a mí.

—Lo siento muchísimo, de verdad —me disculpo acelerada—, pero tengo que marcharme.

¿Dónde se han metido todos los taxis?

—¿Qué es lo que pasa?

—Lo siento, tengo que irme —insisto.

—Audrey —me agarra del brazo y me obliga a girarme—, ¿qué pasa?

Su voz suena exactamente como es él, llena de una seguridad aplastante, algo engreída, algo dura,

algo distante, lo suficiente como para dejarte claro que no estás delante de un hombre como todos los

demás.

Tengo la tentación de respirar hondo y contarle todo lo que pasa. Hablar sin filtros ni miedos de

Griffin, de Steven, de mi familia. Contarle todo lo que me ha pasado desde que cumplí diecisiete años.

Quiero que sepa por qué soy como soy, por qué tengo que marcharme corriendo, pero entonces no creo

que pudiese callarme que también me muero de ganas de que me lleve a su cama... y, después, ¿qué?

Colin es un mujeriego y yo tengo que protegerme. Ya aprendí la lección.

Sin embargo, las mariposas de mi estómago toman el control por un mero segundo y me lanzo contra

él, rodeando su cuello con mis brazos y hundiendo mi cara en su hombro. Todo su cuerpo se tensa y se

queda muy quieto, mientras yo quiero que la tierra me trague. ¿Qué he hecho? Disfruto un instante más de

su olor, probablemente sea la última vez que pueda hacerlo antes de la orden de alejamiento contra mí

que seguro que pide en cuanto lo suelte, y hago el ademán de separarme, pero entonces, en la última

milésima de segundo, Colin alza los brazos y me estrecha con fuerza contra su cuerpo. Las mariposas

reviven descontroladas. Ninguno de los dos dice nada. Su cuerpo ya no está rígido, el mío tampoco y, sin

embargo, una corriente eléctrica me recorre de pies a cabeza. Sus manos se pasean despacio por mi

cintura y suben perezosas hasta mis costillas. Casi sin pensarlo, muevo las mías y acaricio en su nuca el

final de su pelo castaño y lo revuelvo con la punta de los dedos. Me aprieta un poco más fuerte y el

corazón me late tan de prisa que me da miedo que pueda oírlo. Mueve las manos. Mi respiración se

acelera. Abre posesivo sus largos dedos en la parte baja de mi espalda. Todo da vueltas. Nos separamos

despacio. Nos miramos directamente a los ojos. Nuestros alientos se entremezclan en el ínfimo espacio

entre los dos. Sus manos se deslizan por mi cintura mientras nos alejamos; las mías, por sus armónicos

antebrazos. Ya no nos tocamos, pero, de alguna manera, de una de esas que describen en las canciones de

amor, seguimos atados.

Un taxi se para al fin. Sonrío nerviosa fingiendo que el momento no me ha superado en todos los

sentidos y me meto en el coche amarillo bajo su atenta mirada. Él sigue ahí, imperturbable,

demostrándome todo lo que ya sé. Si me colara por él, no sobreviviría, mientras que, al contrario, para

él, yo sólo sería una gota en un océano lleno de lencería de La Perla.

Le doy al conductor la dirección de Griffin y al fin nos movemos. ¿Por qué tengo que tener tan mala

suerte? ¿Por qué tenía que cruzarse en mi vida Colin Fitzgerald? ¿Por qué un abrazo con él ha sido más

íntimo que estar en la cama con cualquier otro hombre?

Suspiro y me dejo caer sobre la tapicería negra.

No puedes equivocarte otra vez, Bluebird.

Paso el resto de la noche en casa de Griffin y sólo nos sirve para tener por enésima vez la misma

discusión, hasta que a las dos de la madrugada regreso en taxi a mi apartamento.

Los días siguientes pintan bastante complicados. La gran reunión está a la vuelta de la esquina y

tenemos muchísimo que hacer. Si a eso le sumo el máster, a mi vida laboral le faltan horas para poder

hacer todo lo que debo. Apenas veo a Colin, que pasa las mañanas de

reunión en reunión y las tardes

tratando unas inversiones muy importantes para Colton, Fitzgerald y Brent. Comienzo a estar de lo más

intrigada por saber qué demonios hacen exactamente en esa empresa. Desde que trabajo con Colin, lo he

visto revisar prospectos de inversiones, solucionar problemas de aduanas, redactar contratos

empresariales internacionales y citar leyes, desde el Código Civil estadounidense a la normativa de

aranceles de China, pasando por las leyes de tráfico monetario de la Unión Europea.

El miércoles al mediodía ya no puedo más. Llevo dos noches prácticamente sin dormir, con la cama

llena de dosieres y carpetas; he tenido una reunión casi interminable con el departamento de recursos

humanos y he ayudado a Arizona a trasladar, revisar y clasificar al menos un centenar de archivos. Estoy

agotada. Así que, cuando por fin me siento en nuestro pequeño rincón de moqueta verde vidrio con vistas

al Rock Center, no lo dudo. Me quito los zapatos y coloco los pies sobre las piernas de Colin, estiradas

en el suelo. Sin decir nada ni levantar la vista de los estudios de mercado que revisa, agarra mi pie con

fuerza y comienza a hacer círculos concéntricos con el pulgar sobre el hueso del tobillo. Yo le quito la

botellita de San Pellegrino sin gas que tiene en la mano y comienzo a beber. Está helada y riquísima.

Y de pronto caigo en la cuenta. Comprendo la intimidad que todos esos pequeños detalles, la

familiaridad con la que los hemos hecho, entraña. Colin también lo entiende. Su pulgar se detiene y alza

la cabeza. Atrapa mi mirada y por un momento volvemos a quedarnos así, encerrados entre mis ojos

marrones y los suyos increíblemente azules, como si no fuese violento o incómodo mirar a alguien y

poder ver todo lo que quieras, sin miedos ni frenos.

Retiro los pies confusa y también algo sobrepasada. Me pongo mis Manolos rápidamente y me

levanto como un resorte. Ya me he alejado unos pasos cuando Colin también se incorpora. Nerviosa, me

llevo el pulgar a los dientes y araño la uña. Estoy demasiado inquieta, abrumada.

—Audrey. —Su voz me despierta y me alimenta de más maneras que ni siquiera entiendo.

Suspiro. Puedo con esto. Sólo somos amigos y eso es lo único que queremos ser.

Me giro despacio y él camina hacia mí. Son apenas unos segundos, pero los suficientes como para

fijarme en lo injustamente bien que le queda el chaleco, la camisa blanca remangada y los pantalones a

medida. ¿Por qué no puede venir a trabajar en chándal alguna vez?

Colin entorna la mirada mientras me observa y creo que está sopesando opciones. Finalmente suelta

un profundo suspiro.

—No puedes irte —me ordena.

—¿Por qué? —prácticamente balbuceo turbada.

Guarda silencio unos instantes sin dejar de mirarme y mi corazón se acelera desbocado. Creo que

nunca había estado tan confusa, tan perdida... y creo que nunca me había sentido tan viva.

—Tenemos trabajo que hacer —dice al fin.

Se me escapa una sonrisa nerviosa, incluso rozando la histeria. ¿Cómo puedo ser tan increíblemente

idiota? Lógicamente, una palabra que parezco haber olvidado junto con mi sentido común, sólo se trata

de trabajo. ¿Qué iba a ser, si no? Es urgente que me baje de esta nube fabricada a base de tensión sensual

y novelas románticas.

Me obligo a relajarme de inmediato y me cruzo de brazos.

—Claro —respondo profesional—. ¿De qué quieres que me encargue?

—Ya he tomado una decisión respecto al asunto Talbot.

Asiento. Es muy importante. Me parece bien que lo dejemos solucionado ya.

—Henry se queda fuera —me informa frío, imperturbable.

¿Qué? No puede estar hablando en serio.

—¿A qué viene eso? —protesto—. Los contratos con Michael Talbot son lo mejor que podría

pasarnos. ¿Acaso no sabes lo que significarían para Cunningham Media?

Colin sonríe mordaz a la vez que cabecea.

—Precisamente porque lo sé. No voy a permitir que participéis.

Abro la boca absolutamente escandalizada y, ya de paso, muy indignada.

—Y, como tú lo has decidido, ¿ya no hay nada más que hablar? ¡Ni siquiera es tu empresa!

Colin aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea y da un paso hacia mí.

—Y si seguís así, tampoco será la de Henry —sentencia arrogante.

¡No lo soporto! No tiene razón y se está comportando como si el director ejecutivo de esta compañía

no tuviese ni voz ni voto.

—Henry puede encargarse. Podemos hacerlo. Ingresaríamos casi dos millones de dólares.

—¿Y sabes a cambio de qué? —me interrumpe intimidante—. Michael Talbot no quiere reflotaros.

Quiere estar en primera fila cuando os hundáis para hacerse con el mejor trozo. Nadie va a invertir

dinero en una compañía que sólo sabe perderlo. ¿Puedes entender eso?

Hemos vuelto de golpe al día en que nos conocimos.

—Que tú hayas dado por hecho que vamos a hundirnos no significa que vaya a ser eso lo que pase —

siseo muy molesta y, sobre todo, muy dolida.

—Yo no he dicho eso—gruñe.

—Pero sí has dicho que nadie daría un mísero centavo por nosotros si no es para sacar tajada cuando

todo estalle por los aires. ¿Por eso estás tú aquí?

Su expresión cambia por completo y siento una punzada de culpabilidad. Aun así, no me arrepiento.

No tiene ningún derecho a dejarnos al margen de algo que podría salvarnos sólo porque no sea capaz de

ver en Henry nada más allá de unos estúpidos informes de ventas. Esta empresa vale mucho más de lo

que él se cree.

Colin da un nuevo paso hacia mí. Sus ojos se vuelven casi metálicos. Está tenso, en guardia. Está más

enfadado que nunca, aunque ese control con el que siempre se enfrenta al mundo apenas permita verlo.

—Estoy aquí porque me pagan mucho dinero para decidir si merece la pena salvaros o no. Así que

deja de ser tan cría y tan digna, y empieza a recordar uno de tus discursitos tan monos sobre cuánto te

importa Cunningham Media y todos los que trabajan en ella.

Todas las réplicas que tenía preparadas, todos los argumentos para demostrarle que se estaba

equivocando, sencillamente se evaporan en mis labios. No me puedo creer que haya dicho algo así.

—Eres un hijo de puta.

—Probablemente —responde sin levantar sus ojos de mí, dejando que toda su arrogancia reluzca—,

pero olvídate de esos contratos.

Por un momento el silencio se abre paso entre ambos. Se ha reído de mí y de todo lo que significa

esta empresa para mí. No tengo nada más que decir. Ni siquiera quiero tenerlo cerca. Vuelvo sobre mis

pasos y salgo de la estancia.

Ahora mismo lo odio con todas mis fuerzas.

Bajo las escaleras tan de prisa como soy capaz. ¡Estoy furiosa! ¿Cómo ha podido soltarme todas esas

cosas? Me dijo que Cunningham Media podía salvarse. ¿Ya se ha rendido?

Me freno en mitad del segundo tramo, me giro y subo de nuevo, dispuesta a gritarle todo lo que

pienso. Podemos sacar adelante esos contratos. Me da igual cómo haya dado por hecho que van a salir

las cosas o la poca confianza que tenga en Henry y en esta compañía. De pronto me quedo clavada en el

penúltimo peldaño y me doy cuenta de que eso es lo que más me enfurece de todo. ¿Por qué no es capaz

de confiar en nosotros? Yo sí lo hice cuando se trató de él.

Automáticamente estoy aún más enfadada y lo odio un poco más. Cabeceo llena de rabia y regreso a

la planta principal.

—No lo necesitamos —farfullo entrando en mi despacho y cerrando de un portazo.

Miro el escritorio recordando perfectamente lo que contiene el primer cajón y me siento a la mesa.

Lo abro despacio y saco la capeta con el estudio de mercado y todos los informes sobre la empresa de

inversión Samuelson y Mulholland. Siempre dije que el plan malévolo era el plan B, pero ahora ya no lo

tengo tan claro. Recupero mi móvil y marco el número que subrayé en la primera página.

—Buenos días —saludo a la secretaria del director del departamento de adquisiciones después de

haber hablado con recepción—. Soy Audrey Dempsey, vicepresidenta de Cunningham Media. Me

gustaría concertar una cita con el señor Bessett.

Tras consultar su agenda, quedamos para finales del próximo mes. Cuelgo sin tener muy claro si esto

es lo que debo hacer, pero estoy demasiado furiosa como para pensarlo.

El resto del día es horrible. Cada vez que llaman a la puerta pienso que es Colin dispuesto a

disculparse. Después recuerdo que él ni siquiera llamaría a la puerta y automáticamente comprendo que

no va a presentarse aquí, arrepentido, para pedirme perdón. Tiene cristalinamente claro lo que piensa de

nosotros.

Ya ha anochecido cuando salgo de mi despacho. La planta está desierta. Son más de las siete y todos,

a excepción de Arizona, se han ido ya a casa. Estoy segura de que ella no lo ha hecho por no dejar a su

jefa/mejor amiga/vecina en su despacho sola y enfadada como lo ha estado pocas veces en su vida.

—Necesito que firmes estos documentos —dice levantándose y saliendo a mi encuentro.

Los cojo y los ojeo.

—Son cosa del señor Fitzgerald —respondo lacónica—. Tiene que firmarlos él —añado

devolviéndoselos.

Arizona frunce el ceño confundida. Sí, lo he llamado señor Fitzgerald. No es para tanto y, ya puestos,

es una costumbre que nunca debí perder.

—Colin no está —me informa. Ahora la que arruga la frente soy yo—. Salió a la hora de comer y no

ha regresado. Pensé que tú sabrías dónde había ido o si volvería más tarde.

Cabeceo furiosa. No me lo puedo creer. ¿Cómo puedo ser tan rematadamente estúpida? Me he pasado

toda la tarde en mi despacho cabreada y preocupada, y él sencillamente se ha largado a su empresa, la

única que de verdad le importa, o a tirarse a alguna rubia incauta. Tuerzo el gesto. No sé cuál de las dos

ideas me molesta más.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

Respiro hondo. No quiero hablar; ni siquiera sé cómo me siento.

En ese preciso instante, el pitido del ascensor indicando que las puertas van a abrirse nos distrae a

las dos. Dirigimos la mirada al fondo de la sala justo a tiempo de ver a Colin salir del elevador. Es

obvio que viene de correr. Va vestido con unos pantalones de deporte y una camiseta en tonos oscuros. El

cable de los cascos de su iPhone sale de la camiseta y le recorre el cuello hasta llegar a sus orejas. Su

piel está cubierta por una fina capa de sudor y su pelo, revuelto y húmedo, seguramente por haberse

echado por encima media botellita de la que ahora bebe, hacen el resto para que otra vez parezca el

hombre más atractivo sobre la faz de la tierra. Desde luego, cuando supliqué porque viniera a trabajar en

chándal, no sabía lo que decía.

Él también me ve, pero su mirada sobre mí sólo dura unos segundos antes de que la pierda al frente y

recorra la planta principal con el paso impasible. A unos pocos metros de su despacho, Beatrice lo

intercepta con un par de carpetas. Colin se para a revisarlas al tiempo que se quita los cascos de un

certero tirón. Yo lo observo, odiándolo en secreto un poco más.

—Estás sudado —grito displicente, sin moverme ni un ápice pero segura de que me oye aunque

estemos separados por una decena de mesas—. Podrías haberte dado una ducha antes de aparecer por

aquí. Éste es un sitio de trabajo respetable.

Aunque tú hayas dado por hecho que acabaremos todos en la calle.

—Lo he hecho por ti —responde sin levantar la vista de los papeles.

—¿Por qué? —pregunto molesta.

—Para ayudarte. Así, cuando me imagines después de haberte follado, ya sabrás el aspecto que tengo

sudado y relajado —responde malhumorado, de nuevo sin molestarse en mirarme.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo se ha atrevido a decir eso?!

Abro la boca rozando la ira termonuclear, pero precisamente por estar tan increíblemente furiosa ni

siquiera sé qué decir. ¡Maldita sea!

Colin firma el último documento y se dirige de nuevo a su despacho.

Piensa, cerebro, piensa.

No voy a permitir que se marche triunfal como si fuese el condenado rey del mundo.

Antes de que la idea cristalice en mi mente, me llevo las manos al bajo de mi vestido y me lo saco

por la cabeza, dejando a la vista mi conjunto de ropa interior.

—¡Ey, Fitzgerald! —grito ante la atónita mirada de Arizona y Beatrice.

Colin se vuelve. Me recorre de arriba abajo con la mirada. Sus ojos azules se oscurecen y todo su

cuerpo se tensa. El lobo ha vuelto.

—Para que, cuando fantasees conmigo, sepas cómo me sienta el encaje —sentencio increíblemente

impertinente.

Sé que parezco una auténtica chiflada sin ningún sentido del decoro, pero no me importa. ¡Todo esto

es culpa suya!

Colin aprieta los puños con rabia y da un único paso hacia mí.

—A mi despacho, ahora —ruge con la voz amenazadoramente suave.

Yo entorno los ojos y echo a andar llena de rabia. ¿Quiere seguir discutiendo en privado? Por mí,

perfecto. Ahora mismo estoy tan enfadada que podría estrangularlo con sus cascos del iPhone.

Colin mira a Arizona, o más bien la asesina con la mirada. Ella

reacciona inmediatamente. Se agacha,

recoge mi vestido tangerina y se lo lanza a Colin, que lo atrapa con una sola mano, antes de retroceder

con su intimidante mirada clavada en mí y detenerse en la puerta de su despacho, apartándose lo

imprescindible para que pueda pasar sin que lleguemos a tocarnos.

No me había sentido intimidada hasta ahora.

—Las dos fuera —prácticamente ladra a las secretarias antes de cerrar de un sonoro portazo.

Frente a frente, pero separados por unos metros, Colin lanza mi vestido sobre su escritorio a mi

espalda. Me observa. Todo su cuerpo, su expresión, han subido de nivel. Puede que no supiese con

exactitud por qué había utilizado la metáfora del lobo antes, pero ahora lo inunda todo, la manera de

mirarme, de moverse, incluso la forma en la que se mantiene en silencio dejando que su respiración,

fuerte y pausada, lo arrase todo.

Sigo enfadada, pero ya no sé cómo traducirlo y mucho menos cómo apartar mi mirada de él. Estar en

ropa interior ya no me parece una buena idea y me vuelvo con la idea de recuperar mi ropa.

—No —me ordena.

Una sola palabra que lo condensa absolutamente todo... toda la excitación, el deseo, lo rápido que me

late ahora mismo el corazón, lo caliente que la sangre circula por mis venas. Me giro despacio y sus ojos

atrapan de nuevo los míos. De pronto la atmósfera se llena de una tensión casi irrespirable, eléctrica,

febril, adictiva.

Seguimos mirándonos. Sólo se oyen nuestras respiraciones.

Colin atraviesa la distancia que nos separa tirando, sin importarle lo más mínimo, la botellita de agua

que aún conservaba entre las manos, me sujeta por las caderas sin dejar de caminar, deslizando una de

sus manos hasta anclarse en mi trasero, y me sienta en la mesa, brusco. Aún más, se abre paso entre mis

piernas y sube sus dedos hasta que vuelven a encontrarse con mis caderas, apretando con fuerza.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así? —susurra con la voz ronca, con sus labios demasiado

cerca de los míos.

—Porque a veces ni siquiera consigo pensar con claridad cuando te tengo cerca.

Las palabras salen de mi boca sin que pueda controlarlas.

Colin aprieta sus manos sobre mi piel por mi respuesta. Un gemido se escapa de mis labios y se

entremezcla con el gruñido que sale de los suyos.

—Si no he aceptado la oferta de Talbot es para protegeros, no porque crea que no sois capaces —me

explica con la voz jadeante, controlándose—. Dime que lo entiendes —me exige.

—Lo entiendo.

Ni siquiera sé por qué, pero le creo. ¿A qué estamos jugando? ¿A qué precipicio me estoy asomando?

No puedo colarme por Colin Fitzgerald, no puedo dejar que me toque... pero la sensación de que no hay

nada mejor puede conmigo y levanto la cabeza, buscándolo.

Colin alza una mano, acariciando mi cuerpo con la punta de los dedos por el camino, y la deja en mi

cuello, apretando lo justo para que todo el deseo se multiplique por mil.

Acerca su boca; su cálido aliento baña mis labios. Estoy a punto de arder.

—Las cosas —comienza a decir dejando que su grave voz acaricie la punta de mi lengua— pasan

cuando yo quiero que pasen. Otra cosa que vas a tener que entender.

Sin más, se separa de mí. Nuestros ojos se encuentran un momento. Los míos, confusos, otra vez

sobrepasados y, desde luego, destilando excitación pura y dura. Los suyos, hambrientos pero también

frustrados y, sobre todo, furiosos.

Se da la vuelta sin decir una sola palabra y sale del despacho cerrando a su paso. Lo último que veo

antes de que la madera encaje en el marco es cómo se pasa las dos manos por el pelo revuelto.

¿Qué demonios acaba de pasar?

—Joder —musito dejándome caer sobre su mesa y tratando de recuperar todo el oxígeno que parece

haber desaparecido a mi alrededor—. Bluebird, ¿en qué coño estabas pensando?

Me levanto de un salto y me visto todo lo de prisa que soy capaz. Justo antes de abrir la puerta, tengo

un auténtico ataque de bochorno mezclado con un código rojo en mi escala personal del ridículo. Algo

que definitivamente me hubiese sido muy útil hace aproximadamente quince minutos, cuando decidí

quedarme en ropa interior en mitad de Cunningham Media.

Por suerte, no queda nadie rondando en toda la planta y puedo marcharme con la dignidad intacta... o

casi. Justo antes de montarme en el ascensor, pierdo la mirada en el acceso a las escaleras. Quizá Colin

haya subido, quizá debería hacerlo yo también y hablar de lo que acaba de pasar. Suspiro a la vez que me

llevo las manos a las caderas y clavo la vista en mis zapatos. ¿Qué es lo mejor? ¿Lo más responsable?

¿Lo más profesional? Mi mente está tan enmarañada que no llego a ninguna conclusión. Lo mejor es que

me marche. Sólo espero que mañana sea capaz de ver las cosas más claras.

Aproximadamente una media hora después estoy subiendo las escaleras hasta mi apartamento en la

segunda planta. No he dejado de pensar en el ascensor, de camino al metro, en el vagón y, por supuesto,

ahora. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo se supone que vamos a comportarnos mañana?

Estoy a punto de meter la llave en la cerradura cuando vuelvo a frenarme en seco y suspirar. ¿En qué

lío me he metido?

—Audrey.

La voz de Arizona me hace dar un respingo. No me la esperaba.

—¿Estás bien? —pregunta bajando los últimos peldaños del tramo de escaleras que sube al tercer

piso, donde está su apartamento.

—Sí —miento, y lo confirmo con un gesto de cabeza.

Ella tuerce el gesto, está claro que no me cree, y se cruza de brazos.

—¿Se puede saber qué ha pasado en la oficina?

—No lo sé —respondo, esta vez más sincera, al tiempo que me encojo de hombros.

Arizona resopla exasperada, me coge de la mano y nos sienta en las escaleras.

—Vamos por partes —me pide—. ¿Estás liada con el Guapísimo Gilipollas? —inquiere sin paños

calientes.

—¿Qué? —protesto—. ¡No! —me apresuro a añadir—. ¿Te haces una idea de lo complicado,

incómodo y extraño que el sexo lo volvería todo? No puedo permitirme siquiera pensar en la posibilidad

de acostarme con él. —Puede que esta última idea me la haya saltado un poquito—. No voy a acostarme

con él —ratifico—, nunca, jamás.

Mi amiga enarca las cejas.

—Has utilizado muchas palabras para decir no —se burla.

Enfurruñada, hago el ademán de levantarme, pero Arizona me agarra del brazo y vuelve a sentarme.

—¿Por qué te desnudaste en mitad de la sala?

—Porque estaba furiosa —digo, sintiendo cada letra que pronuncio.

Creo que todavía lo estoy, aunque por motivos completamente diferentes.

—¿Por qué?

—Porque pensaba que no confiaba en la empresa, ni en Henry, ni en mí —doy un largo suspiro—,

pero al final todo ha sido por el bien de Cunningham Media. Sólo quería protegernos.

—¿Y tú le crees?

—Sí. —No lo dudo.

—Audrey, estás colada por Colin, ¿verdad?

Quiero gritar que no, que está tan equivocada que está a punto de ganar algún maldito trofeo, pero no

puedo hacer otra cosa que volver a resoplar avergonzada mientras me paso las manos por el pelo,

guardándomelo tras las orejas.

—No estoy colada por él, pero a veces, cuando está cerca, no soy capaz de pensar las cosas

objetivamente, ni de meditar mis decisiones... no sé qué me pasa, es como si perdiera el control.

Ahora es ella la que suspira mientras se recoloca en el escalón.

—Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones —me explica moviendo las manos—. Una, te dejas

llevar y dejas que el Guapísimo Gilipollas te eche el polvo de tu vida.

Ambas sonreímos al borde de la risa, en parte, por su apodo y, en parte, por la posibilidad de tener

una increíble noche de sexo con él.

—Es un mujeriego —sentencio cuando nuestras carcajadas decrecen.

—Pues entonces sólo te queda la segunda opción —replica ladeando la cabeza—: respirar hondo y

aprender a hacer uno de esos pasatiempos chinos tan complicados, porque vas a tener un montón de

energía sexual que invertir.

Sonrío, pero en el fondo no me hace la más mínima gracia. ¿Qué voy a hacer?

—Será mejor que entre en casa —me rindo, hundiendo los hombros.

—¿Sabes? No está mal dejarse llevar y comportarse como una cría de diecisiete años alguna vez.

Yo me detengo y sonrío a la par que me vuelvo.

—No puedo comportarme como una cría de diecisiete años.

—¿Y por qué no? Cuando tenías esa edad, tuviste que enfrentarte de golpe a una responsabilidad

enorme. —Abro la boca dispuesta a interrumpirla con la cantinela de siempre, pero ella alza la mano,

frenándome y dedicándome un «ya lo sé, idiota» mental —. Después pasó lo de tu padre, tu familia y el

imbécil de Griffin —al pronunciar su nombre, pone los ojos en blanco. Definitivamente no es su persona

favorita—. A lo mejor Fitzgerald es justo lo que necesitas para dar ese delirante salto al vacío.

—¿Delirante salto al vacío? —repito con una sonrisa.

—Ya sabes —responde frunciendo el gesto pícara—: pasión, diversión, pasarlo bien de verdad —

añade exagerando cada letra—, como el *wanderlust*[9] del sexo.

Ya no puedo más y rompo a reír. Arizona sigue asintiendo completamente en serio hasta que, al final,

abro la puerta de mi apartamento.

—Piénsalo, pequeña —me ordena señalándome con el índice, todavía sentada en las escaleras.

—Lo haré, pequeña —respondo justo antes de cerrar—. Te quiero.

—Te quiero.

En la cama, rodeada de carpetas de trabajo, absolutamente en contra de mi voluntad, no puedo dejar

de pensar en lo que me ha dicho Arizona. La verdad es que, eso del delirante salto al vacío, suena de lo

más apetecible.

A la mañana siguiente llego puntual a Cunningham Media, pero de inmediato me escabullo y entro en

mi despacho. No estoy preparada para ver a Colin. No sé cómo se supone que debo comportarme. Seguro

que él no tiene este problema. Me apuesto veinte dólares a que no soy la primera chica que se queda en

ropa interior delante de él por un enfado monumental, probablemente ni siquiera lo haya sido de esta

oficina. Gimo exasperada. ¿Cómo he acabado en esta situación?

Apenas llevo unos minutos cuando llaman a la puerta. La respiración se me corta de repente y tengo

que mentalizarme para dar paso. No quiero verlo. No quiero verlo. Al comprobar que es Beatrice, la

eficiente secretaria de Colin, suelto todo el aire de una bocanada, aunque el estómago vuelve a

encogérseme en cuestión de segundos. ¿Y si me ha mandado llamar a través de ella?

—Buenos días, Audrey.

—Buenos días, Beatrice —respondo alzando la barbilla y cuadrando los hombros. No pienso dejar

que nadie vea que estoy a punto de salir corriendo al aeropuerto y marcharme, no sé, a una Guayana—.

¿En qué puedo ayudarla?

—El señor Fitzgerald quiere que estudie estos documentos.

Deja un dosier sobre mi mesa y sale de mi despacho. Con el primer vistazo a la carpeta, frunzo el

ceño. No es de Cunningham Media, sino de Colton, Fitzgerald y Brent. No es que Colin nunca haya

compartido conmigo parte del trabajo que hace fuera de aquí, pero siempre han sido situaciones

concretas de casos concretos.

Abro la carpeta. El nombre de Michael Talbot aparece al principio del

documento. No tardo en

darme cuenta de que se trata de un prospecto de inversiones diseñado por el propio Talbot. Continúo

leyendo. Básicamente es un plan para desmantelar una empresa, despedir al ochenta y siete por ciento del

personal, reorganizar los activos y venderlos por separado. Al llegar a los anexos explicativos, abro los

ojos como platos. Este plan de negocios estaba destinado a Cunningham Media. Colin tenía razón, sólo

quería invertir para sacar tajada después.

Cierro el dosier y me levanto como un resorte. Si no llega a ser por Colin, habríamos caído en la

trampa como idiotas y ahora la compañía estaría a unos meses de desaparecer. Me llevo el pulgar a los

dientes. Sé qué es lo que tengo que hacer ahora, por muy avergonzada que vaya a sentirme.

Salgo del despacho con paso seguro. Si algo me ha enseñado Henry es que, cuanto más nervioso

estés, menos puedes demostrarlo. Cruzo la planta pensando que todos me miran porque todos saben lo

que ocurrió ayer. Es sólo una manera más de mortificarme de mi retorcido cerebro. Es imposible que lo

sepan. No había nadie aquí, y Arizona y Beatrice jamás dirían una palabra.

Llego a su despacho, pero no hay rastro de él.

—¿Sabe dónde está Colin? —pregunto a Beatrice.

—En la planta de arriba.

Diviso la puerta de las escaleras y tomo aire para armarme de valor. Sin embargo, a cada escalón que

subo la cosa se vuelve más complicada. Ya no sólo tengo que lidiar

con el hecho de que me quedara

prácticamente desnuda delante de él, sino que encima ahora tengo que pedirle disculpas y tragarme todas

mis palabras. No sé qué me atormenta más.

Al cruzar el arco que separa la diáfana estancia del pequeño pasillo, Colin aparece inmediatamente

en mi campo de visión. Sentado donde siempre, trabajando como siempre, atractivo hasta decir basta...

como siempre.

—Hola —murmuro.

Él alza la cabeza de los documentos que revisa, pero no dice nada. Quiere que diga todo lo que debo

decir. Es justo.

—Acabo de leer el plan de Talbot para esta empresa. Tenías razón. Sólo buscaba aprovecharse, así

que muchas gracias por protegernos.

Colin aparta su mirada y, tras asentir un par de veces, vuelve a la carpeta que tiene delante.

—De nada —responde distante.

Vale. Ahora viene lo difícil.

—Sé que ayer metí la pata hasta el fondo —me disculpo dando un paso hacia él— y que no debí

soltarte todas esas cosas, pero, si sirve de algo, te creí cuando me dijiste en tu despacho que hacías lo

mejor para nosotros. No necesitaba esa carpeta.

Lo miro esperando a que responda algo, pero sigue en silencio, con la vista clavada en ese puñado de

letras y números.

—Confío en ti, Colin —sentencio.

No habla. No me mira. Resoplo. No sé qué hacer. Me muero de ganas de que me señale con la cabeza

el sitio a su lado, en ese gesto tan engreído del que siempre me quejo y que ahora echo de menos como

una idiota.

—Ven aquí —suelta al fin, ladeando la cabeza para marcar un trozo de moqueta junto a él. Yo sonrío

feliz— antes de que se te ocurra contarme un chiste para que te perdone —añade burlón.

Yo frunzo los labios divertida y me siento a su lado.

—O, peor aún —continúa—, decidas volver a desnudarte.

Abre la boca fingiéndose escandalizado, imitando el gesto que yo estoy haciendo de verdad. ¡Es un

cabronazo! Entorno los ojos y lo golpeo en el hombro. Él sonríe, encantado con su propia broma, y al

final soy yo la que acaba haciendo lo mismo.

—¿Cómo se te ocurrió hacer algo así? —inquiere.

—Fue culpa tuya —protesto—. Me provocaste. Además, seguro que no soy la primera chica que se

queda desnuda delante de ti por lo odioso, impertinente y engreído que puedes llegar a ser.

Chúpate esa, Fitzgerald. Donde las dan, las toman.

Sin embargo, la jugada se vuelve en mi contra cuando él sonríe satisfecho, probablemente pensando

en todas y cada una de las mujeres que ha conseguido que se desvistan para él.

—Debe de ser increíble tener todo ese poder y no preocuparte en usarlo sólo para el mal—comento

displicente, pero, sobre todo, un poco insolente.

—Es divertido —responde con una canalla sonrisa.

Es un auténtico sinvergüenza. Sin embargo, otra vez de forma involuntaria, comienzo a pensar

precisamente en esa idea, en cómo las mujeres pierden la cabeza por él. Lo he visto en directo con las

chicas que trabajan aquí. Se quedan mirándolo embobadas cada vez que pasa y, cuando se acerca a

hablar con alguna de ellas, se respira en el aire el hecho de que todas harían todo lo que él les pidiese.

Es abrumador y al mismo tiempo increíblemente sexy. Cualquier mujer podría perder la cabeza por él,

por la seguridad con la que se mueve, por la manera en la que mira, sabiendo lo que quiere y cogiéndolo,

por todas las promesas de sexo salvaje, desbocado, como si fuese el único hombre en el universo capaz

de hacer realidad todas tus fantasías y provocarte cien nuevas sólo por la manera en la que sospechas que

sabrá tocarte.

—¿Alguna vez te ha pasado? ¿Que una mujer te haya ofrecido hacer lo que quieras con ella y tú hayas

aceptado?

Mi tono es apenas un murmuro. Tengo la boca seca y el corazón me retumba en los oídos.

Colin se ha quedado muy quieto escuchando cada una de mis palabras y, a continuación, alza la

cabeza despacio hasta atrapar mi curiosa mirada.

—Sí —responde con voz trémula.

El ambiente entre los dos ha cambiado, se ha electrificado, se ha vuelto húmedo, caliente, sensual.

No sé por qué lo he preguntado, ni siquiera por qué lo estoy imaginando, y por un momento

simplemente las realidades se combinan y juego a pensar lo que me gustaría que me hiciera a mí, mi

wanderlust del sexo con Colin Fitzgerald.

—Dejar que su cuerpo te pertenezca, tocarla como quieras, correrte en su boca —mi voz se evapora

al final de la frase.

Nuestras respiraciones se aceleran.

—¿Y tú? —replica—. ¿Dejarías a un hombre correrse en tu boca?

—No.

—¿Me dejarías a mí?

Todo da vueltas.

—Sí —pronuncio con una voz apenas audible, pero llena de una atronadora seguridad. No hay dudas.

No las tengo—. A veces creo que podría hacer cualquier cosa que me pidieras.

—Joder, Audrey —gruñe.

Sin decir nada más, me coge de las caderas y me sienta a horcajadas sobre él. El movimiento es

fluido, perfecto, y nos deja completamente acoplados. Sus manos vuelven a anclarse en mis caderas y las

mías descansan sobre su pecho. Estamos muy cerca. Todo se llena de una intensidad casi perturbadora.

Adoro el delirante salto al vacío.

—¿Por qué te sientes así?

Sé la respuesta, pero quiero escucharla de sus labios.

—No lo sé.

Nuestras respiraciones entrecortadas cada vez suenan más rápidas, más descontroladas, comiéndose los sonidos de Nueva York veinte

plantas más abajo y llenando por completo la habitación.

—Sí lo sabes, dímelo.

—Eres tú. Es sólo por ti.

Suena frustrada, incluso un poco enfadada. Ella también ha luchado con todas sus fuerzas para no acabar exactamente así y eso sólo hace que la desee aún más.

—¿Y si lo que quiero es tocarte? —pregunto atrapando de nuevo su mirada.

Quiero que entienda que hablo completamente en serio. Se acabaron los juegos, las huidas hacia delante. Es hora de follar.

—Hazlo —responde valiente, con una curiosidad casi infinita, sin apartar sus ojos de los míos.

Alargo la mano y la poso en su mejilla. Acaricio su labio inferior, imaginando su boca en otra parte de mi cuerpo, recordando cómo pronuncio «correrte en su boca» hace cinco putos minutos con esa mezcla de curiosidad y sensualidad. Joder, había incluso algo de inocencia, como si fuese la última chica cándida sobre la faz de la tierra y yo, el cabrón con más suerte del mundo.

La deslizo por su mandíbula, la suave piel de su cuello y continúo bajando, conteniéndome por no ser todo lo dominante y duro que quiero ser, pero sin poder dejar de pensar en tumbarla en el suelo, sostenerle las muñecas contra la moqueta y follármela hasta que el planeta se salga de su maldita órbita.

Acaricio su pecho, que se desliza en mi mano arriba y abajo presa de su respiración agitada. Audrey gime despacio y la polla se me pone

todavía más dura. Es el sonido más sexy y sensual que he oído en mi vida. Aprieto mi mano en su cadera, otra vez luchando. He perdido la cuenta de cuántas veces me he visualizado a mí mismo agarrando esa

parte de su cuerpo, dejando la marca de mis dedos en ella.

Hundo mis dedos en su pelo hasta llegar a su nuca y, brusco, la atraigo hacia mí. Ya puedo adivinar su sabor y sé que me volverá jodidamente loco.

—Bésame —me pide.

Mi sonrisa más canalla inunda mis labios.

—Creo que puedes pedírmelo mucho mejor —replico engreído contra su boca.

—Bésame, por favor.

Trago saliva. Toda la anticipación, todo el deseo rodando vivo por mis venas, la excitación, la adrenalina, el estar hambriento, es lo mejor del maldito mundo.

—Dime que lo quieres.

—Lo quiero —repite sin dudar.

—Dime que lo necesitas.

—Lo necesito, por favor —suplica.

Joder.

Estrello su boca contra la mía y la devoro sin contemplaciones. Sus labios son aún mejor de lo que llevo imaginándome semanas: suaves,

dulces, ansiosos y, sobre todo, curiosos, exactamente como es ella, con esas ganas de dejarse hacer, luchando por no explotar y dejarse llevar...

y eso es precisamente lo que quiero conseguir.

Quiero que pierdas el control, Niña Buena.

Deslizo una mano por su cuello, vuelvo a su pecho, su cintura, su vientre, mientras sigo besándola. Besos largos, desbocados, como si no necesitáramos nada más.

Alzo las caderas buscando más placer; Audrey se balancea sobre mí y, en un mísero segundo, volvemos a acoplarnos, sintiéndola deslizarse sobre mis pantalones a medida una y otra vez.

Paso mi mano al otro lado de la tela de su vestido. Quiero tocar su piel.

Ella vuelve a gemir, pero ni siquiera entonces la dejo separarse. Mis dedos no se detienen. Se pasean por sus muslos y llegan a sus bragas. El roce me lleva a la visión de ella desnuda, delante de mí, y todo el deseo se recrudece.

—Colin.

Gime mi nombre cuando la acaricio exactamente donde tengo que hacerlo. Su cuerpo se tensa y otra vez toda esa inocencia vuelve a relucir. Se está entregando sin miedos, sin preguntas, sin ninguna coraza.

Pierdo mis dedos en su interior y todo su cuerpo se arquea hacia delante como respuesta. Vuelvo a llevar su boca contra la mía, a casi

besarla.

—¿Sientes lo mojada que estás? —susurro contra sus labios—. Quiero que imagines todo lo que voy a hacerte hasta que te corras.

Audrey asiente con los ojos cerrados, completamente extasiada. La embisto más rápido, con más fuerza. Ella comienza a cabalgar mi mano, pero la freno en seco sujetándola por las caderas.

—De eso nada —la reprendo.

Saco los dedos y le doy un azote justo sobre su clítoris. Ella suelta un gemido evaporado por la sorpresa y toda la excitación, pero no se mueve. La mejor reacción de todas.

Espero a que abra los ojos de nuevo y atrapo su mirada sin dejarle ninguna escapatoria.

—Yo decido si te corres y cuándo te corres.

Sus ojos marrones llenos de curiosidad se oscurecen un poco más y algo dentro de mí se relame.

Ella asiente despacio y yo sonrío, hambriento de ella.

Bienvenida al club.

Empiezo a bombear de nuevo. Está húmeda, cálida, resbaladiza. Mi boca se pierde en su cuello y su olor me envuelve. Siempre huele

demasiado bien, a flores, a fresco, a algo suave y pequeño.

Su respiración se vuelve más y más irregular. Aprieto la palma. Sigo moviendo los dedos.

—Quiero que me lo digas cuando estés cerca —ordeno contra la piel de su cuello—. Quiero que grites. No me importa quién coño pueda

oírnos.

—Estoy cerca —murmura casi de inmediato—. Estoy... muy cerca.

Se abre un poco más para mí. La beso, la muerdo. Joder, esto es mejor que nada.

—¡Colin! —grita.

Su cuerpo se convulsiona, tiembla, y un orgasmo casi violento la recorre entera mientras sus dedos retuercen mi camisa a la altura de mis hombros, sin dejar de gemir, de gritar... y yo estoy hipnotizado contemplando el espectáculo de verla deshacerse con mi nombre en los labios.

El placer se diluye lentamente y Audrey se queda muy quieta. Yo saco mis dedos despacio y, aún más, ella abre los ojos. Tiene la mirada

febril, incluso un poco perdida, pero todo lo que he sentido cada vez que la he mirado sigue ahí, como si ahora, la mezcla entre esa parte adorable y esa otra tan sexy, sin ni siquiera saberlo, se hubiesen multiplicado, como si mi cerebro acabase de asimilar que la Audrey de mis fantasías y la Audrey real son la misma.

Otra vez sólo se oyen nuestras respiraciones.

—Vuelve a tu despacho —le ordeno.

Mi voz suena aún más ronca.

No espero respuesta por su parte y la pongo en pie tomándola por las caderas. Le tiemblan las piernas. Espero unos segundos para asegurarme de que no va a desplomarse contra el suelo y aparto las manos de ella, pero es lo último que quiero, joder. Me siento como en el maldito ojo del huracán.

—Será lo mejor —musita nerviosa, alejándose unos pasos.

Siempre finge seguridad cuando algo la descoloca. Ésta es la primera

vez que no la veo hacerlo.

Cuando me quedo solo de nuevo, me froto los ojos con las palmas de las manos y acabo pasándomelas por el pelo hasta dejarlas en mi

nuca.

¿Qué coño ha pasado? La he hecho correrse en mi mano y ahora no puedo pensar en otra cosa.

No bajo a comer. La cabeza me va a mil kilómetros por hora. Sin embargo, cuando son más de las cinco y no he visto a Audrey, una punzada de culpabilidad me atraviesa. Quizá debería buscarla, hablar con ella. En mitad de todos esos pensamientos inconexos, oigo unos tacones subir las escaleras y mi cuerpo se tensa de repente.

Aprieto la mandíbula y me obligo a relajarme y a continuar revisando la carpeta que tengo delante y con la que llevo trabajando, incapaz de concentrarme, prácticamente desde que Audrey se marchó. No tengo por qué darle más vueltas y lo que ha pasado ni siquiera tiene por

qué cambiar las cosas.

El rumor de los pasos se hace más cercano. La presión bajo mis costillas se intensifica. Y finalmente Arizona entra en la habitación.

Pestañeo confuso. Estaba convencido de que sería Audrey. ¿Dónde está Audrey?

—Colin, la señorita Dempsey me ha pedido que suba con usted para terminar todos los asuntos que quedan pendientes —me explica tendiéndome unos dosieres. No necesito verlos para saber que son los que Audrey se llevó a casa para seguir estudiándolos allí—. Si está de acuerdo, a partir de ahora yo trabajaré con usted.

Pero ¿qué coño...?

—¿Dónde está Audrey? —repito, esta vez en voz alta.

La rabia inunda mi voz, aunque no es lo que quiero.

—Abajo —responde lacónica.

Me humedezco el labio inferior, me levanto y salgo de la estancia sin

dar explicaciones. Creo que bajo los escalones de dos en dos o de

tres en tres, qué coño sé. Nunca había estado tan furioso.

Empujo la puerta de acceso a las escaleras con fuerza y no tardo más de un par de segundos en divisarla entrando en mi despacho con

varias carpetas en la mano. Atravieso la planta como un ciclón, entro en mi oficina y cierro de un portazo. El ruido le hace dar un respingo cuando dejaba los archivos sobre mi mesa y se gira con la respiración agitada.

—Si no quieres verme, ten el valor de decírmelo —rujo caminando hasta ella—. No te comportes como una cría y envíes a una de tus

amigas. Llevo trabajando en esta maldita empresa más de un mes y ya he perdido bastante tiempo enseñándote. No pienso empezar de cero

con otra secretaria.

¡Joder! ¡Estoy muy cabreado!

—Lo siento —murmura.

—Eso no me vale —replico apuntando la mesa con el índice.

¿Por qué me ha molestado tanto que quisiese evitarme?

—¿Y qué quieres que te diga? —responde tan molesta como yo.

—Quiero que me digas que entiendes cómo son las cosas. Somos adultos, Audrey. Lo que ha pasado no tiene por qué significar nada.

Mis últimas palabras nos silencian de golpe y yo me arrepiento nada más pronunciarlas. No sólo porque sean mentira y, por mucho que

intente negármelo, sea plenamente consciente de ello, sino por la mirada que ella me devuelve. Nunca pensé que podría removerme de esa manera que alguien me mirara así.

—¿Eso es lo que te preocupa? —inquiere dolida, pero, sobre todo, decepcionada —, ¿que me pille por ti y me convierta en un estorbo?

—Yo no he dicho eso.

Es lo último que quería decir, joder.

—Claro que sí —sentencia.

Frunzo el ceño. ¿Y por qué coño está tan segura? ¿Por qué siempre tiene que pensar que me acabaré comportando como un auténtico

cabrón? Ahora ya tengo dos putos motivos para estar cabreado.

—¿Por qué siempre tienes que pensar lo peor de mí?

—Porque así es cómo te comportas con las mujeres, siempre —pronuncia sin dudarlo un mísero segundo—. ¿Qué tal si le preguntamos a

la pobre Evelyn?

No me puedo creer que se haya atrevido a mencionarla. Mi enfado se esfuma de golpe y otro mucho más profundo ocupa su lugar.

—Tú no tienes ni idea de cómo me comporto con las mujeres —escupo con la voz amenazadoramente suave—. ¿Crees que, porque hayamos charlado sobre sexo un par de veces y haya bromeado contigo, sabes cómo soy? Yo jamás he engañado a una mujer y nunca les he

dado falsas esperanzas, y no pienso empezar contigo.

Audrey me mantiene la mirada, pero mis palabras pesan más y acaba apartándola. Asiente varias veces y, sin decir nada más, sale de la

habitación. Yo observo la puerta por la que acaba de marcharse y finalmente lanzo un «joder» entre dientes a la vez que me dejo caer hasta sentarme en la mesa y me paso las manos por el pelo para dejarlas en mi nuca.

¿Por qué ha tenido que mencionar a Evelyn?

¡Joder!

Los motivos por los que me hice ese tatuaje resplandecen con fuerza, pero, como si no fuese capaz de ver las putas señales, me incorporo de un salto y salgo del despacho.

Atravieso la planta aún más rápido que antes. Su oficina está entreabierta. No está. La puerta de acceso a las escaleras entra en mi campo de visión. Subo los escalones de prisa. Entro en la estancia. Otra vez sin avisar, sin saludar.

—No quería decir eso.

No estoy seguro de que sea una disculpa, pero, desde luego, no uso el tono adecuado.

—No tienes que disculparte.

—Audrey...

—Colin, déjalo estar.

—No pienso dejarlo estar.

—Por favor...

—Audrey —repito interrumpiéndola.

—Era mi primer orgasmo, ¿vale? —prácticamente grita.

¿Qué?

Mi cerebro se niega a procesar lo que acaba de escuchar. Es imposible. Audrey me mira abochornada y nerviosa. Tiene el cuerpo tenso

y diría que está pensando en salir corriendo en cualquier momento. Es preciosa... ¿Cómo es posible que nunca haya estado con un chico que

haya sabido lo que se hacía?

9

—¿Eres virgen? —pregunta con el ceño fruncido.

—No —me apresuro a responder—. Claro que no.

¿Por qué he tenido que contárselo? ¿Por qué tengo que ser tan bocazas?

—¿Entonces?

Tomo aire. No quiero seguir hablando de esto, pero creo que, llegados a este punto, tampoco tengo

alternativa.

—Perdí la virginidad con diecisiete y las cosas no salieron como pensé que saldrían... se

complicaron. —No quiero contarle toda la historia. Lo conozco y sé que, si lo hago, todo cambiará—. Y,

después de eso, he estado con un par de chicos, pero no ha salido bien.

No he huido del sexo ni nada parecido. Cuando he dicho que las cosas se complicaron, no ha sido

sólo una manera de salir del paso. No lo he tenido fácil, aunque haya merecido la pena, y, cuando a tu día

le faltan de media diez horas para hacer todo lo que necesitas hacer, poco a poco, y sin quererlo, vas

sacrificando tu vida social, y si además hay que añadir que, también en contra de tu voluntad, tienes que

cargar con un idiota miserable como Griffin, la cosa se complica todavía más.

Colin me mira sin saber qué pensar y el bochorno, la culpabilidad e incluso el enfado empiezan a

hacer mella. No tiene que cambiar la decisión que ha tomado sobre nosotros por lo que acabo de decirle.

—De todas formas, lo que acabo de decirte no cambia nada —añado rápidamente—. No tienes por

qué sentirte culpable, ni cambiar de idea con respecto a nosotros.

—Audrey...

Niego con la cabeza y, sin quererlo, los ojos se me llenan de lágrimas. Antes, cuando estuvimos los

dos en esta misma habitación, rocé el cielo con los dedos. Fue increíble. Me hizo sentir diferente,

especial... pero Colin Fitzgerald es un mujeriego y eso no puedo cambiarlo por mucho que quiera. Es

obvio que para él no significo nada. ¿Por qué tendría que hacerlo?

Siempre que ha querido estar con una

mujer, lo ha hecho, chicas guapísimas, llenas de experiencia. ¿Por qué iba a cambiar su manera de

afrontar las relaciones por mí?

—Lo he entendido —lo interrumpo con la voz entrecortada.

—No —replica, y ahora es él quien niega con la cabeza, lleno de una rotunda seguridad—, no has

entendido absolutamente nada.

Cubre la distancia que nos separa, atrapa mi cara entre sus masculinas manos y me besa con fuerza,

llevándome contra el enorme ventanal. De golpe al paraíso en una sola décima de segundo. Le devuelvo

cada beso y él reacciona estrechándome contra su cuerpo, aprisionándome contra el frío cristal un poco

más, consiguiendo que mi corazón lata más y más de prisa.

—No quiero que las cosas cambien porque te echaría de menos —susurra sin dejar de besarme.

Trato de reordenar mis ideas, de pensar. No lo consigo.

—Estoy muerta de miedo —murmuro.

Mis palabras lo detienen en seco y lentamente se aparta sin dejar de observarme; algo me dice que

nunca podré escapar de esa mirada, como si ya supiese lo que voy a decirle antes de hacerlo, como si

pudiese leer en mí. Es intimidante.

—No quiero perderte —me sincero encogiéndome de hombros, casi disculpándome.

Estoy segura de que escuchar algo así es lo último que quiere de una chica.

Colin suspira largo y pausando, recorriendo mi cara con sus ojos

azules. Maldita sea, no puedo

colarme por él. Tengo que protegerme.

—Yo tampoco quiero perderte a ti.

Esa respuesta es lo último que me esperaba. La sonrisa más tonta del mundo amenaza con aparecer en

mis labios y sólo se me ocurre suspirar para controlarla.

—Pues entonces está claro que tenemos un problema —convengo llena de espontaneidad.

Sólo me doy cuenta de la tontería que he dicho cuando la escucho en voz alta. Colin sonríe.

—Sí, está claro que tenemos un problema —replica burlón.

Entorno los ojos divertida y frunzo los labios. El muy descarado se está riendo de mí. Me encantaría

resultar igual de intimidante que él cuando se lo propone, aunque, para ser sincera, me conformaría con

poder disimular que me hace gracia.

Se inclina de nuevo sobre mí y otra vez siento que me falta el aire.

—¿Y qué sugiere que hagamos, señorita Dempsey? —susurra a escasos milímetros de mis labios.

Piensa, Bluebird. No te desconcentres ahora.

—A lo mejor —prácticamente tartamudeo con la mirada fija en su boca. Dios, es muy difícil

mantener la compostura cuando está tan cerca—, todo lo que necesitamos es estar juntos una vez... Sólo

para dejar de pensar en cómo sería —añado rápidamente— y poder pasar página y seguir siendo amigos.

Soy plenamente consciente de que no es la mejor idea del mundo, pero quizá sí justamente lo que

necesitamos. Después de lo que pasó hace unas horas y de las cosas

que acabamos de decirnos, es más

que obvio que existe algo que nos empuja el uno contra el otro y, si ignorarlo no funciona, tirarnos de

cabeza a ello, sólo una vez, puede ser la solución. Además, no voy a negar que la mera idea me produce

una mezcla de curiosidad, deseo y excitación digna, por lo menos, de una trilogía romántico-erótica.

Colin me observa en silencio durante largos segundos y yo empiezo a arrepentirme de mi propuesta.

¿Y si piensa que estoy loca? ¿Y si considera que es una soberana tontería? ¿Y si no tiene el más mínimo

interés en acostarse con alguien que acaba de confesarle que apenas tiene experiencia?

—¿Qué me dices? —musito, mitad nerviosa, mitad impaciente.

Si va a mandarme al diablo, prefiero que lo haga ya.

Pero entonces, tomándome por sorpresa, vuelve a apresarme contra el cristal y me besa con fuerza.

Esto es una locura. Me siento como si nada más importase, como si volviese a tener diecisiete años,

como si pudiese simplemente dejarme llevar... ¡y es increíble!

Sus manos vuelan bajo mi vestido, recorre el encaje de mis medias, rodea mis muslos y me sube a

pulso, anclándose a mi culo y estrechándome aún más contra su perfecto cuerpo.

—Colin —jadeo.

Ya no necesito más.

Me besa la mandíbula, el cuello, la curva de la clavícula. Sus dientes siguen a sus labios cada vez

con más fuerza. Me dejarán marca, lo sé, y creo que eso es lo mejor de todo.

—Tomo la píldora —murmuro extasiada.

No soy consciente de lo que he dicho hasta que percibo su sonrisa vibrar contra mi piel y comprendo

que he sonado muy impaciente y, definitivamente, entregadísima.

Colin se incorpora hasta que quedamos frente a frente.

—¿Has pensado muchas veces en cómo sería esto? —pregunta, aunque es una afirmación en toda

regla.

Yo abro la boca dispuesta a decir que no, pero en el último segundo me falta valor para soltar

semejante mentira. Colin enarca las cejas burlón, mirándome hasta que cierro los labios y vuelvo a

abrirlos para pronunciar un sí que le hace sonreír engreído.

Resoplo nerviosa y con un ardor en cada centímetro de mi cuerpo que ni siquiera puedo controlar. Me

llevo las manos a la cara tratando de huir de este bochorno, pero, en ese mismo segundo, Colin me coge

de las muñecas y las atrapa contra la pared.

La excitación se hace más caliente, más líquida.

Él sonríe de nuevo, un gesto mucho más sexy, más animal, y se inclina para besarme. Sin embargo, en

el último microsegundo, cuando ya casi podía rozar sus labios, se aparta apenas un centímetro.

—Dime cómo imaginabas que te follaría —me ordena.

Lanzo un profundo suspiro, tratando inútilmente de controlar mi respiración. Lo he imaginado un

millón de veces. Creo que no he sido capaz de pensar en otra cosa las seis últimas semanas.

Vuelve a inclinarse sobre mí, vuelvo a sentir sus labios demasiado

cerca, pero otra vez, en el último

instante, vuelve a apartarse. Gimo frustrada.

—No... no puedo —jadeo.

No puedo ordenar las palabras para que salgan con sentido de mis labios y, sobre todo, no quiero

parecerle otra vez una chica sin experiencia. Mi imaginación no está al nivel.

Se incorpora despacio, asegurándose de que todo mi cuerpo se hace consciente del suyo, mandándole

el mensaje de que lo mejor está por llegar, pero no va a darme nada que no me haya ganado. El

Guapísimo Gilipollas en todo su esplendor.

—Pues entonces sí que tenemos un problema —me advierte con la voz amenazadoramente suave.

Trago saliva. Tengo la sensación de que acabo de meterme en un buen lío y ni siquiera ahora puedo

dejar de mirarlo. Sin previo aviso, agarra las solapas de mi blusa y la abre de un brusco tirón. Gimo y mi

respiración se acelera todavía más, mientras los botones resuenan contra el cristal.

—¿Quieres probar qué se siente jugando conmigo, Niña Buena? Pues éstas son mis reglas: no quiero

crías avergonzadas y tampoco las necesito. Demuéstrame la misma seguridad con la que te enfrentas a

todo.

No hay un solo gramo de piedad en su voz. Yo le mantengo la mirada. Un enfado bullicioso, que sólo

él sabe despertarme, comienza a recorrerme entera, mezclado con todo el deseo. No soy ninguna cría

avergonzada.

—Me imagino que me besas.

Mi voz apenas es un hilo, pero está llena de una genuina seguridad. Puedo hacerlo.

—¿Cómo? —inquiere inmisericorde.

No piensa ponérmelo fácil. Lo miro y aprieto los labios. Ahora mismo lo odio.

Recuerdo cada vez que he cerrado los ojos en mi cama y lo he imaginado sobre mí, desnudo, sudado,

con todo ese masculino atractivo excitándome más y más.

—Como si no pudieses pensar en otra cosa —respondo.

Exactamente como me siento yo.

—Buena chica —susurra acercándose a mí, torturándome.

Toda mi atención vuelve a su boca. Estamos muy cerca.

—¿Qué más? —me ordena de nuevo.

Su voz es lo mejor de todo.

—Me follas —contesto con tono trémulo.

Suspiro bajito.

Bésame, por favor.

—¿Cómo?

No puedo más. Estoy a punto de arder por combustión espontánea.

—Salvaje —jadeo.

—Joder —gruñe.

Me besa lleno de brusquedad de nuevo, sin delicadezas ni permisos, buscando lo que quiere y

llevándoselo. Acaricia mis pechos y baja hasta mis caderas.

—Ya sé lo mojada que estás y ni siquiera te he tocado.

Relía mis bragas en sus dedos y me las arranca de un tirón. La tela se deshace entre mis muslos y sus

manos, y un largo y descontrolado gemido se escapa de mis labios mientras todo mi cuerpo se arquea.

—Esto te gusta, ¿verdad? —me desafía engreído, con las manos perdidas entre los dos,

desabrochándose los pantalones y liberando su miembro—. A la Niña Buena le gusta que me comporte

como un animal con ella, ¿por qué será que no me sorprende?

Termina de pronunciar la última palabra cuando deja su polla en mi entrada y todo mi cuerpo recibe

una sacudida de puro placer. Colin hunde las manos en mi pelo y me besa, acallando todos mis gemidos.

Una parte de mí quiere decirle que pare, que se calle, pero otra aún mayor está fascinada. Quiero

exactamente eso y, el hecho de que él lo tenga tan claro, solo hace que toda mi excitación y su atractivo

suban diez mil enteros de golpe.

Se saca un condón del bolsillo de los pantalones y sólo deja de besarme para rasgar el envoltorio

plateado con los dientes. Es lo más sexy que he visto en todos los días de mi vida. Colin sonríe canalla,

encantado con que esté rendida a él, a esto, en todos los sentidos. Se coloca el preservativo con una

agilidad pasmosa, brusco lleva mis manos contra el cristal por encima de mi cabeza y las sujeta con una

de las suyas.

—Ahora es cuando vas a gritar de verdad —me dice, mitad burlón, mitad lleno de arrogancia, incluso

con un poco de malicia, como si supiese que, después de esto, todas las chicas pierden la cabeza por él.

Se queda muy cerca, casi besándome pero sin hacerlo, y con un único movimiento empuja las caderas

y entra dentro de mí.

¡Joder!

Grito.

Entreabro los labios, jadeante, buscando su boca, pero él sigue inaccesible, a escasos milímetros,

contemplando su obra. Retuerzo las manos bajo el agarre de la suya. Me quedo sin aire. Maldita sea, es

demasiado bueno, demasiado grande, demasiado fuerte. Me llena entera. Me abre para él. Me duele. Me

gusta. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Colin —Su nombre se evapora en mis labios.

Sonríe de nuevo. Es un exquisito torturador.

—Necesito... —empiezo a decir, pero ni siquiera sé cómo seguir. ¿Necesito que me dé un segundo?,

¿que se mueva?, ¿que no pare nunca?

—Necesitas, ¿qué?

Esas dos palabras me dejan cristalinamente claro que él conoce la respuesta a la perfección.

—Colin —suplico jadeando mientras cabeceo inconexa.

Todos los interruptores de mi cerebro se han desconectado.

Su sonrisa se ensancha. Sale de mí. Gimo. Y me embiste de nuevo, empezando un delirante ritmo

constante, cada vez más profundo, más duro, más brusco. Gimo. Grito. Todo mi cuerpo se arquea sin

dejar un solo centímetro de aire entre los dos.

Marca el compás, el control. Me besa, agarra con fuerza mi cadera

mientras lucho por no deshacerme

como si fuera un azucarillo en la punta de su deliciosa lengua.

Mi cuerpo se tensa. Retuerzo la tela de su chaqueta a la altura de sus hombros. Tiemblo. Grito.

Maldita sea, es como vivir un terremoto subida a una lavadora mientras centrifuga...

¡Dios!

Y un orgasmo lleno de fuerza me recorre de pies a cabeza, llenándome de un placer puro, duro, sin

edulcorar.

—Necesitas exactamente esto —sisea otra vez contra mi boca, con la respiración jadeante y la

excitación rebosando en cada centímetro de nuestros cuerpos— y sólo acaba de empezar.

Aprieta mis muñecas con más fuerza y comienza a moverse de nuevo, entrando y saliendo, una y otra

vez.

—Colin, por favor.

El placer lo inunda todo. No puedo pensar. No puedo respirar. Mi cuerpo arde.

—Quiero ver cómo te corres otra vez, Niña Buena —me ordena.

No puedo. Me partiré en pedazos.

—Colin... —murmuro de nuevo.

Mi cuerpo empieza a convulsionarse suavemente. Mis jadeos se transforman en gemidos. Los

gemidos, en gritos. Todo vuelve a empezar. Todo da vueltas.

—Dámelo, Audrey —ruge.

Y sencillamente obedezco. El deseo, la excitación, la adrenalina, todo

estalla dentro de mí y vuelvo

al placer, al pecado, al paraíso *made in* Colin Fitzgerald y me corro, liberando mi cuerpo con otro

maravilloso orgasmo.

Él me embiste una vez más. Sus dedos se hacen más posesivos en mi cadera, en mis muñecas; su boca

me posee con más fuerza. Apoya su frente en la mía y, con un juramento ininteligible, alcanza también el

clímax, dejando que la electricidad más pura y el placer más absoluto lo dominen todo.

Nos quedamos muy quietos mientras nuestras respiraciones, poco a poco, van calmándose. Colin abre

su mano lentamente y deja escapar las mías. Justo antes de que se separen por completo, me acaricia el

corazón de la muñeca con el pulgar y los músculos de mi vientre vuelven a tensarse deliciosamente.

Ha sido increíble. Él es increíble.

Se separa despacio y clava sus ojos en los míos. Siempre me ha sido complicado no quedarme

embobada con su mirada, pero justamente ahora creo que es una misión imposible.

—Ha sido increíble —repito, esta vez en voz alta.

Un mechón de pelo me cae sobre la frente. Mi cuerpo lánguido y satisfecho no piensa hacer ningún

esfuerzo para librarse de él y soplo dirigiendo los labios hacia arriba en un pobre intento por apartarlo.

Obviamente no lo consigo.

Colin sonríe, alza la mano y suavemente me aparta el rebelde mechón.

—Ha estado genial, *a chara* —conviene.

—¿Qué significa *a chara?*

Su sonrisa se vuelve más dura y más sexy. No va a contestarme. Frunzo los labios, pero no tardo más

de un par de segundos en acabar sonriendo, no puedo evitar hacerlo. Me siento tan cómoda con él, en

todos los sentidos, y eso es lo que no quiero perder por nada del mundo. Por eso esto no puede volver a

pasar. Colin me gusta muchísimo; ni mi corazón ni yo sobreviviríamos a esta experiencia casi religiosa y

acabaría enamorada de él hasta las trancas, justo lo que él jamás aceptaría.

Lentamente aparto mis piernas de su cintura. Él sale de mí haciendo que mi cuerpo se estremezca. Me

baja despacio hasta que mis pies tocan de nuevo el suelo y se aleja unos centímetros más.

Lo miro y el corazón comienza a latirme muy de prisa otra vez.

Es lo mejor, Bluebird. Si te enamoras de él, lo perderás en todos los sentidos.

Me obligo a apartar la vista de él y comienzo a arreglarme la ropa. Pasamos los minutos en silencio,

cada uno concentrado en lo que sus propias manos hacen. Sin embargo, en contra de mi voluntad, incluso

de mi sentido común, soy hiperconsciente de cada uno de sus movimientos. Resoplo y lucho por

centrarme en tratar de abrocharme la blusa de algún modo.

Colin me observa e involuntariamente me pongo nerviosa, mucho. Si no fuera porque no estoy

completamente segura de que la planta esté vacía, bajaría así hasta mi despacho, donde dejé mi abrigo.

De reojo lo veo caminar hacia mí. Alzo la cabeza, confusa, y por un momento simplemente lo observo

quitándose la chaqueta. Tardo un segundo más de lo estrictamente necesario en comprender que sólo

quiere prestármela para que pueda bajar sin correr el peligro de que algún informático me acorrale hasta

su guarida de la planta dieciocho.

Dejo de abrocharme la blusa y bajo las manos. Colin coloca su chaqueta a mi espalda para que pueda

ponérmela y, paciente, espera frente a mí. Al mover mi brazo, la blusa resbala por uno de mis hombros y

la marca de sus dientes dibujada en mi pálida piel queda al descubierto. Los dos contemplamos la señal a

la vez y, cuando levanto la mirada, la suya ya está esperándome. Quiero decirle que me gustó que me

mordiera, que ahora sus dientes estén marcados en mi piel, que me siento sexy y viva, pero no me atrevo.

Por la manera en la que me mira, creo que sabe exactamente en lo que estoy pensando, así que decido

encogerme de hombros con una torpe sonrisa en los labios, disculpándome una vez más, en esta ocasión

por confundir la lujuria del sexo con todo los demás.

Colin frunce el ceño apenas un segundo, como si tratara de analizar mi gesto, y finalmente me abrocha

caballeroso su chaqueta.

—Gracias —le digo, y no es sólo por la prenda prestada.

Él vuelve a tomarse un segundo para observarme y finalmente exhala todo el aire de sus pulmones.

—Ha sido un placer —sentencia con una sonrisa.

Yo le devuelvo el gesto. Me muerdo el labio inferior y, en un ataque valentía, apoyo las temblorosas

palmas de mis manos en su pecho y, sosteniéndome en las puntas de

mis Manolos, le doy un beso en la

mejilla. Su olor me envuelve una vez más y, al separarme, dudo seriamente de que las piernas vayan a

responderme. Colin no aparta sus ojos de mí, pero no dice nada y yo no sé si he metido la pata hasta el

fondo o no, pero era mi última oportunidad de estar tan cerca de él y no quería desaprovecharla.

Finalmente me separo y me dirijo hacia la puerta.

—Hasta mañana —me despido.

—Hasta mañana.

Bajo tan de prisa como soy capaz. Me tomo como una victoria que sea la segunda vez que lo hago en

lo que va de día y no haya acabado rodando escaleras abajo ninguna de las dos veces. Afortunadamente

no hay nadie en la planta principal. Vuelo hasta mi despacho, me quito la chaqueta y de inmediato me

pongo el abrigo. Perfectamente cubierta, miro la prenda de Colin y, antes de que me dé cuenta, la cojo, la

doblo con cuidado y la mantengo entre mis manos. No puedo colarme por él y eso incluye nada de

llevarme su ropa a casa y olerla hasta quedarme dormida, aunque la tentación sea grande. Resoplo de

nuevo y, rápida como un gato, voy hasta su despacho y dejo la chaqueta sobre su silla. Los treinta

segundos que tardo en volver a salir se me hacen angustiosamente eternos y le dan a mi cerebro el

suficiente tiempo como para preguntarse qué hago si entra ahora, si me besa, si vuelve a llevarme contra

la pared... No me permito el lujo de contestar a ninguna de esas cuestiones. La respuesta no encajaría muy

bien con esa premisa todopoderosa de que no puedo colarme por el mujeriego de Colin Fitzgerald.

Justo antes de entrar en mi edificio, decido hacer una escapada al de al lado. Llevo todo el camino en

metro aleccionándome sobre no olvidar los errores cometidos y, sobre todo, no volver a cometerlos.

Necesito una amiga o, mejor aún, dos.

—Hola, Nueva York —me saluda cantarina en cuanto abre la puerta.

La mejor ventaja de que, entre el 255 y el 257 de la 93 Oeste, vivan mis dos mejores amigas es que

resulta muy fácil conseguir una sesión de terapia y helado de chocolate para hablar de chicos.

—Saint Lake City —digo a modo de saludo, llevándome dos dedos a la frente.

—Pasa. Acaba de estar aquí el repartidor de comida china —me informa, haciéndose a un lado con la

puerta.

Sonrío y entro sin dudar.

—Tengo que llamar a Arizona —le explico buscando el móvil en mi bolso.

Saint Lake niega con la cabeza.

—Ha ido con Max y Adele a alquilar una peli.

Sonrío de nuevo. Creo que somos las únicas personas que todavía van al videoclub.

—¿Qué tal te ha ido el día? —pregunta colocándose a un lado de la isla de la cocina y abriendo una

de las bolsas.

—Bien —prácticamente balbuceo—... Diferente.

Saint Lake City alza la cabeza y me observa mientras dejo el bolso

sobre uno de los taburetes, me

dispongo a quitarme el abrigo y, en el último momento, me freno al recordar que tengo hecha jirones la

blusa.

—¿Bien o diferente?

—Puede estar bien y ser diferente, ¿no?

—¿Qué ha pasado, Audrey? —inquiere dejando la caja de fideos con verduras del Tang Pavilion

sobre la encimera. Me conoce demasiado.

Yo me muerdo el labio inferior; ni siquiera sé por dónde empezar.

—Me he acostado con alguien —suelto de un tirón.

—¿Qué? —pregunta increíblemente sorprendida.

—No lo digas de esa manera —me quejo—. No he estado en un convento.

—Casi —responde sin dudar y sin ningún remordimiento.

Le dedico mi peor mohín y ella sonríe.

—Lo siento —dice al fin—. ¿No habrá sido con Griffin? —inquiere de pronto, dejando de reír al

instante.

—¡Claro que no!

No me acostaría con Griffin ni aunque el presidente me mandase una carta diciéndome que es la única

manera de salvar al país y a toda la raza humana. En ese caso, me sacaría la carrera de microbiología,

sintetizaría el ADN humano en guisantes ultracongelados y repoblaría el mundo con niños probeta. Todo,

antes de dejar que Griffin volviese a ponerme una mano encima.

Hago el ademán de quitarme el abrigo de nuevo, pero otra vez

recuerdo que no puedo hacerlo.

—¿Entonces?

—Es alguien del trabajo —respondo escueta.

Mejor obviar el hecho de que ha sido con el Guapísimo Gilipollas.

—Sexo en el trabajo —comenta con una sonrisa divertida, pero también con un punto de malicia—,

el pilar principal de la literatura erótica y de que el absentismo laboral no esté en el setenta por ciento.

Asiento mientras abro otra de las cajitas de cartón y robo una miniempanadilla. Ésa es una verdad

irrefutable.

—Bueno, ¿y qué tal fue?

Yo finjo estar muy concentrada en el trozo de empanadilla que aún tengo entre los dedos y en el que

ya me estoy comiendo.

—Estuvo —digo al fin sin levantar la vista—... muy bien. Estuvo realmente bien, más que bien.

Asiento varias veces, probablemente diez más de lo necesario, ante la atenta mirada de mi amiga,

hasta que no puedo más y una risa catártica, casi liberadora, que nace en mi estómago y me recorre todo

el cuerpo, sale de mis labios.

—Fue increíble —sentencio entre carcajadas.

—Ya veo —responde riendo también.

Sigo estando nerviosa y también hecha un completo lío, pero me siento genial. El sexo fue liberador y

recordarlo sigue teniendo el mismo efecto.

—¿Y vas a volver a verlo?

—Somos amigos —le aclaro—, y vamos a seguir siendo sólo eso, sin sexo.

—¿Por qué?

—Porque es lo mejor.

—No todos los tíos acaban siendo unos capullos integrales como Griffin, ¿sabes? —me recuerda.

—Lo sé, pero no quiero perderlo como amigo. Me gusta estar con él, hablar con él. Si vamos más

allá, estoy segura de que al final me enamoraré y él es un mujeriego de los que hacen historia. Todo

acabaría complicándose y lo perdería.

Tuerzo el gesto. Odio pensar en esa posibilidad.

Me desabrocho el primer botón del abrigo, pero, cuando mis dedos van a tocar el segundo, recuerdo

el estado de mi blusa. Vuelvo a abotonarme el primero y resoplo malhumorada, ¡maldita sea!

Saint Lake asiente, rodea la isla de la cocina muy decida y se sienta en el desvencijado taburete junto

al mío.

—Las personas no siempre se van.

Esa simple frase me remueve por dentro de demasiadas maneras.

—No puedes tener ese miedo siempre —sentencia.

—Lo sé —murmuro.

Sé que tiene razón, pero es demasiado difícil.

—Si te gusta, inténtalo. Si prefieres tenerlo como amigo, deja las cosas como están. Es verdad que

puede que salga espantado o salgas espantada tú, ¿quién sabe? —las dos sonreímos—, pero te puedo

garantizar que, si lo pierdes, es porque no merecía la pena. Las personas que te queremos siempre vamos

a estar aquí para ti. Así que cuenta con que no vas a poder librarte de mí, ni de Arizona, ni de Adele, ni

de Henry, ni de Max, por supuesto... y sospecho que, aunque quisieras, tampoco podrías librarte de

Steven.

—Eso puedo asegurártelo —bromeo.

Sonrío de nuevo y me lanzo a sus brazos sin dudarlo. Puede que hace diez años perdiera a toda mi

familia salvo a mi hermano, pero los encontré a ellos. Son mi familia ahora y no podría tener una mejor.

Saint Lake se separa, me da un sonoro beso en la mejilla y regresa a su lado de la isla de la cocina.

—Ahora más te vale ir a mi habitación y cambiarte de blusa o vas a ganarte un interrogatorio en toda

regla de Adele.

Yo abro la boca dispuesta a decir algo, pero acabo cerrándola. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla.

¿Cómo lo ha sabido?

—Tengo la calefacción puesta y tú has intentado quitarte el abrigo tres veces. Creo que el sexo en la

oficina fue sexo salvaje en la oficina. No está nada mal para acabar de salir del convento —apunta

socarrona.

Entorno los ojos dispuesta a contestarle, pero no se me ocurre nada, así que acabo dedicándole otro

mohín y poniendo rumbo a su dormitorio.

—¿Te ha dejado algún botón en su sitio? —se burla a gritos.

—Pienso ponerme tu blusa de Sarah Burton y llenártela de salsa agridulce —replico divertida.

—Qué perra, Nueva York.

—Todo lo que sé, lo he aprendido de ti, Saint Lake.

Sonrío de verdad. Sabía que necesitaba una charla con mis amigas para remontar el vuelo.

Al día siguiente me levanto ridículamente temprano incluso tratándose de mí. Antes de decidir por fin

que no puedo seguir escurriendo más el bulto y debo marcharme a la oficina, he bajado a las lavadoras

del sótano a hacer la colada, he limpiado la cocina, he preparado tortitas para desayunar, he vuelto a

limpiar la cocina y he arreglado todos los armarios de la casa... además de ponerme al día con una

veintena de correos electrónicos de trabajo, cerrar cuatro estudios de marketing cuyas carpetas estaban

abarrotando el lado derecho de mi cama desde hace cuatro días y corregir por última vez mi proyecto del

máster.

He llegado a la oficina a eso de las nueve. Detesto ser impuntual, pero no tengo ni una mísera idea de

cómo debo enfrentarme a Colin después de lo que pasó ayer. No es que la teoría no esté clara: seguimos

siendo amigos y nada más que amigos, sólo que ahora somos amigos que han gritado el nombre del otro

mientras llegaban al orgasmo, en mi caso tres veces. El inquietante problema es la práctica. ¿Cómo voy a

fingir que no tengo cristalinamente claro que el Guapísimo Gilipollas folla de miedo ahora que lo sé por

experiencia propia? No tengo mucho con qué comparar, es cierto, pero también es mezquinamente verdad

que, por riguroso orden en dioses del sexo, tenemos a Colin Fitzgerald, Apolo y Giacomo Casanova, y

estoy segura de que la distancia con el segundo es larguísima. Por Dios, ¿qué voy a hacer?

«Eso debiste pensarlo antes de proponerle echar un polvo.»

Voz de la conciencia, no ayudas.

Atravieso la planta y me dirijo a su despacho con andar inseguro. Si algo tengo claro es que no

pienso dejar que crea que me estoy comportando como una cría evitándolo y, teniendo en cuenta que

estoy pisando Cunningham Media una hora tarde, lo mejor es pasarme por su oficina y dar las oportunas

explicaciones.

Llamo y espero nerviosa.

—Adelante —me da paso.

Su voz, a pesar de la distancia y de la madera maciza, me atraviesa y algo dentro de mí me recuerda

una vez más a quién voy a ver y todo lo que pasó ayer.

Respiro hondo y abro decidida la puerta. Puedo con esto. Sólo tengo que mostrarme natural, como si

eso que me empeño en rememorar a cada segundo no hubiese sucedido.

—Hola —lo saludo cantarina, caminando hasta el centro del despacho.

Colin sonríe sin levantar su vista de los documentos que revisa. Probablemente he estado un pelín

más efusiva de lo normal. Está increíblemente guapo. Un traje de tres piezas negro, una camisa de rayas,

una elegante corbata; los ojos azules concentrados en lo que lee y el pelo de recién follado, como

siempre. ¡Qué injusticia!

—Has llegado un poco tarde, Dempsey —comenta burlón.

Por un momento sólo lo observo escribir algo con su reluciente estilográfica. ¿He vuelto a ser

Dempsey? Eso es positivo. Es bueno para los dos. Volver al terreno de la amistad y nada más.

«¿Cómo era eso? Ah, sí, las vicepresidentas listas no se autoengañan... Dempsey.»

Doy el suspiro mental más largo de la historia. Todavía puedo con esto.

—Eres muy observador, Fitzgerald —comento socarrona sentándome en el borde de su mesa. Si yo

vuelvo a ser Dempsey, él vuelve a ser Fitzgerald—. Tenía cosas que hacer y he adelantado mucho al no

tenerte a ti incordiándome cada quince segundos.

Suelto una risilla, encantada con mi propia broma. Colin levanta al fin la cabeza.

—Incordiar... qué interesante palabra —comenta fingidamente pensativo, alzando la mirada. Me temo

lo peor—. Me pregunto en qué idioma «Colin, sí, por favor, sí» —pronuncia en un jadeo, imitando mi

voz— significa decirle a alguien que te incordia... cada quince segundos —sentencia, riéndose

claramente de mí.

Yo abro la boca absolutamente escandalizada bajo su atenta mirada. Colin se levanta y, tras darse un

tirón en la chaqueta, se la abotona con elegancia.

—Eres un cabronazo —protesto divertida. He perdido la cuenta de

cuántas veces se lo he dicho ya.

—Y tú estás encantada —replica apoyando las manos en la mesa e inclinándose hacia delante,

quedándose muy cerca de mí.

Frunzo los labios sin poder apartar mis ojos de los suyos, conteniendo una sonrisa y también muchas

otras cosas.

—Alguien debería enseñarte a comportarte.

—¿Segura? —susurra un poco más cerca, un poco más indomable, con una media sonrisa y toda esa

seguridad en sí mismo.

—Audrey.

Quiero dejar de mirarlo, pero no puedo. Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan rematadamente sexy?

—Audrey. —La voz de Arizona desde la puerta me saca de mi ensoñación. Creo que no es la primera

vez que me llamaba.

—¿Sí? —respondo girándome.

—Han llamado de la secretaría del máster. Han adelantado la fecha de consignación del proyecto.

Tienes que entregarlo hoy.

¿En serio? No pasa nada. Lo tengo todo controlado.

Me levanto de un salto a la vez que miro mi reloj de pulsera. Ahora mismo me alegro muchísimo de

haberme levantado tan temprano esta mañana.

—No hay problema —me parafraseo en voz alta, repasando mentalmente lo que me queda por hacer:

recoger el proyecto de la tienda donde lo dejé esta mañana para que

lo imprimieran, revisar la

encuadernación, añadir la tarjeta de memoria con las demos, asegurarme de que me quedo con una copia

para preparar la presentación y llevarlo todo a la New York Advertising Association—. ¿Puedes pedirme

un taxi? —le pregunto a Arizona.

Obviamente me va a hacer falta.

—No es necesario —nos interrumpe Colin—. Tengo una reunión en los juzgados del distrito. Puedo

dejarte en la New York Advertising Association.

Asiento encantada e involuntariamente me tomo un segundo de más para observarlo.

Sólo sois amigos, Bluebird.

Asiento de nuevo, esta vez para mí, y me dirijo hacia la puerta a paso ligero.

—Dame veinte minutos, Fitzgerald.

—Tienes diez, Dempsey —replica—, así que mueve el culo.

Le dedico mi peor mohín y él, cogiéndome por sorpresa, me lo devuelve, lo que me hace frenarme en

seco y sonreír, casi reír.

Definitivamente sólo podemos ser amigos. No quiero perder esto por nada del mundo.

Diez minutos después estamos montados en su elegante Jaguar. Por suerte, en la imprenta han sido de

lo más profesionales y lo tenían todo listo. La encuadernación es perfecta e incluso han dejado un

práctico espacio para poder colocar la tarjeta de memoria.

—No vamos a llegar —gimoteo mirando el reloj y, a continuación, el centenar de coches que nos

rodean en pleno atasco en la Quinta Avenida.

—Sí vamos a llegar —responde Colin paciente—. Estaremos allí en unos minutos.

—No veo cómo —protesto.

El Jaguar avanza unos metros y vuelve a detenerse en seco. Resoplo.

—Vas a llegar a tiempo —me recuerda Colin.

Yo frunzo el ceño, miro por la ventanilla y vuelvo a resoplar. El tráfico de Manhattan piensa

ponérmelo difícil esta mañana.

Una musiquilla inunda de pronto el interior del coche. Miro a mi alrededor y comprendo que es el

móvil de Colin. Se lo saca ágil del bolsillo interior de la chaqueta y descuelga sin ni siquiera mirar quién

es.

—Fitzgerald —responde —... 9,5 millones sería lo mínimo. No nos interesa si el capital imponible

es menor... La legislación china es bastante estricta en ese aspecto, pero podemos introducirlo a través de

cualquiera de sus ciudades estado. Hablamos de un 2,7 en vez de un 3,4 en el impuesto base, y alrededor

de unos cien mil yuanes por dólar en las tasas impositivas... Definitivamente, no —sentencia perdiendo

su mirada en la ventanilla—. Hay que olvidarse de ese aspecto. La demanda civil pasaría a ser penal,

iríamos a juicio y, si hablamos del juez Petersen, podría invalidar todos los acuerdos que se firmaron con

la empresa matriz en Corea del Sur y tendríamos que volver a renegociar con Houston.

Lo contemplo casi hipnotizada. Es abrumadora la rapidez con la que pasa de hablar de bolsa a

legislación internacional o derecho nacional.

—Llámame cuando estén listos todos los prospectos de inversión. Los revisaré y añadiré todos los

anexos sobre la compraventa.

Colin cuelga y vuelve a guardarse el iPhone en el bolsillo. Cuando se da cuenta de que lo observo,

me mantiene la mirada hasta que finalmente se humedece el labio inferior y sonríe.

—En serio, ¿a qué se dedica tu empresa? —pregunto como si ya no pudiese más con la curiosidad y,

es cierto, no puedo.

La sonrisa de Colin se ensancha hasta casi reír.

—No puedo contártelo.

—Vamos —gimoteo.

—Si lo hago, tendré que matarte —bromea.

Frunzo los labios y giro el cuerpo sobre la impoluta tapicería para tenerlo de frente.

—Cuéntamelo, Fitzgerald. Sé guardar un secreto.

Colin vuelve a humedecerse el labio inferior, sopesando mis palabras.

—Interesante, Dempsey. Confiésame un secreto y yo te contaré a qué se dedica mi empresa.

—¿Qué? No —me quejo—. No es justo.

—No me interesa ser justo —replica.

—Colin —protesto otra vez—, que no te interese ser justo no es... justo.

Él sonríe, encantado por mi pataleta. Está claro que no voy a convencerlo.

—Yo he preguntado primero —le recuerdo, intentando salirme con la

mía.

—Yo salgo a correr todos los días.

Arrugo el ceño.

—¿A qué viene eso? —inquiero confusa.

—No lo sé, creía que estábamos diciendo cosas que no tuviesen ninguna importancia en esta

conversación.

Lo fulmino con la mirada y él enarca las cejas sin ningún arrepentimiento.

—Eres lo peor.

—Quiero un secreto de los buenos —me advierte—. Nada tipo la Niña Buena una vez no hizo los

deberes.

Lo miro mal, otra vez, al tiempo que analizo todos mis recuerdos. Quiero contarle algo que lo deje

totalmente escandalizado y, de paso, le haga tragarse toda esa arrogancia.

—Cuando tenía quince años, una compañera de clase y yo robamos el examen final de arte y...

Colin chasquea la lengua contra el paladar, interrumpiéndome, a la vez que niega con la cabeza.

—Eso no me vale. Quiero algo más morboso —añade con una media sonrisa.

—A los dieciséis, me cole en un concierto de Maroon 5 y...

—Ah, ah —vuelve a cortarme—, quiero algo más especial. —Su voz se vuelve más ronca con la

última palabra y, de pronto, el ambiente parece hacerse más íntimo, más sensual—. Quiero algo que nos

incumba a ti y a mí.

Trago saliva. No sé qué contestar, ni siquiera sé qué hacer. ¿Cómo puede ser tan fácil para él hacerse

con todo el control, con el ambiente entre los dos, conmigo?

—A veces me haces sentir como si tuviese diecisiete años otra vez —murmuro.

Colin sonríe canalla mientras recorre mi cara con la mirada.

—¿Y eso es malo?

—No lo sé, pero yo no puedo dejarme llevar —me apresuro a responder a la vez que agacho la

cabeza.

No soy una cría. Tengo responsabilidades.

Colin coloca el reverso de su mano en mi barbilla y me obliga a alzarla suavemente. Cuando lo hago,

sus ojos ya me están esperando.

—No pasa nada por dejarse llevar.

Me siento como Eva en el paraíso. Es tan tentador.

—Ojalá fuese tan fácil —musito otra vez, dejándome arrastrar por esa mirada llena de atractivo,

sensualidad y arrogancia a partes iguales.

—Sólo tienes que desearlo.

Mis ojos bailan de los suyos a su boca. Quiero que me bese a pesar de tener clarísimo la mala idea

que sería. No puedo pensar en otra cosa.

—El deseo es lo que mueve el mundo, Niña Buena —sentencia.

Su cálido aliento ya baña mis labios. No quiero quererlo, pero ya no puedo evitarlo. Cierro los ojos.

Noto su sonrisa traspasar mi cuerpo.

—Ya hemos llegado —me anuncia, rompiendo su hechizo y

volviéndose a dejar caer contra el sillón.

Yo abro los ojos desorientada. El Jaguar se ha detenido delante del edificio de la New York

Advertising Association. Ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos dejado el atasco atrás y ya

nos movíamos.

Llevo mi vista hacia Colin sólo un segundo y rápidamente la aparto. ¡Prácticamente he estado a punto

de pedirle que me besara! Pero ¿qué me pasa? Miro mi reloj de pulsera y balbuceo un par de palabras de

la manera más torpe y bochornosa posible hasta que una frase sale con claridad de mis labios.

—Será mejor que baje ya si quiero encontrar la secretaría abierta.

Colin asiente y le hace un imperceptible gesto al chófer, que automáticamente desciende y nos abre la

puerta.

En los pocos metros hasta la puerta del edificio y mientras cruzamos el vestíbulo después, ninguno de

los dos dice nada. Yo sigo en ese limbo fabricado a base de excitación y puro deseo que se creó en el

coche. «El deseo es lo que mueve el mundo.» ¿Por qué todo lo que dice tiene que sonar a sexo? Desde

luego, eso no me pone las cosas fáciles.

—Me debes una respuesta, Fitzgerald —me quejo mientras esperamos a que las puertas del ascensor

se abran.

Lo que ha pasado en el Jaguar no cambia las normas. Sólo somos Dempsey y Fitzgerald, aunque

Dempsey se imagine a Fitzgerald desnudo más veces de las que debería.

Colin frunce el ceño un segundo, con la mirada aún fija en el acero, y finalmente sonríe.

—¿Estás dispuesta a correr ese riesgo, Dempsey? —inquiere girando la cabeza para mirarme.

—Sin dudar.

—Soy una especie de asesor —dice eligiendo cuidadosamente cada palabra—. Ayudo a mis clientes

en todo lo que necesiten.

Frunzo los labios pensativa. Esa respuesta es exquisitamente ambigua.

—¿Eres economista?

—En parte.

—¿Un agente de inversiones?

Lo sopesa un instante y, tras un par de segundos, niega con la cabeza.

—No exactamente.

—¿Abogado?

—Si el cliente necesita que lo sea, sí.

—Pero no vas a juicios...

—No es mi especialidad.

Lo miro meditando mi próxima pregunta, pero finalmente choco las palmas de mis manos contra mis

costados en una clara señal de rendición.

—Me he perdido —confieso, encogiéndome de hombros y concentrándome de nuevo en las puertas

del ascensor.

—Es tan sencillo como que les digo a mis clientes dónde, cómo y cuándo invertir, gestiono su

patrimonio, llevo sus asuntos legales, robo cajas fuertes en fiestas elegantes...

Al escuchar la última parte, me giro con los ojos entornados y la sonrisa contenida, pero Colin, lejos

de admitir que bromeaba, me observa como si no hubiese dicho nada fuera de lo común y, al cabo de un

par de segundos, los dos estallamos en risas.

—Eso me suena a chico de los recados con traje caro —sentencio burlona en cuanto nuestras

carcajadas se calman.

Él suelta un silbido, fingiendo que mis palabras le han dolido.

—Viniendo de una vendemotos —replica—, no me lo tomaré como algo personal.

Le hago un mohín y él me devuelve su sonrisa más impertinente.

—¿Y qué estudiaste?

—Económicas y derecho en Columbia, y un máster en administración de empresas y comercio

exterior en la Universidad de Washington.

—¿Washington? —pregunto confusa.

Es una universidad muy buena, pero alguien como él seguro que pudo optar a Harvard, Northwestern

o la propia Columbia. Además, adora Nueva York.

Por un momento parece un poco incómodo.

—Soy de Portland —responde sin darle ninguna importancia—. Me apetecía estar más cerca de casa

un tiempo.

Asiento. Tiene sentido.

En ese instante las puertas del ascensor se abren. Amanda Harris, otra de las alumnas del máster, está

dentro, apoyada en la pared del fondo, con un carísimo vestido, unos

carísimos tacones y su melena

pelirroja cayendo en una kilométrica cascada, revisando lo que imagino es su proyecto. No me cae mal,

pero tampoco somos amigas. Cuando llegué aquí, hace casi un año ya, vine sin ninguna idea

preconcebida, sólo a aprender. Muy pronto me di cuenta de que Amanda no pretendía lo mismo. Ser el

número uno de este máster abre muchas puertas, y ella no piensa hacer amigos ni prisioneros.

—Buenos días —la saludo entrando y caminando hasta la esquina opuesta.

—Buenos días —responde por inercia.

No repara en mí más que unos segundos, pero, justo cuando va a volver a sus papeles, Colin entra en

el ascensor y capta de inmediato su atención. Se saludan y, aunque ella agacha de nuevo la mirada hacia

su dosier, de reojo sigue observándolo.

Colin, entre las dos pero más cerca de mí, estira las manos a lo largo de la baranda que sigue la

pared del ascensor y pierde su vista al frente. Ella vuelve a mirarlo apenas un segundo y se incorpora

suavemente.

—Ha sido una auténtica locura, ¿verdad? —comenta Amanda—. Creí que no conseguiría entregar el

proyecto a tiempo. ¿Tú qué tal?

La palabra *proyecto* es la que me hace darme cuenta de que está hablando conmigo. Sonrío algo

confusa y también me incorporo. Creo que es la tercera vez que me dirige la palabra en un año.

—Esta mañana me levante temprano... por pura casualidad —añado

evitando la mirada de Colin—.

Supongo que he tenido suerte.

Nos detenemos en el séptimo piso. Las puertas se abren y sube Thomas Szicoski. En cuanto nuestras

miradas se encuentran, me barre de arriba abajo. Es un buen tío, pero a veces hace que me sienta un poco

incómoda. Hizo lo mismo cuando hablamos del proyecto el día que iba a comer con Colin para celebrar

que sólo quedábamos diez en el máster.

Al verlo, la expresión de Colin cambia por completo en una décima de segundo. Si no fuera

imposible, diría que se ha puesto tenso, en guardia.

—Hola, Audrey —me saluda con una sonrisa, sacándome de mi ensoñación. El ascensor arranca de

nuevo—. Amanda.

Ella asiente y los dos miran a Colin a la vez, aunque con expresiones completamente diferentes.

—Chicos, él es Colin Fitzgerald —los presento—. Colin, ellos son Amanda y Thomas.

—¿Colin Fitzgerald? —prácticamente me interrumpe Amanda dando un paso hacia él—. ¿Bromeas?

—añade, llevándose la palma de la mano al pecho—. Trabajo para Brenan McCallister. Tu empresa le

hizo ganar sesenta y siete millones de dólares el trimestre pasado. Eres un hombre muy popular por allí.

Colin le sonríe. Miro la pantalla del ascensor. ¿Por qué los números pasan tan increíblemente lentos?

—¿Has tenido problemas con el proyecto? —me pregunta Thomas.

—No —niego, pero en realidad no le estoy prestando atención. Amanda sigue coqueteando

descaradamente con Colin y él no parece sentirse muy incómodo.

—Ha sido realmente estresante —continúa.

—Sí —balbuceo.

Amanda murmura algo y se acerca un poco más a él. Colin se humedece el labio inferior y sonríe. ¿En

serio? ¡Estoy aquí!

—Estaba pensando que podríamos tomarnos una copa para celebrarlo.

Ella alza la mano y acaricia su antebrazo mientras vuelve a decir algo y sonríe encantadísima. Él no

la aparta. Nos acostamos ayer. ¿Ni siquiera piensa esperar veinticuatro horas antes de tontear con otra

chica?

—Audrey.

—¿Sí? —respondo volviendo a mi realidad—. ¿Qué? —añado torpe al comprender que me ha dicho

algo y no le estaba escuchando.

Thomas sonríe.

—Te preguntaba si quieres salir a tomar una copa.

—No lo sé —musito.

Vuelvo a mirar a Colin. En ese instante él ladea la cabeza y nuestras miradas se encuentran un

segundo justo antes de que yo aparte la mía. Thomas se acerca un poco más y me acaricia la mejilla con

el reverso de los dedos. Mi primera reacción es apartarme de un salto, pero mi cuerpo se queda

extrañamente paralizado por la propia incomodidad que siento. Después no lo hago porque no quiero. Si

Colin puede tontear en un lugar ridículamente pequeño conmigo

delante, yo también puedo hacerlo.

Los observo de reojo todo lo discreta que soy capaz. Colin tiene la mirada clavada en nosotros, en lo

que hacemos. Otra vez parece tenso.

—¿Qué me dices?—inquiere de nuevo Thomas.

Amanda vuelve a decir algo, vuelve a sonreír y él sigue allí con ella. No pienso dejar que piense que

me tiene donde quiere. Si a él no le molesta su mano en su antebrazo, a mí no me molesta la mano de

Thomas en mi mejilla.

Las puertas del ascensor se abren.

Colin le sonríe. No lo soporto.

—Deberíamos salir o cerrarán la secretaría —respondo.

No quiero seguir un segundo más aquí.

Antes de abandonar el diminuto cubículo, mi mirada se cruza un instante con la de Colin, pero no dejo

que la atrape. Ahora mismo estoy demasiado enfadada.

Colin se queda haciendo unas llamadas mientras Amanda, Thomas y yo pasamos a secretaría. Los

veinte minutos que tardamos consignando los trabajos, no deja de sonreír como una idiota. Sé

perfectamente quién es el responsable de esa sonrisa y los odio a los dos.

Afortunadamente, uno de los profesores retiene a Thomas y Amanda. No me apetece compartir

ascensor de vuelta con nadie.

—Audrey —me llama Amanda cuando estoy a punto de salir de secretaría.

Resoplo y me giro malhumorada. ¿Qué es lo que quiere?

—Dale esto a Colin, por favor —me pide sin mucha amabilidad, tendiéndome un trozo de papel que

acaba de arrancar de su agenda—. Gracias.

Sin esperar respuesta, se marcha y yo me quedo mirando con cara de idiota el papel con su nombre y

su número de teléfono. Definitivamente, esto tiene que ser alguna broma de cámara oculta.

Salgo de la secretaría furiosa como lo he estado pocas veces en mi vida. Colin está apoyado, casi

sentado, en una de las ventanas, con las manos sobre el poyete y la mirada perdida a su espalda. Al darse

cuenta de mi presencia, se incorpora y camina hasta mí. También parece enfadado, pero no me importa

porque yo lo estoy mucho más. El papel en la mano derecha me arde. Soy plenamente consciente de que

no somos nada, pero por lo menos podría haber tenido un poco más de tacto antes de ponerse a ligar con

Amanda. Maldita sea, ¿cómo pensó que iba a sentarme? Mi cabreo aumenta hasta un límite insospechado.

Está a unos pasos cuando echo a andar, prácticamente a correr, hacia el ascensor.

—¿Qué demonios? —le oigo farfullar antes de salir de la antesala de secretaría y enfilar el soleado

pasillo tras de mí.

Pulso el botón con rabia y me cruzo de brazos, esperando. Por suerte está en planta y las puertas de

acero se abren inmediatamente, dejándome paso. En cuanto estoy dentro, aprieto el botón para que se

cierre y se mueva. No quiero verlo. Sé que debería calmarme, es lo mejor y más sensato, pero

sencillamente no soy capaz.

Cuando por fin las puertas comienzan a cerrarse, sonrío victoriosa, pero, justo antes de conseguir mi

propósito, Colin llega con el paso acelerado y logra entrar.

—¿Se puede saber qué te pasa? —protesta arisco.

Yo sonrío irónica y muy cabreada.

—¿En serio tienes que preguntármelo?

—Audrey —me reprende con la voz amenazadoramente suave.

Logra intimidarme, pero no dejo que lo vea.

—Toda la culpa es tuya —me quejo.

—Tienes que estar de broma —replica malhumorado.

Su respuesta me deja fuera de juego. ¿A qué se refiere? Rápido, se pasa las manos por el pelo y

acaba llevándolas hasta sus caderas. Con el movimiento, su impecable chaqueta se abre, dejando su

cuerpo armónicamente tenso un poco más al descubierto. Está furioso, pero, sobre todo, parece frustrado.

¿Por qué?

De pronto lo entiendo todo.

—Si estás tan enfadado porque te preocupa no haber podido conseguir el teléfono de Amanda, no le

des más vueltas. Ella ha pensado en todo —añado con desdén, tendiéndole el trozo de papel con su

número.

Colin observa el teléfono unos segundos y clava sus ojos azules, fríos y endurecidos en mí. Golpea el

botón de parada del ascensor con el puño y, con una seguridad endiablada, me acorrala contra la pared.

—Tú y yo no somos nada —pronuncia con una voz suave pero mil veces peor que un grito.

—Eso ya lo sé —me quejo.

No soy estúpida. Entiendo cómo son las cosas. No necesito que él me las repita.

Colin aprieta los dientes, conteniéndose. Su cuerpo se tensa un poco más; me estrecha un poco más

entre él y la pared.

—Escúchame bien porque no pienso volver a repetirlo: deja de comportarte como una cría y deja de

dar por hecho que voy follándome a todo lo que se mueve.

Sus palabras me sacuden. Una parte de mí no para de gritar que es un mujeriego, que no cometa el

kamikaze error de creerlo, pero otra mucho mayor necesita desesperadamente que sea verdad. Necesita

saber que, aunque no vayamos a estar juntos, no tendré que preocuparme por cada Amanda Harris que se

cruce en su camino.

—Colin —lo llamo sin saber cómo continuar, sin poder dejar de mirarlo de ningún modo.

Dame alguna prueba, oblígame a confiar en ti.

—No voy a seguir hablando de esto, Audrey —sentencia.

Sin alargar un segundo más la agonía, se separa de mí, dejando el teléfono de Amanda en mi mano.

Pulsa el botón y el ascensor reanuda la marcha tras un brusco tirón. Cuando las puertas se abren en la

planta baja, sale decidido, sin mirar atrás. Yo observo un momento el papel entre mis dedos y lo sigo.

Aún estoy enfadada, pero también estoy hecha un auténtico y verdadero lío.

A unos pasos del Jaguar, me detengo en seco y pierdo la mirada en la calle Chambers. Necesito

alejarme de él cinco minutos y poder pensar.

—Acabo de recordar que tengo que tratar unos asuntos cerca de aquí —miento—. No sé cuánto

tardaré. Será mejor que regrese en taxi a la oficina.

Colin me observa durante un par de segundos que se me hacen eternos. La sensación de que puede

leer en mí y, en concreto, saber que le estoy engañando, se agudiza y me intimida. No quiero hacer las

cosas así, pero de verdad que necesito tomar aire, perspectiva y pensar.

—Nos veremos en la oficina, entonces —dice al fin y, sin más, entra en el coche.

Sigue molesto y también sabe que le he mentido. Creo que él tampoco quiere tenerme cerca ahora

mismo. La idea me entristece.

Empiezo a caminar sin mucho sentido y acabo en un Dean & DeLuca con un capuchino doble con

canela y virutas de chocolate, sentada junto a un inmenso ventanal, como si mi vida fuera una teleserie de

la tele por cable, y no de esas que ganan cinco premios Emmy, sino más bien de las que acaban

canceladas por falta de audiencia. No puedo enfadarme porque coquetee o se acueste con quien le dé la

gana. Sólo somos amigos. Suspiro. Puede que esté molesta con él, pero creo que con quien lo estoy más

es conmigo. Tengo que asumir cómo son las cosas. Es urgente.

«Mucho.»

Miro por la ventana y me topo con la enorme escultura de la palabra

love, en mayúsculas, de Robert

Indiana. Delante de ella, un chico enchaquetado y una chica pelirroja se besan con una pasión

considerable. Mientras, a sólo unos pasos, una joven se hace una foto con la escultura con su móvil y un

palo de *selfie*. Pongo los ojos en blanco y me levanto malhumorada. El universo y la isla de Manhattan

acaban de aliarse para reírse de mí.

Regreso a Cunningham Media y, prudentemente, me encierro en mi oficina. Al menos he llegado antes

de que la suave llovizna se convirtiera en la tormenta que es ahora.

Apenas he avanzado con un par de dosieres cuando comienzo a darle vueltas otra vez a todo lo que ha

ocurrido hoy, a Colin y, sobre todo, a todo lo que pasó ayer. Antes de que me dé cuenta, vuelvo a revivir

cada beso, cada caricia. Nunca me había sentido así. Fue como si él supiese lo que yo quería antes

siquiera de desearlo, como si, de alguna manera, la forma en la que me tocaba y toda mi excitación

estuviesen perfectamente conectadas. Recuerdo cómo me llamó *a chara* y toda mi piel se calienta. Doy

un largo suspiro con la mirada fija en el teclado. Sé que es una estupidez, pero ahora mismo me ayudaría

mucho saber que eso significa «amor mío» o «chica maravillosa sin la cual acabo de aprender en este

mísero instante que no puedo vivir»; es un poco largo, pero efectivo.

Abro el traductor de Google y selecciono la opción de irlandés. *A chara* podría significar cualquier

cosa en cualquier idioma, pero supongo que tiene más posibilidades de ser gaélico o algo parecido. La

escribo y pulso «Enter». Los dos segundos en los que tarda en aparecer el resultado, se me hacen eternos,

y después allí está, escrito en mayúsculas: «AMIGA.»

—¿En serio? —murmuro decepcionada.

Observo la palabra y suspiro. Ni siquiera un *nena* o un *cariño*, sólo *amiga*.

Llaman a la puerta y entran sin esperar respuesta. Antes de que pueda reaccionar, Colin está dentro de

mi diminuto despacho. Se ha quitado la chaqueta y remangado la camisa a rayas bajo su chaleco negro.

Camina hasta mi mesa con paso seguro y apoya las manos en la madera, inclinándose hacia delante y

consiguiendo que esa impresionante mirada esté a escasísimos centímetros de mis ojos. Su atractivo es

mi cruz. Nunca he tenido nada tan claro.

—Tendríamos que hablar, pero prefiero fingir que esta mañana no ha pasado nada y sé que tú también

—suelta con una sonrisa de lo más traviesa—. Te echo de menos, Dempsey. Echo de menos estar contigo.

—Sonríe de nuevo, pero esta vez es un gesto un poco frustrado—. Echo de menos pasar tiempo contigo

—rectifica—. Y odio tener que elegir tan cuidadosamente las palabras —continúa inclinándose un poco

más. Ahora sonreímos ambos. Tiene razón, es un auténtico coñazo—. ¿Qué me dices? ¿Nos olvidamos

del mundo?

¿Cómo puede ser tan endiabladamente tentador? Es como si ese ofrecimiento lo hiciera el mismísimo

diablo, como si pudiese dejarme clarísimo, sin usar una sola palabra, sólo con sus ojos, que lo mejor, lo

que quiera, todo el placer, está únicamente a un sí de distancia.

—¿Y cómo propones que nos olvidemos del mundo? —pregunto enarcando las cejas.

Mejor fingir una seguridad que no siento.

—Desgraciadamente —comienza a decir mientras se sienta en el borde de mi escritorio—, las

opciones en las que estás desnuda y en mi cama están descartadas.

—¿A eso lo llamas tú elegir cuidadosamente las palabras?

—Oh, créeme, están muy bien elegidas —replica.

Frunzo los labios. Es un auténtico sinvergüenza.

—Descarado.

—Me gusta cuando te escandalizas, Niña Buena.

—No hay nada de malo en ser una niña buena. De los sinvergüenzas impertinentes, engreídos y, por

supuesto, descarados, no sé si puede decir lo mismo— concluyo, muy orgullosa de mí misma.

Chúpate esa, Fitzgerald.

—Se te ha olvidado «y que follan de miedo».

—Te lo tienes demasiado creído.

Colin entorna los ojos divertido, estudiándome. Yo me cruzo de brazos insolente, esperando su

respuesta. Vuelve a sonreír de esa manera llena de arrogancia y encanto a partes iguales y me acaricia la

punta de la nariz con el índice.

—Cuando mientes, arrugas la nariz y estás adorable —comenta socarrón.

Pero, bueno, ¿en algún momento piensa dejar de reírse de mí? Abro la boca sin saber qué decir.

Vuelvo a cerrarla y vuelvo a abrirla, hasta que finalmente resoplo malhumorada mientras él empieza a

juguetear con los bolígrafos de mi lapicero.

—¿Sólo has venido a molestarme? —protesto rodeando la mesa, colocándome frente a él y apartando

el cubilete de su mano como represalia.

—Es divertido —responde con una sonrisa, como si fuera obvio.

Yo le dedico mi peor mohín y él lo ignora estoicamente.

—¿En qué estás trabajando? —inquiere.

Coge mi portátil y no es hasta que le da la vuelta, y una nueva insolente sonrisa se acomoda en sus

labios, que recuerdo lo que estaba mirando justo antes de que entrara. ¡Maldita sea!

—Deja en paz mi ordenador —me quejo hostil intentando cerrarlo.

—Te estás volviendo muy multicultural —se burla con la misma impertinente sonrisa.

Se acabó. No pienso quedarme a ver cómo sigue riéndose de mí.

—Eres un capullo —siseo.

Me giro dispuesta a marcharme, pero, antes de que logre alcanzar la puerta, Colin estira su armónico

cuerpo, me agarra de la muñeca y vuelve a llevarme hasta él. Me deja entre sus piernas, pero no me

suelta.

—Si querías saber lo que significa *a chara,* ¿por qué no me lo preguntaste? —me desafía, mirándome

directamente a los ojos.

—Lo hice y tú no me respondiste.

—¿Y siempre vas a rendirte a la primera, Niña Buena?

Esa frase parece esconder muchas cosas que no soy capaz de adivinar. Otra vez está retándome, como

si siempre quisiese que tuviera que armarme de valor y dar un paso más.

—No quería que pensaras que le estaba dando importancia, porque no la tiene —le digo y, sin

quererlo, mi voz se agrava, presa de que estemos así de cerca, de que me tenga entre sus piernas, y, sobre

todo, de que su mano siga sujetando mi muñeca—. Además, es lo que somos, ¿no? *A chara* significa

amiga.

Ahora quien lo desafía soy yo.

Colin niega suavemente con la cabeza.

—Ésa es su traducción más común, pero no es su único significado.

Sonríe como sólo él sabe hacerlo y todo mi cuerpo se tensa.

— *A chara* significa nuestra conexión con el otro —susurra con una voz sencillamente perfecta—. Así

que, cuando se lo llamamos a otra persona, es como si mencionáramos en dos palabras todo lo que nos

une a ella —Colin libera mi muñeca, mueve su mano y abre la palma, posesiva, sobre mi estómago—,

todo lo que nos gusta —avanza hasta mi cadera y se agarra con fuerza, casi haciéndome daño, y una

oleada de placer se desata por todo mi cuerpo—, todo lo que deseamos.

—Colin —murmuro inconexa a la vez que coloco mi mano sobre la suya.

Debería pedirle que se marchara, debería empezar a ser consecuente conmigo misma, con lo que es

mejor para mí.

—¿Te gustó que lo hiciera?

—Sí —murmuro.

Otra vez el ambiente que nos rodea parece querer demostrarnos todo el deseo que un puñado de

palabras pueden contener. Su cuerpo ordena y el mío responde. Ni siquiera sé cómo hemos llegado a este

punto, pero ya no tengo nada claro que quiera escapar.

—¿Por qué?

—¿Por qué siempre tienes que preguntarme por qué?

—Porque me gusta ponerte al límite, Niña Buena —sentencia sexy, sensual, engreído, exactamente

todo lo que es Colin Fitzgerald.

Mi BlackBerry empieza a sonar en algún punto del despacho, pero yo lo oigo como si sonara en otro

continente. No quiero moverme de aquí por nada del mundo. Colin vuelve a sonreír y se inclina despacio

sobre mí, hasta que sus labios casi acarician el lóbulo de mi oreja.

—Deberías cogerlo —susurra divertido.

Se aparta al tiempo que su sonrisa se ensancha y yo vuelvo a la realidad de golpe.

—Claro —prácticamente balbuceo.

Vuelvo al otro lado de la mesa y recupero mi móvil. Logro descolgar justo antes de que la llamada

sea desviada al buzón de voz.

—Audrey.

Sonrío cuando reconozco la voz.

—Hola, Adele... Es la madre de Arizona —le susurro a Colin, que asiente, tapando el auricular—.

¿Todo bien? —vuelvo a hablar con ella.

—Griffin no ha aparecido —me explica.

—¿Qué?

Mi voz y mi sonrisa se evaporan de repente. Mi cambio de tono hace que Colin alce la mirada y me

observe preocupado.

—¿Cómo que no ha aparecido?

No puede ser verdad. No puede haberlo hecho otra vez.

—Llevamos esperándolo más de una hora.

En ese momento llaman a la puerta de mi despacho y Arizona entra. No tiene cara de buenos amigos.

Se dispone a hablar, pero algo a su espalda me distrae y, cuando veo a Griffin salir del ascensor, pierdo

la poca cordura que me queda.

—Maldito hijo de puta —siseo.

Salgo del despacho como una exhalación y del mismo modo cruzo la sala. Cuando al fin lo tengo

delante, ni siquiera lo pienso y le doy una sonora bofetada delante de medio departamento de

contabilidad.

—¿Cómo has podido atreverte? —grito—. ¿Eso es lo que vale tu palabra? ¿Tan poco hombre eres?

—Audrey, déjame explicarme.

—¡No! —grito de nuevo con la rabia saturando mi voz—. ¡No pienso volver a escucharte nunca! Eres

un cobarde de mierda que no se merece lo que tiene. No te lo mereces.

Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. ¿Cómo ha sido capaz?

—Audrey, tienes que ayudarme —me exige.

Ahogo una sonrisa irónica y fugaz en un suspiro aún más corto.

—¿Cómo tienes el valor de pedirme eso? Lárgate.

—Ni lo sueñes.

—¡Lárgate!

¡No quiero escucharlo! ¡No quiero tenerlo cerca!

—No pienso irme de aquí sin que me ayudes —me amenaza.

—Te ha dicho que te largues —lo interrumpe Colin con su voz amenazadoramente suave,

colocándose a mi lado—. ¿Eres tan jodidamente idiota que no entiendes esa palabra?

Griffin traga saliva.

—Esto no es asunto tuyo —gruñe, tratando de que no se note el gusano miserable que es.

—Audrey es asunto mío —replica Colin dando un paso adelante, lleno de una intimidante seguridad

—. Así que no te haces una idea del puto problema en el que acabas de meterte.

Miro a Colin y por un momento me siento increíblemente protegida. Nadie en diez años había

conseguido que me sintiese así.

—Márchate, Griffin —le pido más serena.

—¡No voy a largarme! —grita desagradable.

—No se te ocurra volver a hablarle así —lo corta Colin.

Griffin retrocede un paso.

—He metido la pata, Audrey —recapacita, tratando de sonar más amable—, pero no puedes pasar de

mí.

Que reconozca su error no cambia las cosas. No es la primera vez que

lo hace y sus palabras acaban

cayendo en saco roto.

—Márchate, por favor —repito, cruzándome de brazos y bajando la mirada.

Una vez más ha conseguido que sienta que mido sólo dos centímetros.

—Audrey, no lo hagas por mí.

Alzo la cabeza. Las lágrimas vuelven a caer. ¿Por qué ha tenido que decir precisamente eso?

10

—No lo hagas por mí —repite el maldito gilipollas.

Nunca había tenido tantas ganas de partirle la cara a alguien.

Doy un paso más hacia él. Cierro los puños con rabia. La ha hecho llorar. No puedo pensar en otra jodida cosa.

—Lárgate o te juro por Dios que no respondo —siseo.

El imbécil ni siquiera es capaz de mantenerme la mirada.

—Audrey, sabes qué es lo que tienes que hacer —prácticamente le exige.

Aprieto la mandíbula. Esta estupidez se acabó. Me giro hacia ella para decirle que me espere en mi despacho mientras me encargo de él

y la sangre me hierve cuando la veo dar un paso en su dirección. Sigue llorando. Está triste, furiosa, dolida. Joder, sea lo que sea lo que este gilipollas ha hecho, la ha dejado hundida y piensa marcharse con él.

—Tiene que ser una puta broma —protesto arisco, agarrándola de la muñeca y obligándola a girarse.

—Colin, por favor —balbucea.

Me mantiene la mirada y en sus ojos veo demasiado dolor. No es sólo

este momento, son muchos otros que ni siquiera me ha contado. La

rabia se instala bajo mis costillas. Vuelvo a sentirme como me sentí en el bar viéndola hablar con ese tipo, como hace diez años que no me sentía.

—No vas a irte con él —rujo.

No pienso permitirlo. Voy a cuidar de ti, Niña Buena.

—Audrey, vámonos —le reclama.

Ella me mira un segundo más, como si estuviese reuniendo valor para decirme algo, y finalmente cabecea.

—Lo siento, Colin —murmura y camina hasta él.

Cruza la diáfana planta andando a su lado. Yo la observo inmóvil. Ahora mismo sólo quiero cargarla sobre mi hombro y sacarla de aquí.

¿Por qué se marcha con él? ¿Quién coño es? ¿Qué le ha hecho?

Justo antes de montarse en el ascensor, Audrey vuelve la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Está más triste que antes. La rabia

crece. Echo a andar hacia ella. No pienso permitir esto. Tengo que cuidar de ella, tengo que protegerla, pero, cuando estoy a unos pasos, Audrey pronuncia sin emitir sonido alguno el «por favor» más triste del mundo a la vez que niega con la cabeza, frenándome en seco, y finalmente entra en el ascensor.

Cuando las puertas de acero se cierran por completo, sencillamente ya no puedo pensar.

Regreso a mi despacho con el paso acelerado y cierro de un portazo. La adrenalina hirviendo recorre todo mi cuerpo. Todo lo que sentía

cuando tenía dieciséis, diecisiete, dieciocho años, se recrudece. El dolor, la rabia.

—Joder —rujo.

Me paso las manos por el pelo. Trato de controlarme. Pero todo es inútil. Sólo puedo pensar en una cosa.

Salgo del edificio. Sigue lloviendo. No me importa. No sé cuántas manzanas recorro hasta encontrar un bar con una pinta deleznable.

Sonrío con malicia contemplando la puerta llena de restos de carteles y pegamento barato, las motos aparcadas en la entrada, el neón que ya no se ilumina.

Entro y me siento en uno de los taburetes de la barra. Me pido un whisky y me lo bebo de un trago. Miro a mi alrededor y la misma sonrisa con la misma malicia acude de nuevo a mis labios cuando veo a cuatro tíos con pinta de obreros de la construcción, bebiéndose unas cervezas en una de las mesas junto a la máquina de discos. Pido otra copa. Camino hasta ellos. Suena *Heart of a dog,* [10] de The Kills.

Siempre me he sentido identificado con esta canción. Siempre he tenido miedo de estar perdido, pero, al final, siempre regreso al mismo sitio, a las mismas situaciones, y eso es lo que me permite volver a encontrarme, mi única manera de regresar al camino, a casa, al Colin que yo he decidido ser.

—Os estaba mirando desde allí —digo deteniéndome junto a su mesa y apuntando a la barra con mi copa— y no he podido evitar hacerme una pregunta.

—¿Qué? —responde uno de ellos malhumorado.

Me bebo la copa de un trago y la dejo sobre la mesa bajo sus atentas miradas.

—¿Cuál de los cuatro es más gilipollas?

De repente el bar se sume en un sepulcral silencio.

—Pero ¿qué coño? —masculla uno de ellos levantándose.

Yo sonrío encantado. Acabo de encontrar justo lo que quería. Esquivo el primer golpe. El segundo. Lo tumbo sobre la mesa de un puñetazo. Los otros tres tíos se levantan. El pómulo. Las costillas. Golpeo. Me defiendo. La ira se calma. Otra aparece.

Pelear. Caer. Levantarse... Olvidar... Volver a ser yo.

Me sacan a la calle de un puñetazo. La sangre se mezcla con la lluvia en mis labios, tirado en un callejón cualquiera de la 44 Oeste.

Lo golpeo. Lo tiro al suelo. Uno de los tíos, con la mitad de la cara llena de la sangre que le sale de la ceja rota, corre hacia mí, me embiste como un toro y me deja caer de espaldas contra el suelo. Toso. No puedo respirar. Las costillas me aprietan los pulmones.

Pelear. Caer. Levantarse... Olvidar... Volver a ser yo.

Volver a ser yo. Me pongo en pie. Sólo quiero volver a ser yo. Lo golpeo. Se tambalea. Un coche derrapa a mi espalda. Lo golpeo otra

vez. Necesito volver a ser yo.

—¡Sepárense! —Un policía me empuja, apartándome del tipo, pero yo aún no he terminado.

El agua cae helada. La boca me sabe a sangre. Vuelvo a tener diecisiete años. Vuelvo a estar en Portland Este. He vuelto a ver a mi

padre borracho, llorando por ella. Me paso las manos por el pelo.

¿Por qué Audrey no me ha dejado protegerla?

Casi había olvidado cómo es un maldito calabozo. A través de las rejas, miro al policía leer el periódico sobre su escritorio. Nunca entenderé por qué ponen al policía a punto de jubilarse, que hace años que decidió traerse dos tarteras en vez de una y la pistola, a defender los calabozos.

—Fitzgerald —me llama un segundo policía abriendo la celda—, sal. Han pagado tu fianza.

Me levanto malhumorado y abandono la celda. El policía me lleva, agarrándome del brazo, hasta la planta de arriba y no tardo en ver a

Jackson firmando unos papales en el mostrador de la comisaría del distrito centro sur. Cuando el agente me suelta a unos pasos de él, mi amigo alza la cabeza, me mira de abajo arriba y vuelve a prestar atención a los papeles que tiene delante.

—Te has ido a un bar, te has partido la cara con cuatro tíos y has acabado en comisaría —dice sin volver a mirarme—. Creía que ya teníamos superado esto.

Me encojo de hombros.

—No ha pasado nada —replico arisco.

—Seguro que no —contesta irónico—. Vámonos —añade dejando caer el boli sobre los documentos—. Donovan nos está esperando fuera.

No digo nada y lo sigo mientras cruzamos la comisaría hacia la calle. Todavía estoy demasiado enfadado. Normalmente, a estas alturas,

después de semejante pelea, debería estar relajado, curándome las heridas en algún otro bar, bebiendo un Glenlivet y a punto de echar un polvo. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en presentarme en casa de Audrey y asegurarme de que está bien. Soy plenamente consciente

de que eligió marcharse con él, pero, cada vez que recuerdo cómo lloraba, una corriente eléctrica sorda y desagradable me recorre la columna.

Donovan está apoyado en uno de los coches aparcados en la acera frente a la entrada de la comisaría, con los brazos cruzados. Al verme

salir, sonríe y se incorpora.

—¿Cuántos tíos han sido esta vez? —pregunta.

—Cuatro —responde Jackson, bajando los escalones de piedra maciza — y tendrías que verlos. Parecen cuatro putos tanques.

—Ya sabes lo que dicen de los irlandeses —replica burlón, girándose y abriendo la puerta de atrás del Jaguar para que me monte—: que

son muy peleones.

Me detengo a unos pasos. Jackson rodea el vehículo y abre la puerta del copiloto. Donovan me observa. Se fija en la camisa remangada

y manchada de sangre, en la corbata metida de cualquier manera en mi bolsillo y en la sucia chaqueta que cuelga de mi antebrazo. También se fija en mi pómulo y mi mentón amoratados y en la pequeña brecha de la frente y, sobre todo, se fija en las ganas de pelea que todavía me llenan por dentro.

—¿Estás bien? —inquiere.

Yo me encojo de hombros, otra vez con las manos metidas en los bolsillos.

—No ha pasado nada.

Donovan asiente y me hace un gesto con la cabeza para que entre en el coche. Lo hago y cierra tras de mí. Hace mucho que perdí la

cuenta de cuántas veces Jackson o Donovan tuvieron que sacarme de comisaría, y hace aún más que dejé de pensar en eso, porque ya ni siquiera podía recordar cuándo fue la última vez.

Vamos a un pequeño pub situado en un callejón cerca de la oficina. Alguna vez hemos comido allí y muchas veces hemos bebido después

del trabajo.

Nos acomodamos en una de las mesas y la camarera, e hija del dueño, no tarda en acercarse.

—¿Qué os sirvo, chicos? —pregunta mientras limpia la mesa con una bayeta.

Durante unos segundos, el aire se llena de un intenso olor a limón y desinfectante.

—Tres Glenlivet —responde Jackson— y busca algo para curarle las heridas.

—Claro —contesta diligente.

La chica se marcha y yo me revuelvo en mi asiento.

—No necesito que nadie me cure nada —me quejo.

—Alégrate de que te las vaya a curar esa monada y no su padre —replica Jackson.

—¿Cuál de los dos se tiró a esa monada? —inquiere Donovan.

—El Pelapatatas.

—Oh, así que ahora vamos a vivir un momento de lo más romántico —continúa el alemán, con esa mezcla de burla, pura ironía y maldad

que lo caracteriza—. Seguro que está de lo más emocionada buscando la crema antiséptica y pensando en ti.

Los dos sonríen, yo no. Ni siquiera quiero estar aquí.

—Joder —gruño justo antes de levantarme—. Me largo.

—¿Adónde coño vas? —farfulla Jackson—. Siéntate y bébete una copa con nosotros. Me has sacado de mi apartamento en plena noche, donde estaba a punto de convencer a mi preciosa novia de muchísimas

cosas. Me lo debes.

Yo me freno en seco y me vuelvo malhumorado. Jackson enarca las cejas.

—Eso es chantaje, capullo de mierda —protesto sentándome de nuevo.

—Llámalo como quieras —sentencia más que satisfecho.

—¿Se puede saber qué te pasa? —interviene Donovan—. Hacía años que no acababas en comisaría.

—No ha pasado nada —respondo mecánico.

No quiero hablar, joder.

—¿Estás así por esa cría que trabaja en Cunningham Media? —pregunta Jackson—. La que tiene el culo increíble.

—No es ninguna cría —gruño de nuevo— y deja de mirarle el culo o míraselo —rectifico rápidamente—, pero no me lo cuentes.

Jackson y Donovan intercambian un par de miradas y entonces me doy cuenta de que sólo ha dicho eso para ver cuál era mi reacción.

Por la manera en la que me observa ahora mismo, está más que claro que he reaccionado exactamente como esperaba.

—¿Te la estás tirando? —inquiere sin apartar sus ojos de los míos.

Así es Jackson Colton, un hombre de exquisito tacto.

—No es asunto tuyo.

—Eso es un sí —apuntilla Donovan.

—Eso es un «no os metáis en mi vida» —aclaro.

La camarera regresa con nuestras copas. Tras dejarlas en la mesa, abandona la bandeja en otra y se acerca a mí con un bote de crema

antiséptica. Miro a los gilipollas de mis mejores amigos, con un par de sonrisas en la cara, y resoplo aún más malhumorado.

—Gracias, encanto, pero no hace falta —la freno.

—De veras que no me importa, Colin.

Me sonríe y algo dentro de mí se revuelve. Me cabreé con Audrey cuando dijo que quería acostarme con su compañera del máster. Me

sentó como una patada en el estómago que siquiera lo insinuase, pero en el fondo es lo que soy, ¿no? El sexo indiscriminado es la única manera en la que me relaciono con las mujeres y siempre me ha funcionado. ¿Por qué tengo que cuestionarlo? ¿Por qué no puedo volver a comportarme como siempre?

—Podemos ir al despacho —me propone—. Estaremos más tranquilos.

—Gracias —repito tratando de sonar más amable —, pero no, Leighton.

Todo mi maldito mundo se está tambaleando, joder.

—Como quieras —replica, dejando el pequeño bote de crema sobre la mesa.

La chica se marcha y yo tuerzo el gesto, clavando la vista en mi vaso de whisky.

—Audrey te gusta, ¿verdad? —pronuncia Jackson.

—Audrey es increíble —estallo lleno de rabia—. Me vuelve loco. Y no es un maldito halago, joder. No sé por qué tiene que conseguir

que me cuestione todo lo que ya funciona en mi vida.

¡Joder!

Me llevo las palmas de las manos a los ojos y me los froto con fuerza. De pronto caigo en la cuenta de algo. Soy yo quien le está permitiendo hacerlo, quien ha decidido que es diferente, especial, que no puedo sentirme con otra chica como me siento estando con ella. Soy yo quien la ha dejado entrar en mi vida.

Me levanto de un salto. Mis costillas se resienten. Aprieto los dientes.

—Tengo que irme —digo con un convencimiento absoluto.

Los chicos protestan, pero no los escucho. Salgo del bar y paro el primer taxi que aparece por la 59. El agua de las aceras se ha transformado en nieve.

Regreso a mi apartamento, voy flechado a la cocina, me sirvo un whisky y me lo bebo de un trago. Ni siquiera he encendido las luces y

la casa sólo está iluminada por Nueva York desde el inmenso ventanal. No quiero estar aquí. Quiero ir a cualquier bar, volver a pelearme. Si no ha funcionado la primera vez, funcionará la segunda.

Giro sobre mis pasos y cojo las llaves de mi coche del mueble del recibidor mientras abro rápido la puerta. Estoy cruzando el umbral cuando mi móvil comienza a sonar. Mi primer instinto es ignorarlo, pero, no sé por qué, algo me impide hacerlo y acabo sacándolo del bolsillo de mis pantalones. Miro la pantalla. Toda la rabia se recrudece. Es Audrey.

Aprieto la mandíbula. Sólo puedo pensar en el gilipollas de Griffin.

Descuelgo, pero no digo nada.

—¿Hola? —dice ella al otro lado—. ¿Colin? —añade inmediatamente.

Tiene la voz tomada. Es obvio que sigue llorando. De pronto todo mi enfado se diluye o se transforma en otro distinto, no lo sé. Quiero

decirle muchas cosas: que estoy muy cabreado, que me he partido la cara con cuatro tíos en un bar porque no podía dejar de pensar en cómo se había marchado llorando. Quiero preguntarle por qué se largó con ese capullo, por qué eligió irse con él a quedarse conmigo, por qué no me dejó protegerla. Lo único que quiero es protegerla.

—Colin, por favor —solloza—, di algo.

No lo hago. Tengo demasiada rabia dentro. Me revuelvo prácticamente sin moverme del sitio y acabo perdiendo la mirada al frente. Me

gustaba mi vida exactamente como era y ella lo ha cambiado todo.

Cuelgo y me llevo el teléfono a la frente.

Por esto me tatué su nombre.

Por esto no puedes dejar entrar a una mujer en tu vida.

—Joder —rujo.

Cierro de un portazo y bajo los veinte pisos por las escaleras. Salgo de mi edificio y el aire frío de enero me recibe en mitad del Upper East Side. Doy una bocanada y el oxígeno helado me atraviesa los pulmones. Sólo puedo pensar en ella, en el gilipollas de Griffin, en mí.

Necesito protegerla. Necesito saber que está bien. Audrey me importa. Me paso las manos por el pelo y acabo tirándome de él. Sé quién soy.

Sé cómo soy. Me subo el cuello de la chaqueta, me meto las manos en los bolsillos y comienzo a caminar. Tengo demasiadas cosas en que pensar.

El aire acondicionado se ha estropeado. Son las diez de la mañana del sábado y mi apartamento está a más de treinta grados.

—No, el control de temperatura parece haberse quedado colgado —le digo al encargado de mantenimiento por teléfono, mientras pulso

varios botones del pequeño panel digital del termostato.

—Debe de ser un problema en la caja de fusibles del sótano. Lo arreglaremos en seguida, señor Fitzgerald.

—Daos prisa —exijo antes de colgar.

Cualquier otro día probablemente ni siquiera me habría importado; me hubiese largado a entretenerme hasta que hubiese podido volver a

mi piso con su temperatura perfecta, pero hoy no quiero salir. Sólo quiero estar en mi maldita casa, beberme una botella de Glenlivet y pensar.

Si quiero volver a ser yo, tengo que poner algunas cosas en su sitio; una cosa, en realidad: Audrey.

Llaman a la puerta. Dejo el teléfono sobre la isla de la cocina y voy a abrir. Camino descalzo por el recibidor, sopesando seriamente cambiarme los vaqueros por unos pantalones cortos y directamente quitarme la camiseta. Hace un calor insoportable.

Lo primero que veo es un par de Converse gastadas en el umbral de la puerta, unos vaqueros y el mismo abrigo enorme que recordaba.

Lleva el pelo suelto y algo desordenado, con las puntas casi rozándole el hombro. Sus inmensos ojos marrones están más tristes que nunca y es obvio que no ha dormido, como yo.

Exhalo el aire apretando los dientes. ¿Qué hace Audrey aquí? Todo mi cuerpo me grita que da igual lo furioso que siga con ella, con la

situación en general, quiero que esté aquí.

—¿Podemos hablar? —susurra mirándose las manos.

—No lo sé —replico arisco—, ¿podemos?

Podría ponérselo más fácil, pero no quiero, y no se trata de un estúpido juego para que gane confianza o algo parecido. No me importa que se largara con otro tío, no estamos juntos, ¡por el amor de Dios!, pero sí cómo lo hizo. Básicamente me miró a los ojos y me pidió que me guardara para mí esa incómoda y acuciante necesidad de cuidar de ella.

Audrey pronuncia un sonido a medio camino entre un suspiro y un sollozo, y al fin se arma de valor para levantar la cabeza. Cuando repara en mis heridas, su expresión cambia por completo y da un paso al frente, alzando la mano para tocarme.

—Dios, Colin, ¿qué te ha pasado? —pregunta realmente preocupada.

—No ha pasado nada —respondo por millonésima vez.

La agarro de la muñeca antes de que pueda llegar a tocarme la mejilla y bajo su mano. En seguida me arrepiento. La corriente eléctrica

que me sacude al entrar en contacto con su piel es abismal, dura y, sobre todo, una poderosa advertencia: ella no es como las demás y, por mucho que quiera, no puedo fingir que es así.

Audrey se muerde el labio inferior, suplicándome con la mirada que no haga esto, que no la deje al margen, y yo doy una bocanada de

aire, tratando de reorganizar mis pensamientos.

—Me peleé en un bar —me explico lacónico, soltando su muñeca para poder pensar con claridad y dando un paso atrás porque necesito

marcar las distancias.

—¿Estás bien?

—¿Qué quieres, Audrey? —la interrumpo.

No voy a dejar que volvamos a ser ella y yo y fingir que no ha pasado nada. Es una salida demasiado cómoda y, por primera vez, no quiero tomarla.

—Sólo quiero hablar contigo —murmura.

—Hablar, ¿de qué? ¿De cómo te largaste ayer? Porque eso me encantaría. Joder, me encantaría saber en qué coño estabas pensando

para largarte con ese tío —le digo lleno de toda la rabia que siento.

—Tú no lo entiendes.

—Claro que no lo entiendo—estallo. ¡Es imposible entenderlo!—. Se comportó como un capullo, te gritó, te hizo llorar y prácticamente te

arrastró con él, y tú no hiciste nada.

Y tampoco dejaste que lo hiciese yo.

Audrey me mantiene la mirada. Está jodidamente triste, nerviosa, casi sobrepasada, y yo tengo que controlarme para no atravesar la distancia que nos separa y estrecharla contra mi cuerpo.

—Es más complicado.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo —responde.

Ahogo una sonrisa irónica y exasperada en un bufido. No puede hacer esto. No puede pretender que lo acepte sin ni siquiera explicármelo.

—Márchate, Audrey.

En cuanto pronuncio esas palabras, me arrepiento. No quiero que se vaya, joder.

—Colin... —me llama, y una lágrima cae por su mejilla.

—¿Qué? —la interrumpo—. ¿Qué vas a decirme, Audrey?

Tomo aire. Trato de pensar. No soporto verla llorar. Toda la impotencia de ayer vuelve.

—¿Te haces una jodida idea de cómo me sentí ayer? —prácticamente grito.

—Lo siento, ¿vale? —responde desesperada, contagiándose de mi tono de voz—. No quería que nada de lo que pasó ayer pasase.

—¡Yo sólo quería protegerte!

¿Por qué no puede entenderlo? Sólo necesito saber que, pase lo que pase, estará bien.

Audrey suspira, luchando por contener las lágrimas y fracasando estrepitosamente.

—Yo no necesito que me protejan —murmura con la voz llena de tristeza.

Ahora el que suspira soy yo.

—Pues yo necesito hacerlo, Audrey. Así que tenemos un jodido problema —sentencio arrogante. Doy un paso hacia ella y, de pronto, mi

cuerpo se llena de seguridad, como si llevase dos días luchando por algo y al final pudiese agarrarlo con fuerza—. No pienso permitir que nadie te haga daño. Voy a protegerte del maldito mundo y me importa muy poco lo que cualquiera, incluida tú, tenga que decir al respecto.

Mis últimas palabras las pronuncio tan cerca de ella que ya puedo sentir mi aliento entremezclándose con el suyo, la curiosidad de sus ojos bailando de los míos a mis labios, toda la electricidad maniatándonos contra el otro, reduciendo a cenizas cualquier posibilidad de que todo esto acabe con un apretón de manos y un «nos vemos mañana en la oficina».

—¿No quieres saber quién es Griffin? —inquiere en un susurro contra mis labios.

—No lo necesito.

Y es cierto, no lo necesito. Es libre de irse a la cama con quien quiera, acostarse con quien quiera, pero más le vale empezar a elegir bien a los gilipollas con los que lo hace porque van a tener que merecérsela de verdad.

Hundo mis manos en su pelo y la beso con fuerza, calmando todas las malditas heridas, toda la rabia. Cierro de un portazo, me deshago

de su abrigo, de su camiseta, paseo mis manos por sus costillas, su pecho. La deseo. Estoy hambriento de cada centímetro de su cuerpo.

Hace un calor asfixiante, pero no me importa. Necesito tenerla cerca. Después de dos polvos llenos de gemidos y de correrse tres veces,

se quedó dormida entre mis brazos. Estaba agotada, pero sé que no sólo era por el ejercicio físico y la satisfacción sexual. Audrey necesitaba saber que las cosas entre nosotros estaban bien. Estar en esa especie de limbo es lo que no nos dejó pegar ojo la noche anterior a ninguno de los dos.

Le aparto el pelo de la cara y la beso suavemente en los labios. Ella ronronea bajito y se da la vuelta, acurrucándose contra mi pecho.

Sonrío y me levanto con cuidado de no despertarla. Me pongo mis bóxers blancos y camino hasta la cocina.

Después de beberme prácticamente de un trago una botellita de agua San Pellegrino sin gas, saco zanahorias, huevos, algo de carne y todo lo que necesito del frigo y los armaritos para preparar una comida decente. Son más de las cinco. Además, apuesto a que ayer tampoco cenó demasiado y se levantará hambrienta.

Una media hora después, oigo algunos ruidos en la habitación y no tardo en ver a Audrey salir ya vestida y recogiéndose el pelo en una

cola. Tiene un aspecto descansado y feliz, y yo sonrío victorioso.

Al verme, me recorre golosa con la mirada y, cuando se da cuenta de que la he pillado con las manos en la masa, aparta la vista.

—¿Por qué hace tanto calor? —pregunta tratando de cambiar de tema —. Debemos de estar a treinta grados.

—Treinta y dos —concreto—. El aire acondicionado se ha estropeado. Lo están arreglando.

Ella asiente y se abanica con la mano.

—Coge una botella de agua y quítate los pantalones o vas a derretirte —le digo prestando atención a lo que tengo en los fogones.

De reojo puedo ver cómo Audrey frunce los labios, sopesando mis palabras. Va hasta la nevera, coge la botella y camina hasta la isla.

Tras pensarlo varios segundos, finalmente se quita los pantalones llena de timidez y rápidamente se sube al taburete para que no pueda verla sin ellos. Yo sonrío. Joder, es adorable.

—¿Normalmente les preparas el desayuno a todos tus ligues? —pregunta impertinente.

—Más bien es un almuerzo —la corrijo—, pero, en cualquier caso, ofrezco una experiencia completa. Les doy algo de comer en el dormitorio y fuera de él.

Audrey arruga la nariz con cara de asco y yo no puedo evitar echarme a reír.

—Eres un pervertido —se queja divertida.

—Un chico educado del este de Portland, nada más.

Cojo la sartén, camino hasta la isla y dejo un solomillo de ternera marinado con huevos revueltos y verduras en su plato y otro en el mío.

—Cuéntame más cosas de Portland.

—¿Qué quieres saber?

—No sé —responde llevándose un trozo de zanahoria a la boca—. ¿Te gustaba vivir allí?

—Sí, pero prefiero Nueva York. —Ella asiente—. ¿Y a ti? ¿Te gustaba vivir en ese pueblecito tan mono de... —lo pienso un instante

—... Carolina del Norte?

Niega con la cabeza.

—¿Virginia?

—Te equivocas.

—¿Georgia?

—Soy de Nueva York, idiota —protesta. Mi sonrisa se ensancha—, así que vete de mi ciudad, *irlandesucho*. Ya hay demasiados *sanpatricios* aquí.

—Y todos se hacen policías —replico. Los dos sonreímos divertidos—. Por cierto, a Jackson le va a encantar lo de *sanpatricios*.

Al pronunciar el nombre de mi amigo, caigo en la cuenta de algo. Hoy tenía la teleconferencia con el presidente de los Astilleros Sutherland e

hijos. Me levanto, cojo el móvil del otro extremo de la encimera y reviso los *emails*. No tardo en ver uno de Jackson informándonos de que todo ha ido bien, a lo que ha añadido que es lo que siempre pasa cuando él se encarga de las cosas. Le contesto con un

«Bien hecho, gilipollas» y vuelvo a dejar el teléfono sobre el granito.

—¿Todo bien? —inquiere revolviendo la comida de su plato. De pronto parece muy pensativa.

—Todo bien —respondo sentándome a su lado.

—Colin —me llama, después de meditarlo una eternidad —, si tienes planes...

Sonrío, pero en el fondo no es más que una respuesta refleja.

—No tengo planes —la interrumpo—, y ya te lo dije una vez: deja de pensar que, estando contigo, no estoy donde quiero estar.

¿Entendido?

Ella asiente y esa sonrisa feliz vuelve a sus labios.

—Entendido.

—Más te vale —sentencio, imitando su gesto.

Durante el siguiente par de minutos comemos en silencio.

—Sigue contándome cosas de Portland —me pide—. ¿Cómo fue criarte con tus abuelos?

—Estuvo genial. Mi abuelo era increíble. Me enseñó muchísimas cosas.

—¿Por ejemplo? —demanda curiosa.

—Por ejemplo, a no pelearme en los bares —recuerdo con una sonrisa.

Audrey tuerce el gesto. La conozco y ahora se siente culpable porque me peleara ayer.

—Fui un mocoso un poco... complicado —le explico—. Cuando tenía quince años, lo único en lo que podía pensar era en ir a los billares y

pelearme con el primero que me diese la oportunidad; cuanto más

grande fuese, mejor. Estaba enfadado con el mundo. Así pasé los quince, los dieciséis, los diecisiete... —Los dos sonreímos. Ya no me duele recordar aquello, anoche hubiese sido otra historia—. Una tarde, llovía como si fuese el diluvio universal, mi abuelo me metió en el coche y me llevó a un campo de rugby embarrado cerca de la interestatal. Ni siquiera esperó a que dejara de llover. —Recuerdo perfectamente ese día—. Yo acababa de pelearme en los billares. Me habían dado una buena paliza. —Sonrío de nuevo—. Mi abuelo me tiró el balón de rugby, señaló a los otros diez tíos que había allí y me dijo «a ver si ahora eres tan valiente»... y eso hice. Me dio una manera de soltar toda esa rabia.

Ella deja el tenedor con cuidado en el plato y se gira despacio en el taburete, hasta quedar frente a mí.

—¿Por qué estabas tan enfadado? —me pregunta.

Sonrío, pero otra vez lo hago por inercia. Hay cosas de las que no me apetece hablar, salieron de mi vida hace mucho y no van a volver a entrar jamás.

—Por muchas cosas, Niña Buena.

—¿Por tu padre? —contraataca.

Mi sonrisa se ensancha. Está claro que no va a rendirse.

—Sí.

—¿Todavía está vivo? Tu padre, quiero decir.

—Sí. —Lanzo un profundo suspiro—. Debe de estar al borde del coma etílico en el suelo mugriento de cualquier bar, pero sí, aún está

vivo.

Recordar eso es un poco más complicado, pero tampoco me afecta. Cada uno está donde elige estar.

—¿Y no has pensado que sería mejor que hablaras con él y lo perdonaras? Así no necesitarías volver a pelearte. —Aparta la mirada al

pronunciar las últimas palabras.

—Ayer no peleé por mi padre.

Audrey vuelve a mirarme y, cogiéndome por sorpresa, como si la simple idea le quemara en la punta de los dedos, se baja del taburete y

me abraza con fuerza. Rodea mi cuello con sus brazos y hunde su preciosa cara entre ellos y mi piel. Su cuerpo se estrecha contra el mío y por un momento creo que he dejado de respirar. Me siento como la primera vez que me abrazó en mitad de la calle, después de que yo arruinara su cita con aquel tío y justo antes de que se marchara precipitadamente en un taxi. Mi cuerpo está sumergido en una extraña tensión.

No puedo permitirme bajar la guardia o, por lo menos, no del todo.

Desoyendo esa vorágine de pensamientos, alzo las manos despacio, las paseo por su cintura aún más lentamente y acabo estrechándola

con fuerza contra mí. Su pecho se infla bajo su camiseta de Black Sabbat y choca contra el mío, acercándonos todavía más.

—Lo siento —murmura.

Yo exhalo todo el aire de mis pulmones. Ahora mismo dudo si me lo está poniendo demasiado difícil o demasiado fácil.

No sé cuantos minutos pasamos así. Ni siquiera me importa el asfixiante calor.

Audrey se separa, pero no vuelve a su taburete y permanece entre mis piernas. Abre la boca y vuelve a cerrarla. Cabecea y repite el

proceso. Se está armando de valor para decir lo que sea que quiere decir.

—Griffin fue el primer chico con el que me acosté y el único aparte de ti —pronuncia al fin, manteniéndome la mirada.

—¿Qué?

Ella niega con la cabeza y aparta la vista.

—Tú has sido sincero y has confiado en mí contándome lo de tu padre —habla acelerada—. Yo no puedo contártelo todo, así que vas a

tener que confiar todavía más en mí, pero sí puedo contarte esto y quiero hacerlo. —Agita las manos sin saber qué hacer con ellas—. Sé que antes me dijiste que no necesitabas saberlo, pero yo necesito explicártelo.

Me humedezco el labio inferior, observándola.

—¿Todavía te acuestas con él?

Mi voz se agrava involuntariamente, como si la pregunta saliese desde el fondo de mis costillas.

—No —responde sin asomo de dudas—, claro que no —añade, alzando la cabeza y mirándome de nuevo—. Sólo me acuesto contigo.

Se encoge de hombros, disculpándose. No es la primera vez que lo hace y yo empiezo a pensar que quizá ella cree que no debe sentirse

así por mí, que no es lo que quiero.

—Por favor, dime que estamos bien, Colin —me pide casi desesperada —. No quiero perderte.

Acabo de sentir que alguien me arranca el corazón del pecho y lo aprieta con fuerza.

—Estamos bien —respondo también sin asomo de dudas, agarrando su cara entre mis manos— y no vas a perderme. —La beso con

fuerza—. Siempre vamos a ser amigos —pronuncio contra sus labios.

Aunque lo que estamos haciendo, lo que hemos hecho durante toda la mañana en realidad, no pueda entrar exactamente en el cajón de la

amistad.

La tumbo sobre la cama e inmediatamente me abalanzo sobre ella. Nueva York reluce tras el cabecero, al otro lado del inmenso ventanal,

lleno de diminutas luces, de farolas, del reflejo de los taxis amarillos. Apoyo las manos a ambos lados de su cara y me mantengo a largos centímetros de ella, observándola, devorándola sin ni siquiera tocarla, mientras Audrey me contempla a mí.

La beso dejando que mi cuerpo, poco a poco, cubra el de ella. Audrey sonríe, enreda los dedos en mi pelo y me acerca más a ella.

Joder.

Paseo mis manos por sus pechos, sus costados, su cintura, sus caderas. Me balanceo entre sus muslos y todo vuelve a empezar. La sed,

el hambre, las ganas de ella, que parecen anular todo el mundo a mi alrededor.

—Colin —gime.

Muevo las caderas. Los dos subimos un escalón más.

—Me vuelves loco, Niña Buena —susurro contra la piel de su cuello—. Me vuelve loco tenerte así, en mi cama, sólo con esa camiseta y

esas bragas, como si lo hicieses todos los putos días. Éstas también voy a arrancártelas; lo sabes, ¿verdad?

Su respiración se acelera con cada palabra. Sonrío con malicia y su cuerpo se arquea persiguiendo el sonido.

—¿Por qué te gusta tanto arrancarme la ropa interior? —logra pronunciar entre jadeos.

—Porque, cada vez que lo hago, tu cuerpo se estremece —le caliento los pezones por encima de la camiseta con mi aliento. Ella lanza un

excitado gemido y se aferra con más fuerza a mi espalda—, te humedeces todavía más y se me pone jodidamente dura sólo con imaginar todo

lo que vas a dejar que te haga.

La muerdo. Grita. Sonrío.

—Eres mía, Niña Buena.

—¿Qué me harías? —inquiere de nuevo, con la respiración hecha un caos.

Yo le regalo un último beso en la cresta de su pecho y avanzo despacio hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura.

—La boca sucia, Niña Buena, también hay que ganársela.

Ella va a decir algo, pero no es capaz de encontrar las palabras y acaba suspirando frustrada. Yo me echo a reír y acallo todas sus protestas besándola con fuerza.

Agarro el bajo de su camiseta y se la saco por la cabeza. Vuelvo a bajar, deslizándome por su perfecto cuerpo, chupando cada rincón,

lamiéndola entera y mordiéndola cuando quiero.

Al llegar a sus bragas, me incorporo y me quedo de rodillas, albergando sus caderas entre mis piernas. Ella me observa con su pecho hinchándose y vaciándose de prisa de pura expectación.

—Ahora es cuando tengo que decidir qué voy a hacer contigo.

Paseo la punta de los dedos de una de sus caderas a la otra, asegurándome de que el roce sea mínimo, pero lo suficiente como para que

no pueda pensar en otra cosa.

—Puedo besarte —propongo torturador, haciendo un círculo alrededor de su ombligo con el índice—, puedo chuparte —deslizo los dedos

bajo la tela de encaje—, puedo follarte.

—Sí —responde extasiada.

Vuelvo a sonreír. Es muy receptiva y eso lo hace todo increíblemente divertido.

—O puedes chuparme tú a mí —replico, dándole un suave tirón del vello púbico.

Audrey gime e inmediatamente abre mucho los ojos y yo enarco las cejas en una orden silenciosa.

—¿Quieres jugar? —pregunto. Mi yo más engreído saca pecho, sé de sobra la respuesta—. Pues aquí mando yo y acabo de decirte lo

que quiero que hagas.

Ella asiente aturdida y se arrastra despacio hasta salir de entre mis piernas. Sin levantar mis ojos de ella, me muevo hacia atrás y me quedo de pie, casi tocando el colchón. Audrey recorre la pequeña distancia que nos separa y se arrodilla sobre la cama, frente a mí.

Por un momento se queda muy quieta mirando mi torso y sólo se oyen nuestras respiraciones. Tímida, alza la mano y me acaricia el pecho con dedos temblorosos, siguiendo mi tatuaje del lobo, sin apartar sus enormes ojos marrones del movimiento. Todo bajo mi atenta mirada.

Desliza su mano despacio, casi agónica. Acaricia mi polla de la misma

manera al tiempo que baja la cabeza y mi respiración se acelera

de golpe. Mueve los dedos, explorando bajo su mirada curiosa. Va a acabar conmigo, joder.

—Agárrala con fuerza —rujo.

Ella obedece y la rodea con una mano. Despacio, comienza a moverla arriba y abajo, apretando un poco más cada vez, abandonándola

casi por completo para volver a engullirla.

—¿Así? —murmura tímida contra mis labios, con la vista todavía abajo, demasiado cerca, demasiado dulce, demasiado inocente.

Nuestros alientos se entremezclan.

—Sí, joder.

Audrey se desliza sobre la cama hasta que su preciosa boca queda a la altura de mi polla. Se muerde el labio inferior y me mira a través de sus pestañas. No es un gesto ensayado, ni siquiera algo consciente. Se trata de toda su curiosidad e ingenuidad puestas sobre la mesa y van a volverme completamente loco.

Me da un beso suave y efímero en la punta. Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones y el sonido parece armarla de valor. Me besa

de nuevo, pero alarga el gesto, dejándome entrar. Gruño y enredo las manos en su pelo. Ella comienza un ritmo constante. Acompaña sus labios con una mano cuando entro y me recorre con la lengua cuando salgo.

Joder, es demasiado bueno. Hago mi agarre más posesivo y comienzo a embestirla. Audrey gime extasiada y traga conmigo dentro. La

sensación es increíble.

—Otra vez.

Ella obedece. Una media sonrisa se apodera de mis labios.

Bajo la cabeza y me pierdo en su precioso cuerpo estirado sobre la cama, en la curva de su trasero aún cubierto de encaje, en el final de su espalda, en la forma de sus hombros, en mis manos hundidas en su pelo. Cuando llego a su boca y la manera en la que mi polla se pierde en ella una y otra vez, todo el placer se multiplica por mil, llevándome

al borde de abismo.

—Ven aquí —ordeno.

Otra vez se arrodilla hasta quedar muy cerca de mí. La recorro con las manos, de prisa, acariciándola con la punta de los dedos. Es una

puta delicia.

Audrey alza la mirada llena de una renovadora seguridad. Busca mis ojos y de pronto me siento al otro lado del maldito tablero. Acaricia el nombre de Evelyn sobre mis costillas. Se muerde el labio inferior. No pienso perder el control.

La empujo contra el colchón, me abalanzo sobre ella y le rompo las bragas como prometí que haría. Audrey gime. El sonido aún no se ha

diluido en el aire cuando me deshago de mis pantalones, arranco el envoltorio del preservativo con los dientes, me lo pongo y la embisto duro, llegando más lejos que ninguna otra vez, bordeando la frontera del dolor, dejándola en mitad de esta especie de paraíso que sólo nos pertenece a nosotros dos.

—¡Colin! —grita.

Se aferra a mis hombros desesperada y yo me dejo caer sobre ella. Sin dejar de moverme, sin dejar de entrar, de salir, de hacerla mía, de follármela como si el maldito mundo fuera a acabarse en cualquier momento.

—Colin, Colin, Colin —murmura inconexa, con los ojos cerrados y una fina capa de sudor bañando su cuerpo.

El placer, el deseo, la excitación, todo crece, se multiplica. El calor asfixiante hace el resto y todo vuelve a darme vueltas como cada vez que estoy con ella, como si todo el puto alimento que necesito fuese su cuerpo, como si cada gemido, cada jadeo, me atasen a todo lo que

siento cuando estamos juntos.

Salgo de ella, la giro entre mis brazos y vuelvo a embestirla chocando mi pelvis contra su trasero, dejando que mi cuerpo cubra por completo el suyo. Enredo su media melena en mi mano y la obligo a girar la cabeza hasta que su mejilla se aplasta contra el colchón. Mi brazo tenso sostiene el peso de mi cuerpo mientras me inclino un poco más sobre ella, dejando que mi boca esté muy cerca de su cuello, el

lóbulo de su oreja, su mejilla, pero sin llegar a tocarla.

—Todavía no he tenido suficiente, Niña Buena.

Quiero que se deshaga de placer. Quiero que lo desee tanto que no pueda respirar. Que sólo haya excitación, sudor y mis manos en todo

su cuerpo.

—Dios —gime balanceándose debajo de mí, buscándome—. Dios, Colin...

Gemidos. Jadeos. Gritos.

Su cuerpo se tensa. La sujeto por la cadera, manteniéndola contra el colchón, obligándola a digerir todo el placer.

—Quiero oír cómo te corres—rujo.

La embisto con más fuerza. Su cuerpo tiembla. No le doy un solo segundo de tregua y obedece gritando y arqueando su cuerpo contra el

mío, apretando mi polla, casi engulléndola.

—Joder —gruño.

Una corriente eléctrica me atraviesa por dentro, mi corazón, mi respiración, todo se dispara y, antes de que pueda controlarlo, de que pueda hacerme una jodida idea de cómo me siento estando dentro de ella, me corro con fuerza, embistiéndola una última vez, disfrutando de cada centímetro de su piel.

Sólo dejo de moverme cuando mi cuerpo se estremece. Me dejo caer y apoyo mi frente en su nuca, tratando de recuperar el aliento mientras nuestras respiraciones entrecortadas se entremezclan.

Ella gime bajito, casi un ronroneo, un sonido dulce e íntimo, jodidamente perfecto. Abro los ojos y la observo girarse debajo de mí hasta que volvemos a estar frente a frente. Tiene la piel enrojecida por el contacto de la mía, el pelo revuelto y los ojos cerrados, y toda esa suave perfección parece extenderse por todo su cuerpo. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me he dicho que objetivamente no es la chica más guapa del mundo, porque hace mucho tiempo que el «objetivamente» dejó de tener sentido aquí.

La marca de mis dientes resplandece en la piel de su clavícula, casi en su cuello. Quiero que esa marca se quede ahí para siempre,

recordándole lo que hemos hecho hoy aquí, un aviso para el próximo gilipollas que tenga la suerte de que ella le deje tocarla.

De repente me doy cuenta de que hay otra Audrey, la que estoy viendo ahora mismo, y, por algún extraño motivo, saber que otros hombres podrán llegar a verla, que el imbécil de Griffin ha visto lo que ahora veo yo, me enfurece, y es algo ridículo e hipócrita. Yo soy el mujeriego, el que tiene un historial sexual más que amplio.

Sin embargo, me vuelve loco pensar que esos tíos vayan a ver esa sonrisa tan dulce, que vayan a escuchar esos sonidos tan sensuales,

que vayan a verla vulnerable, entregada, que Griffin la haya visto ya.

Me levanto como un resorte y me froto la cara con las manos. De pronto estoy furioso conmigo mismo, con ella, con todos esos cabrones.

—¿Ocurre algo? —pregunta Audrey, sentándose y tapándose con la sábana—. ¿He hecho algo mal?

Otra vez toda esa inocencia. No puedo más, joder.

—No pasa nada —respondo—. Sólo he recordado que tengo algo importante que hacer.

—¿A esta hora? —inquiere algo incrédula.

—Sí, a esta hora.

Ella ladea la cabeza y ambos miramos a la vez el reloj de la mesilla. Son casi las siete de la tarde de un sábado.

—Es tarde —murmura. No le falta razón.

Me abrocho los vaqueros y me pongo la camiseta prácticamente a la vez.

Audrey me observa desde la cama, sin saber qué hacer, y yo me siento como un auténtico cabrón. ¿Está decepcionada? ¿Herida? ¿Me odia? Eso es lo último que quiero.

—Adiós, Audrey.

Salgo de mi habitación, cruzo el salón como una exhalación, cojo el abrigo del recibidor y salgo del apartamento. En cuanto pongo un pie en la acera cubierta de nieve, me arrepiento. ¿Por qué me estoy

largando? ¿Por qué de pronto estoy celoso? Y, sobre todo, ¿por qué me siento como una basura por tener esa clase de emociones?

Yo no soy así. No soy como mi padre. No quiero esa parte del juego. Nunca en toda mi maldita vida he sentido celos. Nunca. Jamás he

tenido la primitiva necesidad de que ella hubiese estado metida en una urna de cristal hasta conocerme. Joder, ¡no sé cómo lidiar con todo esto!

Me freno en seco y respiro hondo, con fuerza, dejando que el aire casi helado llene mis pulmones y los vacíe al instante.

No estoy siendo justo con ella.

Giro sobre mis pasos y vuelvo al edificio. En el ascensor, pienso en todo lo que voy a decirle. Se merece una disculpa y una explicación.

Abro la puerta principal y cruzo mi apartamento. Al alcanzar el umbral de mi habitación, me detengo en seco. Ya se ha vestido y está buscando sus zapatos. Aún tiene la piel encendida y la marca de mis dientes en su piel sigue ahí. Está preciosa y yo sólo quiero follármela otra vez, como si fuese un mecanismo de defensa: mientras controle el sexo, todos los incómodos sentimientos estarán también bajo control.

Audrey repara en mi presencia, pero no me mira.

—No te preocupes, ya me marcho —susurra con la voz quebrada, intentando sonar segura, aunque sé que no se siente así en absoluto—.

Sólo necesito encontrar mis zapatos.

—Audrey —la llamo dando un paso hacia ella.

—¿Qué? —me responde con rabia, mirándome al fin.

Una lágrima cae por su mejilla en ese preciso instante. Yo trago saliva. ¿Por qué todo se está complicando tanto? ¿Por qué ya no puedo

pensar con claridad cuando la tengo cerca?

—Será mejor que me vaya —añade.

Pasa por mi lado. Su olor me sacude. Me importa y no hay ninguna mísera posibilidad de poder dar marcha atrás.

—No —pronuncio con la voz más ronca, más dura.

Audrey se detiene en seco.

Sea el camino más complicado o no, no me importa, porque es el que me lleva directo a ella.

11

Debería salir corriendo sin mirar atrás, pero no puedo.

Se ha marchado de su propio apartamento con una excusa barata. Y en el fondo no sé de qué me

quejo. Colin Fitzgerald es un mujeriego y, aunque sea capaz de prepararte el desayuno y dejarte dormir en

su cama, en el fondo no quiere a una mujer ahí más allá del sexo, y tampoco lo necesita.

Estoy enfadada, dolida, triste. Estoy asustada. Sé que no puedo permitirme colarme por él, que me

haría daño y saldría mal, pero, da igual lo claro que lo tenga, no quiero perderlo, no puedo, todavía no.

—No vas a irte a ningún sitio —sentencia a mi espalda.

Debería volver a ser una chica lista, pero creo que tampoco tengo ya esa opción.

Me giro despacio y allí está, el hombre más atractivo que he conocido nunca. El único que ha

conseguido que me tiemblen las rodillas, pero que también me ha hecho reír, me ha hecho sentir valiente,

especial.

—Me he comportado como un imbécil —pronuncia sin asomo de dudas, clavando sus increíbles ojos

en los míos—, pero voy a ganarme que me perdones.

Sé que lo hará y sé que yo acabaré perdonándolo. Cabeceo. Creo que

todo esto se me está yendo de

las manos. ¿Qué pasará la próxima vez? ¿Y si esa próxima vez incluye a una chica en su cama? No somos

novios. Él mismo ha dicho que algún día conoceré a otro hombre. Debería salir corriendo. No debería

mirar atrás jamás.

—¿No tienes la sensación de que todo esto se ha complicado demasiado? —murmuro.

—Sí —responde casi en un susurro, con el tono aún más grave.

Aparto la mirada y me muerdo el labio inferior, tratando de contener las lágrimas.

—¿Crees que es posible encontrar a la persona perfecta para ti pero no poder estar con ella?

Porque estás demasiado asustada, porque ha destrozado más corazones de los que ni siquiera

recuerda, porque no quieres cometer los mismos errores.

—Sí —susurra de nuevo, todavía más cerca, con la voz llena de todo lo que está sintiendo, de la

rabia, de la frustración.

Colin me besa y yo lo recibo casi desesperada. Sé que va a acabarse y que ese momento llegará

pronto, pero ahora necesito vivir todo lo que él quiera darnos, porque, aunque sé que es el mayor error

que podría cometer, estoy enamorada de él.

—Por favor, no me hagas daño.

La súplica ha cambiado, porque todos los sentimientos también lo han hecho. El delirante salto al

vacío sigue siendo el mismo, pero la altura se ha multiplicado por mil.

—Nunca haré nada que te haga daño, Audrey.

Daría todo lo que tengo por poder creerlo.

Regresamos a su cama, a toda la pasión y el placer. Soy plenamente consciente de que no hemos

hablado de nada, ni siquiera sé qué tenemos, pero volvemos a ser solamente él y yo, y nada más importa.

Las dos semanas siguientes son una divertidísima locura. Colin y yo no nos despegamos un solo

instante y tengo que hacer uso de todo mi sentido de la responsabilidad, además de verme obligada a

aceptar todo tipo de pervertidos chantajes sexuales, para no quedarme a dormir cada noche en su casa.

Mi momento preferido es la hora del almuerzo. Prácticamente todos los días la hemos pasado en

nuestro privilegiado rincón de moqueta verde con vistas al Rock Center, con Colin sentado en el suelo y

yo, a horcajadas sobre él, besándonos, acariciándonos, pero sin hacer nada más, sólo disfrutando de toda

la excitación, la sensualidad y lo bien que se le da devorarme despacio.

—Definitivamente esto se parece mucho a tener diecisiete años —bromea contra mi boca, justo antes

de atrapar mi labio inferior entre sus dientes y tirar de él.

Gimo bajito y sonrío a la vez. Las manos de Colin en mi cintura me estrechan contra su cuerpo y

volvemos a fundirnos en un beso largo y profundo. Si Robert Doisneau nos viese, ya nos habría hecho

medio centenar de fotos.

—Me gusta volver a tener diecisiete años otra vez contigo.

—Mañana vamos a cumplir la mayoría de edad y voy a volver a follarte contra esa ventana.

Sonrío encantada. Hemos tenido sexo en mi despacho, en el suyo, en las escaleras de emergencia, y

ayer me sugirió lo divertido que sería ir a comer algo al cuarto de la fotocopiadora. Acepté pensando en

chocolatinas y la verdad es que salí mucho más satisfecha.

—¿Me estás acosando laboralmente? —pregunto divertida.

—Realmente no trabajamos en la misma empresa, así que, técnicamente, no podría llamarse *acoso*

laboral.

Me muerde el mentón y se desliza por mi cuello, marcando una cálida línea con su experta lengua.

Estoy a un delicioso beso más de cerrar los ojos y pedirle que sea ya nuestro cumpleaños.

—Y, entonces, ¿cómo se llamaría esto?, técnicamente hablando —especifico sin poder dejar de

sonreír.

—Tenerla dura todo el santo día —contesta sin una pizca de remordimiento—, técnicamente

hablando.

Se me escapa una carcajada y frunzo los labios para contener otra.

—Desde luego —replico divertida.

—Soy abogado —añade socarrón, separándose apenas unos centímetros para que volvamos a estar

frente a frente—. Tengo muchos recursos lingüísticos.

—Y siempre la tienes dura.

Colin se humedece el labio inferior, tratando de ocultar una sonrisa y fracasando estrepitosamente.

—Oírtelo decir a ti no ayuda, ¿sabes?

—Puedo imaginarlo —contesto asintiendo.

Los dos nos echamos a reír. Antes de que nuestras carcajadas se diluyan, Colin me besa de nuevo,

estrechándome otra vez con fuerza.

—Olvídate de esa reunión con Henry y vamos a echar un polvo.

—No puedo —replico sin dejar de besarnos— y tú tampoco puedes. Tienes una reunión muy

importante con Clarence Nagori.

—Te prometo que va a ser muy divertido. Tengo algo muy grande para que juegues —susurra

entrecerrando los ojos, como si fuese a darme el mejor regalo del mundo.

—¡Colin! —lo regaño entre risas.

Pero otra vez vuelve a besarme, acallando mis risas y mis protestas.

Sólo han pasado unos minutos cuando el móvil de Colin comienza a sonar. Corta la llamada sin

separarse de mí y deja el *smartphone* en el suelo.

—Deberías haberlo cogido.

—No, de eso nada —replica.

Su teléfono vuelve a sonar.

—Colin —lo llamo.

Él me ignora por completo y mete sus manos debajo de mi blusa. Me acaricia el estómago, las

costillas. El muy tramposo está intentando distraerme... y lo está consiguiendo.

—Podría ser Beatrice con algo importante —digo agarrándome a mi último atisbo de cordura— o el

señor Nagori.

Colin resopla, saca sus manos de golpe y se separa. Por un momento me siento como si me hubiesen

sacado de un sueño. Él me mira y sonríe con malicia mientras recupera su iPhone.

—Tú te lo has buscado —me espeta.

Le dedico mi peor mohín y él me sonríe por respuesta.

—Fitzgerald —contesta—... dime, Beatrice...

Yo suspiro y me concentro en arreglarle el nudo de la corbata. Se la aflojó cuando subimos y ahora

está hecho un desastre.

—... Sí —continúa—, si el señor Nagori necesita adelantar su reunión, no tengo ningún problema...

Sonrío impertinente sin apartar la vista de mis manos sobre su corbata azul. Yo tenía razón y debía

coger el teléfono. Colin se da cuenta y me pellizca la cadera. Suelto un lastimero «ay» sin dejar de

sonreír y él lo hace más que encantado.

—Quiero que salgas ya para la oficina y te asegures de que Eve y la secretaria de Donovan lo tienen

todo listo... Perfecto, adiós.

Cuelga y me observa en silencio mientras le hago un nuevo nudo a la corbata.

—Cuando éramos críos, mi hermano Steven y yo siempre nos peleábamos por hacerle el nudo de la

corbata a mi padre. Nos encantaba pasar tiempo con él por las mañanas, antes de que se marchara al

trabajo y nosotros tuviésemos que irnos al colegio. Siempre me llamaba Bluebird —recuerdo con una

tenue sonrisa—, como ese pájaro azul.

Colin sonríe y continúa contemplándome. Alza la mano y enreda los dedos al final de un mechón de

mi pelo.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—Murió —murmuro—. Un ataque al corazón. Hace diez años.

—Lo siento —me dice sincero.

Yo niego con la cabeza y me obligo a sonreír.

—No te preocupes. Está todo bien.

Colin imita mi gesto, lleno de ternura. Yo termino de hacerle el nudo y meto la corbata bajo su

chaleco.

—Estás perfecto. Eres el lobo de Madison Avenue —añado parafraseando el título de la peli de

Scorsese, adaptándola a la vecinísima avenida. De pronto caigo en la cuenta de algo y sonrío—.

¿Recuerdas cuando Arizona y yo nos colamos en tu oficina?

Colin alza la mirada y se rasca la barbilla fingidamente pensativo.

—¿Escenas del *Kamasutra* en las paredes y una delincuente preciosa y algo borracha armada con un

rotulador?

Frunzo los labios luchando por no sonreír por enésima vez, ¿acaba de decir que soy preciosa?

—Sí, efectivamente —replico alzando la barbilla altanera—. Ya te dije que no soy una niña buena,

Fitzgerald. —Me dedica su media sonrisa más sexy y por un momento nos miramos cómplices—. Si

fuimos hasta allí, fue para conocer la guarida del lobo —digo llenando

las palabras de expectación— y

también tienes tatuado uno. —Vuelve a sonreír más que satisfecho y yo me doy cuenta de que he sonado

más admirada de lo que me gustaría, dejándole absolutamente claro que pienso en su cuerpo desnudo

todos los días, cosa que es verdad pero que no tiene por qué saber. Colin Fitzgerald no necesita que le

inflen más ese ego—. Va a resultar que es un animal que te va —me explico displicente—... por lo del

tatuaje —añado rápidamente—, no porque seas tan seductor como un lobo o tan enigmático... —Su

sonrisa se ensancha. ¿Por qué tengo la sensación de que estoy haciendo mi fosa más honda con cada

palabra? —... No eres nada de eso... nunca... jamás.

—Eres adorable.

Me da un último beso y me pone en pie. Yo me aliso la falda y lo observo de reojo, no quiero echar

más leña a ese fuego, mientras se pone la chaqueta.

Recolocándose los gemelos, camina hacia mí. Ese gesto es tan masculino y a la vez tan sensual,

denotando una aplastante seguridad, que por un instante pierdo el hilo. Decido dejar caer la última

barrera y lo miro de arriba abajo sin ningún disimulo. Si quiere reírse de mí, que lo haga, el recuerdo de

un modelo de la portada de *Esquire* caminando hacia mí va a hacer mis noches más cálidas el resto de mi

vida.

Colin sonríe. Cuando mis ojos se concentran en su boca, su gesto se ensancha y se inclina sobre mí.

Me muerdo el labio inferior, absolutamente hechizada. Ya casi puedo

saborear sus besos. Entreabre sus

labios y su suave aliento calienta los míos.

Lo deseo. Lo deseo. Lo deseo.

—Te tengo donde quiero, Niña Buena —susurra a escasos centímetros de mi boca.

Me dedica su espectacular sonrisa y, sin más, sale de la habitación.

¿Qué? ¿Dónde está mi beso?

¡Qué cabronazo!

Corro tras él y me asomo desde la barandilla para poder verlo.

—Te lo tienes demasiado creído —replico insolente.

Colin se detiene en mitad de la escalera, alza la cabeza y vuelve a dedicarme esa sonrisa tan sexy por

la que cualquier mujer cambiaría de peluquero y de religión. Sus ojos azules, su pelo revuelto y todo su

atractivo hacen el resto para que sencillamente tenga que tragarme mis palabras. Me tiene donde quiere y

ni siquiera ha necesitado decir una palabra para demostrarlo.

Se marcha encantadísimo consigo mismo y yo tengo que suspirar un par de veces para recuperar el

control de mi cuerpo.

Guapísimo Gilipollas: 1; Audrey: 0.

«Más bien, Guapísimo Gilipollas: 21.487; Audrey: 0.»

Con una sonrisa de oreja a oreja, bajo un par de minutos después. Tengo una reunión con Henry y

luego quiero dejar varios asuntos cerrados. La reunión con los socios de Colin y el comprador está a la

vuelta de la esquina, y quiero que todo esté atado y bien atado.

Firmo un par de documentos que me trae una chica de contabilidad, recojo las carpetas de los asuntos

que preciso discutir con Henry y me encamino a su despacho. Todo va bien hasta que pongo un pie en su

oficina. Lo primero que veo es a Henry muy serio, casi cabizbajo, sentado a su precioso escritorio.

Después, a mi hermano Steven, frente a él.

—¿Qué haces aquí? —inquiero molesta, cerrando la puerta.

Steven lanza un profundo suspiro, se levanta y se gira hacia mí. Sé que odia que siempre esté a la

defensiva con él, pero a veces no me deja otra opción.

—Tenemos que hablar.

Sé lo que va a decirme y no quiero escucharlo.

—No.

—Audrey, no tomes esa actitud.

Quiere decidir por mí, como siempre. Estoy cansada de esto.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por Griffin o por mi trabajo?

—Audrey —me reprende.

—Deberías escucharlo.

La voz de Henry suena apesadumbrada. Lo miro. Parece abatido y automáticamente mi enfado se

recrudece, porque sé que Steven es el responsable.

—Me he enterado de que van a comprar la compañía y van a desmantelarla —me explica mi hermano

—. Estoy aquí para ofrecerte que te vengas conmigo a la empresa familiar y te ahorres todo esto.

Cunningham Media está acabada.

Henry exhala todo el aire de sus pulmones al oír las palabras de Steven y, con todo mi enfado, se

mezcla una punzada de culpabilidad y una aún mayor de tristeza.

—No es verdad —protesto volviéndole a prestar toda mi atención a mi hermano—. Esta compañía va

a salir adelante.

—Audrey, trata de ser objetiva —me pide—. Las cuentas que manejarás en nuestra firma serán mucho

más importantes. Es un salto de calidad para ti.

—No voy a moverme de Cunningham Media.

Steven suspira y se abotona su elegante chaqueta. Mi padre también hacía ese gesto. Siempre decía

que le daba tiempo para pensar y que conseguía que todos a tu alrededor diesen por hecho que eras más

importante de lo que en realidad eras.

—¿Sabes quién se encarga de la auditoría? Colton, Fitzgerald y Brent —se autorresponde—. Son muy

buenos y también muy duros. No tenéis ninguna oportunidad.

—Colin Fitzgerald confía en nosotros —lo interrumpo.

Me prometió que me daría la oportunidad de salvar la empresa. Confío en él.

—Colin Fitzgerald tiene orden directa del comprador de adquirir Cunningham Media, desmontarla y

quedarse con los pocos activos que tengan valor, y eso es lo que está haciendo. No está aquí para

ayudaros. Sólo quiere saber qué merecerá la pena cuando nada de esto esté ya en pie.

Cada palabra me ha clavado un poco más al suelo. Puede que Steven y

yo no nos llevemos muy bien y

que odie que se meta en mi vida, pero nunca me ha mentido y, teniendo el poder que tiene, tampoco me

extraña que haya obtenido esa información. Cabeceo tratando de reordenar todas mis ideas. Colin no nos

traicionaría. No tengo ninguna duda.

—Quizá ése fue su plan inicial —lo defiendo—, pero estoy segura de que ha visto nuestro potencial y

mantendrá la compañía abierta.

Estoy convencida. Él mismo impidió que firmáramos aquellos contratos con Talbot.

Mi hermano me observa con la mirada llena de una dulce condescendencia. Nunca me ha gustado que

me mire así. Siempre he tenido la sensación de que esa mirada va acompañada de un silencioso «eres

demasiado inocente, hermanita» y, lo que es aún peor en esta situación, de un «estás terriblemente

equivocada».

—Sólo quiero cuidar de ti.

—Lo sé. —A pesar de todo, eso nunca podría dudarlo—. Podrías dejarnos solos, por favor.

—Como quieras.

Steven se acerca a mí, me da un beso en la frente.

—Te quiero, hermanita.

—Y yo a ti.

Sale del despacho.

Me quedo un par de segundos muy quieta, con la mirada clavada en el suelo.

—Deberías aceptar su oferta —dice Henry.

—No. —Niego también con la cabeza—. No voy a abandonarte.

—Y yo no voy a dejar que te hundas conmigo.

—No vas a hundirte. Conozco a Colin, Henry.

—¿Realmente lo conoces? —replica.

—Sí, y tú también. Has confiado en él, has dejado que tome decisiones importantes.

Puede que no empezaran con buen pie, pero conozco a Henry y sé que aprecia a Colin de verdad.

—Y a lo mejor me he equivocado, Audrey. Quizá luchar por esta empresa ya no tiene sentido.

—¿Por qué te estás rindiendo, Henry?

No entiendo nada.

—Porque las cosas son como son y, por mucho que intentemos cambiarlas o simplemente fingir y

mirar para otro lado, van a seguir así.

Sus palabras me sacuden por dentro en demasiados sentidos.

—Si la compra sigue adelante —añade—, Cunningham Media desaparecerá.

Henry se levanta y rodea su mesa camino de la puerta. Un peso duro y sordo se apodera de mi

estómago y tira de él. Sé lo que tengo que hacer, aunque ahora mismo sea lo último que deseo. Con mi

plan malévolo me desharía del comprador, pero también de Colin.

—Henry, no sé cómo, pero te prometo que voy a salvar Cunningham Media.

Mi jefe se detiene frente a mí y me agarra por los hombres en un gesto lleno de cariño.

—Levanté esta empresa hace más de treinta años y la mejor decisión que he tomado desde entonces

fue darte aquel puesto de recepcionista.

Sonríe lleno de ternura y yo le devuelvo el gesto. Siempre se ha comportado como un padre para mí.

No puedo dejarlo en la estacada.

Regreso a mi despacho con la cabeza hecha un auténtico lío. No puedo dejar que Henry lo pierda

todo, pero tampoco puedo traicionar a Colin. Además, ¿por qué estoy dando por hecho que Colin no va a

ayudarnos? Quizá vino aquí con la idea de comprarnos y deshacerse de nosotros, pero después cambió de

opinión. No va a abandonarnos. Pondría la mano en el fuego por él. Pero lo cierto es que, al final, la

decisión depende del comprador. Por muy buenos que sean los resultados de la auditoría de Colin, si ese

empresario misterioso quiere reducirnos a cenizas, lo hará. Resoplo con fuerza y me dejo caer en mi

sillón. Apenas un segundo después, estoy tapándome los ojos con las palmas de las manos y resoplando

por segunda vez. Tengo que deshacerme de ese comprador.

Me paso el resto de la tarde dándole vueltas a cada idea que se me ocurre para impedir la compra de

Cunningham Media sin tener que recurrir a mi malévolo plan. Tanteo otras empresas de inversiones,

hablo con Charlie, el hermano de Henry, y reviso cada subasta pública, OPA o salida a bolsa de grandes

compañías buscando un movimiento de compraventa que pudiese beneficiarnos. No encuentro nada.

—¿Todavía estás aquí? —pregunta Arizona, asomando la cabeza por la puerta de mi despacho—. Es

tardísimo. Vámonos a cenar.

Observo el reloj en la esquina inferior de la pantalla de mi Mac por inercia. Son más de las ocho.

Miro a mi espalda y tuerzo el gesto al comprender que se ha hecho de noche y ni siquiera me he dado

cuenta.

—No puedo —respondo aun así—. Tengo que trabajar.

Abro la siguiente carpeta. Necesito hallar la manera de deshacerme del comprador sin traicionar a

Colin. No puedo traicionar a Colin.

—¿Decisiones importantes? —inquiere.

—Mucho —prácticamente bufo.

—Pues siento repetirme —replica abriendo la puerta por completo y entrando—, pero sabes que,

para tomar decisiones importantes, antes tienes que despejar la mente. Llevas encerrada en este despacho

más de seis horas. Por mucho que sigas estrujándote el cerebro, no va a salir nada bueno de ahí.

La miro sopesando sus palabras. Creo que tiene razón. Cabeceo. De todos modos, no quiero moverme

de aquí.

—Sabes que tengo razón —apostilla, sabiendo perfectamente lo que acabo de decirme a mí misma—.

Vámonos a cenar y, si después quieres traer tu culo blanco de nuevo hasta aquí, yo misma te acompañaré.

Refunfuño un poco más, pero acabo aceptando. Vamos a un pequeño gastropub cerca de Madison

Avenue. Ya tengo una hamburguesa con queso con una pinta realmente deliciosa delante cuando me

revuelvo incómoda en mi silla.

—Me siento culpable —confieso—. Debería estar en la oficina.

—Se acabó —protesta indignadísima Arizona.

En un rápido movimiento, coge mi bolso de la silla entre las dos y comienza a rebuscar frenética en

él. No entiendo qué hace, pero entonces saca mis llaves de la oficina y mi BlackBerry y se las guarda en

el bolsillo de su vestido estampado de Marc Jacobs.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Aquí lo importante es lo que vas a hacer tú —dice devolviéndome el bolso—. Vas a terminarte esa

hamburguesa y vas a irte donde quieras, menos a la oficina —me aclara—, y vas a distraerte. Necesitas

dejar de pensar cinco malditos minutos o vas a volverte loca.

—No puedo.

—Audrey, te conozco. ¿Crees que no sé que, sea lo que sea lo que te está pasando, te tiene muy

preocupada?

No sé qué contestar y me siento culpable de nuevo, aunque por unos motivos completamente

diferentes. Me gustaría poder contárselo todo. Nunca, desde que nos conocemos, nos hemos ocultado

nada, pero implicaría tener que hablarle de todo lo que está ocurriendo con la empresa y el nuevo

comprador, preocuparla; sincerarme acerca de Colin, decirle que nos estamos acostando, pero que no

tengo la más remota idea de lo que hay entre nosotros y, sobre todo, confesarle que estoy enamorada de él

y preocuparla todavía más.

—Siento muchísimo no poder contártelo.

La expresión de Arizona cambia al instante. Sonríe llena de amor y me agarra las dos manos.

—Lo sé, y también sé que, cuando estés preparada, lo harás —sentencia.

Sonrío. A veces no sé qué haría sin ella y Saint Lake City.

—Tienes que desconectar —me anuncia—, descansar, y mañana verás las cosas muchísimo más

claras. Yo me ocupo de todo en tu apartamento —se adelanta a mi siguiente objeción, pero frunzo el ceño.

No puedo desaparecer de casa sin más—. Tú sal a distraerte —continúa alzando las manos—, bébete una

copa, prueba a ligar. —Enarca las cejas con demasiada efusividad y no tengo más remedio que echarme a

reír—. No sé, lo que te apetezca, pero *des-co-nec-ta.*

La observo sopesando sus palabras y, para qué negarlo, pensando en cómo robarle las llaves de la

oficina. Sin embargo, tras poco más de un minuto, me doy cuenta de que tiene razón. Si volviese ahora al

despacho, sólo me agobiaría pensando en Henry y en todos los que trabajan allí... Necesito un poco de

aire.

—Está bien —claudico.

—Genial —sentencia satisfecha.

Le doy el primer bocado a mi hamburguesa y ella hace lo mismo con su sándwich.

Unos veinte minutos después, nos despedimos en la parada de metro de la 50. He intentado

convencerla para que, por lo menos, me deje volver a casa, pero, según ella, me metería en la cama con

un montón de carpetas y tampoco conseguiría dejar de pensar en el trabajo.

Así que, sola, en mitad de una calle cualquiera de Manhattan, tengo que pensar qué hacer. La

respuesta llega casi automáticamente. Colin ya debe de haber terminado la reunión. Quizá esté en su

oficina. Sonrío algo tímida, recorro la manzana que me separa de la Sexta Avenida y comienzo a caminar

hasta el 1375.

El portero me deja pasar y subo hasta la planta sesenta. A mi paso, las luces van encendiéndose. La

oficina de Charlie Cunningham ya está cerrada y en Colton, Fitzgerald y Brent todo parece también muy

tranquilo. Quizá se haya marchado ya a casa. No sé por qué he dado por hecho que estaría aquí.

—Buenas noches —me saluda una chica con una amable sonrisa desde detrás del mostrador de

recepción—, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenas noches, estaba buscando a...

—Yo me ocupo, Eve.

La voz me resulta familiar y me giro para comprobar a quién pertenece. Sonrío cuando veo a Jackson

Colton caminando hacia mí.

—Hola —lo saludo.

—Hola, Audrey. —Me sonríe y deja unos documentos sobre el mostrador de recepción—. Tres

copias y súbelo a los iPad —informa a su empleada.

Ella asiente y le dedica una caída de pestañas muy cerca del aleteo a la vez que recoge los papeles y

sonríe nerviosa. No la culpo. Trabajar en esta oficina tiene que ser como una tortura china. Tienes tres

jefes y los tres parece que se han escapado de una convención de modelos de Armani.

—Imagino que vienes a ver al embaucador que tengo por socio.

—Ese mismo —respondo con una sonrisa.

Jackson me la devuelve y me hace un gesto para que avance delante de él. Al pasar junto al despacho

con las paredes de cristal, no puedo evitar bajar la cabeza avergonzada al tiempo que una nueva sonrisa

se apodera de mis labios. ¿Sabrán Jackson y Donovan el espectáculo que Arizona y yo montamos aquí?

Espero que no.

—Están en la sala de reuniones —me informa.

¿Están? Imagino que se refiere a Colin y Donovan.

—Si estabais reunidos o algo parecido, puedo volver en otro momento —me disculpo.

¿Por qué no se me habrá ocurrido rescatar mi BlackBerry de manos de mi queridísima amiga y llamar

antes de venir?

«Porque estabas un poco... impaciente.»

Jackson niega con la cabeza.

A unos pasos de la sala se oye un sonido muy rápido, como el de una palmada, y a alguien estallar en

risas.

—Lara Archer, eres la peor jugadora del mundo —protesta Colin divertido.

Frunzo el ceño confusa e involuntariamente miro a Jackson. Él sonríe y me indica con la mano la

puerta que debemos traspasar. Bajo el umbral, ya puedo ver a Colin. Está sentado en una enorme mesa de

madera con las manos extendidas y, sobre las de él, las de una chica muy guapa y muy joven con un

precioso vestido. No puede ser verdad, ¿están jugando a manitas calientes?

—Tienes que intimidarme —la reta Colin—. Dedícame tu peor mirada.

Ella entorna los ojos, pero apenas un segundo después frunce los labios y acaba echándose a reír.

Donovan, sentado en una de las sillas al otro lado de la mesa, sonríe sincero sin levantar la vista de los

documentos que revisa.

—¿Ésa es tu peor mirada? —se mofa Colin entre risas—. Vamos a tener que decirle a tu novio que te

enseñe un par.

Jackson sonríe con una arrogante satisfacción cuando oye la palabra *novio*. Creo que no me equivoco

al decir que él es el dueño de ese título.

—La culpa es tuya —contraataca ella—. Deja de sonreír.

La entiendo perfectamente.

—No estoy sonriendo —replica muy serio.

La chica entorna los ojos de nuevo, pero, cuando más concentrada está, él sonríe enseñándole todos

los dientes, ella rompe a reír y él la golpea en las palmas.

—Tramposo —protesta divertida.

—Tres a uno —responde en absoluto arrepentido.

—Mira lo que tengo que aguantar —susurra Jackson ladeando la cabeza hacia mí. Yo sonrío, él me

devuelve el gesto y finalmente entra—. Fitzgerald, tienes visita —lo avisa dirigiéndose hacia la mesa.

Colin alza la mirada, y, al encontrarse con la mía, su sonrisa se ensancha. La chica de pronto se pone

tensísima. Colin vuelve a prestarle atención, aparta las manos que aún tenía bajo las de ella y, con una

sonrisa enorme, me señala con un leve gesto de cabeza. Ella mira a Jackson, que también le sonríe y, tras

dar un suspiro enorme, comienza a caminar hacia mí con el paso lento e inseguro. Yo los observo sin

entender nada. Miro a Colin por encima del hombro de la chica y él me guiña un ojo.

—Hola, soy Lara Archer —se presenta a punto del tartamudeo.

—Encantada —respondo—, me llamo Audrey, Audrey Dempsey.

Ella vuelve a suspirar. Los tres hombres nos observan en silencio, pero Jackson lo hace de una

manera más intensa, un gesto lleno de protección pero también de un amor casi infinito. Finalmente Lara

parece armarse de valor y me tiende la mano. Yo arrugo la frente confusa. Es una situación de lo más

simple, una sencilla presentación, y, sin embargo, tengo la sensación de que estamos dando pasos de

gigante. Cuando se la estrecho, todo su cuerpo parece tensarse hasta un límite insospechado y tan sólo un

segundo después sonríe nerviosa, incluso un poco desbocada, pero verdaderamente feliz. No puedo

evitar que el gesto se contagie a mis labios y, con ese intercambio de sonrisas, toda la tensión de la

habitación se deshace.

—Encantada de conocerte —añade todavía con una sonrisa de oreja a oreja y, feliz, corre hacia

Jackson, que, sentado en el borde de la elegante mesa, la estrecha entre sus brazos tomándola por la

muñeca y le da un beso de película en mayúsculas.

Ese beso ha sido una recompensa en toda regla.

—¿Qué haces aquí, Niña Buena? —pregunta Colin ya frente a mí.

Su voz me distrae y me hace caer de lleno en su red. ¿Cómo puede sonar tan increíblemente

masculina?

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero la cierro. Vuelvo abrirla y vuelvo a cerrarla. No sé por qué

he venido. Sólo quería estar con él.

—No lo sé —digo al fin.

Colin entorna los ojos, estudiándome.

—Ven —dice al fin, cogiéndome de la muñeca y sacándome de la sala de reuniones.

—Hasta luego —me despido, pero no creo que ninguno haya podido oírme.

Cuando sólo nos hemos alejado unos pasos, su mano se desliza contra la mía y entrelaza nuestros

dedos. Cada vez que hace eso, lo hace lleno de familiaridad, como si fuera la opción más natural entre

nosotros, y su cuerpo manda un mensaje al mío: estamos conectados.

Cruzamos el pasillo, volvemos a la recepción y tomamos el corredor opuesto. Colin abre la segunda

puerta con la que nos topamos y nos hace entrar. No puedo evitar que un suspiro de pura admiración se

me escape. ¡Es un despacho espectacular! Hay dos estanterías blancas envejecidas repletas de libros y lo

que parece un centenar de tratados sobre derecho. En la pared opuesta

hay un mullido sofá y en el centro,

dominándolo todo, un precioso escritorio. A sus lados no hay ningún mueble ni archivador, como si no

quisiese que nada lo molestase cuando está metido en su burbuja de números, leyes y prospectos

empresariales. Es la mesa de alguien que adora su trabajo y realmente disfruta de él.

Colin cierra la puerta a mi espalda y me obliga a darme la vuelta. El movimiento, como pasó con su

voz hace sólo unos minutos, consigue devolverme de nuevo a su red. A veces me asusta lo sencillo que le

resulta que todo lo demás deje de existir para mí.

—¿Qué pasa, Audrey?

—No pasa nada —me apresuro a responder.

Colin enarca las cejas. Está claro que no me cree.

—¿Te he contado alguna vez que, cuando mientes, arrugas la nariz? —comenta socarrón.

—Pues entonces no quiero contártelo, Fitzgerald —replico insolente, cruzándome de brazos.

—Audrey —me reprende con suavidad.

—Estoy preocupada —me sincero al fin—... nerviosa —rectifico—... un poco. Y pensé que quizá tú

podrías distraerme —pronuncio al fin en un murmuro.

—¿Distraerte? —repite divertido.

Asiento escondiendo un labio bajo el otro.

—Sí —me reafirmo.

—Distraerte, ¿hablando? —continúa burlón.

—Colin —me quejo—, distraernos desnudos.

Me está torturando y lo está pasando en grande, el Guapísimo Gilipollas.

—Cuando estoy contigo, me olvido de todo —me explico, encogiéndome de hombros,

disculpándome. No creo que a él le pase lo mismo, ni siquiera que sea lo que quiere escuchar— y eso es

lo que necesito.

Colin me observa durante un par de segundos que se me hacen eternos.

—¿Desnudos? —pregunta al fin, riéndose de mí.

—Mejor me marcho —replico asesinándolo con la mirada y echando a andar hacia la puerta.

—Ven aquí —sentencia con una sonrisa, cogiéndome de la muñeca, estrechándome contra su cuerpo y

besándome—. Por supuesto que voy a distraerte.

Me lleva contra la puerta y sus manos vuelan hasta mi trasero. Una parte de mí quiere seguir

pensando, pero con cada caricia de su boca es más y más difícil. He soltado los mandos de la nave y se

los he entregado a él.

Fabrica un reguero de besos desde mis labios a mi mandíbula, mi cuello, mi hombro. Me muerde con

fuerza y espera a mi gemido para apretar un poco más y sentir cómo mi cuerpo se derrite contra el suyo.

—Colin —murmuro.

—Quiero llevarte a un sitio —me propone en un ronco susurro, atrapando mi mirada con sus

increíbles ojos azules.

Ha sonado misterioso, casi mágico, dejándome claro, sin usar una sola palabra más, que, sea donde

sea que pretende llevarme, lo pasaré deliciosamente bien.

—De acuerdo —musito.

Salimos de su oficina. El imponente Jaguar negro nos espera en la puerta. Colin intercambia un par de

palabras con el conductor justo antes de acomodarse en el asiento de atrás conmigo. Al arrancar, el

equipo de música se activa y comienza a sonar una canción que no reconozco. Lo hace muy bajito, como

si la chica susurrara cada palabra en lugar de cantarla.

Colin me observa lleno de descaro. Sus ojos están repletos de un genuino deseo, ávido y hambriento,

y toda la excitación crece y burbujea dentro de mí. Si el dios del sexo tiene ganas de lo que está por

venir, es que debe ser algo sencillamente espectacular.

El chófer gira por la 50 Este y, unos segundos después, parecemos habernos adentrado en una especie

de callejón. Al bajarnos del vehículo, no puedo evitar mirar a mi alrededor curiosa. Todo se ha vuelto

más misterioso, más peligroso, pero también más sensual.

Colin vuelve a coger mi mano y caminamos hasta una puerta de hierro oscura y con aspecto realmente

pesada, protegida por un hombre con cara de pocos amigos y metro noventa de altura. El portero le hace

un gesto con la cabeza a Colin a modo de saludo y nos abre. Me siento como si estuviésemos a punto de

cruzar el umbral de un club clandestino. Es muy emocionante. Colin aprieta mi mano, me sonríe. Una

nueva puerta frente a nosotros se abre y con ella se despliega el lugar más sexy y sofisticado que he visto

nunca. La decoración, las mesas y los íntimos sofás que las albergan

son de unos suaves tonos grises y

negros, mezclados con destellos de rojo justo en los lugares precisos. Una barra enorme bordea toda la

pared y, tras ella, varias camareras vestidas de *pin-up* se mueven diligentes. Al fondo hay un pequeño

escenario y, sobre él, cuelgan dos inmensas telas, también en tonos grises.

La clientela parece realmente exclusiva. No conozco a nadie, pero, por la ropa que llevan, por la

manera en la que se mueven, incluso por cómo se miran, está claro que éste no es un lugar al que puedas

acceder simplemente pagando una entrada.

—Espérame un segundo —me pide Colin.

Yo asiento y lo observo mientras se acerca a una de las camareras y habla algo con ella. Antes de que

me dé cuenta, echo un nuevo vistazo a mi alrededor, casi embobada. Definitivamente, este sitio es

diferente a cualquier otro.

Al volver a centrarme en Colin, me percato de que varias mujeres prácticamente se lo están comiendo

con la mirada. Con rapidez, aparto la vista y trago saliva. Todas son preciosas, con unos cuerpos de

vértigo. Él no les presta la más mínima atención, pero eso no impide que mis inseguridades y veintisiete

años de complejos me sacudan de golpe. ¿Cómo es posible que un hombre como él prefiera estar

conmigo?

Cuando vuelvo a mirarlo, él ya tiene sus ojos azules posados en mí. Se humedece el labio inferior y

camina en mi dirección. Se detiene exactamente a un par de

centímetros y, sin tocarme con ninguna otra

parte de su cuerpo, me besa con fuerza una sola vez. Un beso que me devuelve al único sitio donde quiero

estar y borra todos mis miedos de un plumazo.

—¿Estás lista?

—Para todo —respondo antes de que mi cerebro analice las palabras que pronuncian mis labios.

Colin me dedica su media sonrisa.

—Es un buen comienzo —sentencia, impregnando sus palabras de sensualidad pura.

Vuele a coger mi mano y me lleva hasta una puerta situada al fondo de la sala. Las mujeres siguen

mirándonos, pero ahora no me importa, estoy en mi propia nube.

Justo cuando estamos a punto de cruzar el umbral, la luz de la sala baja hasta quedar casi en

penumbra. Una canción comienza a sonar muy suave, otra vez casi un susurro. Las sábanas caen del techo

y descubren en el escenario una inmensa cama. La chica canta desde allí, arqueando la espalda entre una

decena de almohadones al ritmo de la música. Reconozco la canción, es *Good for you,* [11] de Selena Gómez, y en ese preciso instante me doy cuenta. ¡Es la propia Selena la que está cantando!

Miro de nuevo a Colin, boquiabierta, y él me devuelve la mirada más que satisfecho por cómo me he

quedado hipnotizada por el espectáculo y con el club en general.

—Vamos —me ordena.

En esa única palabra están impresas todas las emociones que he sentido desde que llegamos aquí,

toda la sensualidad, todo el peligro, la idea de que en este lugar puede ocurrir cualquier cosa.

Tras un pequeño pasillo, Colin abre una nueva puerta, más pesada y ornamentada que las demás. La

misma canción suena más fuerte. Entramos...

Y lo que veo me deja sin palabras.

La sala es aún más grande que la anterior, con un escenario redondo en el centro. En él, cinco chicas

vestidas con una delicadísima lencería negra bailan sexis, perfectamente compenetradas con el ritmo de

la música y con una reluciente fusta de montar a caballo como atrezo. El escenario está bordeado por al

menos una veintena de inmensas camas idénticas. En cada una de ellas, hay parejas besándose,

disfrutando del espectáculo, de todos los espectáculos de todas las camas en realidad, donde dan rienda

suelta a sus fantasías: *bondage,* dominación, sado, mirar, ser mirado... Es como una bacanal romana llena

de lencería de La Perla, elegancia y una sensualidad desbordante. Todo lo que quieras. Todo lo que

desees puede hacerse realidad.

Colin me suelta la mano y desliza la suya por el final de mi espalda hasta alcanzar mi cadera. Aprieta

con fuerza esa parte de mi cuerpo y me atrae hacia él, encajándome a la perfección contra su pecho. Se

inclina sobre mí. Sus labios acarician el lóbulo de mi oreja y todos mis músculos se tensan

deliciosamente.

—¿Querías ver la guarida del lobo, Niña Buena? Pues aquí la tienes —susurra con su voz más

masculina—. Bienvenida al Archetype.

Quiero decir algo, pero no sé qué. Estoy conmocionada, excitada. Mi

curiosidad y mi libido se han

aliado y han tomado el control de mi cuerpo.

Colin nos guía entre la multitud, sumergiéndonos poco a poco en este universo paralelo donde todo

está permitido. No puedo dejar de mirar cada escena que nos encontramos, de imaginarnos en ella. Colin

me observa y sonríe. Creo que estoy reaccionando exactamente como quería.

Cuando salimos de la sala, tengo la respiración agitada y un millón de sensaciones a flor de piel.

Recorremos un pasillo muy parecido al primero y llegamos a lo que parece una habitación privada. Colin

me deja en el centro de la estancia y camina hasta una pequeña mesita, que hace las funciones de minibar,

y se sirve una copa. Mientras, yo observo cada detalle. La elegancia y la sofisticación parecen la norma

aquí y siguen muy presentes en esta sala. Hay algunos muebles de aspecto *vintage,* pero todo queda

eclipsado por una enorme cama de metal.

—¿Te gusta? —pregunta a mi espalda.

Suspiro al darme cuenta de que no sé cuánto tiempo llevo observando la cama, y me giro despacio.

—Sí —respondo tratando de no sonar demasiado impresionada. No sé si lo consigo—, este sitio es

increíble, Colin.

Él sonríe y le da un trago a su vaso con Glenlivet. Me observa de arriba abajo por encima del cristal,

lleno del mismo descaro de siempre y con un deseo salvaje centelleando en su mirada. Al bajar la copa,

sonríe de nuevo y todo mi cuerpo se rinde a él. Lucho por mantenerle

la mirada y por dentro respiro

hondo con la esperanza de encontrar un poco de seguridad extra y poder conservar el control sobre mí

misma un poco más.

—Siempre vamos muy rápido, contra la pared, arrancándote la ropa... —comienza a decir con un

brillo arrogante—. Sólo puedo pensar en follarte como un loco.

Colin deja la copa sobre uno de los muebles, tomándose su tiempo. Vuelve a colocarse frente a mí y,

por sorpresa, me obliga a girarme. Gimo despacio por su brusquedad y mi respiración se acelera.

—Hoy vamos a ir despacio —prosigue—. Vamos a jugar —susurra en mi oído.

Maldita sea, ha sido lo más sensual que he oído nunca.

Me baja la cremallera lentamente, mueve los tirantes de mi vestido por mis hombros y la prenda cae a

mis pies. En ese preciso instante, la misma canción que Selena Gómez cantaba en la sala principal y las

chicas bailaban en la otra comienza a sonar.

—Vuélvete —me ordena.

Obedezco. El corazón me late desbocado. Alzo la mirada y la suya me atrapa por completo. La idea

de que Colin es sexo reluce en todo su esplendor entre estas cuatro paredes. Todo, cada gesto, cada

mirada, implican un sexy dominio. Es el dueño del control, el pecado, el deseo y todo el placer del

mundo.

Alza la mano y me acaricia el labio inferior con el pulgar. Baja despacio por mi cuello, el valle entre

mis pechos, mis costillas, mi estómago.

La canción retumba en mis oídos, describiendo peligrosamente cómo mi piel se ha sincronizado con

su respiración, las ganas que tengo de ser, en esta cama, en esta habitación, lo mejor para él.

Me besa dejándome con ganas de más y su boca sigue el camino que han marcado sus manos,

besándome, chupándome, mordiéndome. Se acuclilla frente a mí. Me acaricia la pelvis con la nariz y su

aliento calienta mi piel por encima de la tela de mis bragas.

Gimo y lucho por mantenerme en pie.

Levanta la mirada y me observa arrogante, mientras me besa el ombligo, las caderas, la cara interior

de los muslos, a la vez que sus manos aprietan con fuerza mi trasero.

El ambiente entre los dos se hace más sensual con cada bocanada de aire que tomamos, aislándonos

del mundo.

Se incorpora triunfal y sus ojos en seguida atrapan los míos. Mi pecho se hincha preso de mi

respiración acelerada y choca con su perfecto traje a medida. Alza las manos y desabrocha mi sujetador,

que cae al suelo en cuestión de segundos. Me dedica su media sonrisa, más dura y sexy que nunca. Sólo

necesita su mirada para dominarme, y lo sabe.

—Colin —jadeo.

Necesito desesperadamente que me bese.

Pero Colin me chista y vuelve a recorrer mi pecho desnudo. Cada caricia es una condena. Estoy

sobreexcitada, sobreestimulada, y él sabe perfectamente cómo me está

torturando, sin que el placer llegue

del todo, sólo dándome un aperitivo de lo increíble que será cuando él decida que me lo he ganado.

Pellizca mi pezón mientras su otra mano baja y vuelve a acariciarme por encima de la tela,

apartándose cuando muevo las caderas en busca de más.

—Por favor —gimoteo.

Colin sonríe con toda esa frialdad, incluso esa distancia. Mueve sus manos hasta agarrarme por las

caderas y, cogiéndome por sorpresa, me rompe las bragas de un brusco tirón. El chasquido atraviesa el

ambiente, entremezclado con mi gemido. Sin darme tiempo a reaccionar, me lleva contra la pared, atrapa

mis manos por encima de mi cabeza y las sujeta con una de las suyas, mientras la otra se desliza en mi

interior y me penetra sin preámbulos.

Grito al sentir sus dedos y la más pura satisfacción vuelve a recorrer su mirada.

La canción retumba en mis oídos.

—Me gusta que supliques, Niña Buena —susurra contra mi boca sin llegar a besarme, sin dejar de

mirarme.

Maldita sea, no puedo pensar. Bombea en mi interior lleno de habilidad, acariciándome en cada punto

exacto, demostrándome quién es el dueño del control, de mi cuerpo, de todo mi placer.

Me aprieto contra él y mi piel desnuda otra vez se encuentra con su camisa impolutamente blanca, con

su corbata, con su traje de corte italiano, y toda la sensualidad se multiplica por mil.

Cierro los ojos. Mi espalda se arquea, mi cuerpo se tensa. Trato de soltarme, pero no me lo permite.

Acalla mis gemidos con su boca. Me acaricia. Me embiste. Me muerde. Me besa.

¡Joder!

Me corro contra su mano, sintiendo que mis piernas se vuelven plastilina y todo el placer centellea

por mi cuerpo sin darme un solo segundo de tregua.

Colin me suelta las manos y sale de mí mientras yo trato de normalizar mi respiración.

—Mírame —me ordena.

Abro los ojos sin dudar y él me recompensa con su media sonrisa.

—Túmbate en la cama y no te muevas.

Me tapo un labio con otro y asiento, preguntándome si seré capaz de cubrir la pequeña distancia que

me separa del mueble.

Colin se inclina sobre mí y se queda a escasos, escasísimos, centímetros de mi boca. Su olor me

sacude y mi corazón vuelve a dispararse.

—Ahora, Niña Buena —me advierte.

Asiento de nuevo y camino bajo su atenta mirada hasta tumbarme en el colchón. Colin me observa

unos segundos y anda despacio, repleto de toda esa masculina seguridad, hasta la cama. Acaricia las

sábanas blancas con la punta de los dedos y comienza a caminar rodeando la estructura. Lentamente, se

libera de la chaqueta, se quita los gemelos, se afloja la corbata y se deshace de su camisa. Mi mirada

vuela sobre cada uno de los tatuajes que, bajo esta luz y, sobre todo,

en este lugar, se vuelven más

oscuros, más peligrosos, y acabo deleitándome con el músculo que nace en sus caderas y se pierde bajo

sus pantalones. El poderoso ejecutivo de Nueva York ha desaparecido. Este Colin es el que vivía en

Portland Este, el que se pelea en bares de mala muerte, el que acaba en comisaría, el hombre que no

quiere que lo salven.

Va hasta uno de los muebles, coge algo que no alcanzo a ver y regresa a la cama. Deja eso que no he

podido distinguir sobre el colchón y avanza sobre mi cuerpo, llamándolo a cada centímetro que recorre,

hasta que se queda sobre mí, con una rodilla a cada lado. De cerca no puedo evitar contemplarlo casi

admirada. Tiene un cuerpo de infarto y los tatuajes no hacen más que agrandar su leyenda.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta engreído.

—Sí —murmuro entregada.

Colin sonríe y automáticamente sé que esa respuesta me traerá, aproximadamente, una semana de

burlas. La verdad es que no me importa.

—Levanta las manos por encima de la cabeza.

Obedezco y observo cómo recoge una de las cosas que dejó en la cama. Son unas esposas. Mi

respiración se evapora mientras siento el primer grillete cerrarse alrededor de mi muñeca. La cadena

resuena al pasar entre los barrotes metálicos de la cama. Cuando inmoviliza mi otra muñeca, Colin sonríe

contemplando su obra y a continuación lleva su mirada hasta mis ojos. La curiosidad sigue ganando a

cualquier otro sentimiento, pero ahora también estoy nerviosa, incluso un poco inquieta.

Colin vuelve a estirar una mano por la cama y recoge otra cosa: un antifaz. Vuelvo a sentir que me

falta el aire. Creo que la situación me está superando. No sé si seré capaz. Colin me coloca el trozo de

tela con sumo cuidado y lo baja hasta tapar mis ojos por completo. Los nervios aumentan. La inquietud

también. Nunca he estado en una situación así. Muevo las muñecas, intentando soltarme. No puedo.

—Colin —susurro.

Él me chista suavemente mientras noto el peso de su cuerpo tapar el mío. Coloca sus manos sobre las

mías y automáticamente dejo de moverlas inconexa.

—¿Confías en mí? —inquiere.

Su voz me tranquiliza y me doy cuenta de que no tengo que pensar la respuesta a esa pregunta. Mi

cuerpo la conoce sin dudas, sin temores, y de golpe los nervios y la inquietud desaparecen y sólo queda

él.

—Sí —respondo.

—Buena chica.

Su tono se agrava con esas dos palabras justo antes de besarme como recompensa. Cuando todo mi

cuerpo se rinde a él, Colin se separa despacio.

—Si te corres antes de que yo diga que puedes hacerlo, te castigaré.

Trago saliva y asiento despacio. Siento su cuerpo desplazarse por la cama y apenas unos segundos

después comienza a besarme el cuello, los pechos, hasta llegar una vez

más a mi pelvis. Su boca calienta

mi piel y sus dedos me acarician. Llega a mi sexo y sus besos se vuelven más húmedos, más largos, más

perfectos.

Gimo una y otra vez.

El antifaz y las esposas lo intensifican todo. No voy a poder aguantar.

—Colin… yo… no —jadeo.

Me pellizca el clítoris, lo calma con su lengua. El placer serpentea por todo mi cuerpo. Dios. Dios.

¡Dios! Grito. ¡Todo se vuelve eléctrico! Y un orgasmo maravilloso me recorre de pies a cabeza.

Colin chasquea la lengua contra el paladar y automáticamente el sonido se abre paso entre mis

jadeos. Guardo silencio y me quedo muy quieta, recordando su amenaza.

—¿Qué voy a hacer contigo, Niña Buena? —me advierte de nuevo—. Tendremos que volver a

empezar.

Todo mi cuerpo se tensa antes siquiera de que me toque. Comienza a besarme, a acariciarme de

nuevo. Mi cuerpo agitado responde al primer contacto y se arquea cubierto de una suave capa de sudor.

Sólo necesita penetrarme con sus dedos una vez para colocarme al borde del precipicio.

—Colin —gimo.

No quiero correrme, pero ni siquiera tengo opción. Colin mueve los dedos. Me besa, me chupa, me

muerde y vuelvo a hacerlo soltando un alarido.

Colin se separa despacio de mí y avanza por mi cuerpo.

—Otra vez me has desobedecido —pronuncia contra mi boca.

—Yo...

Mi voz se evapora cuando vuelve a hundir sus dedos dentro de mí, una sola vez. Mueve la mano y

esparce los restos de mi propia excitación por mis labios justo antes de besarme con fuerza, disfrutando

de mí a través de mi boca. Gimo de nuevo. Nunca había vivido algo tan sensual.

—Ya sabes cuál es el castigo —sentencia, separándose un único centímetro de mí.

Y sin previo aviso, me embiste con fuerza, consiguiendo que su miembro llegue donde nunca antes

había llegado, descubriendo nuevas zonas de placer.

—¡Colin! —grito.

El deseo se vuelve eléctrico, delicioso, demoledor. Tiro de mis manos sin sentido. ¡Voy a partirme en

pedazos!

Colin hunde su cara en mi cuello y me muerde con fuerza a la vez que hace un delirante círculo con

las caderas.

Toco el paraíso con la punta de los dedos.

—No puedo —jadeo con la voz entrecortada—. No puedo.

—Sí que puedes —replica Colin castigador, con la voz entrecortada, acariciando con sus labios el

lóbulo de mi oreja—. Vas a poder porque yo quiero que puedas. Tu cuerpo es mío. Tú eres mía, Niña

Buena —susurra—. Sólo mía.

Sus palabras me enloquecen y me llenan de una manera que ni siquiera entiendo, conectándome a él

para siempre, grabando a fuego en mi piel la idea de que jamás me sentiré en los brazos de ningún otro

hombre como me siento estando en los suyos.

Sigue moviéndose, sigue embistiéndome, subiendo más y más alto con cada empellón, creando un

universo de sexo y placer sólo para mí.

—Dios —gimo.

—Córrete —ruge—. Dámelo todo.

Y obedezco sin dudar. Mi cuerpo se deja ir, salto al vacío una vez más, a mi *wanderlust* del sexo, a

toda mi excitación, a mis diecisiete años, a mi placer.

—¡Colin! —grito.

Y llego al orgasmo con su nombre en mis labios, temblando, llena de luz, de placer, llena de él.

—Joder —sisea.

Me embiste un vez y se pierde en mi interior con un juramento ininteligible en los labios y susurrando

mi nombre.

Ha sido espectacular.

Colin me quita el antifaz y, hábil, se deshace de las esposas. Baja mis manos con cuidado y, despacio,

comienza a masajearlas justo antes de besarme con ternura cada una. No se mueve de encima de mí y yo

tampoco quiero que lo haga.

—Colin, ¿qué somos? —pregunto en un murmuro antes de poder controlar mis propias palabras.

Él me devuelve una mirada un poco confundida, como si fuese la última pregunta que se esperase. No

lo culpo. Probablemente sea el peor momento para hacerla.

—¿Qué quieres decir, Audrey? —inquiere frunciendo el ceño.

—Quiero decir justamente eso. Somos amigos, pero nos acostamos, y dices cosas como que soy tuya

y yo...

Y yo realmente lo pienso. Una verdad que ya han establecido mi corazón y mi cuerpo.

—Y tú, ¿qué? —Su voz cambia, se recrudece.

Trago saliva.

—Y yo quiero saber si lo piensas de verdad —respondo envalentonándome— o es algo que sólo has

dicho porque estábamos follando.

Colin calla unos segundos, estudiando mi rostro, sopesando la bomba de relojería que acabo de

lanzar entre los dos.

—Audrey, tú y yo somos amigos, pero...

No sabe cómo seguir. Otra vez no lo culpo. Todo esto se está complicando demasiado o quizá lo

estamos complicando nosotros mismos, quién sabe.

—Pero ¿qué? —lo presiono.

Necesito que diga lo que tiene que decir, caerme, volver a levantarme y seguir adelante con mi vida.

Colin exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos de los míos.

—Pero también eres lo mejor que me ha pasado en la vida y no voy a perderte.

—¿Qué? —musito.

Mi corazón se hincha y resplandece dentro de mi pecho. Colin me

observa un segundo más.

—Lo que estás oyendo, Audrey —replica arisco.

Se levanta prácticamente de un salto y, malhumorado, recoge su ropa del suelo a toda velocidad y se

viste, pagando con cada prenda toda la rabia que siente ahora mismo.

Yo me incorporo hasta sentarme en la cama y me tapo con la sábana blanca revuelta.

—No voy a arriesgarme a perderte —continúa sin mirarme—, así que no voy a arriesgarme a tener

una relación de verdad contigo, joderla y que desaparezcas de mi vida.

Quiero gritarle que se está equivocando, que no será así, que funcionará, pero en el fondo yo tampoco

lo tengo claro. Mi vida es complicada y él parece huir precisamente de todas las complicaciones. Sexo y

nada más, ése ha sido su lema con las mujeres. ¿Por qué iba a cambiarlo por mí? ¿Por qué iba a salir

bien?

—¿Te estás acostando con otras mujeres?

De pronto no puedo pensar en otra cosa. Necesito saberlo. Necesito desesperadamente oír un no.

Algo dentro de mí no deja de pensar que ésa es la barrera que nos separa.

Colin frunce el ceño casi imperceptiblemente, estudiando mi reacción de nuevo. También necesita

saber por qué se lo pregunto. Finalmente traga saliva y sus ojos se endurecen sobre los míos. Sabe que su

contestación va a alejarnos un poco más. Ahora soy yo la que desune nuestras miradas. Acabo de darme

cuenta de que yo también conozco esa respuesta.

—Sí —dice al fin, con la voz dura, distante, llena de rabia— y tú también deberías estar con otros

hombres. Encontrar a alguien que merezca la pena, Audrey.

Dice la frase como un autómata, como si fuera algo que se obliga a repetirse.

Cabeceo conteniendo las lágrimas.

—¿Por qué me dices eso? —prácticamente grito.

No quiero estar con ningún otro hombre, ¡sólo me vales tú!

—¡Porque es la verdad! —responde furioso.

No, no es la verdad. Me niego a que sea la verdad. No podemos tener sólo esa salida.

—¿Y si sale bien? —inquiero imprudente.

—¿De verdad lo piensas? —pregunta a su vez arisco.

—No lo sé.

Quiero saberlo, pero lo cierto es que no puedo. He vuelto al mismo punto de partida. Ni siquiera he

sido capaz de contarle todo lo que hay en mi vida. Él ni siquiera puede considerar esto algo exclusivo.

¿Qué futuro nos espera si, en el fondo, aunque ninguno de los dos lo quiera, no podemos confiar el uno en

el otro?

—Audrey —me llama, apoyando los puños cerrados en el colchón e inclinándose sobre mí—,

mírame a los ojos y dime que de verdad crees que podría salir bien.

Lo quiero, pero tengo demasiado miedo de que me haga daño.

—No saldría bien —respondo con la voz entrecortada.

La razón y las responsabilidades han ganado al corazón.

—¿Lo ves? —replica, decepcionado—, en el fondo tú también lo sabes.

—Se incorpora, se remanga

la camisa y sonríe fingiendo que es su gesto de siempre; no lo consigue —. Es tarde. Deberías volver a

casa. El chófer te espera fuera para llevarte a tu apartamento.

12

Salgo de la habitación sin mirar atrás. No puedo tener a Audrey cerca. ¿Por qué tiene que conseguir que me lo replantee todo? Yo no soy así.

No dejo que nadie signifique para mí algo diferente a lo que yo he elegido. Al principio sólo quería jugar con ella, después empezó a gustarme, aunque fui tan gilipollas de no entenderlo y, cuando por fin lo hice, sólo quería follármela. ¿Qué coño me pasa ahora? ¿Qué siento por ella?

Audrey me importa. La quiero en mi vida cada maldito día. Pero no voy a permitirme que nada se escape de mi control. Pienso en Portland, en mi padre, en Evelyn. Yo no soy así, joder, y no pienso cometer el error de dar ese paso.

Llego a casa de Mackenzie por inercia. La última vez que estuve aquí fue el día que conocí a Audrey y no pude dejar de pensar en ella y

en ese maldito vestido rojo. Ni siquiera entiendo por qué le he mentido diciéndole que sigo acostándome con otras mujeres cuando no es verdad. No he tocado a ninguna desde aquel día.

Subo de prisa las escaleras y llamo a su puerta con fuerza. Son más de las doce. Debería haber llamado antes, pero no me importa. Sé

que está aquí, como también sé que no va a decirme que no.

—¿Quién es? —pregunta adormilada al otro lado.

—Abre —rujo.

Percibo el ruido del pestillo correrse. Las manos me arden. Mackenzie abre y me abalanzo sobre ella cerrando de un portazo a mi espalda. Me pregunta qué hago aquí, si estoy bien. No respondo a ninguna de

sus preguntas. Sigo besándola desbocado, casi desesperado, llevándola hasta su habitación, pero no vamos todo lo rápido que necesito y la cojo en brazos, obligándola a rodear mi cintura con sus piernas.

Mi cuerpo se resiente, como si no quisiese estar aquí ni con ella, pero no me importa. Joder, no me importa nada. Mi vida es mía y de nadie más.

Nos dejo caer contra el colchón. Me deshago de su pijama. Ella sigue preguntando. Yo sigo acallándola con más besos. No quiero hablar.

No lo necesito. Pierdo mis manos por todo su cuerpo. Sus dedos se anclan a mis hombros. Trato de recordar cómo era antes, cómo me sentía antes. La beso, la muerdo. Su cuerpo se arquea contra el mío.

—Colin —gime.

Y me doy cuenta de que todo mi jodido mundo acaba de estallar en pedazos.

Sí es diferente.

Sí es especial.

Estoy loco por Audrey y nunca he sentido tanto miedo.

—¿Qué pasa? —me pregunta acariciándome la cara.

Ahora mismo me siento miserable. Mackenzie no se merece que le haga esto.

—Lo siento —digo contra sus labios—. Lo siento de verdad.

Me levanto y me recoloco la camisa. No tendría que haber venido. No es justo para Audrey y, sobre todo, no es justo para Mackenzie.

Estoy poniéndome la chaqueta cuando ella se levanta, se pone una bata y me coge de la mano, obligándome a girarme. El contacto me sorprende, pero no me aparto. No ha habido electricidad, ni calor, no ha habido nada.

—Está claro que necesitas hablar —me dice—. Te espero en la cocina con una taza de té.

Me sonríe con ternura y sale de la habitación. Yo miro confuso a mi alrededor sin saber qué hacer. Me he colado en su casa en plena

noche para hacer algo que ni siquiera he sido capaz de terminar y, aun así, ella se preocupa por mí. Me pregunto qué habría pasado si la situación hubiese sido al revés, y me doy cuenta de que el Colin de hace unos meses y el de ahora no habrían reaccionado de la misma manera. El de antes le habría dado unos minutos y la habría acabado convenciendo para tener sexo en mi cama; al fin y al cabo, por eso se había presentado allí. El de ahora... Joder. Creo que ahora la habría dejado dormir en mi cama y me habría marchado al maldito sofá.

Frustrado, me paso las manos por el pelo a la vez que resoplo. ¿Significa eso que Mackenzie también me importa?

En cualquier caso, no se merece esto. No se merece que esté con ella pensando en otra persona por el simple hecho de que soy un gilipollas que ha creído que tener sexo con otra chica me serviría para autoconvencerme de que, sea lo que sea lo que siento por Audrey, podría deshacerme de ello.

Doy un paso hacia delante, tratando de reorganizar mis ideas. La cómoda de Mackenzie llama mi atención. Hay una pequeña figurita de

Mickey Mouse de latón. La cojo y sonrío. Parece muy antigua. Recuerdo que una vez me contó que su padre la llevó a Disneylandia cuando

era pequeña. Viajaron en coche durante horas y, al ver la costa de Florida, pensó que había llegado a la otra parte del mundo y más allá no había nada. Sonrío de nuevo.

Dejo la figurita en su sitio. Acaricio su bote de perfume, que está justo al lado. Ese olor siempre me recuerda a ella.

Comienzo a caminar por la estancia y una decena de pequeños detalles llaman mi atención. Los libros de historia de comercio americano

de la estantería, un ejemplar de *Descalzos por el parque,* de Neil Simon, y un póster vintage, con palabras en francés, enmarcado sobre la cama. De pronto me percato de que cada pequeño detalle la refleja a ella, que un dormitorio sí te dice cómo es su dueño. Sólo tienes que estar dispuesto a verlo. Conozco a Mackenzie. Sé cómo es. Da igual que haya intentado mantener a las personas alejadas de mi vida. Eso no es algo que se pueda elegir.

Alzo la mirada al techo y resoplo, frustrado por esta especie de revelación, y, sobre todo, al darme cuenta de que es obra de la

señorita Audrey Dempsey. Antes de ella, jamás me habría planteado nada de esto.

Bufo de nuevo y echo a andar hacia el salón. En los pocos metros de apartamento que recorro, pienso en todo lo que debo decir.

—Aquí tienes tu té —dice señalando con la cabeza una bonita taza sobre la encimera, mientras ella, al otro lado, sopla suavemente otra

sosteniéndola con las dos manos.

Yo ralentizo el paso hasta llegar a la isla de la cocina. Estamos frente a frente, separados únicamente por el grueso mueble.

—Tenemos que hablar —le digo apoyando las dos manos sobre el granito.

—Lo imagino —responde ella con una tenue sonrisa.

—Yo...

Frunzo el ceño tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero al cabo de unos segundos no tengo ni la más remota idea de cuáles

son.

—Recuerdo la primera vez que te vi —continúo con una sonrisa.

—¿Mi primer día como recepcionista en Colton, Fitzgerald y Brent?

—No —respondo. Sonrío, pero el gesto no me llega a los ojos—. La primera vez que te vi fue en la fiesta de Navidad que Lola organizó

en su oficina —me sincero.

Ella asiente.

—Me había comprado ese vestido para ti. —Calla un segundo y resopla algo avergonzada—. Creo que en esa época todos los vestidos

que me compraba eran para ti.

—Pues está claro que no me merecía ninguno.

—Probablemente —sentencia dándole un sorbo a su té.

Despacio, deja la taza sobre la encimera bajo mi atenta mirada.

—Nunca he querido hacerte daño, Mackenzie.

Sin quererlo, mi voz se agrava.

—Lo sé —responde sin asomo de dudas— y creo que por eso eres tan peligroso para las mujeres, Colin. Tú nunca engañas, no mientes,

dejas muy claro lo que se puede esperar de ti y lo que no, pero, al final, tienes algo casi hipnótico. No se trata del atractivo, ni de ser guapo. Es algo más, algo que hace que ellas ignoren todas las señales de peligro y acaben enamoradas de ti.

Aprieto la mandíbula. Tiene razón, joder, y yo siempre lo he aprovechado, creyendo que no me estaba comportando como un auténtico

capullo porque nunca mentía a las mujeres ni les prometía cosas que no iba a cumplir, pero sí he dejado que se hicieran ilusiones sin preocuparme por ello, porque yo no las alentaba. Pienso en Leighton, en Mackenzie, en todas las chicas que han pasado por mi cama. Ahora me doy cuenta de que todas las maneras en las que interactuamos con otra persona, aunque no las engañemos, les afectan.

—Lo siento —susurro.

De verdad lo siento, joder.

—No te preocupes. Está todo bien.

Sé que no lo está. Sé que ahora mismo me odia y me lo merezco.

Camino despacio hasta rodear la isla de la cocina y me detengo junto a Mackenzie. No puedo arreglar lo que he roto, pero sí puedo parar

con todo esto por Audrey, por ella y por mí.

—No puedo seguir con esto, Mackenzie. —Me inclino despacio sobre ella y le doy un suave beso en la frente—. Eres una chica increíble

y algún día vas a hacer muy feliz a un gilipollas con demasiada suerte.

Puede que no la quiera, pero ahora sé que me importa y lo último que quiero es hacerle daño.

Mackenzie ladea la cabeza, prolongando el roce. Un sollozo se escapa de sus labios. Se gira contra mi cuerpo y yo alzo las manos para

abrazarla, pero en el último segundo me empuja suavemente.

—Márchate —me pide en un murmuro.

La miro incapaz de irme. No quiero dejarla así, pero es obvio que tampoco puedo quedarme.

—Adiós, encanto —me despido forzando una sonrisa.

—Adiós, Pelapatatas —responde sonriendo también.

Cuando la puerta se cierra a mi espalda, exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones. Mi vida ha cambiado. Audrey me ha cambiado.

Y ya no es algo que pueda elegir.

13

Suena el despertador. No quiero levantarme. Ayer me dormí llorando. Empecé a hacerlo en el camino de

vuelta a casa y ya no pude parar. Nunca me he sentido más confusa y a la vez más triste. A veces creo que

Colin quiere que me rinda, que deje de pensar que puede darme algo distinto a lo que ya tenemos y, otras,

creo que quiere que luche por él, que salte al vacío por los dos, que lo convenza de que podemos ser

felices.

También he pensado mucho en Henry. Quiero a Colin, pero los dos sabemos que no tenemos ninguna

oportunidad. Lo acabaré perdiendo. ¿Merece entonces la pena arriesgarlo todo por algo que está abocado

al fracaso?

Tomo una bocana de aire para contener las lágrimas. No quiero seguir llorando. Y, por primera vez en

mi vida, tampoco quiero seguir pensando.

Todavía estoy desayunando cuando recibo un mensaje de Thomas, mi compañero del máster,

invitándome a cenar y a una copa. Me siento muy halagada pero no quiero salir con nadie, mucho menos

después de todo lo que pasó ayer con Colin.

Le pongo la primera excusa que se me ocurre, pero no tarda en responderme diciéndome que es una

justa celebración con algunas semanas de atraso por haber terminado nuestros proyectos para el máster a

tiempo. Thomas me cae muy bien y siempre es muy amable conmigo, pero no puedo. Le pongo una nueva

excusa, un poco más elaborada, y vuelvo a rechazar su invitación, aunque, si lo pienso fríamente, ni

siquiera sé por qué lo hago. Colin dejó muy claro que debía salir con otros hombres. Él se acuesta con

otras mujeres. El estómago se me encoje de golpe. Cabeceo. Odio esa idea.

La BlackBerry no tarda más de un par de segundos en volver a sonar. La silencio y me la meto en el

bolsillo del pijama. Después del desayuno, me escabullo rápida a mi habitación para empezar a

arreglarme. Lo mejor que puedo hacer es marcharme a la oficina y concentrar todos mis esfuerzos en

encontrar una solución para Cunningham Media.

Me quito el pijama y paso por delante del espejo que hay sobre el lavabo. Es un movimiento

completamente rutinario, pero, entonces, las veo. Tengo decenas de pequeñas marcas sonrosadas en el

cuello, la clavícula, el estómago... Las acaricio con la punta de los dedos. Todas son marcas de Colin, de

todo lo que hicimos ayer. Nunca pensé que sería el tipo de chica a la que le gustaran estas cosas, pero no

puedo evitar sentirme más unida a él cada vez que las miro.

Suspiro con fuerza con la vista perdida en mi reflejo en el espejo. Cada vez que hemos intentado

hablar de lo que tenemos, la conversación ha acabado siendo un absoluto desastre. Quizá lo mejor sea

disfrutar del tiempo que vaya a durar, y olvidarnos de todo lo demás. Cojo aire y contengo las lágrimas.

—Disfruta de él, Bluebird, y deja lo de llorar para cuando ya no tengas nada más.

Meto la cara bajo el chorro de agua caliente y me obligo a cantar el *Love myself*, [12] de Hailee Steinfeld, a pleno pulmón. Siempre he oído que un cincuenta por ciento de cómo nos sentimos lo

elegimos nosotros, así que pienso conseguir que esa mitad capte la indirecta de que vamos a estar bien.

Regreso a mi habitación envuelta en una toalla, aún tarareando mientras me seco el pelo con una más

pequeña. Al apartarme mi media melena castaña de la cara, doy un respingo con el que casi llego al

techo.

—¿Es que quieres matarme? —protesto, llevándome la mano al pecho y viendo cómo Saint Lake se

parte de risa sentada en mi cama por el susto que acaba de darme.

Divertida, la fulmino con la mirada y camino hasta la cómoda para coger mi ropa interior y después

el vestido rojo de mi armario.

—Quería hablar contigo.

Asiento mientras regreso al cuarto de baño para vestirme.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, claro que sí —respondo sin darme tiempo a pensarlo.

—¿De verdad? —contraataca—. No es que no te crea —añade rápidamente y guarda un segundo de

silencio—... bueno, la verdad es que no te creo. Max nos ha contado que ayer estabas llorando cuando

hablaste con él por teléfono.

Frunzo el ceño. Preocuparlo es lo último que quiero.

—Fue una tontería.

—¿Seguro? —inquiere insistente.

—Créeme, estoy bien.

Estoy convencida de que, si lo digo unas doscientas veces más, acabará por hacerse realidad.

—Es por ese chico, ¿verdad? —sentencia al fin—. Te gusta mucho.

Cojo aire y me siento en el borde de la bañera, a medio vestir.

—Estoy enamorada de él —confieso.

—¿Qué?

El grito de mi amiga me llega amortiguado a través de la puerta. Mis labios se curvan en una débil

sonrisa. No puedo decir que no la entienda. Desde que me conoce, jamás me ha oído decir esa frase ni

ninguna remotamente parecida.

—Yo... ni siquiera sé cómo ha pasado. Al principio lo odiaba, muchísimo; puede llegar a ser tan

engreído y tan capullo —estallo al borde de la risa—, pero después, poco a poco, fui conociéndolo y nos

hicimos amigos, y nos acostamos y hemos seguido haciéndolo, y las cosas en el trabajo se están

complicando y no sé qué hacer.

Antes de que pueda controlarlo, los ojos vuelven a llenárseme de lágrimas.

Saint Lake no lo duda, entra en el baño, se sienta a mi lado y me abraza con fuerza.

—Todo va a arreglarse —me consuela sin soltarme—. No conozco a ese chico, pero estoy segura de

que merece la pena y, sobre todo, estoy convencida de que sabe la suerte que tiene de tener a alguien

como tú en su vida. Si es el centro de la ira de Arizona en el trabajo y ha sobrevivido, tiene que ser un

tipo listo —sentencia.

Las dos sonreímos.

—Todo va a arreglarse.

No sé si hay algo en su voz o en el hecho de que haya repetido precisamente esa frase, pero sospecho

que ella necesita hablar tanto como yo.

—¿Y tú estás bien? —inquiero.

Su cuerpo se tensa; mi pregunta la ha pillado por sorpresa, pero, aun así, no me suelta.

—Sí, claro que sí —se apresura a responder.

—¿Seguro? —contraataco.

—Sí —contesta lacónica.

—Pues no es que no te crea... —dejo en el aire sus propias palabras.

Donde las dan, las toman, señorita Saint Lake City.

Ella suspira, dispuesta a soltarlo todo, pero en ese preciso instante la puerta del baño se abre y, antes

de que podamos reaccionar de ningún modo, un «ohhh» de lo más sentimental atraviesa el ambiente y

Arizona se une al abrazo, estrechándonos con fuerza.

—Os conozco demasiado bien y sé que ninguna de las dos está pasando un buen momento —dice—,

por eso he convencido a mi madre de que nos haga tortitas. Son el remedio universal contra los

cabronazos.

Aunque sospecho que Saint Lake lo quiere tan poco como yo, las tres estallamos en risas por el

comentario de Arizona.

—¿Estás en ropa interior? —inquiere mi amiga afroamericana sin soltarnos.

—Sí —respondo.

—Pues entonces deberíamos dejar de abrazarnos. La puerta está abierta y ayer vi a tu vecino de

enfrente comprar unos prismáticos en la tienda del señor Aselmi.

Las tres volvemos a reír e inmediatamente nos separamos. Mejor prevenir.

Llego a la oficina algo nerviosa, pero con la situación bajo control. Tengo mucho trabajo que hacer,

tomar muchas decisiones... y también tengo que ver a Colin. Odio no saber cómo comportarme con él.

Arizona se queda resolviendo unos asuntos con el guardia de seguridad y yo subo a Cunningham

Media. Salgo del ascensor y camino con paso seguro hacia mi despacho. Apenas he cruzado la mitad de

la planta cuando la puerta de su oficina se abre y Colin sale. Está sencillamente espectacular y yo

comienzo a preguntarme qué clase de binomio diabólico es ése, en el

que, cuanto más alejada pretendo

mantenerme de él, más increíblemente atractivo está.

Me recorre de arriba abajo y su mirada finalmente se posa en la mía. Sus ojos describen un centenar

de emociones, pero soy incapaz de descifrar ninguna.

—¡Audrey! —grita Arizona a mi espalda—. ¡Tienes que ver esto!

Tardo un segundo de más en girarme, pero al fin lo hago y prácticamente en ese mismo instante abro

los ojos como platos al verla acercarse con un precioso ramo de rosas rojas.

—Son para ti —me informa entusiasmada.

No puedo evitarlo y vuelvo mi vista de nuevo hacia Colin. Ha tenido que ser él. Me acerco a Arizona

con una sonrisa de oreja a oreja y cojo el pequeño sobrecito blanco que hay en el centro del ramo. Mi

gesto se apaga cuando saco la tarjeta y veo la firma de Thomas al final.

—Espero que digas que sí —murmura Arizona leyendo la nota—. ¿A qué quiere que digas que sí? —

Calla un segundo—. ¿Y quién es Thomas? —añade al darse cuenta de que ésa es la pregunta realmente

importante.

—Es un compañero del máster. Me ha invitado a cenar esta noche —respondo poco convencida.

Me giro discretamente y busco la mirada de Colin. Sigue de pie, a unos pasos de su despacho. Creo

que una parte de mí está deseando que atraviese la sala como una exhalación, tire el ramo de rosas contra

la pared y me bese aquí, en mitad de Cunningham Media. Ésa es la misma mitad que siempre llora con el

final de *Cuando Harry encontró a Sally* y se pasa una hora curioseando libros en la sección de

romántica cada vez que va a Barnes & Noble.

Él me observa, pero no dice nada y finalmente sonríe, y a mí nunca me había dolido tanto una sonrisa.

Le mantengo la mirada y me obligo a devolverle el gesto. Cojo las flores, que Arizona se ha encargado

de meter en un jarrón, y me encierro en mi despacho.

Me dejo caer en mi silla y observo las rosas encima de mi mesa como si fueran las culpables de

ponerme en una especie de encrucijada. Me niego a seguir pasando por esta situación de puntillas y me

niego a seguir llorando. Colin quiere que conozca a otros hombres, así que, ¿por qué no debería aceptar

esta cita con Thomas? Salir, divertirme, acostarme con él. Las cosas que se supone que hace una chica de

veintisiete años. Aprovechando esta especie de ataque de valor, saco la BlackBerry y busco el nombre de

mi compañero de máster en la agenda. Sin embargo, cuando estoy a punto de pulsar la tecla verde, me

freno en seco. ¿Realmente es lo que quiero? Suspiro con fuerza tratando de poner orden en mis ideas,

pero, involuntariamente, una se hace paso a través de las demás: Colin se acuesta con otras mujeres.

Puede que no sepa si salir con Thomas es lo que quiero, pero está claro que es lo que debo querer.

Me paso el resto del día trabajando e ignorando los nervios, malos y buenos a partes iguales, de mi

estómago. Colin se marchó a una reunión cerca del edificio Flatiron a primera hora y todavía no ha

regresado. Es la primera vez que no comemos juntos en dos semanas.

Arizona no para de venir a mi despacho a preguntarme si ya he elegido vestido o zapatos. Creo que

está más emocionada que yo.

Cuando me marcho a eso de las cinco, Colin aún no ha vuelto. Estoy tentada de llamarlo, sólo para

hablar con él de cualquier estupidez, pero me contengo. Si quiero que mi cita con Thomas tenga alguna

posibilidad de funcionar, tengo que hacer todo lo posible por sacarme a Colin Fitzgerald de la cabeza.

No voy a negar que la idea es más que complicada.

Dejo todo organizado con Adele y Saint Lake City y me voy a mi apartamento a empezar a

arreglarme. Ya me he dado una ducha rápida y me he puesto un bonito vestido blanco ajustado por la

parte de arriba y con una falda de vuelo a partir de la cintura, cuando recuerdo que tengo que bajar y

dejar mi colada y la de Arizona lavándose. Al regresar de la oficina, ella se encargará de pasarla a la

secadora y doblarla.

Termino de arreglarme, cojo mi bolso y mi chaqueta y meto mi ropa sucia en una enorme cesta de

plástico. Subo al apartamento de mi amiga y, con la llave de repuesto, cojo la suya. Encima de toda la

ropa, pongo mi iPod enchufado a un pequeño altavoz y bajo los tres pisos con el *Hide away,* [13] de Daya. Tiene algo irónico que esté cantando dónde se han metido todos los chicos buenos. Estoy a punto

de tener una cita con uno de ellos y no me siento tan feliz como cabría esperar.

Estoy en el último tramo de escaleras, a sólo unos peldaños del vestíbulo, cuando la puerta principal

se abre y el corazón me da un vuelco. Hablando de chicos malos...

Me barre con la mirada y sus ojos se ensombrecen mientras recorre mi vestido.

Yo me quedo muy quieta, sin ni siquiera saber qué hacer, lo cual no es ninguna novedad, pero al fin

consigo reaccionar y bajar los escalones que me quedan.

—¿Qué haces aquí? —inquiero confusa—. ¿Ha ido todo bien en la reunión?

La canción sigue sonando.

Colin no responde y por un momento los dos nos quedamos en silencio, mirándonos. Nunca había

estado en mi apartamento, ni siquiera en mi edificio. Siempre me acompaña a casa en su Jaguar o un taxi,

pero yo siempre insisto para que nos despidamos en él. A Colin no le hace demasiada gracia, pero yo lo

prefiero así. Hace que las cosas complicadas sean un poco menos complicadas.

—Sólo quería verte —suelta al fin.

Parece enfadado, mucho. Yo estudio su rostro tratando de averiguar por qué, pero no soy capaz.

—Tengo que hacer la colada —comento señalando lo obvio.

Él no dice nada más, cubre la distancia que nos separa y me quita la cesta de las manos. Sus dedos

acarician los míos fugazmente y toda mi piel se electrifica. Casi en ese instante mis ojos se encuentran

con los suyos azules y me doy cuenta de que está tenso, en guardia; está lleno de rabia.

Colin espera a que empiece a caminar para seguirme. Nerviosa, me muerdo el labio inferior y echo a

andar.

Llegamos a la lavandería en unos segundos. La pequeña estancia está

desierta. Colin deja la cesta

sobre una de las lavadoras. Yo abro la otra y comienzo a meter la ropa sin poder dejar de darle vueltas a

por qué está aquí, a qué ha venido. Quizá ha tenido una mala reunión o algo no ha salido como esperaba.

En mitad de todos esos pensamientos, Colin da un paso hacia mí. No me toca, pero su olor me sacude

y me hago hiperconsciente de él, de su cuerpo. Siento su mirada sobre mí y mi corazón comienza a latir

de prisa, retumbando en mis oídos.

Trago saliva y me obligo a no pensar en él. Echo el detergente y el suavizante y cierro la portezuela

metálica. Meto la primera moneda de veinticinco centavos y empujo la pequeña bandeja de acero sobre

el diminuto raíl.

La canción cambia. Empieza a sonar *Here's to us*. [14]

Meto la segunda moneda. Sigue mirándome. Estoy demasiado nerviosa. Empujo el mecanismo y

resuena vibrante en la estancia, que parece haber encogido hasta medir un mísero metro cuadrado.

Mi respiración acelerada lo inunda todo, entremezclándose con la voz de Ellie Goulding.

Su cuerpo llama al mío.

Da un paso más.

Colin se mueve despacio, lleno de una arrebatadora seguridad, y se coloca a mi espalda. No dice

nada y al mismo tiempo me está dejando claras muchas cosas. El ambiente se carga de una poderosa

electricidad. Sigo preguntándome qué hace aquí, a qué ha venido, pero creo que ya no me importa.

Intento meter la tercera moneda, pero las manos me tiemblan y cae sobre la lavadora. Colin la recoge

y la coloca en la pequeña bandeja. La empuja sobre el raíl y el rumor metálico vuelve a resonar por toda

la habitación. El deseo y la excitación se entremezclan calientes por mis venas, por mis muslos.

—¿Por qué has venido? —murmuro.

No contesta y yo nunca he sido más consciente de que debería protegerme. Debería salir de aquí,

pero no puedo. Quiero huir de él, pero soy incapaz.

—Una vez me preguntaste si era posible encontrar a la persona perfecta para ti y no poder estar con

ella.

Trago saliva. Recuerdo perfectamente aquel día. Recuerdo cómo me sentía. Recuerdo el sí que

pronunció, demostrándome que a veces está tan perdido como lo estoy yo.

—Ya la he encontrado —continúa diciendo, con la voz aún más ronca —. La tengo delante. No quiero

renunciar a ti. Esta noche no, Audrey.

Las mariposas en mi estómago se despiertan de golpe, desbocadas y kamikazes. Yo tampoco quiero

perderlo.

Colin se inclina sobre mí. Me besa en el hombro despacio, calentando mi piel. Un suave gemido se

escapa de mis labios. Se separa apenas unos centímetros y comienza a subir hasta mi cuello. Besos

largos, profundos, que me mantienen atada a él. Relía mi media melena en un puño y tira de ella,

colocando mi piel a su disposición. Se desplaza hasta mi nuca y una

corriente eléctrica me sacude cuando

sus labios tocan mi primera vertebra. Poco a poco voy perdiendo la noción del tiempo, del espacio,

mientras él sigue rindiendo mi cuerpo centímetro a centímetro.

Ladea mi cabeza con un brusco tirón y asalta mi boca con esa mezcla de seguridad y desesperación,

teniendo claro lo que quiere, sabiendo que jamás podría negárselo, pero con una urgencia casi infinita

por conseguirlo ya.

Apoya su frente contra la mía y nuestros alientos se entremezclan justo antes de que vuelva a

colocarme de espaldas a él. Sus labios vuelven a mi nuca, su mano libre agarra mi cadera y me estrecha

contra su cuerpo. Inmediatamente noto su erección dura y fuerte chocar contra mi trasero y mis jadeos se

solapan inconexos hasta transformarse en un largo gemido.

Sus manos bajan por mis piernas y suben arañando mi piel y levantando mi vestido con ellas.

Me gira brusco y me sienta sobre la lavadora, que comienza a moverse cada vez más descontrolada.

Me aferro a su chaqueta, desesperada. Sus manos vuelan entre los dos, se enfunda un preservativo y me

embiste con fuerza, cortándome el aliento.

Grito... un sonido sordo y visceral que se entremezcla con la canción que aún suena.

Colin continúa moviéndose. Sus manos atrapan las mías, entrelaza nuestros dedos contra el borde de

la lavadora. Se mueve duro, brusco, uniéndonos más.

La máquina se mueve más rápido, vibrando desbocada, haciéndome vibrar a mí.

—¡Colin! —grito.

Me agarro con tanta fuerza a sus hombros que mis dedos se emblanquecen. El deseo se condensa

rápido en mis entrañas. Mis jadeos. Sus gruñidos. Mis gemidos. La voz de Ellie Goulding repitiendo que

ésta va por nosotros, hablando de un amor triste, de nuestro amor triste. Las caricias, los gemidos, el

sexo, el amor, él, yo... todo explota transformado en placer y electricidad, recorriéndome entera,

llevándome al paraíso y trayéndome de vuelta sin piedad.

Lo quiero. Voy a quererlo toda mi vida.

Colin continúa moviéndose. Alarga mi clímax y se pierde en mi interior, mordiéndome el cuello para

contener sus gritos.

Nuestras respiraciones entrecortadas lo inundan todo. Sus manos siguen sobre las mías. Y todo lo que

me hace sentir resplandece con fuerza en la diminuta habitación, cegándome por completo.

—No va a tocarte.

Su voz es cruda, casi salvaje. Alzo la mirada. Mis ojos se encuentran con los suyos y de pronto lo

entiendo todo. Sé por qué está aquí, por qué me ha follado en la lavandería. Lo único que quiere es

demostrarme que, por muchas citas que tenga, jamás podré escapar de lo que me hace sentir.

Me zafo de sus manos y salgo del pequeño cuarto. Ahora mismo lo odio. No puedo tenerlo cerca.

Colin me sigue, me agarra del brazo, me obliga a girarme y me besa con fuerza, absolutamente

furioso, utilizando todo lo que siento por él en mi contra. Sus besos

son todo lo que anhelo, pero no

puedo permitir que haga esto, no así, no por estos motivos.

Lo empujo con fuerza hasta separarme de él y le doy una bofetada. Colin se gira despacio y de

inmediato clava sus ojos endurecidos en los míos.

—¿Quién te crees que eres? —prácticamente chillo, desesperada—. Tú no puedes decidir si tengo

citas o si quiero salir con otros hombres.

—Claro que puedo, Audrey —replica intimidante—. Tú eres mía.

—¿Y las otras mujeres también lo son?

Mis palabras caen como un jarro de agua fría entre los dos.

—¿Vas a salir con él? —inquiere ignorando mi pregunta.

No respondo. No quiero y él no se lo merece.

—¿Vas a dejar que te bese?

—No lo sé —contesto con rabia.

—¿Vas a acostarte con él? —añade acelerado.

—¿Y qué si lo hago? ¡Tú te acuestas con otras! —grito más enfadada que nunca, dolida.

—¡Esto no tiene nada que ver con ellas! —responde de la misma manera—.¡Se trata de ti y de mí!

Cabeceo conteniendo las lágrimas. Estoy furiosa, frustrada, triste.

—¿Cómo puedes decir eso? —siseo—. ¡Te acuestas con ellas, claro que tiene que ver!

—No, joder, no lo tiene —sentencia, y por un momento creo que se siente exactamente como me

siento yo.

No puedo más.

—Me marcho —musito.

Ya no tengo fuerzas.

Colin murmura un juramento entre dientes y da un paso hacia mí, dispuesto a volver a besarme, a

convencerme como mejor sabe para que me deje llevar y me olvide de todo.

—No —le digo mirándolo a los ojos, con los míos llenos de lágrimas. Mi única palabra lo frena en

seco—. Ahora quien no quiero que me toque eres tú.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco con rabia. No he dicho la verdad, pero tampoco me

arrepiento. No puedo dejar que me bese, que impida mi cita mientras él se acuesta con otras mujeres. Él

es lo único que quiero, pero no voy a ser tan idiota de dejárselo tan cristalinamente claro.

—Adiós, Colin.

Sus ojos azules están llenos de una veintena de emociones diferentes, pero una sensación de completo

desahucio reina sobre todas ellas.

Cruzo el vestíbulo y salgo sin mirar atrás.

14

Contemplo las escaleras, inmóvil en el centro del vestíbulo. Vuelvo de golpe a Portland, a los billares. Vuelvo a sentir toda esa impotencia. Esta mañana, cuando la vi sonreír delante de aquel ramo de flores, una violenta corriente de adrenalina mezclada con una peligrosa cantidad de testosterona y el neandertal que llevo dentro invadieron todo mi cuerpo.

Observaba a Arizona dar palmas entusiasmada mientras corría de un

lado a otro a por un jarrón, a por agua. Mientras, Audrey no dejaba

de mirar las rosas. Leyó la tarjeta, habló de tener una cita con otro tío, y yo nunca había estado tan furioso en toda mi vida. Decidí que me enteraría de a qué hora tendría su cita, me presentaría aquí y me las ingeniaría para llevármela a la cama y follármela hasta que perdiese la noción del tiempo.

Soy plenamente consciente de que ha sido una cabronada demasiado grande incluso tratándose de mí, pero sólo necesité verla entreabrir

sus perfectos labios mientras se inclinaba a oler las flores y que una de ellas le rozase tímidamente el escote para darme cuenta de que toda la cuestión moral quedaba atrás.

No pienso dejar que ningún tío le ponga las manos encima. Me da igual lo que dijera antes o lo seguro que estoy de que no tenemos ninguna oportunidad de que esto salga bien. Fui un completo gilipollas al decirle que me acostaba con otras mujeres cuando no es verdad. No sé lo que siento por Audrey, pero quiero que sea feliz y tengo clarísimo que lo mejor para ella es encontrar a alguien. Sin embargo, detesto esa idea. No estoy celoso, joder, pero quiero que ella sólo esté conmigo. Audrey es mía.

Aprieto los puños con rabia, conteniéndome. Una decena de ideas recorren mi mente a toda velocidad. Pienso en llamarla, en averiguar

dónde está, en presentarme en el maldito restaurante, cargarla sobre mi hombro, llevarla a mi apartamento y demostrarle como mejor sé que todo esto es una estupidez, que puede que no tengamos ningún futuro, pero que no quiero perder lo que tenemos ahora.

Salgo de su edificio y, con el iPhone ya en la mano, me detengo en seco en mitad de una calle cualquiera del West Side. Estoy a punto de perder el maldito control. Yo no soy así.

Aprieto la mandíbula y me guardo el maldito teléfono en el bolsillo. Las ganas de pelearme son más grandes que nunca. Sin embargo, sé

que, si hago eso, Audrey se preocupará y se culpará. Esa idea se acomoda bajo mis costillas y las aprieta hasta impedirme respirar. Lo último que quiero es que sufra.

Comienzo a deambular sin mucho sentido. Manhattan siempre me ha gustado. Casi sin darme cuenta, poco a poco toda esa rabia descontrolada va transformándose en algo más profundo y la

desconcertante presión bajo mis costillas crece. ¿Qué pasa si pierdo a Audrey?

¿Qué pasa si ella ya no quiere seguir con esto? No creo que ninguno de los dos pudiese volver adonde estaba y acabaría perdiendo a la única mujer que ha significado algo para mí más allá del sexo.

Tres horas después, regreso a su apartamento. Tenemos que hablar, aunque no tenga ni idea de qué decirle. Sigo siendo un egoísta de mierda y sólo quiero tenerla cerca. La puerta del edificio está abierta, pero no hay nadie en su piso. Después de llamar media docena de veces, comprendo que aún no ha llegado y decido esperarla. Sé que ahora mismo parezco alguien desesperado y vulnerable. Prefiero no pensarlo. Prefiero no ahondar en la idea de que en este jodido instante no podría parecerme más a él.

Cuando oigo pasos al fondo del pasillo, en las escaleras, estoy sentando en el rellano con las piernas estiradas a lo largo de la vieja tarima,

esperando. Alzo la cabeza. Ya sé lo que voy a encontrarme. Audrey está a un puñado de pasos de mí, mirándome. En ningún momento pensé en la posibilidad de que hubiera traído a ese tío hasta aquí. De golpe la sangre me arde. Ésa es otra idea que prefiero no pensar.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con la voz tomada.

Yo exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones.

—No quiero que veas a otros hombres —digo al fin—. No significa que estemos juntos. —Callo un segundo, tratando de reordenar mis

ideas—. Joder, no sé lo que significa, Audrey.

O quizá justamente es eso lo que quiero decir y éste es el retorcido mecanismo de defensa que mi mente ha creado para ignorar la acuciante verdad, esa que dice «ey, Colin Fitzgerald, estás bien jodido».

—¿Te das cuenta de que al final no son más que tus estúpidas reglas, tus límites? —me desafía sin moverse. Ella también está harta de

todo esto—. Sólo aceptas a mujeres que se adaptan a lo que tú buscas.

—Creo que me estoy cansando de todo eso —la interrumpo.

Audrey arruga el ceño confusa.

—¿Estás seguro?

—Ahora mismo no estoy seguro nada.

Pero no quiero perderte, Niña Buena. Sólo quiero asegurarme de que te quedarás.

Audrey sopesa mis palabras durante largos segundos y finalmente echa a andar hacia mí. Se sienta a mi lado y suspira con fuerza. Su

vestido blanco resalta perfecto contra la tarima oscurecida. Es la cosa más sexy y preciosa que he visto nunca.

—Y tú, ¿qué? —pregunta con la mirada clavada al frente.

Yo asiento, también con la vista posada en la pared.

—La última vez que me acosté con otra mujer fue el día que nos conocimos.

Ella suspira bruscamente. Parece aliviada, pero también algo arrepentida. Finalmente lanza algo parecido a una sonrisa cansada y apoya

su cabeza en mi hombro. Ese pequeño contacto revoluciona todo mi cuerpo, pero al mismo tiempo tengo la sensación de que pone cada cosa

en su lugar.

—Sólo acepté esa cita porque estaba demasiado furiosa y triste pensando que no era suficiente para ti.

Esa especie de revelación vuelve a arrasarlo todo dentro de mí, como una montaña rusa que nunca acaba. No lo dudo. Me giro y atrapo

su hermosa cara entre mis manos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi maldita vida, Audrey —digo con una convicción absoluta. No hay una mísera duda—, y,

desde luego, eres mucho más de lo que merezco.

Ella sonríe y yo la beso disfrutando de sus labios, de todo lo que me hace sentir aunque ni siquiera lo entienda, y suavemente nos tumbo

sobre la tarima. Mi cuerpo cubre el suyo; mis manos acarician sus pechos, se agarran a sus caderas, se pierden bajo su vestido y, al final, suben para entrelazarse con las suyas por encima de su cabeza.

Siento por ella más cosas de las que ni siquiera puedo explicar y por primea vez no me importa, no me importa absolutamente nada.

Despacio, acompasados a la perfección, nos movemos hasta que mis caderas quedan entre las suyas.

Pierde su mano entre nosotros y con el pulso tembloroso desabrocha mis pantalones, me acaricia con ternura y me guía hasta ella. Entro

despacio, sin apartar mis ojos de los suyos, que se mantienen despiertos y curiosos, queriendo leer cada emoción que cruza mi mirada. No hay nada entre nosotros y la intimidad crece, nos envuelve, nos ata de esa manera que me recuerda despacio, bajito, que ella es mi mayor tesoro, algo que tengo que cuidar, que proteger del mundo, como si Dios me hubiese hecho el mejor regalo.

Dejo caer mi frente contra la suya.

—Todo en lo que puedo pensar eres tú —susurro contra su boca.

Su cuerpo comienza a temblar suavemente. Sigo moviéndome sin tener ninguna prisa por llegar al final, reviviendo cada segundo, cada

gesto, cada mirada.

Audrey gime mi nombre, susurra cuánto me ha echado de menos, lo llena que se siente, lo feliz. Yo sonrío y la beso una y otra vez, diciéndole sin palabras que me siento exactamente igual.

Acelero el ritmo. Ella se aferra a mis hombros, escondiendo su cuerpo bajo el mío, acercándonos más, uniéndonos más a pesar de estar

completamente vestidos, de estar en el suelo, en mitad de su rellano, y entonces comprendo que esta vez es diferente, que, a partir de ahora, nosotros somos diferentes.

Retuerce la tela de mi chaqueta, mi nombre se evapora en sus labios y se corre despacio, gimiendo, mostrándose vulnerable, dulce, abriéndose para mí en todos los malditos sentidos.

La corriente eléctrica contagia mi cuerpo y sólo un par de segundos después me pierdo en ella gruñendo un juramento ininteligible.

La observo siguiendo el contorno de su cara con mis dedos. Está preciosa en ese estado febril, con la piel encendida y el pelo revuelto.

Quiero conservarla así el máximo tiempo posible, así que me levanto, la cojo en brazos y la alzo suavemente del suelo.

Audrey rodea mi cuello con sus brazos y hunde su cara en ellos. Su olor se ha mezclado con el mío en mi piel. Es perfecto, casi irreal.

Entramos y la tumbo en la cama, pero, antes de que me haya separado del todo, ella me toma de la mano con los ojos cerrados y la respiración tranquila.

—Por favor, no te vayas —murmura.

Yo sonrío sin poder apartar mis ojos de ella y, sin soltarla, me tumbo a su lado. Ella acomoda su espalda contra mi pecho, acurrucándose sobre mi brazo, y yo deslizo mi otra mano por su cintura y la estrecho contra mi cuerpo. Otra vez sin dudas, ni preguntas, simplemente dejándonos llevar.

Pierdo la nariz en su pelo e inspiro suavemente.

—No voy a irme a ninguna parte —susurro.

La noto sonreír y, aún vestidos, nos quedamos dormidos.

Me despierto. Aún es de noche. Está nevando. Miro el reloj de su mesita. Son casi las seis. Audrey sigue durmiendo a mi lado hecha un

ovillo, con el pelo cubriéndole la cara. Está tan relajada, tan serena, que no puedo evitar acariciarle la nariz con la mía sólo para fastidiarla.

Acaba soltando algo parecido a un gruñido y se acurruca al lado contrario. Yo sonrío y me levanto con cuidado. Le quito los zapatos procurando no despertarla y la tapo con la colcha. Soy plenamente consciente de que debería marcharme a casa, pero algo más fuerte que yo mismo me grita que todo eso puede esperar y que haga lo que en realidad me muero de ganas de hacer.

Sonrío concediéndome esa tregua y me siento en la cama. Apoyo las manos a ambos lados de su cabeza y me inclino suavemente hasta

que tengo su preciosa cara frente a la mía. Dejo escapar el aire de mis pulmones sin parar de mirarla y casi involuntariamente comienzo a recordar todas las cosas que nos han pasado: la manera en la que nos conocimos, cuando la descubrí pintando las paredes de la pecera —ni Jackson, ni Donovan ni yo imaginamos el juego que daría ese despacho cuando nos mudamos a aquella oficina—, la primera vez que la besé...

Me pregunto si ella recordará la primera vez que nos vimos en la recepción de mi oficina cuando entró preguntando por el despacho de Charlie Cunningham. Fue un maldito segundo, pero me hice hiperconsciente de ella. La vi y la deseé.

Sólo espero que esta especie de tierra en ninguna parte en la que nos encontramos le valga. Sé que acabará saliendo mal, pero quiero estar con ella el tiempo que dure.

Audrey murmura algo en sueños sobre hacer los deberes y yo no puedo evitar sonreír. ¿Con qué demonios estará soñando?

Le doy un beso en los labios, que probablemente alargo más de lo que debería, y me obligo a salir de su habitación y de su apartamento.

A eso de las once y media estoy cruzando la puerta de cristal y metal blanco envejecido del Malavita. Estaba metido en la ducha cuando

recibí un whatsapp de Donovan diciéndome que me esperaban para el *brunch*. Después de apuntar que ya nunca nos vemos en antros sórdidos porque tienen dos novias muy monas y meterme un poco con él, por el hecho de que me haya invitado a un restaurante caro el Día de San Valentín y por los *brunchs* en general, acepto.

—Buenos días —saludo acercándome a la mesa.

Donovan, Jackson y Lara ya están sentados. Me dejo caer en una de las sillas y cojo la carta.

—Lara Archer —la saludo.

—Colin Fitzgerald —responde divertida a mi lado.

Yo asiento con propiedad y me quito el marinero. Aquí hace muchísimo calor.

—¿Qué tal está mi católico favorito? —pregunta Jackson burlón.

—Muy bien —respondo repasando la carta—, deseando que llegue el fin del mundo para ver cómo todos los capullos impíos presbiterianos ardéis en el infierno.

Jackson sonríe mientras Lara me mira escandalizada.

—No te preocupes —le digo ladeando la cabeza para acercarme a ella —. Las chicas guapas siempre vais al cielo.

Ella asiente con una sonrisa. Jackson entorna los ojos, mitad amenazante, mitad divertido, por lo que acabo de decirle a su novia.

—Si quieres, puedo bautizarte en el lavabo —bromeo.

—No, gracias —responde mi amigo recostándose sobre su silla—. Me cuesta compartir oficina contigo, creo que religión ya sería demasiado. Además, no sé si quiero tener diecisiete hijos.

—Por lo menos te aseguras de que tienes sexo diecisiete veces —replico.

Jackson no tiene más remedio que echarse a reír a la vez que niega con la cabeza.

—Eres un cabronazo —murmura.

Sonrío y sigo revisando la carta. Un par de segundos después, Katie se acerca desde el fondo del local. Imagino que ha ido al baño.

Como cada vez que la veo, no puedo evitar sonreír con ternura. Ya está de seis meses.

—¿Qué tal está mi ahijado? —pregunto cuando sólo está a unos pasos.

—Me parece que a éste también vas a tener que bautizarlo en el lavabo —murmura Donovan concentrado en el *New York Times*, tan

exquisitamente distante como siempre.

Katie toma asiento junto a su prometido y coge la carta, ignorándome estoicamente.

—¿Qué pasa? —pregunto con una sonrisa.

—No te hablo —responde sin mirarme.

Pretende sonar intimidante, o por lo menos muy enfadada, pero es

una monada y no puedo evitar que mi sonrisa se ensanche.

—Sea lo que sea lo que creas que he hecho, me obligó Donovan —digo sin una pizca de arrepentimiento.

Mi amigo extiende las manos en un claro «¿por qué coño tienes que meterme?», pero yo sonrío y vuelvo a prestarle atención a Katie para

saber si mi broma ha funcionado.

—¿Ah, sí? —responde displicente—. ¿Donovan te obligó a partirle el corazón a Mackenzie?

La sonrisa se me borra de golpe.

—Katie, yo... —empiezo a decir.

—Mira, sé que somos todos adultos y ese rollo —me interrumpe, y ahora sé que está realmente enfadada—, y sé que tú nunca engañas a

las chicas, pero es mi amiga y lo está pasando mal, por tu culpa —añade.

Resopla y vuelve a fijarse en la carta. Un silencio sepulcral se hace en la mesa. Tendría que haberme imaginado que Mackenzie no lo

está pasando bien y Katie es su amiga. Es lógico que ahora mismo no sea su persona favorita.

Miro a Donovan y él enarca las cejas. Los dos sabemos que tiene razón.

—¿Por qué tienes que ser tan encantador? —dice Katie de pronto, como si la frase le quemara en la lengua.

Todos la miramos sorprendidos. Yo frunzo el ceño. ¿Qué se supone que debo contestar a eso?

—Katie...

—Ni siquiera puede odiarte —me interrumpe de nuevo—. Quiere odiarte y no puede, y yo también quiero odiarte y no puedo —protesta

indignadísima, lo que hace sonreír a los chicos. Yo también lo hago. No lo puedo evitar. Ahora parece todavía más furiosa, pero también más adorable. Creo que son las pecas.

—No se te ocurra sonreír —me amenaza con el índice

—Lo siento —me disculpo sincero—. Mackenzie es una chica increíble, pero no podía seguir con ella. Además, hacía dos meses que no

nos acostábamos.

Ella finge no oírme de nuevo.

—Katie —la llamo.

Sigue con la vista clavada en la carta.

—Pecosa —contraataco.

—Eso sólo me funciona a mí —comenta Donovan pasando una nueva página de su periódico.

Yo lo fulmino con la mirada y él me dedica una sonrisa displicente.

—Te llevaré al refugio del Bronx y te regalaré otro gato —le propongo.

—De eso nada —interviene su prometido.

—¿Un perro? —pruebo al ver que sigue sin hablarme.

—¿Te has vuelto loco? —se queja Donovan.

—¿Una ardilla?

—En mi ático no va a entrar un solo bicho más —me amenaza Brent.

—¿Qué animales les gustan a las pecosas? —pregunto al aire.

Katie, disimulando con la mirada fija en la carta, trata de impedirlo, pero sus labios se curvan en una sonrisa.

—¿Un koala? —propone Jackson.

—Yo no tengo pecas —interviene Lara divertida—, pero a todas las chicas nos gustan los pingüinos.

—Estoy en una mesa de jodidos chiflados —se queja Donovan en un bufido.

Jackson sonríe. Está claro que estamos haciendo esto para que Katie

me perdone, pero fastidiar a Donovan tampoco está mal.

—Ey, pelirroja —la llamo inclinándome sobre la mesa. Ella al fin alza la cabeza con esa misma sonrisa que no puede disimular—, te los

regalo todos. Los dejamos en el ático en plena noche y nos largamos. ¿A ver cuánto tiempo tarda Donovan en perder los papeles?

Ella rompe a reír y yo también lo hago.

—Lo siento —repito en un susurro que sólo ella puede oír cuando nuestras carcajadas se calman, mientras Jackson sigue incordiando a

Donovan y él lo llama de todo.

Katie asiente.

—Está todo bien —responde.

Le sonrío sincero y ella me devuelve el gesto. Katie y Lara son como mis hermanas. No me gusta que estén enfadadas conmigo.

—Si ya somos todos amiguitos de nuevo —comenta Jackson con ese tono arrogante que lo caracteriza, buscando a la camarera con la

mirada—, ¿podemos pedir?

Todos asentimos. La empleada se presenta en cuestión de segundos y todos encargamos el desayuno.

—¿Qué tal te va con Audrey? —pregunta Lara—. ¿La has vuelto a ver o es uno de esos ligues de una sola noche?

Sonrío. Lara tiene una curiosidad científica arrolladora y la pone en juego continuamente para conocer cómo funciona la vida real, como

si siempre estuviese tratando de comprobar si es verdad lo que lee en los libros o ve en las películas. Mi sonrisa se ensancha. Me recuerda a Audrey. Todavía recuerdo cuando me pidió que le hablara de mi vida sexual.

—Audrey me gusta mucho —interviene Katie—. Es muy divertida.

—He seguido viéndola —los informo—. De hecho, la he visto todos los días y ayer... —no sé cómo seguir—... fue un día raro.

—¿Define *raro?* —pregunta Jackson perspicaz.

¿Por dónde empiezo? ¿Por que le mandaron un ramo de flores y a mí me entraron ganas de buscar a ese capullo y darle una paliza? ¿Por que me presenté en su casa para arruinar su cita? ¿O por que acabé confesándole que no quiero que esté con otros y tuve el sexo más íntimo de toda mi vida en un rellano? Me froto los ojos con las palmas de las manos y, ciertamente incómodo, les explico todo lo que pasó, incluida la bofetada y toda la conversación.

—Así que, básicamente, le has pedido que esté exclusivamente contigo, pero no le has ofrecido nada —recapitula Jackson.

Asiento.

—¿Y te la tiraste en su rellano? —continúa.

—Sí.

Joder, suena mucho peor en boca de otro. Automáticamente miro a las chicas. Su opinión es la que más me interesa. Las dos guardan

silencio, hasta que Katie resopla indignadísima. Creo que he vuelto a enfadarla.

—Eres un bastardo egoísta, Colin —suelta a bocajarro—. Audrey es una buena chica, dulce, inteligente, divertida, y Dios sabe que te da

la caña que te mereces. Si no estás dispuesto a ofrecerle nada, tampoco impidas que otro lo haga.

—¿Y si sí estoy dispuesto a ofrecerle algo? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda controlarlas.

—¿El qué? —pregunta Katie inmisericorde.

—No lo sé —me sincero.

—Ésa no es una respuesta.

—Eso sí lo sé —replico a la defensiva.

—¿De qué tienes tanto miedo? —me acorrala.

—De acabar jodiéndola —casi grito.

Los cuatro se quedan en silencio y mi nivel de incomodidad prácticamente se estrella contra el techo.

—No quiero perderla —gruño—. No quiero tener que dejar de verla, aunque sólo sea como amigos.

—¿Y acaso te valdría ser sólo amigo suyo? —pregunta Donovan.

Lo asesino con la mirada y al cabo de un segundo resoplo exasperado. Joder, claro que no me valdría ser sólo su amigo.

—No —respondo arisco.

—Contéstame a una cosa —me pide Jackson—: cuando se fue a esa cita, ¿cuál fue tu primera reacción?

Frustrado, resoplo de nuevo. Lo sabe de sobra, me conoce demasiado bien. Lo único que quería hacer era meterme en un bar y partirme

la cara con algún tío; cuanto más grande, mejor.

—Vale, ¿y por qué no lo hiciste?

—Jackson, joder —me quejo.

Esto no tiene ningún sentido.

—¿Quieres contestar de una vez?

—No lo hice por ella —respondo malhumorado—, ¿es eso lo que querías oír? No quería preocuparla o hacer que se sintiera culpable.

Jackson sonríe, pero no dice nada, y un par de segundos después me doy cuenta de que todos están haciendo lo mismo.

—¿Se puede saber qué os pasa? —inquiero con el ceño fruncido.

—¿No lo entiendes, capullo? —interviene Donovan—. Pudiste haberla jodido y no lo hiciste por ella. Probablemente salga mal, pero ¿qué

vas a hacer hasta entonces? ¿Por qué no te levantas —continúa, agitando las manos con una urgencia displicente—, vas a buscarla y le dices que lo que en realidad quieres es que seáis novios y cogeros de la manita en el cine para que podamos tomar el *brunch* tranquilos?

—Eres un gilipollas —protesto, pero lo hago con una sonrisa en los labios.

—Puede salir mal —añade Katie—, pero también puede salir bien, y deberías quedarte con esa parte.

Cabeceo. Tienen razón, joder. Me levanto de golpe y recupero mi abrigo del respaldo de la silla prácticamente a la vez. Las chicas me

miran encantadas por ese arrebato, y Jackson y Donovan lo hacen con una sonrisa. Me despido atropellado y mis viejas Adidas rechinan

contra el suelo encerado.

Paro un taxi y, acelerado, le doy la dirección de Audrey. Tengo que hablar con ella. Tengo que contarle esta especie de revelación. Salga bien o mal, nos queda un camino por vivir, ¿por qué tener que hacerlo llenos de dudas? Ella quiere estar conmigo y yo, aunque no tenga ni la más remota idea de lo que siento por Audrey, quiero estar con ella.

Subo los escalones de dos en dos y atravieso su rellano con el paso decidido. Sonrío contemplando el suelo de tarima y, al fin, llego a su puerta. Llamo y espero. La impaciencia me puede y estrello la palma de la mano contra la madera varias veces. Por fin percibo pasos al otro lado. Estoy nervioso, inquieto, con la sangre bombeando de prisa por todo mi cuerpo y la adrenalina saturando mi cerebro, mi corazón y mi cabeza. Asusta, joder, pero también es una sensación increíble.

La puerta se abre y un niño rubio de unos diez años aparece al otro lado. Tiene los ojos azules, grandes y curiosos. Me recuerda a alguien. Frunzo el ceño y miro los números dorados de la puerta para asegurarme de que no me he equivocado de apartamento.

—Hola —me saluda—, soy Max. ¿Tú quién eres?

—Soy Colin —respondo sin entender nada.

Él asiente.

—¿Y qué quieres?

—Estoy buscando a Audrey.

Quizá sea el crío de una amiga, un sobrino o algo así.

El chico asiente de nuevo

—Vale. —Se gira y mira hacia el interior del apartamento—. Mamá, un hombre pregunta por ti.

Pero ¿qué coño?

15

Confusa, miro hacia el recibidor y a continuación el reloj de la cocina. ¿Quién puede ser a esta hora un

domingo por la mañana? Dejo el paño sobre la encimera mientras echo un vistazo rápido a las tortitas y

me dirijo hacia la puerta.

—Mamá —vuelve a llamarme Max.

—Sí, ya voy, peque —digo sólo a unos pasos—. ¿Se puede saber quién es?

La última palabra se evapora en mis labios cuando veo a Colin al otro lado de la puerta. Mi vida

complicada y todo lo que complica mi vida ahora mismo acaban de chocar de frente como dos trenes de

mercancías.

—¿Qué… qué haces aquí? —murmuro.

Él me mira sin poder terminar de creer lo que tiene delante. No lo culpo. De repente me siento como

una completa idiota por no haberle contado antes que tengo un crío, pero al principio no pensé que fuese

asunto suyo, después Colin simplemente era una manera de probar lo que nunca había tenido, y, al final,

todo era ya demasiado difícil y confesar que había sido madre con

diecisiete años me pareció que era

tensar demasiado la cuerda.

—Audrey —susurra—. Joder, Audrey...

No sé si está enfadado o muy sorprendido. Me revuelvo nerviosa y me mordisqueo el pulgar sin saber

qué hacer. ¿Qué coño puedo hacer? Agarro a Max por los hombros y lo acerco a mí.

—Estamos haciendo tortitas para desayunar —le dice Max—. ¿Quieres?

Colin lo observa pasmado y, tras unos segundos, alza la cabeza y me mira a mí. Creo que ahora

mismo está tan perdido como lo estoy yo.

—A lo mejor Colin tiene cosas que hacer —lo salvo.

—No —se apresura a responder—. Me tomaré esas tortitas.

Su voz ha cambiado. Levanto la vista sorprendida. Toda su seguridad vuelve de golpe y comprendo

que acaba de recuperar el control de la situación.

Yo asiento despacio y me hago a un lado con Max para que Colin entre. Cierra la puerta tras su paso y

nos quedamos frente a frente, con su mirada atrapando por completo la mía. De pronto parece que el

recibidor no mide más de dos centímetros. Me falta el aire.

—Mamá —me llama Max, pero no lo escucho—. Mamá —repite—. ¡Mamá!

—¿Sí? —contesto, obligándome a apartar la vista de Colin.

—Las tortitas se van a quemar —me recuerda.

—Joder, sí —caigo en la cuenta, llevándome la mano a la frente y regresando a la cocina a paso

ligero—, las tortitas.

Oigo pasos a mi espalda. Sé que es Max, pero también sé que es Colin. Todo mi cuerpo lo sabe.

—Has dicho una palabrota —me señala mi pequeño.

—¿En serio? —murmuro nerviosa volviéndome, pero, en cuanto mi mirada se encuentra de nuevo con

Colin, me giro otra vez—. No me he dado cuenta de que la decía.

Suspiro con fuerza. Le doy la vuelta a las tortitas.

—Adele dice que esa excusa no vale —replica Max.

—Pues tiene razón —contesto.

Doy un paso a mi izquierda y abro el armarito. Al intentar coger un plato, estoy a punto de tirar dos y

me giro exasperada.

—Jo... —protesto.

Max enarca las cejas desde el taburete al otro lado de la isla de la cocina con esa sonrisilla

socarrona que se le da tan bien poner.

—Quiero decir, maldita sea —rectifico.

Colin me observa un momento y, sin pronunciar una palabra, camina hasta mí. Me quita la pala de la

mano, recupera el plato y sirve las tortitas. Yo lo miro sin saber qué decir, otra vez. Durante unos minutos

nos quedamos así. Colin preparando en mi cocina el desayuno para Max, para él y para mí, yo

observándolo como si me hubiese transformado en una estatua de sal y mi hijo siendo testigo de todo.

—Será mejor que pongas la mesa —me dice con la voz grave.

Asiento y, torpe, me muevo hasta la mesa redonda a unos pasos.

Regreso avergonzada al cabo de un

segundo a recoger las cosas que debo llevar. Ni siquiera había cogido un mísero mantelito.

—Vamos, Max —lo llamo revolviéndole el pelo—. La mesa está lista. Siéntate.

Se baja del taburete de un salto y camina rápido hasta la mesa. Yo regreso despacio hasta Colin y me

quedo de pie a su espalda. Quiero explicarle todo lo que ha pasado, decirle que no fue mi intención

mentirle o por lo menos no así. Me humedezco el labio inferior. Los ojos se me llenan de lágrimas. ¿Qué

estará pensando ahora mismo? Probablemente no quiera volver a verme y, maldita sea, tampoco podría

culparlo por eso. Alzo la mano despacio, sólo quiero tocarlo, saber que de alguna manera no está todo

perdido, pero, cuando estoy a punto de hacerlo, él se gira con un plato lleno de tortitas en la mano.

Otra vez me mira, pero, tal y como hizo antes, no dice nada.

Vamos, idiota, di algo. Explícale por qué no le hablaste de Max.

Antes de que pueda decir nada, exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos

de los míos y echa a andar hacia la mesa. Yo me tomo un segundo y lo sigo. Fui una completa imbécil y

ahora estoy pagando las consecuencias.

Nos sentamos y en silencio comenzamos a comer. No he probado bocado, pero, por la cara que pone

Max, el desayuno debe de estar delicioso.

—¿Te gusta el fútbol, Colin? —pregunta Max revolviendo un trozo de tortita con el tenedor.

Colin frunce el ceño aturdido, como si lo sacaran de un sueño.

—Sí... pero prefiero el rugby.

—Yo también —replica mi hijo asintiendo—, aunque lo que de verdad me encanta es el *soccer*. Mi

equipo favorito es el New York City. El dueño también lo es del Manchester City, uno de los equipos más

importantes de Europa. —Guarda silencio un segundo—. ¿Tú de dónde eres?

—Soy de Portland.

Max lo piensa un instante.

—No conozco ningún equipo de *soccer* de Portland.

—Los Portland Timbers —pronuncia distraído.

—No los conozco —responde al cabo de unos segundos en los que imagino que ha repasado todo lo

que sabe de la MLS. [15]

Yo observo toda la conversación. La situación es extraña, pero no incómoda, como si no lo fuera que

Max y yo compartiésemos mesa y desayuno con Colin, que él nos hubiese preparado tortitas un domingo

cualquiera.

—Ya he terminado —me anuncia Max—. ¿Puedo ir a casa de Arizona? Me prometió que, si hacia los

deberes anoche, hoy veríamos la última película del Capitán América en Netflix.

Sonrío procurando aparentar toda la normalidad que soy capaz y asiento.

—Lleva tu plato al fregadero.

—Vale.

Recoge su plato y su vaso, los deja en la pila y sale del apartamento.

—Adiós, peque.

—Adiós, mamá.

Cierra la puerta y esa última palabra se queda flotando entre los dos.

Yo cojo aire y aprieto los puños con fuerza, reuniendo valor. Será mejor que empiece a hablar ya. No

sé cuánto tiempo tengo antes de que se levante y decida que no quiere volver a verme, y necesito que

entienda por qué he hecho lo que he hecho.

—Colin, yo...

—¿Quién es el padre de Max? —me interrumpe.

Suena calmado, demasiado, y eso me resulta intimidante.

—Griffin —contesto en un golpe de voz.

—¿Por eso te marchaste con él?

Asiento.

—Sí —me reafirmo—. Había quedado en recoger a Max y pasar con él el fin de semana, pero en el

último segundo decidió no aparecer, cosa que hace bastante. Adele, la madre de Arizona, me llamó. —

Resoplo con fuerza—. Me encantaría poder echar a Griffin de mi vida y no volver a verlo nunca, pero es

el padre de mi hijo.

Ahora es él quien asiente. Me alegra que, por lo menos, ese punto haya quedado claro. No quiero que

piense ni por un segundo que aún hay algo entre Griffin y yo.

—¿Habéis estado casados?

—No —me apresuro a responder—. Griffin fue mi primer novio. Íbamos juntos al instituto. Tenía

diecisiete años cuando me quedé embarazada. Era la primera vez que

me acostaba con alguien. —Sonrío,

pero el gesto no me llega a los ojos—. Cuando se lo conté a mis padres, me pidieron, me exigieron —

rectifico casi con la misma impotencia que sentí entonces— que abortara. Yo no quise hacerlo. Griffin me

prometió que todo saldría bien, que nos fugaríamos, nos casaríamos y seríamos felices, pero, cuando su

familia se enteró y amenazó con no darle un solo centavo más, Griffin se echó atrás y me abandonó en una

pensión de la calle 43 Este con diecisiete dólares.

Colin aprieta la mandíbula y todo su cuerpo se tensa. Supongo que no es una historia que a nadie le

guste escuchar.

—No sabía adónde ir —continuo—. No podía volver a casa. Mis padres no querían saber nada de

mí. Arizona y yo éramos amigas. Adele se enteró de lo que pasaba y me llevó a vivir con ellas. No sé qué

habría hecho de no ser por ellas. Cuidaron de mí entonces y ahora me ayudan a hacerlo de Max.

—¿Cómo terminaste trabajando para Henry? —inquiere frío, como si quisiese unir todas las piezas

de un puzle.

—Terminé el instituto y me matriculé en la universidad en horario nocturno. Necesitaba dinero. Probé

en muchos sitios, pero nadie quería contratarme. En Cunningham Media buscaban recepcionista y me

presenté a la entrevista. Imagínate, diecisiete años, madre soltera y estudiando por las noches; mi

disponibilidad horaria no era lo que se dice flexible, pero, aun así, Henry me contrató, por eso me salvó.

Durante los años siguientes, me esforcé muchísimo, terminé la universidad y él me fue dando todas las

oportunidades hasta convertirme en su vicepresidenta.

Creo que ahora entiende un poco mejor todo lo que Cunningham Media y Henry significan para mí.

—¿Y tus padres nunca volvieron a buscarte?

Niego con la cabeza.

—Mi padre murió una semana después de que yo me fuese de casa. Siempre me he sentido muy

culpable por eso. Tal vez si me hubiese quedado o por lo menos le hubiese dicho dónde estaba... —

Suspiro con fuerza y una lágrima cae por mi mejilla. Adoraba a mi padre—. Ni siquiera pude despedirme

de él. —Trago saliva y suspiro de nuevo cuadrando los hombros. No quiero llorar—. Un día, llevaba

más o menos un mes fuera, mi hermano Steven se presentó en casa de Adele. Se ofreció a pagar todas las

facturas del médico y a darle a Adele un dinero mensual. Ella se negó y yo también, pero, aun así,

mandaba un cheque todos los meses. Fue el único de mi familia que hizo algo por mí. Yo ni siquiera llevo

el apellido familiar. Dempsey era el apellido de soltera de mi madre.

Colin me observa un segundo más, farfulla algo que no logro entender y se levanta de golpe. Recoge

los platos y los lleva hasta el fregadero. El gesto está lleno de rabia, pero al mismo tiempo hay mucha

familiaridad, como si conociese cada centímetro de esta casa y se sintiese muy cómodo en ella, conmigo.

Automáticamente me recuerdo sólo con mi camiseta y mi ropa interior en su cama. Entonces dijo que le

gustaba que estuviese así, que esa clase de intimidad y confianza fuese algo común para nosotros.

Al dejar los platos en la pila, se queda inmóvil. Resopla con fuerza alzando la cabeza y se pasa una

mano por el pelo hasta dejarla en la nuca.

—Todo esto es una maldita putada —gruñe como si no pudiese aguantar más esas palabras—. Me

estás diciendo que tuviste un crío con diecisiete años y que tus padres te abandonaron. —Cabecea. Ahora

mismo la rabia lo inunda todo dentro de él—. Joder, Audrey —sisea.

Sé por qué lo dice. Sé que suena muy duro, pero, gracias a Dios, aunque lo fue, también aprendí

mucho y encontré a la gente más maravillosa del mundo en el camino.

—Colin, soy feliz y también lo fui entonces —trato de hacerle entender con la voz impregnada de

ternura—. Adele, Arizona, Henry y otras personas muy importantes para mí se convirtieron en mi familia.

Fue duro y pasé un miedo terrible, pero tuve a Max y sólo por eso todo lo demás mereció la pena.

No dice nada, ni siquiera se mueve, pero su cuerpo sigue reflejando la misma tensión. Finalmente

vuelve a pasarse las manos por el pelo, esta vez las dos, se aleja un paso del mueble y comienza a andar

hacia la puerta. Yo lo observo recorrer mi apartamento sin poder reaccionar. Recoge su marinero del

recibidor y abre la puerta. Quiero pedirle que no se vaya, pero las palabras se niegan a cruzar mi

garganta. Estoy triste y nerviosa y me odio a mí misma por haber cometido el estúpido error de ocultarle

todo esto.

—Se parece a ti —dice aún sosteniendo la madera, con la mirada clavada en sus propios pies.

Colin se vuelve y su mirada atrapa la mía una vez más. Por un momento tengo la sensación de que va

a quedarse, que va a decirme que nada de lo que le he contado ni el hecho de no habérselo dicho antes

importa... pero no lo hace. Se marcha y yo me quedo mirando la puerta, conteniendo las lágrimas. No va a

perdonarme.

El resto de la tarde pasa a cámara lenta, como si Colin acabase de marcharse y yo continuase con la

vista clavada en el recibidor.

Ya estoy metida en la cama cuando llaman a la puerta. Me levanto de un salto pensando que puede ser

Colin. Creo que nunca había cruzado tan rápido mi apartamento. Abro con una sonrisa de oreja a oreja y

un discurso preparado sobre cuánto lo siento y cuánto lo echo de menos, pero el gesto se me borra de los

labios en cuestión de segundos. Saint Lake City está en mi rellano con un pijama de franela lleno de

nubecitas y corazoncitos, la nariz enrojecida y los ojos llenos de lágrimas. Hemos pasado la tarde con

Arizona contándonos las penas, bebiendo daiquiris y viendo películas de Ryan Gosling. Esa combinación

suele ser infalible, pero está claro que hoy no ha dado muy buen resultado con ninguna de las dos.

—¿Estás bien? —inquiero, aunque no sé por qué lo hago, es más que obvio que la respuesta a esa

pregunta es un no tamaño XXL.

Ella niega con la cabeza.

—¿Es por ese chico?

—Sí —responde en un sollozo tras sorberse los mocos.

—¿Quieres quedarte a dormir?

Asiente y yo me hago a un lado con la puerta. Regresamos a mi habitación, nos metemos bajo el

nórdico y nos acurrucamos la una frente a la otra.

—¿Has sabido algo del Guapísimo Gilipollas?

—¿Has visto lo rápido que te he abierto? Creí que eras él —digo torciendo el gesto con el único

objetivo de hacerla sonreír. Lo consigo—. No creo que me perdone.

Cuando pronuncio esas palabras en voz alta, el nudo de mi estómago se aprieta un poco más.

—Pues yo creo que te quiere.

—No —respondo con una sonrisa nerviosa—, él no es de los que se enamoran.

—Todos podemos cambiar. Tú has cambiado —me recuerda.

—Yo no he cambiado —me quejo.

—Claro que sí —replica—. Desde que él apareció estás diferente, y lo estás en el buen sentido. Tu

vida siempre ha sido ser responsable en el trabajo, ser responsable con Max, ser responsable con

nosotras y ahora es como si de repente estuvieras viviendo. Sonríes más, te vas a las nubes... eres feliz y

eso sólo pasa cuando lo que tienes con la otra persona es auténtico. No te rindas.

Sonrío de nuevo. Con Colin me siento exactamente así, soy feliz.

—No depende de mí.

—Sí que depende de ti. Habla con él, convéncelo de que te

equivocaste y, ya de paso, podrías decirle

que lo quieres —comenta señalando vagamente con el índice mi corazón.

—Yo no lo quiero —protesto nerviosa.

¿A quién pretendo engañar?

Por la manera en la que mi amiga enarca las cejas, está claro que a ella no.

—Duérmete —le ordeno enfurruñada, cerrando los ojos.

—Ya me imagino las invitaciones de boda: El Guapísimo Gilipollas y Audrey Dempsey —suelta

moviendo la mano como si leyera una tarjeta invisible— tienen el honor de invitarlos a su próximo

enlace.

Yo abro los ojos, le hago un mohín y vuelvo a cerrarlos. Ella rompe a reír y, menos de un segundo

después, no tengo más remedio que hacer lo mismo. Me alegro de que esta terapia sí haya funcionado.

Me levanto más temprano que cualquier otro día. Me preparo para trabajar y hago el desayuno. Estoy

nerviosa. Le estuve dando vueltas a las palabras de Saint Lake City durante horas hasta que finalmente me

dormí. No soy tan ilusa de pensar que Colin esté enamorado de mí, pero sí es cierto que lo que tenemos,

aunque sea complicado y confuso, es especial. No puedo rendirme. Muchas veces me he preguntado si

Colin quería que luchara por él, aunque con sus palabras me estuviese diciendo justo lo contrario, ¿y si

ésta es una de esas veces?

Hace un frío que pela y las calles están nevadas. Cojo a Max de la mano y caminamos con cuidado

por la 93.

—Mamá, no necesito que me lleves de la mano —se queja—. Ya tengo diez años.

—Eres el chico más guapo de la calle y quiero presumir —replico con una sonrisa.

Él frunce los labios y sonríe con la mirada clavada en sus pies, pero no se suelta. Menudo

sinvergüenza está hecho.

—Mamá, ¿cómo es Portland?

¿Qué? Desde luego ésa es la última pregunta que me esperaba esta mañana.

—No lo sé —resoplo incómoda—... Nunca he estado allí, pero creo que debe de ser un lugar bonito.

Con muchos árboles, un río e imagino que siempre llueve. Supongo que se parece a Seattle.

—¿Y por qué Colin se mudó desde allí para vivir en Nueva York?

Maldita sea, esa pregunta tampoco me la esperaba.

—No lo sé —repito—, muchas personas se mudan a Nueva York para estudiar o para trabajar, o

simplemente porque les gusta esta ciudad. Tenemos mucha suerte de haber nacido aquí.

Max asiente.

—Nueva York me gusta mucho —dice con una sonrisa.

—A mí también.

—Y también tiene muchos árboles, en Central Park. ¿Crees que por eso Colin decidió mudarse aquí?

Tres de tres.

Me freno en seco y él lo hace a mi lado.

—¿Por qué me haces tantas preguntas sobre Colin?

—No lo sé —responde encogiéndose de hombros—. Me cayó bien.

—Apenas hablaste con él.

—No lo sé —repite. Las preguntas incómodas y esa expresión parecen haberse convertido en las

frases estrellas de esta mañana—. Adele siempre dice que sólo se necesitan cinco minutos para saber si

podrás ser amigo de una persona.

Lo miro sopesando sus palabras. Me pregunto si esa regla es aplicable a todo, si los cinco primeros

minutos con alguien sirven para saber si querrás a esa persona en tu vida o no. En mis cinco primeros

minutos con Colin, quise estrangularlo con su propia corbata. Supongo que al final eso sólo demuestra

que no necesitó más que unos segundos para atravesar mis defensas y poner patas arriba toda mi vida.

—Me gusta que Colin te caiga bien —digo con una sonrisa, relajándome.

—Vale —responde con total naturalidad.

Mi sonrisa se ensancha y echamos a andar de nuevo. Sería genial si todavía pudiésemos tomarnos la

vida como críos de diez años.

Lo dejo en el colegio a unas pocas manzanas y corro hasta la parada de metro. Conforme van pasando

las estaciones, los nervios burbujean con más fuerza en la boca de mi estómago. Cuando me bajo en la

parada de la calle 50, me sudan las manos y creo que estoy al borde de la taquicardia.

Saludo al portero y subo a Cunningham Media. Dejo mi abrigo y mi bolso en mi despacho y voy

decidida hasta el acceso a las escaleras. Fingir una seguridad que no siento siempre me ha dado

resultado. Además, llevo mis Manolos. Esta mañana toda la ayuda que pueda reunir será bienvenida.

Me detengo en el último peldaño y me llevo el pulgar a los dientes. Estoy muy nerviosa. Tras unos

segundos me obligo a coger una bocanada de aire y a echar a andar de nuevo.

Al entrar en la estancia, inmediatamente me hago consciente de dónde está Colin: de pie, con las

manos metidas en los bolsillos de los pantalones y la mirada perdida en el ventanal. No parece haber

dormido mucho y en todo su cuerpo reluce la misma tensión que lo envolvía en mi apartamento. Aun así,

está guapísimo. Creo que nada ni nadie podrían acallar esa oleada de atractivo.

Doy un paso más y vuelvo a coger aire. Agacho la cabeza. Tengo muy claro lo que quiero decirle, no

entiendo por qué es tan difícil, por qué estoy tan nerviosa, por qué estoy tan asustada.

—¿Por qué no me lo contaste? —me pregunta sin mover su mirada del Rock Center.

Yo alzo la mía.

Ha llegado el momento de echarle valor, Bluebird.

—No te lo conté antes porque no sabía cómo hacerlo... y después tuve miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—De ti, de que salieras huyendo.

Colin cabecea a la vez que deja escapar un fugaz y malhumorado suspiro en una sonrisa aún más

breve y exasperada.

—¿Por qué siempre tienes que dar por hecho que saldré huyendo? —inquiere dando un paso hacia mí,

mirándome al fin.

Es un mujeriego. No quiere complicaciones. Lo más lógico es pensar que lo hará.

—Porque es lo que haces, Colin.

—No, joder, no —replica furioso— y mucho menos contigo —sentencia.

Por un momento sus palabras se quedan entre los dos. Tiene razón. Jamás me ha tratado como trata a

las otras chicas. Puede que esté asustada e inquieta y me haya comportado como una idiota, pero jamás

podría negar eso.

—Tenía derecho a saber que tenías un crío —continúa.

—Y ahora que lo sabes, ¿qué vas a hacer?

La tensión empieza a poder conmigo y mi pregunta se llena con las lágrimas que no me permito llorar.

Colin recorre mi rostro con sus ojos azules. Intento leer en ellos, pero no soy capaz. Parece más

enfadado, más frustrado, incluso más desesperado, pero también más triste. Alza la mano, pero, cuando

está a punto de tocar la mía, la baja de nuevo hasta su costado, cerrándola en un puño lleno de rabia.

—Voy a hacer lo mejor para ti y para Max —responde con la voz enronquecida—. Esto se ha

acabado, Niña Buena. Tienes que encontrar a alguien que te convenga.

Niego con la cabeza. Sólo es una excusa. No quiere estar conmigo. De pronto un furioso enfado

serpentea por todo mi cuerpo. No quiere tener una carga que en el fondo no le pertenece. Nunca he

encajado en lo que Colin busca en una mujer y ahora lo hago mucho menos. Sólo es un cobarde y tiene

razón, Max y yo nos merecemos algo mejor.

Salgo disparada. Colin corre tras de mí, pero no me detengo.

—Audrey —me llama.

Alcanzo las escaleras.

—Audrey, espera.

—No, ya has dicho todo lo que tenías que decir —replico furiosa, sin detenerme, sin ni siquiera

mirarlo—. No quieres estar con una madre soltera y, créeme, te entiendo.

—Joder, no es eso.

Él también suena enfadado, pero no me importa.

—Claro que es eso —replico.

Bajo los últimos peldaños. No tiene por qué darme más explicaciones. Ni siquiera las quiero. Tiene

razón, todo esto se ha acabado.

—Evelyn es el nombre de mi madre —dice a mi espalda, deteniéndose en mitad de la escalera.

Yo me quedo clavada en el suelo y un centenar de ideas diferentes pasan por mi cerebro sin que

pueda atrapar ninguna. Me giro despacio con un «¿qué?» tembloroso en los labios, mientras trato de

recordar si alguna vez, en las miles de conversaciones que hemos mantenido, me ha hablado de su madre.

Nunca lo ha hecho.

16

Está de pie a unos pasos de mí. Yo trato de recuperar el aliento, de volver a pensar, pero soy incapaz. He estado con muchas mujeres, me he peleado más de un centenar de veces y, sin embargo, esto es con diferencia lo más duro y desgarradoramente íntimo que he hecho en todos

los días de mi maldita vida.

—Cuando tenía ocho años, mi madre se largó. Mi padre nunca lo superó y por eso me dejó con mis abuelos, para poder emborracharse

todos los días sin que un crío que echaba de menos a su madre lo molestase. —Audrey traga saliva, una lágrima escapa por su mejilla y todas las emociones, la jodida presión sobre mis costillas, vuelve—. Me tatué su nombre para recordar siempre cuánto daño puede hacerte una persona si la dejas entrar en tu vida... aunque lo cierto es que ya no lo sé. Desde que te conozco, todo sobre lo que creía estar seguro se está esfumando. Ayer me fui de tu apartamento porque necesitaba pensar. Acababas de contarme lo mal que lo habías pasado y cuánto habías luchado, y fue como si me mandaran de nuevo de una patada a Portland.

A los billares, a mi infancia, a ver a mi padre tambalearse borracho hasta acabar en el suelo de un bar, a llorar llamando a mi madre hasta quedarme dormido. A sentirme solo. A sentirme enfadado. A sentirme lleno de rabia, siempre.

—Lo siento —murmura.

Todo lo que me hace sentir me sacude.

—Lo sé —replico sin asomo de dudas.

—Pero no entiendo por qué quieres que dejemos de vernos. ¿Es por mí, porque te mentí?

Es la chica más dulce de todo el jodido universo. Ha sufrido, lo ha pasado demasiado mal y no ha dejado de luchar nunca. No se merece

esto.

—No —niego, y una efímera sonrisa que no me llega a los ojos se apodera de mis labios—. Es por mí, Niña Buena.

—¿Por qué? —pregunta incapaz de entenderlo, desesperada por no poder hacerlo.

Suspiro frustrado. Todo esto es demasiado duro, joder.

—Porque, si me dejáis entrar en vuestra vida y acabo jodiéndola, no me lo perdonaría, nunca. No te haces una idea de cuánto vales para

mí por haber elegido quedarte con tu hijo en vez de huir.

—¿Por qué? —repite de nuevo con la voz entrecortada.

De pronto recuerdo la mañana en la que desperté y mi madre ya no estaba. Hacía mucho frío. La busqué por toda la casa y acabé yendo

al trabajo de mi padre en pijama y calcetines. Cuando le conté lo que había pasado, me cogió en brazos, me montó en el coche y me llevó de vuelta a casa. Me mandó a mi habitación y él se sentó en el borde del sofá con la mirada perdida al frente. Aquel día no comí nada y me pasé ocho horas sentado en las escaleras con los mismos calcetines mojados viendo beber y llorar a mi padre.

Trago saliva. La respuesta está demasiado clara.

—Porque nadie me eligió a mí.

La rabia vuelve, la tristeza también, y el dolor se hace aún más frío y cortante.

Audrey me mantiene la mirada con los ojos llenos de lágrimas, que comienzan a bañar sus mejillas.

—Yo te elijo a ti. Max y yo te elegimos a ti.

Sus palabras suenan en un murmullo, pero están llenas de seguridad.

Yo la miro sin poder reaccionar, aún en guardia, tenso.

—Así que, ¿qué vas a hacer, Fitzgerald?

No sé qué siento por ella, joder, pero ahora mismo pesa tanto que casi no puedo respirar.

—Audrey —rujo.

Atravieso la distancia que nos separa, tomo su preciosa cara entre mis manos y la beso con fuerza. Ella me recibe encantada, luchando

por los dos, trayéndome de vuelta. Cuando creí que la había perdido fue sencillamente insoportable. No voy a rendirme. Me da igual que lo que tengamos dure un segundo o toda la vida, pienso luchar por ella, siempre.

La sangre recorre mi cuerpo de prisa. Me martillea en los oídos. Me separo unos centímetros y dejo caer mi frente sobre la suya.

—No sé cómo va a salir esto —le digo poniendo en palabras lo único en lo que puedo pensar—, pero, vaya bien o mal, voy a cuidar de ti,

Audrey, de los dos.

La beso de nuevo y ella sonríe contra mis labios. Ninguno de los dos tiene ni idea de cómo ni cuándo terminará esta historia, pero también sé que ninguno de los dos quiere estar en ningún otro lugar.

Salgo del Jaguar y entro en el edificio con una sonrisa de oreja a oreja. Tengo que solucionar algunos asuntos con Donovan y Jackson en

la oficina. Quería quedarme con Audrey, en realidad quería llevármela a mi piso y follar como locos hasta olvidarnos de si es de día o de noche, invierno o verano, pero, con una sonrisa nerviosa y un «sí, por favor, secuéstrame» suplicante en la mirada, me ha dicho que debía regresar a su apartamento. Quiere hablar con Max y explicarle que estamos saliendo. No puedo creerme que tenga un crío. Cuando lo vi en la puerta de su casa, creí que me estaban gastando algún tipo de broma, pero en mitad de aquel silencio sepulcral mientras preparaba el desayuno, me di cuenta de que muchas cosas encajaban: el que fuera tan increíblemente responsable, todas las veces que prefería quedarse en casa en lugar de salir a tomar algo después del trabajo como cualquier persona de su edad, Griffin... Y de pronto comprendí que no podía culparla por no habérmelo contado. Si hace un par de meses me hubiesen preguntado si acabaría enredado con una chica con una crío, habría dicho que no; habría dicho que no a acabar enredado con una chica en general. Las complicaciones, sean las que sean, no son una opción. Sin embargo, si la pregunta hubiese incluido

a Audrey, habría tenido que responder que sí. Desde que la vi por primera vez, no he podido dejar de pensar en ella ni un solo segundo.

Las puertas del ascensor se abren. Alzo la cabeza y voy a dar el primer paso para salir del elevador, pero una Eve boquiabierta al otro

lado me lo impide.

—Eve —la llamo, conteniéndome por no reír—. Eve —repito.

Ella balbucea algo parecido a un «buenas tardes, señor Fitzgerald» y se echa a un lado para dejarme salir.

Me dirijo a nuestras oficinas. Mi recepcionista camina a mi lado, tratando de mantener mi paso y buscar información en la tablet y las carpetas que tiene entre las manos al mismo tiempo.

—Beatrice me pidió que tuviese listo los archivos de Gemma Bird para usted.

—Mándalos por mensajero al edificio Pisano y asegúrate de que se los entreguen en mano a Dillon Colby. Después llámalo y coordina

con él la próxima reunión sobre los terrenos de Astoria.

Ella asiente.

—También tengo toda la documentación impresa y rellena para entregarla en la Oficina del ejercicio bursátil.

—Perfecto. Llama a Lincoln Oliver, utiliza la firma electrónica de Colton, Fitzgerald y Brent y entrégala telemáticamente.

Eve suspira, pero asiente de nuevo.

—También tengo listas las tarjetas de memoria, señor Fitzgerald.

—Llévaselas a la secretaria del señor Colton. Querrá revisarlas antes de la reunión.

Pasamos por delante de la oficina de Charlie Cunningham. Lola está sola. No hay rastro de Mackenzie. Me fijo un poco más en su mesa.

Parece que no ha venido en todo el día o que ya se ha marchado. En cualquier caso, me parece muy extraño.

—¿Mackenzie ha venido hoy a trabajar? —pregunto deteniéndome en

mitad del pasillo.

Eve se para, me observa confusa, lleva la vista al escritorio vacío de Mackenzie y después vuelve a mirarme a mí.

—No —responde—. Creo que está enferma.

Tuerzo el gesto. No, no está enferma.

—Eve, tengo que salir. Empieza por lo que te he pedido y llámame cuando lo tengas todo solucionado.

Ella asiente y me mira con cara de susto.

—Mensajero. Dillon Colby. Lincoln Oliver. Y el señor Colton —digo mirándola a los ojos y guiñándole uno al final, sólo para torturarla un poco.

Eve tarda un segundo más, pero finalmente sale de su ensoñación y asiente.

La observo hasta que desaparece en nuestras oficinas y giro sobre mis pasos de vuelta a los ascensores. Quiero asegurarme de que está

bien. Sé que Audrey lo comprendería.

Llamo a la puerta y espero paciente a que me abra. Mackenzie no tarda en aparecer al otro lado, en pijama, con el mando a distancia en

una mano y una caja de pañuelos de papel en la otra.

—Colin —murmura sorprendida—. No... no te esperaba.

De un paso, deja el mando y los pañuelos sobre el mueble de su recibidor y se alisa nerviosa la parte de arriba del pijama.

—Quería saber cómo estabas —le digo estudiándola con la mirada.

—Estoy bien —se apresura a responder—. No he ido a la oficina porque estaba muy cansada. Nada importante —añade imaginándose

por qué estoy aquí—. Has sido muy amable al venir, pero no hacía falta... de verdad.

La observo y una sonrisa llena de ternura se escapa de mis labios. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que ha estado llorando. No quiero a Mackenzie, pero me importa. No quiero que sufra.

—¿Un café? —pregunto.

—Claro —contesta echándose a un lado de la puerta.

Con el primer paso, una sensación demasiado familiar me sacude y hace que me sienta incómodo y automáticamente pienso en Audrey.

Sólo lo haces para asegurarte de que está bien, Fitzgerald.

Me humedezco el labio inferior y me concentro en esa idea.

La sigo hasta la cocina. Ella se dirige hacia uno de los armaritos y saca dos tazas. Yo me siento en uno de los taburetes.

—Entonces, ¿estás bien?

Mackenzie se gira, me mira con sus ojos heterocromáticos y asiente con una sonrisa.

—No quería preocuparte —contesta.

Niego con la cabeza.

—La que no tiene que preocuparse eres tú —replico—. Que ya no nos acostemos no significa que no me importes.

Ella se queda observándome unos segundos y finalmente cabecea, a la vez que una sincera sonrisa se apodera de sus labios.

—¿Sabes? —empieza a decir, como si ya no pudiese contener más sus palabras—. No sé si siempre has sido así y yo no había sido capaz de verlo o es que realmente has cambiado, Colin Fitzgerald.

—¿A mejor o a peor? —bromeo como mecanismo de defensa. Soy consciente de que he cambiado, pero ni siquiera yo sé cómo ha pasado.

—A mejor —sentencia con una seguridad aplastante—. Sin duda alguna.

Sonrío. Audrey. Ahora mismo no puedo pensar en otra cosa. Si alguien me ha hecho ser una persona mejor, ha sido ella.

—Bueno, cambiemos de tema —comento veloz—. Cuéntame algo de ti.

—¿A estas alturas quieres conocerme mejor? —pregunta socarrona.

Mi sonrisa se ensancha, pero al mismo tiempo se hace más triste. Supongo que no le falta razón.

—Sé que es un poco estúpido, pero creo que al menos te debo eso.

Mackenzie se queda otra vez en silencio y vuelve a asentir con una sonrisa.

—¿Qué quieres saber? —inquiere.

—Empecemos por algo fácil.

Llaman a la puerta. Mackenzie mira hacia el rellano y a continuación se gira hacia mí.

—Estoy preparada —responde burlona, echando a andar hacia la puerta.

Yo lo pienso un segundo. Vamos a por los clásicos.

—¿De dónde eres?

—Ésa es muy sencilla —se queja abriendo la puerta—. Soy de Saint Lake City.

17

Llamo nerviosa, impaciente. Estoy deseando verla y contarle lo que ha pasado con Colin. Si nosotros

hemos podido arreglarlo, quizá ella también pueda hacerlo con ese chico que le gusta tanto.

Llamo de nuevo y doy algún que otro saltito delante de la puerta. Estoy feliz.

—Hola, Saint Lake —la saludo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola —responde.

Inmediatamente me doy cuenta de que ella también parece contenta. ¿Qué está pasando aquí?

—Está aquí —susurra mordiéndose el labio inferior.

No necesita decir más. Sé a quién se refiere y mi sonrisa se ensancha todavía más.

—Me alegro mucho —respondo.

Es la mejor noticia que podía darme.

De pronto cambia de expresión, como si hubiese caído en la cuenta de algo, y me observa,

estudiándome.

—¿Tú estás bien? —pregunta.

Asiento sin dejar de sonreír.

—¡Es genial! —replica entusiasmada—. Pasa y cuéntamelo todo —dice echándose a un lado para

darme espacio para entrar.

—No quiero molestar. Tendréis muchas cosas que hablar.

Ella niega con la cabeza.

—Puede esperar. Antes quiero detalles del Guapísimo Gilipollas.

Yo sonrío y la sigo camino de su cocina.

—Además —añade—, así podrás conocer a...

—Colin —musito mientras ella lo dice.

Mi voz, apenas un murmuro, le hace levantar la mirada y atrapar por completo la mía. Sus ojos azules

en seguida se llenan de confusión, sorpresa y también de un miedo sordo y cortante.

—Audrey —susurra tan perdido como lo estoy yo ahora mismo.

¿Qué hace aquí? Quiero entenderlo, atar cabos, sacar conclusiones, pero no puedo. Mi mente

sencillamente ha entrado en *shock*.

—Colin —lo llama Mackenzie para presentarnos, completamente ajena a todo—, ella es Nueva York,

quiero decir, Audrey —rectifica rápidamente con una sonrisa a la vez que me señala—, una de mis

mejores amigas, yo diría que casi una hermana. Audrey, él es Colin Fitzgerald.

Ninguno de los dos dice nada y el apartamento, en cuestión de segundos, se llena de un tenso,

tensísimo silencio. Recuerdo las palabras de Mackenzie. Recuerdo todas las conversaciones de las

últimas semanas. Ella y el chico misterioso se acostaban juntos. Ella está enamorada de él. Él está aquí

en su casa, ¿para arreglarlo? ¿Para volver a acostarse con ella? Cabeceo. Una losa de cien kilos se

dibuja en mi estómago y lo empuja hacia abajo.

—Tengo que irme —balbuceo y, antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, me encamino con

el paso acelerado hacia la puerta.

Aún no he alcanzado los primeros escalones cuando oigo un ruido seco, el de un taburete cayendo al

suelo, y pasos acelerados a mi espalda.

—¡Audrey! —grita Colin—. ¡Espera!

Pero no me detengo. No puedo. ¡No quiero! ¿Qué hacía en su apartamento? ¿Cuánto tiempo ha estado

acostándose con las dos? ¿Por qué, entre todas las chicas de Nueva York, tuvo que elegir a Mackenzie?

Aunque probablemente la pregunta más acertada sea por qué tuvo que elegirme a mí. Cuando nos

conocimos, ellos ya se acostaban. Pongo los pies en la 93 Nevada. Siento náuseas.

—¡Audrey!

—¡Déjame en paz!

—Maldita sea, escúchame.

Colin me sujeta del brazo y me obliga a girarme. Yo lo empujo, zafándome de su agarre, y doy un

paso atrás. No pienso permitir que me toque. Eso se acabó.

—Audrey, no es lo que piensas —empieza a decir tratando de que su voz suene serena, como si yo

fuese un cervatillo al que hay que sacar de un cepo—. Sólo quería saber si estaba bien. Hoy no ha ido a

trabajar y estaba preocupado.

—¡Deberías! —estallo—. Está hecha polvo por tu culpa. Le has destrozado el corazón y ¿sabes cómo

lo sé? —pregunto con la voz llena de lágrimas—, porque es mi mejor amiga, Colin.

—No lo sabía —se apresura a replicar—. Mackenzie y yo nunca hemos hablado. Nosotros sólo...

Se frena a sí mismo y yo sonrío fugazmente, llena de tristeza e ironía.

—Vosotros sólo follabais. ¿no? —termino la frase por él, cansada de que al final siempre volvamos

al mismo punto de partida—. Es lo que haces con todas las mujeres.

—Contigo, no —me advierte, con la voz amenazadoramente suave.

—Pero, con mi mejor amiga, sí —sentencio demasiado dolida.

Me llevo las manos a la cabeza, exasperada. ¿Qué pretende que piense, que diga, que haga? Las

lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas, pero no son de tristeza, sino de pura rabia. Puede que no lo

supiera, pero la situación en la que nos ha puesto es la misma. No puedo dejar que le hago daño a

Mackenzie. Ella me ha ayudado, ha cuidado de mí, de Max, y ahora está sufriendo y en parte es culpa

mía.

—Nunca estuve con las dos —afirma, y tengo la sensación de que necesita que lo crea—. Te lo dije.

La última vez que estuve con otra mujer fue el día que nos conocimos.

—No digas «otra mujer» como si así, de repente, el problema dejara de existir —me quejo—. Es una

chica maravillosa. ¿Te has preocupado en conocerla? Es buena, generosa, divertida y una amiga

increíble. ¿Te has molestado en tratar de saber siquiera su apellido antes de bajarle las bragas? —

inquiero con rabia.

—Audrey —me reprende.

—Audrey, ¿qué? Yo confiaba en ti.

—Y puedes seguir haciéndolo —prácticamente grita—. No sabía que era tu mejor amiga. Es una

putada, lo sé, pero no dejes que eso cambie las cosas. ¿Ya has olvidado todo lo que hablamos esta

mañana?

—No —murmuro.

—¿Entonces? —pregunta acelerado, duro.

No contesto. Sencillamente no puedo. Recuerdo cada palabra que dijimos esta mañana, pero también

recuerdo cómo llegó Mackenzie a mi apartamento anoche, como nos abrazamos en mi baño. Ella,

Arizona, Adele, Henry, Steven y Max son la única familia que me queda. Son todo lo que tengo.

—No puedo —murmuro.

Toda esta situación me está superando.

—Ven conmigo, Audrey.

Me lo pide dejando que su voz suene indomable, que todos los sentimientos se instalen en ella, que se

llene de rabia, de dolor, de la desesperación y el deseo hambriento que sentimos el uno por el otro.

Niego con la cabeza mientras siento cómo mi corazón va partiéndose en pedazos. Ya perdí a mi

familia una vez por confiar en alguien. No puedo cometer el mismo error. Ahora arrastraría a Max

conmigo y no puedo consentirlo. Mackenzie, Arizona... ninguno de ellos se lo merece.

—No puedo.

—Yo no soy Griffin —sentencia con ira, con la voz aún más grave, haciéndose eco de lo único en lo

que puedo pensar.

Yo lo observo un segundo y me seco las lágrimas con el reverso de la mano.

—Es cierto. Tú puedes hacerme todavía más daño —claudico.

Colin frunce el ceño, tratando de comprender mis palabras. Yo respiro hondo. Estoy cansada.

Prácticamente desde que lo conocí, he luchado contra todo lo que siento por él y ahora ya no podré

tenerlo, nunca.

—Estoy enamorada de ti —confieso encogiéndome de hombros.

Sé que no es lo que él quiere oír, pero yo necesitaba decirlo aunque sólo fuera una vez, decirle que lo

quiero, que nunca me sentiré con otro hombre como me siento con él, que me ha hecho feliz.

Colin exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos azules de mí. Mis palabras

nos han sacudido a los dos por igual.

—Lo siento—murmuro con la voz entrecortada—. Al final parece que los dos teníamos razón, esto

nunca habría salido bien.

Colin me mira y asiente. La tensión de su cuerpo desaparece o por lo menos se trasforma. Se ha

rendido. Va a dejar que me marche y nada en mi vida me había dolido tanto.

—Me puedo haber acostado con mil malditas mujeres, pero jamás me he sentido con ninguna de ellas

como me he sentido tocándote a ti un solo segundo, aunque tú ni siquiera me tocases a mí.

Sus palabras me atraviesan por dentro. Aprieto los labios, conteniendo una nueva oleada de llanto

todavía más desesperado. ¿Por qué todo ha tenido que acabar así? ¿Por qué tengo que despedirme de él?

¿Por qué el amor no puede ser suficiente? Necesito que sea suficiente. Necesito que todo sea más fácil.

¿Por qué tengo que volver a elegir? Doy un paso hacia él, pero Colin, manteniéndome la mirada, gira

sobre sus pasos y desaparece calle arriba.

Rompo a llorar en silencio. Lo he perdido. Se acabó.

—Audrey.

Hasta que no oigo su voz, no me doy cuenta de que Mackenzie está en la entrada de su edificio. Tiene

los ojos rojos y llenos de lágrimas. Es obvio que ha presenciado toda la conversación.

—Lo siento muchísimo —murmuro manteniéndole la mirada.

Necesito que lo sepa y, sobre todo, necesito que me crea.

—Yo también lo siento.

Trato de no llorar, pero soy incapaz. Ya no habrá más charlas sobre cualquier cosa, ya no habrá más

sonrisas, más besos.

—Audrey —me llama Mackenzie de nuevo, echando a andar hacia mí.

—Adiós, Mackenzie —la freno en un murmuro lleno de lágrimas y, con el paso acelerado, me dirijo a

mi edificio.

En cuanto la puerta de mi apartamento se cierra, me dejo caer contra la madera y comienzo a llorar

desconsolada. No puedo más.

En ese preciso instante llaman y el corazón me da un vuelco. Una parte de mí ha vuelto a ilusionarse

de golpe pensando en la posibilidad de que sea Colin. La otra apunta que, aunque sea él, nada ha

cambiado y tendríamos que separarnos otra vez. Y ninguna de las dos puede parar de llorar.

—Vamos, Audrey, abre. Soy yo, Arizona.

Me separo inmediatamente de la puerta y me seco las lágrimas con el reverso de las manos a la vez

que me obligo a respirar hondo.

—¿Max está contigo? —pregunto esforzándome en dejar de parecer la chica más triste del mundo.

No quiero que me vea así.

—No, se ha quedado en casa de mi madre. Mackenzie me ha llamado. ¿Qué ha pasado?

Abro y su expresión lo dice todo. Yo no quiero preocuparla más, pero, aunque lucho con todas mis

fuerzas, no tardo más de diez segundos en volver a soltar un puchero y empezar a sollozar como una

idiota. La chica más triste del mundo ha vuelto.

—¿Qué ha pasado? —repite Arizona.

Cabeceo y me adentro en mi salón. Ella cierra la puerta y me sigue.

—Han ocurrido muchas cosas —me sincero.

Ni siquiera me veo capaz de contarle toda la historia.

—¿Estás así por la empresa?

—No.

—¿Por Steven?

—No.

—¿Por Griffin? —inquiere por tercera vez, con algo de incredulidad.

—Me he acostado con Colin —estallo.

—¿Qué?

Me mira increíblemente sorprendida y yo enarco las cejas.

—Bueno —añade rápidamente—, pero eso no tiene por qué ser malo.

—Nos seguimos acostando —replico—, muchas veces, y me he enamorado de él. Ayer descubrió que

tengo un hijo y hoy habíamos decidido intentarlo... hasta que lo he encontrado en casa de Mackenzie

porque él es el chico misterioso con el que se veía —comienzo a sollozar de nuevo—. Y le he dicho que

no podíamos seguir juntos, y me ha pedido que me marche con él, pero yo no puedo... no puedo, Arizona.

Y lo quiero y acabo de echarlo de mi vida y sólo quiero que vuelva.

Rompo a llorar definitivamente. No puedo más. Arizona camina hasta mí y me abraza con fuerza. Su

cara de sorpresa absoluta ha ido cambiando hasta parecer tan triste como Mackenzie y como yo. Estoy a

punto de preguntarle si ella también se ha acostado con Colin.

—Tranquila, pequeña —trata de calmarme.

—Deberías ir con Mackenzie —le pido, separándome—. Por favor, ve con ella.

Arizona me chista, camina hasta mi nevera, saca dos cervezas y me tiende una.

—Mackenzie viene para acá, porque las dos necesitáis a vuestras dos mejores amigas.

Por supuesto que la necesito, pero no estoy segura de que yo sea su persona favorita ahora mismo.

—A lo mejor no quiere verme —planteo entre sollozos, apretando con fuerza la cerveza aún cerrada.

—¿Tú quieres verla a ella?

—Claro que sí —respondo sin asomo de dudas.

Subí a casa porque era incapaz de respirar, porque necesitaba huir y ni siquiera sabía dónde hacerlo.

Arizona sonríe.

—Pues ya tienes tu respuesta —sentencia.

Mackenzie no tarda en llegar. Ya no la llamo Saint Lake City. Creo que, si hubiese pronunciado

alguna vez su nombre delante de Colin, nos habríamos evitado muchos problemas o quizá las dos

estaríamos llorando, como ahora. Entre balbuceos, le explico todo lo que ya sabe: que yo no sabía que

ella se veía con Colin y que he roto con él porque lo quiero pero no puedo perder a mi familia otra vez.

Lo único que recuerdo de la noche anterior son golpes, el sabor metálico de la sangre en mi boca y los ojos de Audrey mientras me decía que se había enamorado de mí. Me llevo el botellín a los labios. El sol pretende entrar por los ventanales, pero choca con las cortinas de diseño.

Todo está en penumbra. Hoy es la primera mañana desde que fundamos la empresa que no he ido a trabajar. Da igual en la cama de qué chica me despertase o cuántas hubiese en la mía, incluso aunque hubiese acabado en comisaría, me daba una ducha y me iba al trabajo. Hoy me

parecía una pérdida de tiempo.

Es cómico cómo tu vida puede cambiar del blanco al negro en un jodido segundo. Doy otro trago. Me duelen las costillas cada vez que

respiro, pero no me permito hacer el más mínimo gesto. La he jodido. Yo le pedí que confiara en mí veinticuatro horas después de haberme acostado con su mejor amiga. Por eso no puedes dejar entrar a nadie en tu vida. Ahora he aprendido una lección que creía tener clarísima. No se trata de que puedan hacerte daño. Se trata de que, cuando pones todo lo que eres en manos de otro, pierdes el control y ni tú ni esa persona tenéis la más mínima idea de cuándo los dos acabaréis dándoos de bruces contra el suelo, jodidos hasta quedar hechos polvo.

Me recuerdo a mí mismo diciendo que era una casualidad que vivieran en la misma calle, y lo inconsciente que fui al no atar cabos cuando Audrey me dijo que una de sus mejores amigas vivía en el edificio contiguo al suyo. ¿Cómo iba siquiera a imaginármelo?

Llaman a la puerta. No me muevo del sofá. Apoyo la cerveza contra mis vaqueros y pierdo la mirada en el botellín. Ayer Audrey era la

chica más triste que he visto en todos los días de mi vida. Por eso me marché. Ella no se merece sufrir y yo necesito protegerla, saber que está a salvo del maldito mundo.

Llaman más fuerte. Doy otro trago. Aprieto los dientes. Siento cada golpe. Siento cada lágrima que resbaló por su mejilla.

—Abre, Colin —oigo la voz de Jackson al otro lado, pero no contesto —. Si crees que hay una versión de esto en la que me doy media

vuelta y me largo sin haberte visto la cara, estás muy equivocado.

Sigo en silencio. Por mí puede quedarse ahí todo el condenado día.

—Abre, joder —contraataca—. He hablado con Audrey.

Miro hacia la puerta y me levanto de un salto. ¿Cuándo la ha visto? ¿Está bien? ¿Necesita algo? Ahora mismo no puedo pensar en otra

cosa.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto arisco en cuanto abro.

—Pero ¿qué coño...? —se queja al verme la ceja rota y el labio partido.

—No es tu puto problema —replico—. ¿Audrey está bien? —inquiero igual de malhumorado, pero aún más acelerado.

Mi amigo me ignora estoicamente y entra.

—Jackson, joder —rujo.

—No he hablado con ella —confiesa deteniéndose en el centro de mi salón y mirándome sin ningún remordimiento—. Sólo lo he dicho

para que me dejaras pasar.

Yo mascullo un juramento ininteligible entre dientes y paso a su lado con cara de pocos amigos.

—Lárgate.

—De eso nada —me desafía—. Vas a contarme qué pasó ayer.

—¿No tienes nada que hacer con Lara? —protesto arisco—. ¿No tenéis que ir a follar como locos y tener un montón de críos?

Todas las cosas que yo ya no podré hacer con Audrey porque soy un maldito gilipollas. Analizo mis propios pensamientos y cabeceo frustrado y enfadado a la vez que me dejo caer en el sofá. Críos, jamás me había planteado tenerlos hasta hace cinco putos segundos.

—¿Y tú? —replica frío—. ¿No deberías estar haciendo eso mismo con Audrey?

—Vete a la mierda.

—Y tú crece de una puta vez —me espeta sin ninguna amabilidad—. Ya no tienes diecisiete años. ¿Qué crees que ganas partiéndote la

cara en un bar?

—Déjame en paz, Jackson —mascullo levantándome y echando a andar sin ningún rumbo concreto. Sólo quiero alejarme de él.

—No, explícamelo —me sigue—, porque estoy deseando saber qué consigues haciéndolo.

—Jackson —siseo.

No estoy de humor, joder.

—Contéstame —ruge.

—¡Dejar de pensar! ¡Dejar de darle vueltas a que lo he jodido con la única chica a la que he querido en toda mi maldita vida!

Jackson se queda muy callado, observándome, y de pronto me siento incómodo, extraño, violento. La quiero, joder. Esa presión bajo mis

costillas de golpe adquiere un nombre y todo mi mundo cae destrozado a mis jodidos pies.

—¿Qué ha pasado, Colin? —pregunta más sereno, como si mi confesión hiciera más transparentes toda mi rabia y mi dolor.

—Mackenzie es su mejor amiga —me rindo.

No quiero hablar, pero negarlo tampoco servirá de nada.

—¿Qué?

Supongo que nadie se vio venir ese golpe.

—Ayer fui a casa de Mackenzie. Sólo quería asegurarme de que estaba bien —añado a la defensiva— y Audrey apareció. Acabamos

discutiendo en mitad de la calle. Esa misma mañana habíamos decidido intentarlo. Ella iba a hablar con su hijo.

—¿Tiene un crío? —pregunta confuso.

—Sí, tiene diez años.

Jackson asiente y se lleva la mano a la barbilla, tratando de analizar toda la situación.

—Sé que es complicado, pero todavía puedes hablar con ella.

—No —sentencio—. Ya cometí el error de pensar que podría hacer que las cosas funcionaran y ella está sufriendo. No pienso permitir

que nada vuelva a hacerle daño.

Sólo quiero protegerla.

Algo en la mirada de Jackson cambia y se llena de una suave condescendencia, una cosa realmente difícil de ver en él. Es jodidamente

frío y por eso precisamente no es condescendiente; para él, las cosas son como son, no tiene ningún sentido llorar por lo que no puedes tener o arreglar, y mostrar compasión, por ese motivo, es una pérdida de tiempo.

—Si crees que a estas alturas tienes alguna posibilidad de mantenerte alejado de ella, es que eres más gilipollas de lo que piensas.

—Y precisamente tú me lo dices —mascullo—. Tú echaste a Lara del trabajo y de tu vida porque decidiste que era lo mejor.

—¿Y crees que funcionó un solo segundo?

—Pues a mí tendrá que funcionarme.

Tengo que conseguir que funcione. No hay otra posibilidad.

—Colin, la quieres, y eso no tiene vuelta atrás. Puedes intentar mantenerte alejado de ella, luchar, pero va a ser como intentar frenar un maldito huracán con las palmas de las manos. Sobre todo cuando habría que ser muy estúpido para no darse cuenta de que ella también está enamorada de ti.

Esas seis últimas palabras me sacuden y automáticamente recuerdo a Audrey pronunciándolas en mitad de la calle llena de nieve, mirándome a los ojos y encogiéndose de hombros, como si escucharla decir justamente eso me molestase. Estaba jodidamente equivocada.

—Me voy a Portland en el primer vuelo —digo fingiendo que no lo he oído, que hacerlo no me ha dolido como me han dolido pocas cosas

en mi vida—. Tendréis que ocuparos de Cunningham Media.

Con la última frase echo a andar hacia mi habitación. Jackson me llama, pero no me detengo, ni siquiera contesto. Está todo decidido.

Un par de minutos después, lo oigo hablar con su secretaria para que me reserve un billete en primera para el primer vuelo disponible. Él también lo tiene claro.

Poco después de seis horas, llego al Aeropuerto Internacional de Portland. Sólo estaré aquí unos días, pero es la mejor decisión que podía tomar. Si veo a Audrey, querré tocarla, besarla, estar con ella, y tengo demasiado claro cómo acabaría esa situación.

Me monto en un taxi y, mientras espero a que el conductor se incorpore al tráfico, una mezcla de nostalgia y todo tipo de recuerdos van

apoderándose de mí. Con mis abuelos y mi tía Annie fui feliz. Los billares y las peleas fueron por culpa de mi padre. Me lo habría puesto infinitamente más fácil si hubiese decidido desaparecer del todo, como hizo mi madre.

Con un simple vistazo desde la carretera interestatal 205 pueden verse las diferencias entre Portland, una de las ciudades más importantes del noroeste del país, y Portland Este, uno de los barrios más pobres. Desde crío tienes la suerte marcada dependiendo de a qué lado de la interestatal nazcas, y no hablo sólo de ricos y pobres. Si naces en Portland Este, tienes pocas oportunidades y las que hay, desde luego, tienes que ganártelas a pulso.

Cuando el coche toma la calle Pine, una sonrisa algo apagada se escapa de mis labios. Sigue exactamente igual, con las casas de paneles

prefabricados y las vigas de metal pintadas en tonos marrones y un suave rojo.

Pago la carrera, me bajo y camino hasta la puerta mirando a mi alrededor, reconociendo cada árbol, cada pequeño desconchón en el muro.

—Hola —saludo al aire al entrar.

Oigo un ruido en la cocina, un par más e inmediatamente mi abuela Sally sale a mi encuentro.

—Cariño —me llama emocionada, antes de abrazarme con fuerza—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo ha ido el viaje? Qué bien que ya estés aquí

—sentencia sin dejarme contestar ninguna pregunta.

Al separarnos, entrecierra los ojos y me observa estudiando cada centímetro de mi cara. Frunce los labios con desaprobación cuando ve

las marcas de mi última pelea. Yo trago saliva y mantengo el tipo. Ahora mismo está decidiendo si he venido huyendo de algo o si realmente lo he hecho porque tenía ganas de verla, como le dije por teléfono cuando la llame antes de coger el vuelo. Le hacía lo mismo a mi abuelo cuando se enteraba de que había tenido algún problema. Ella ya sabía lo que había pasado, pero quería descubrir si él estaba dispuesto a contárselo.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, Nana —respondo obligándome a poner mi mejor sonrisa—, pero echaba de menos a la mejor abuela del mundo.

—Colin Fitzgerald —se queja—, sabes que tus zalamerías y esa sonrisa no funcionan conmigo.

Mi gesto se ensancha.

—Yo creo que un poco sí —respondo sin ningún remordimiento.

Ella frunce los labios, pero no tiene más remedio que echarse a reír.

—¡Colin! —me llama mi tía Annie, saliendo también de la cocina.

Nos abrazamos, pero unos pasos bajando la escalera me distraen.

—¿Arielle? —pregunto incrédulo—. ¿Cuándo has crecido tanto?

—Ya tengo diecisiete años —refunfuña.

—Cállate —protesto con una sonrisa, tirando de ella para darle un abrazo—. Estás enorme.

Cuando vine a vivir con mis abuelos, tenía ocho años y mi tía Annie, doce. Seis años después, el gilipollas de Bob Davenport la dejó embarazada y tuvo una hija, Arielle. En realidad somos primos, pero para mí siempre ha sido mi hermanita pequeña.

Nana nos manda a todos a la cocina para poder seguir vigilando el

asado que tiene en el horno. Obedecemos y nos acomodamos en la mesa redonda que hay junto a una de las paredes. Yo miro el desvencijado mueble y tuerzo el gesto. Le mando dinero a mi abuela todos los meses, y también le he repetido hasta la saciedad que puedo comprarle todo lo que necesite, incluso le regalé una casa al otro lado de la interestatal, pero no hubo manera de que la aceptara. Es la mujer más testaruda que conozco, aunque Audrey no se queda atrás en ese sentido. Sonrío e inmediatamente el gesto se desvanece.

Nada de dramatismos, Fitzgerald.

—¿Qué tal la universidad? —le pregunto a Arielle con la clara intención de distraerme.

—Genial —responde entusiasmada—. Es un sitio increíble.

—Hablando de eso... —interviene mi tía.

—Hablando, ¿de qué? —la interrumpo socarrón. Sé perfectamente lo que va a decirme.

Ella aprieta los labios, tratando de contener una sonrisa.

—No tendrías que haberte hecho cargo de su préstamo universitario.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —replico.

—Porque es mi responsabilidad.

—También es la mía —sentencio sin asomo de dudas—. Además, recordé que no le había hecho ningún regalo por su cumpleaños.

Le guiño un ojo a la pequeña Arielle, que ya no es tan pequeña —joder, cómo ha crecido—, y ella sonríe. De pronto una idea pasa por mi

cabeza y la atrapo al vuelo.

—Nada de novios —le advierto—. Todos los hombres son unos cabronazos.

Tiene que concentrarse en terminar la universidad, convertirse en neurocirujana o ingeniera aeroespacial, llegar a lo más alto en un buen trabajo para Google o la NASA y entonces, aproximadamente a los cuarenta y dos años, plantearse tener un novio.

—Esa boca —me reprende Nana sin volverse.

—Colin —se queja Arielle con una boba sonrisa.

—Oh, por Dios —me lamento. Sé perfectamente por qué una chica pone esa sonrisa—. ¿Cómo se llama el gilipollas?

—Colin —vuelve a reñirme mi abuela.

La sonrisa de Arielle se ensancha a la vez que me dice:

—Se llama Landon y no es ningún... —Mira de reojo a Nana, que está removiendo lo que sea que tiene en el fuego.

—Es muy rápida con la pala de madera —bromeo.

—Colin Fitzgerald, te he oído —protesta mi abuela.

Sonrío y vuelvo a centrarme en mi hermanita.

—¿Va a la universidad contigo? —pregunto.

—Sí. Vive en el campus, pero sus padres son de Nob Hill, cerca del Wallace City Park.

Justo lo que quería oír: un niño de familia bien de Portland que se asuste sólo con oír el barrio del que venimos. Eso me facilita muchísimo las cosas.

Me cruzo de brazos sobre la mesa y me inclino suavemente sobre la madera.

—Dile a Landon que todavía tengo muchos amigos en Portland Este —comento con la voz amenazadoramente suave— y todos saben

dónde cavar una tumba sin que nadie haga preguntas.

—¡Colin! —se quejan madre e hija.

Me importa bastante poco. Sólo tiene diecisiete años y ya hay por ahí un gilipollas que quiere ponerle las manos encima.

—¿Y tú no vas a decir nada, Nana? —se queja Arielle.

—No tengo nada que decir —responde con su voz serena, encogiéndose de hombros y sin girarse hacia nosotros—. Conozco a todos los

padres de los que él conoce. Me fio de las tumbas que cavan.

Arielle la mira al borde del colapso mientras su madre lucha por no sonreír y yo lo hago abiertamente.

—Ésa es mi chica —comento satisfecho.

Annie pone los ojos en blanco otra vez, conteniendo una sonrisa. Arielle me fulmina con la mirada y, viendo que no funciona, acaba haciéndome un mohín. Ese simple gesto me hiela la sangre porque, de pronto, sin ni siquiera verlo venir, la recuerdo a ella.

Joder.

Me humedezco el labio inferior, me levanto y me dirijo a la nevera, luchando contra todo lo que ahora mismo me está arrasando por dentro. Necesito saber cómo está. Aprieto los puños, conteniéndome para no salir de aquí y llamarla.

Contrólate de una maldita vez, Fitzgerald.

—Colin —me llama mi abuela, sacándome de mi ensoñación—, trae la ensalada de pollo del frigorífico. Te prepararé un sándwich.

Debes de tener hambre.

Me concentro en esa idea para escapar de todo lo demás y abro la nevera. La puerta se atranca y tengo que tirar con fuerza. Recuerdo

cuando mi abuelo Tom compró este frigorífico. Yo tenía diez años. Ahora que lo pienso, todos los muebles de esta casa deben de ser más o menos de esa época.

—Mañana por la mañana podríamos ir a hacer unos recados —comento sacando el bol con la ensalada, dejándolo en la encimera y apoyándome de espaldas contra el granito al lado de Nana.

Ella alza la cabeza, me mira perspicaz un segundo y vuelve a concentrarse en remover la comida.

—No vas a comprarme una nevera nueva, Colin Fitzgerald.

—En realidad, había pensado en una casa nueva —respondo socarrón.

—Tú nunca te rindes, ¿verdad? —inquiere ladeando la cabeza.

—Deberías saberlo —sonrío burlón—. Tú me criaste.

Mi abuela frunce los labios y me golpea con la pala. Cuando me quejo

llevándome la mano al brazo, casi al hombro, ella sonríe.

—No te quejes. Ya sabes que soy rápida —sentencia orgullosa.

Mi abuela me obliga a comerme el sándwich de pollo y, al enterarse de que no probé bocado en el avión, como ya imaginé que pasaría,

me obliga a comer también un plato de estofado de ternera y pastel de manzana con nata de postre.

Después de fregar los platos con mi tía Annie, subo a mi antigua habitación. Enciendo la tibia luz de la lámpara del escritorio y sonrío al ver que todo sigue exactamente igual que hace nueve años. Paso los dedos por los libros de la estantería, por los cómics, y mi sonrisa se ensancha al ver mi viejo balón de rugby.

Quiero que Nana acepte de una vez que le compre una casa en un barrio mejor y llevarse a Annie y Arielle con ella, pero también entiendo por qué quiere quedarse aquí. Esta casa está llena de buenos recuerdos, de mi abuelo. Supongo que, si algún día consiguiese que se mudase, yo también echaría de menos este sitio.

Apoyo la espalda en el cabecero y estiro las piernas a lo largo del colchón. Ahora mismo son las diez en Nueva York. Jackson y Donovan deben de estar a punto de salir de Cunningham Media y probablemente hayan terminado ya la auditoría.

Me saco el iPhone del bolsillo de los vaqueros para llamarlos, pero, justo antes de marcar, me freno en seco. Audrey también debe saber

ya que me he marchado y he dejado el trabajo en manos de los chicos, o quizá no lo sepa porque hoy no haya ido a trabajar. La imagino llorando sola en su apartamento y todo mi cuerpo se tensa de pura rabia.

Agarro el teléfono con fuerza y, antes de que pueda pensarlo con claridad, deslizo el dedo por la pantalla y la llamo. Me convenzo de que sólo lo hago para saber si está bien, si necesita algo.

El corazón me late con tanta fuerza que va a partirme las putas costillas. Aprieto la mandíbula y me concentro en oír los tonos. Al tercero, descuelgan.

Todo se queda en silencio y tengo la sensación de que el maldito mundo ha dejado de girar.

—Hola.

Su voz suena triste, apagada. Debería colgar. Debería dejarla en paz. Vine aquí para mantenerme alejado de ella. ¿Por qué no puedo hacerlo, joder?

—Hola —respondo.

Audrey calla un segundo y coge aire al otro lado de la línea.

—Jackson me ha dicho que te has marchado a Portland.

—Sí, era lo mejor. Además, tenía algunas cosas que solucionar por aquí.

—Me cuesta trabajo imaginarte en cualquier otra ciudad que no sea Nueva York —suelta de pronto—. No es porque te haya conocido

aquí, es que de verdad creo que es tu ciudad, como si la hubiesen diseñado para ti... No quiero decir que construyeran la ciudad por ti —

rectifica rápidamente—, eso es una estupidez demasiado grande incluso para mí. Me refiero a que te pega... —Lo piensa un instante—. Sólo la parte buena... y también la mala, pero desde una perspectiva buena, todo depende de cómo miremos cada detalle, ¿no?

Se frena y resopla, y yo sonrío de verdad prácticamente por primera vez en todo el día.

—Me cuesta trabajo imaginarte en otra ciudad, eso es todo —concluye tratando de restarle importancia a todo lo demás—. Incluso me

sorprendió cuando me dijiste que estudiaste el máster allí.

—Volví a Portland porque mi abuelo estaba enfermo. Murió unos meses después, pero me alegro de haber pasado sus últimos días con él.

—Estoy segura de que a él también le gustó tenerte cerca.

Echo la cabeza hacia atrás hasta chocarla contra la pared. Por un momento los dos guardamos silencio. No sé si esta llamada ha sido una

malísima idea o lo único capaz de hacerme respirar.

—Siempre estaba enfadado —recuerdo con una sonrisa—. Sólo se lo veía contento cuando mi abuela estaba cerca. La quería como un

loco.

—Me encantaría conocer a tu abuela y ver tu casa. Ver cómo fue el sitio donde creciste.

—¿Estás segura? —replico socarrón—. Es un sitio muy peligroso. Nada más llegar he tenido que amenazar a un tal Landon.

—¿Quién es Landon? —inquiere curiosa.

—El novio de mi prima Arielle. Es como mi hermana pequeña y de pronto ha cumplido diecisiete años —protesto.

Lo pienso y me pongo de mal humor.

—Probablemente antes cumpliera dieciséis y antes quince —replica, claramente riéndose de mí.

—Qué perspicaz, Dempsey.

—Es que estás perdiendo facultades, Fitzgerald —contesta impertinente—. Te quitan los trajes de tres piezas y ya no eres tan inteligente.

—¿Cómo sabes que no llevo uno puesto ahora mismo?

Estoy casi seguro de que a eso de ser insolente no me gana nadie.

—Estás en Portland Este, *bro* —comienza a decir imitando a los pandilleros de las películas de Spike Lee, pero, antes de poder decir una frase más, rompe a reír, encantada con su propia broma.

—¿Alguna vez has visto a un irlandés pandillero?

—¿Es porque no aceptan pelirrojos en las pandillas?

—Y nos quita demasiado tiempo para beber.

Audrey rompe a reír. El destartalado sonido atraviesa el teléfono y me calienta por dentro. Es increíble la facilidad con la que simplemente hemos vuelto a ser ella y yo. Sé que Audrey también se ha dado cuenta, porque sus carcajadas se detienen suavemente y un cómodo y

tenue silencio invade de nuevo todo el espacio entre los dos.

—Te echo de menos, Colin —murmura.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones despacio.

—Y yo a ti, Niña Buena —no te haces una jodida idea de cuánto—, pero necesito saber que estás bien.

Necesito saber que estás a salvo, que nada va a hacerte sufrir, que vas a ser feliz.

Audrey suspira, tratando de esconder sin ningún éxito un sollozo.

—Colin...

—Será mejor que intentes dormir.

Ella vuelve a suspirar. Sé que era lo último que quería escuchar, pero las cosas son como son y ahora más que nunca tengo que ser fuerte por los dos.

—Sí, será lo mejor —repite sin ninguna convicción—. Buenas noches, Colin.

—Buenas noches, Audrey.

Cuelgo. Las ganas de meterme en una pelea aumentan hasta el jodido infinito. Me quedo mirando el teléfono, intentando aferrarme a una

maldita idea que me mantenga aquí y ahora, que me calme, pero, sin que pueda controlarlo, el recuerdo de mis manos en su piel se hace cristalino, la manera en la que mi cuerpo encajaba con el suyo. Quiero estar con ella, quiero tenerla debajo de mí, quiero sentirla.

¡Joder!

Lanzo el *smartphone* con rabia contra la pared y cae al suelo desmontado. Me paso las manos por el pelo casi desesperado. La echo de menos, maldita sea. Echo de menos estar con ella. Una parte de mí no para de gritarme que luche, que puedo estar con Audrey, que podemos ser felices, pero, en realidad, no podemos. El amor no siempre es suficiente. Las manos me arden. Pienso en Audrey, en cómo me dijo que

estaba enamorada de mí, en que yo también lo estoy de ella y, sin embargo, he tenido que montarme en un avión y alejarme más de

cuatro mil kilómetros porque no puedo permitirme estar cerca.

Me levanto como un resorte y salgo de la habitación. El amor no es suficiente. El amor es un asco, joder. Te cambia tu vida y, por mucho que luches, nunca podrás volver al punto de partida.

Bajo las escaleras, rescato mi marinero del perchero y salgo. La acera mojada resuena bajo mis pies y una suave llovizna me empapa en

cuestión de segundos.

Audrey es lo único que me importa y nunca podré volver a tocarla, a verla dormir, gemir, sonreír en mi cama.

Giro las manzanas por inercia, como si mi cuerpo supiese perfectamente dónde tiene que llevarme. Un par de minutos después, estoy delante del mugriento bar del barrio. También sigue igual que hace nueve años y probablemente también encuentre lo mismo que encontré la última vez que estuve aquí.

Empujo la puerta. El local está casi en penumbra; supongo que ninguno de los que están aquí tiene demasiado interés en ver la cara de los demás. La voz de Caleb Followill cantando *Wait for me*[16] se mezcla con el zumbido de una vieja televisión que retransmite un partido de los Seattle Seahawks.

Me siento en uno de los taburetes y me pido un whisky. El camarero me mira, pero no me dice nada. Sabe de sobra quién soy. Todos en

el barrio conocían a mi abuelo Tom. Más de trescientas personas fueron a su funeral. Esa noche también acabé aquí. Recordar ese día no me ayuda y la rabia se entremezcla con la que ya siento, haciéndose casi insoportable.

Un hombre me mira desde el otro lado de la barra. No le presto atención.

Si las cosas no hubiesen salido como salieron, ahora tendría a Audrey en mi apartamento. Estaríamos haciendo planes. La estaría besando, acariciando... La presión bajo las costillas vuelve, la sangre corre de prisa, todo mi cuerpo se tensa. Al fondo, jugando al billar, hay dos tíos con cara de pocos amigos. Perfecto.

Me bebo la copa de un trago y me levanto. Camino hacia ellos.

Habríamos sido una familia con Max. Habríamos tenido más críos.

Una niña preciosa como ella.

Cierro los puños con fuerza.

Habríamos sido felices.

Dejo de pensar.

—Colin.

Una voz demasiado familiar me llama; por un momento estoy completamente convencido de que ha sido mi abuelo. Me giro hacia el sonido y camino un par de pasos en su dirección, hacia la barra.

La tensión se recrudece. Tendría que haber imaginado que estaría aquí.

—¿Tanto tiempo ha pasado que ya no reconoces a tu padre? —me pregunta.

Ojalá no fuese capaz de reconocerlo.

—Ponle un whisky —le pide al camarero.

—No —me adelanto mirando al hombre—. No pienso tomarme nada contigo —sentencio volviendo la vista hacia mi padre.

—Por supuesto —contraataca llevándose la copa a los labios—, es mucho mejor pelearse con esos dos desgraciados.

—¿Y a ti qué coño te importa? —replico arisco.

—Eres mi hijo —responde endureciendo su tono—. Claro que me importa.

Yo sonrío fugazmente y, furioso, emito un resoplido aún más breve. Ni siquiera me molesto en contestarle. No se lo merece.

—La abuela Sally me llamó para decirme que vendrías. Pensaba ir a verte mañana.

—No te molestes —le dejo claro, distante mirando a mi alrededor.

Ya ni siquiera quiero estar aquí.

—Pues entonces tómate esa copa conmigo —insiste.

—He dicho que no —sentencio con la voz amenazadoramente suave.

Estoy cansado de esto. No pienso fingir que quiero pasar tiempo con él o que me alegra que él quiera hacerlo conmigo entre borrachera y

borrachera. No lo hacía con quince años y tampoco pienso hacerlo ahora.

Giro sobre mis pasos, dispuesto a marcharme.

—Parece que nos parecemos más de lo que crees, los dos seguimos necesitando tener un bar cerca —comenta consiguiendo que me detenga de nuevo—. Tienes la cara hecha un puto desastre. Pensé que, desde que vivías en Nueva York, te habías convertido en un hombre

de provecho.

—Y, si ha sido así, desde luego no es gracias a ti —respondo girándome.

—Hice lo que pude —replica con la mirada clavada en su vaso de bourbon.

—Joder —bufo con una sonrisa sardónica y dura en los labios—. Sí, señor, a eso se le llama ser indulgente.

¿Cómo siquiera puede imaginar que hizo algo por mí?

—Hice lo que pude —repite.

No puedo más, joder.

—¿Y qué tal haberme dicho «no te preocupes, chaval, todo irá bien, yo cuidaré de ti»? —estallo distante y displicente—. ¿Qué tal no haber dejado que la abuela Sally y el abuelo Tom me criaran? ¿Te haces una idea de lo que significa para un crío de ocho años ver a su padre caerse una y otra vez y no levantarse nunca? —Doy un paso hacia él —. Yo no soy igual que tú, porque no quiero ser igual que tú. No pienso permitir que nadie entre en mi vida porque es mía, y lo único que he aprendido de ti es que, si te destrozan el corazón, ya no vales nada.

Me equivoqué al pensar que Audrey y yo podríamos ser felices. Nunca sale bien.

—Siento que pienses así, hijo.

—No te preocupes, no necesito que lo sientas.

No necesito su compasión por la mierda de padre que ha sido.

—No me has entendido —me interrumpe—. Me das pena. Puede que yo me haya pasado los últimos veinticuatro años echando de menos a tu madre y siento muchísimo si dejé de ser el padre que te merecías, pero jamás me arrepentiré de haberla querido. Acabó mal, pero alguna vez tuve algo sencillamente increíble, maravilloso, incluso un poco perfecto, y de todo eso me tocó el maldito premio gordo porque te tuve a ti. Si no dejas entrar a nadie, vas a perderte muchas cosas buenas. Es como estar muerto de frío y de pronto encontrar el calor más

perfecto del mundo. Duele. Joder, duele muchísimo, pero, aunque lleve doliendo veinticuatro años, también compensa. Lo siento, siento haber dejado que tus abuelos se ocupasen de ti, no haber sido el padre que debía ser, pero, sobre todo, ahora, siento pena por ti.

Me quedo inmóvil, con la mirada clavada en él. Exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones mientras dejo que sus palabras me sacudan, que se entremezclen con las que dijo Jackson justo antes de soltarle que me marchaba a Portland, con todo lo que siento por Audrey.

Yo no soy como él, joder, me niego a serlo, y algún día todo lo que siento por ella dejará de doler.

—Ya te lo he dicho, no lo necesito —contesto.

Me vuelvo de nuevo y echo a andar hacia la puerta.

—¿Cómo se llama la chica? —pregunta mi padre.

Me paro, pero no me giro.

—Audrey —respondo, y salgo del local.

Y otra vez todo mi mundo vuelve a estallar en pedazos.

No tengo ningún interés en regresar a casa, pero tampoco quiero preocupar a mi abuela cuando no llevo ni veinticuatro horas aquí. Entro

procurando no hacer ruido y me asomo al salón, donde suena la tele. La tía Annie está sentada en el sofá viendo una reposición de

«Saturday Night Life» en la NBC. Arielle se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en su regazo. Yo las observo un momento e inmediatamente mi

tía repara en mi presencia.

—Hola —susurra para no despertar a Ari.

—Subo a dormir —respondo imitando su tono y señalando a mi espalda—. ¿Nana está bien?

—Un poco preocupada —se sincera con una sonrisa—, pero nada grave. La he convencido para que subiese a dormir. Le he dicho que

yo te esperaría. ¿Tú estás bien?

—Sí —me apresuro a contestar.

—Mentiroso —replica sin que la sonrisa la abandone.

Le devuelvo el gesto a modo de respuesta y subo a mi cuarto. Hoy ya he tenido suficientes charlas profundas sobre mi vida.

Tumbado en la cama, aunque es lo último que quiero, comienzo a darle vueltas a todo... a mi abuelo, a mi padre, a por qué estoy en Portland, a Audrey. Desde que la conocí, supe que cada paso con ella sería una lucha, pero al mismo tiempo era extrañamente fácil, como si, que se convirtiera en la persona más importante de mi vida, fuera exactamente lo que tuviese que pasar. ¿Por qué tuvo que joderse todo? ¿Por qué tuve que perderla?

La luz del sol me molesta. Me giro en la cama, pero es inútil. No he podido dormir en toda la noche y tampoco voy a poder hacerlo ahora.

Resignado, malhumorado y un par de cosas más, me levanto y me sacudo los vaqueros con las palmas de las manos. Ni siquiera me molesté en desvestirme para acostarme. Lo mejor será que salga a correr. Necesito despejar la mente.

Con la siguiente pisada, mi pie tropieza con una pieza de plástico. Bajo la mirada y tuerzo el gesto al ver mi *smartphone* por piezas en el suelo. Las recojo, me siento en el borde de la cama y, paciente, vuelvo a montarlo.

Pulso el único botón del teléfono y, tras unos segundos, el móvil se ilumina. Tan pronto como se carga, el icono de *emails* vibra. Es un correo de Jackson.

De: Jackson Colton

Enviado: 16/02/2016 19.26

Para: Colin Fitzgerald

Asunto: Cunningham Media

Hemos terminado la auditoría. Todo ha salido como esperábamos, pero Hamilton insiste en desmantelar la empresa. Ni siquiera acepta

oír hablar de otras posibilidades.

Deberías volver.

Tuerzo el gesto y resoplo. Cunningham Media es muy importante para Audrey. No pienso permitir que el imbécil de Hamilton la haga cenizas. Reservo el primer vuelo de vuelta a Nueva York y me meto en la ducha. Sé que a Nana no va a hacerle la más mínima gracias haberme tenido aquí poco más de doce horas, pero no puedo dejar que Audrey pierda nada más.

Cuando me ve bajar con el pelo húmedo revuelto y la maleta y el marinero en la mano, mi abuela deja de limpiar el aparador de la entrada y resopla, hinchando y vaciando su pecho.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa contigo, Colin Fitzgerald?

—He llamado un taxi para que me lleve al aeropuerto —anuncio

dejando el equipaje sobre uno de los escalones—. Tengo que marcharme, Nana.

—Dirás que quieres marcharte —replica malhumorada.

—Es algo importante. Es trabajo.

—Tonterías. Puede que sea vieja —me advierte amenazándome con el dedo—, pero no soy ninguna estúpida. No te vas por trabajo, igual

que no viniste sólo a verme.

Yo cabeceo y suspiro. Esta mujer es incasable.

—¿Cuántas veces necesitas preguntármelo para creerme? —contraataco impaciente—. Estoy bien.

—¿Por eso te peleaste en New York con Dios sabe quién o por eso fuiste ayer al bar de Earl Johnson para hacerlo otra vez?

Abro la boca dispuesto a responder, pero no se me ocurre nada, así que acabo cerrándola. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla, hasta que finalmente suspiro exasperado.

—Algunas cosas no han salido como esperaba —me sincero a medias.

Mi impaciencia aumenta y se refleja en mi voz.

Nana enarca las cejas displicente.

—¿Y cómo se llama esa «algunas cosas»?

Me humedezco el labio inferior, manteniéndole la mirada. No quiero hablar de Audrey.

—Tengo que irme, Nana —sentencio.

La quiero y lo último que deseo es preocuparla, pero no voy a sentarme a hablar tranquilamente de todo lo que ha pasado. No quiero y

tampoco es una opción.

—De crío no lo pasaste bien —empieza a decir vehemente —. Todos decían que acabarías como tu padre, pero tu abuelo y yo luchamos

y nos esforzamos día a día, y yo recé como una condenada cada noche

y al final creo que has salido bastante decente.

—Nana...

—Así que explícame de una maldita vez por qué has venido a esconderte —me interrumpe.

—Yo no he venido a esconderme —me defiendo malhumorado.

—Oh, claro que sí —me reta llevándose las manos, incluida la que aún conserva el trapo con el que limpiaba, a las caderas.

—No se trata de eso, pero necesitaba poner distancia con... —me freno justo antes de pronunciar su nombre y mi abuela sonríe con malicia —... algunas situaciones.

—A eso se le llama esconderse —sentencia.

Resoplo exasperado y me froto los ojos con las palmas de las manos. Ocultarle algo es como luchar en la Guerra de los cien años.

—¿Qué quieres que te diga? —protesto de nuevo—. La jodí, le hice daño, y ella no va a perdonarme.

Acabo de perder la batalla.

—Quiero que me digas que vas a luchar, que la vas a recuperar. Tienes treinta y dos años y llevas demasiado tiempo impidiendo que nadie entre en tu vida.

—Es más complicado que todo eso.

—Tonterías —repite—. Cuando éramos novios, tu abuelo y yo nos peleamos y él llevó al baile del Día de San Patricio a una chica de la

calle Madison. —Aunque es lo último que quiero, no puedo evitar sonreír—. Eso sí que fue complicado y, aun así, lo solucionamos. Sea lo que sea lo que hayas hecho tú, sólo tienes que ganarte que te perdone. Puede ponértelo fácil o no. Conociéndote, te merecerás que te lo ponga muy difícil, pero estoy segura de que lo conseguirás.

Mi sonrisa se ensancha. Me gustaría pensar que tiene razón, que puedo recuperarla. Mi cuerpo se llena de una mezcla de adrenalina y

sangre caliente. ¿Y si puedo? ¿Y si todavía nos queda una oportunidad? Cabeceo. Pensar en esa posibilidad no va a traerme nada bueno. No quiero que Audrey vuelva a sufrir.

—¿Es católica?

—No —respondo con una tenue sonrisa.

—Otra alma descarriada por la que tendré que rezar.

—Tengo que irme —repito.

Recupero las maletas y termino de bajar los pocos peldaños que me quedan. Me detengo frente a Nana. Ella sonríe a regañadientes, observa mi rostro y me da un fuerte abrazo.

—Te quiero —me dice— y tu abuelo, que Dios lo tenga en su gloria, también. El muy hijo de su madre siempre estaba enfadado. Sólo

sonreía cuando tú estabas cerca.

Me aparto y frunzo el ceño, confuso. Esa historia no va así. Ella sonríe y asiente.

—Estaba loco por ti —afirma.

La abrazo de nuevo y definitivamente me dirijo a la puerta.

—Despídeme de la tía Annie y de Arielle.

Mi abuela asiente y yo me monto en el taxi. Suspiro hondo mientras arranca y, poco a poco, nos alejamos de la casa de mis abuelos. Las

palabras de Nana se repiten en mi cabeza una y otra vez, chocándose de frente con lo que sé que pasaría cuando volviese a intentarlo y volviese a salir mal.

Aún en el taxi, mando los primeros *emails*. Adelanto la gran reunión y cito a Hamilton en Cunningham Media. Pienso enseñarle lo rentable que puede ser esa compañía y todo el potencial que hay en ella.

También le mando un correo a Audrey. Lo escribo y lo borro una decena de veces hasta que, al final, después de releerlo, pulso el botón

de enviar.

Miro la BlackBerry dudando si pulsar el icono de *emails*. Ayer, cuando hablamos por teléfono, fue como

subir muy alto y caer de nuevo en picado. Lo echo de menos, echo de menos estar con él, echo de menos

hablar con él, reírnos de estupideces, compartir cualquier pensamiento que nos pase por la cabeza, y

echo de menos cómo sus manos me hacían sentir.

Respiro hondo y finalmente deslizo el dedo por la pantalla. Su correo se abre en cuestión de décimas

de segundo.

De: Colin Fitzgerald

Enviado: 17/02/2016 10.12

Para: Audrey Dempsey

Asunto: Cunningham Media

Voy a hacer lo que te prometí.

Releo el texto tratando de descifrar los mensajes ocultos, como si tuviera doscientas líneas en lugar

de una. ¿A qué se refiere con «lo que te prometí»? ¿Habla de nosotros o de la compañía? Resoplo y me

dejo caer en la silla. No puede mandarme un correo así y pretender que no me pase las próximas dos

horas dándole vueltas.

En la oficina todo el día trascurre con una normalidad absoluta. Esperaba que Jackson o Donovan se

pasaran por aquí, pero sólo han enviado un correo electrónico con todo lo que quieren que se haga de

cara a la reunión.

Después de la comida, voy a buscar a Henry a su despacho para analizar unas posibles inversiones.

Estoy a punto de alcanzar su puerta cuando el sonido del ascensor anunciando que ha llegado a planta me

distrae. Las puertas de acero se abren, él alza la cabeza y mi mirada se topa con unos ojos

irremediablemente azules. ¿Qué hace Colin aquí? ¿Cuándo ha vuelto? ¿Me he pasado tanto tiempo

llorando con la cara clavada en la almohada y la música de Bonnie Tyler a todo volumen que los días han

pasado y no me he dado cuenta?

Sale del ascensor y tras él lo hacen al menos una decena de personas, que siguen su paso decidido y

van desplegándose por toda la oficina, exactamente igual que el día que yo pisé esta compañía por

primera vez. Un traje de corte italiano de tres piezas, una camisa y una corbata perfectas, y ese pelo

absolutamente indomable. A cada zancada parece comerse el mundo, con una mano en el bolsillo y toda

esa demoledora seguridad. Atraviesa Cunningham Media y se detiene frente a mí. Quiero decir algo, lo

que sea, cualquier estupidez me valdría, pero soy incapaz. Estoy embobada. Es la erótica del poder y los

trajes a medida hechos persona.

Colin me sonríe, un gesto medio e inaccesible. La sombra de unas heridas puede verse en su cara. Me

preocupo al instante, pero, casi sin quererlo, también me excito un poco más, como si con él se

combinaran las dos perfectas caras de una moneda fabricada para encandilar mujeres: el hombre elegante

y el chico malo, la ropa cara y la ceja rota. Ni el blanco ni el negro, sólo un perfecto gris.

—Buenos días, Henry —lo saluda dejando de prestarme atención.

Y de pronto me doy cuenta de que Henry había salido del despacho y estaba a mi espalda.

—He adelantado la reunión con el comprador al lunes de dentro de dos semanas. Quiero todas las

demos preparadas para esta tarde —nos informa sin darle ninguna importancia al hecho de que esa

simple frase implica un trabajo descomunal en menos de cuatro horas —. Audrey —pronuncia a modo de

saludo, o más bien despedida, ya que continúa caminando sin esperar respuesta.

Reacciona, idiota.

—No podremos tenerlo todo listo para el lunes, ni tampoco podremos tener las demos preparadas

para esta tarde. Es una locura —suelto al fin.

Colin se detiene y se gira despacio.

—Pues entonces creo que debería ponerse manos a la obra —contesta impertinente y muy muy

arrogante.

Estoy teniendo un *déjà vu* en toda regla del día que nos conocimos.

—Nos jugamos demasiado con esa reunión para permitir que algo salga mal —le recuerdo

cruzándome de brazos.

Colin se humedece el labio inferior y da un paso hacia mí. Está demasiado cerca y yo, a punto de caer

hechizada de nuevo. Afortunadamente, lo disimulo rápido. Estamos hablando de Cunningham Media. No

pienso dejar que me distraiga con lo bien que huele ni con lo guapo que es ni con... nada.

—Y yo repito que, si tanto le preocupa, debería empezar a trabajar ya —replica engreído—. Cuatro

horas dan para mucho. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

Abro la boca, escandalizada, y esas familiares ganas de estrangularlo regresan como un ciclón. Él

sonríe más que satisfecho y se encamina a su despacho.

—Sucio bastardo presuntuoso —siseo en un murmuro ininteligible—. Ya lo habéis oído —digo en

voz alta a todos los empleados que han seguido atentos la conversación y que todavía tienen cara de susto

por saber que la gran reunión se celebrará en menos de dos semanas y las demos tienen que estar listas al

final del día—. Tenemos poco tiempo, a trabajar.

Me paso la hora siguiente organizando al personal, tanto al nuestro como al que ha venido del

edificio Pisano con Colin. La idea es clara. Primero, planificar físicamente la reunión: la sala de juntas,

cada archivo que vamos a repasar; de todo eso se encarga Arizona junto con el equipo que Colin designó

hace varias semanas. Segundo, repasar con el departamento jurídico cada detalle del contrato que

presumiblemente firmaremos con el comprador. Y tercero, y probablemente más importante, repasar toda

la estrategia de marketing. Al final se trata de convencer al comprador de que somos rentables. Tenemos

a nuestro favor la impecable auditoría de Colin, la experiencia de Henry y el potencial que sé que

tenemos. Ahora sólo falta convertir eso en la inversión más atractiva en la historia de los rascacielos de

Manhattan.

No he visto a Colin en todo el día. Quiero hablar con él del *email,* aunque francamente creo que ya he

obtenido cualquier respuesta que necesitara sólo con la manera en la que ha llegado a la oficina. Ha

vuelto a ser el Colin Fitzgerald que conocí. No parece haber sufrido demasiado, ni haberme echado de

menos como un loco, así que supongo que con «lo que te prometí» se

refiere a salvar Cunningham Media.

De todas formas, tengo que agradecérselo. Cualquier otro, terminada la auditoría, se habría desentendido.

La verdad es que una parte de mí esperaba que su correo electrónico se refiriese a nosotros y no a la

empresa, y sé que es una estupidez, fui yo la que decidió romper, pero eso no significa que haya dejado

de quererlo.

A eso de las cuatro, la actividad se vuelve todavía más frenética. Yo estoy desconcertada por la

actitud de Colin. Soy plenamente consciente de que ya no estamos juntos, pero ¿acaso ni siquiera está

dispuesto a que sigamos siendo amigos? Lo he visto salir a hablar con Beatrice, con Arizona y con Henry,

pero en ningún momento se ha acercado a hacerlo conmigo. Estoy a punto de ir a verlo cuando el

intercomunicador digital de mi mesa suena, sobresaltándome.

—Audrey —es la voz de Colin, y yo me siento extrañamente nerviosa, como si fuese lo único que

quiero escuchar y al mismo tiempo fuera plenamente consciente de la peligrosa idea que es—, tráeme

todas las carpetas sobre las campañas publicitarias firmadas por Cunningham Media para clientes

internacionales.

Observo el intercomunicador, esperando a que haga alguna broma, que me pregunte qué llevo puesto

o que simplemente termine la frase con un «Niña Buena», pero nada.

—Audrey —repite al ver que no digo nada.

—Sí, claro —me apresuro a responder, inclinándome aparatosamente sobre la mesa para pulsar el

intercomunicador—. Ahora mismo.

Recolecto las carpetas y voy hasta su despacho. Abro y entro ojeando uno de los dosieres.

—¿Qué hay de eso de llamar a la puerta? —pregunta con la mirada fija en la pantalla de su Mac.

Confundida, vuelvo la cabeza hacia la puerta y después hacia él. ¿Está hablando en serio?

—Yo... no me he dado cuenta... lo siento... no pensé que hiciera falta —murmuro al fin nerviosa.

—Busca en las carpetas que traes las mejores cifras en el contexto de las mejores marcas —me

ordena, cambiando trasversalmente de tema e ignorando, por ende, mis disculpas—. Prefiero un millón

de euros con L'Oréal que diez con una compañía de chocolatinas que nadie conoce del sur de Suiza.

¿Entendido?

—Claro —respondo aturdida.

¿Qué le pasa? No está enfadado. No se está comportando como otras veces que hemos discutido. Está

frío, distante, como si ya no fuéramos Fitzgerald y Dempsey.

«Y no lo sois, ¿no? Tú se lo pediste.»

Me acomodo en la pequeña mesa de reuniones junto a la ventana y comienzo a anotar las cifras más

significativas en mi iPad. La siguiente hora pasa en el más absoluto silencio entre los dos. Colin atiende

llamadas, firma documentos, al igual que yo, pero no nos dirigimos la palabra el uno al otro en ningún

momento. Paradójicamente, a cada minuto que pasa yo tengo más y más preguntas, pero la verdad es que

no me atrevo a pronunciar ninguna en voz alta.

Son poco más de las cinco cuando Beatrice entra en el despacho para avisar a Colin de que Jackson

Colton y Donovan Brent están subiendo. Colin asiente y se levanta, abotonándose su elegante chaqueta.

Yo también me pongo de pie. Quizá ahora sí me diga algo. Creo que me conformaría con un «me

alegro de volver a verte, Dempsey»; cualquier cosa que indique que no ha sufrido una lobotomía en

Portland y se ha olvidado de mí.

—Audrey —me llama.

—¿Sí? —respondo bochornosamente esperanzada.

—Cuando termines esos datos, reúne todas las demos y llévamelas a la sala de juntas.

—Claro.

Mi respuesta la lanzo al aire, ya que él se ha dirigido a la puerta sin ni siquiera escucharla. De pronto

lo veo todo cristalinamente claro. Estoy viviendo lo que ocurre después. Colin y yo ya no podemos tener

una relación, así que simplemente me ha sacado de su vida, como hace con todas las chicas cuando el

sexo con ellas ya no le resulta estimulante. Todavía recuerdo sus palabras acerca de que él nunca les

daba falsas esperanzas a las mujeres. Nosotros no tuvimos sólo sexo, así que su frialdad se extiende a

todas las cosas que compartíamos, y el trabajo es una de ellas. Éste es mi propio *después*.

Suspiro con fuerza, obligándome a contener el llanto, y me concentro de nuevo en la tablet. Hoy no

puedo ponerme a llorar, hay demasiado en juego, aunque no voy a negar que lo que más me apetece es

taparme hasta las orejas y llorar como una magdalena. Sólo ha necesitado cuarenta y ocho horas para

olvidarse de mí, y a mí todavía se me acelera el corazón cada vez que lo veo. El amor no es nada justo.

El amor es un completo asco.

Termino el trabajo y voy departamento por departamento recogiendo las demos y escuchando las

explicaciones y singularidades que me destacan cada uno de los jefes de equipo. A eso de las ocho,

mientras espero el ascensor para ir a la sala de juntas, me doy cuenta de que no podría estar más

orgullosa ellos. Tenemos un equipo fantástico que ha realizado un trabajo espectacular, y estoy

completamente segura de que el comprador lo verá tan claro como yo y mantendrá la empresa abierta.

La planta de abajo, donde está la sala en cuestión, está casi desierta. La mayoría de los empleados se

ha marchado ya y los pocos que quedan trabajando lo están haciendo en la planta superior. Reviso por

última vez los dosieres mientras atravieso la diáfana estancia y finalmente llego a la sala de juntas. Llamo

a la puerta y espero paciente. Imagino que Colin seguirá reunido con Jackson y Donovan.

—Adelante —me da paso desde el interior.

Odio su voz y, sobre todo, odio que siga sonando tan ronca y sensual como antes.

Suspiro, o más bien resoplo, y, armándome de valor, giro el pomo de la puerta. Con el primer paso

frunzo el ceño confusa. Colin está solo, sentado en un extremo de la enorme mesa de madera clara,

presidiéndola. Hay una decena de carpetas frente a él, algunas

abiertas, otras no, y un MacBook Pro

último modelo reluciente. Se ha quedado trabajando aquí. No ha querido subir a su despacho. ¿Por qué?

Súbitamente yo misma hallo la respuesta a esa pregunta y siento como si me retorcieran el estómago. No

ha subido porque no quiere verme, porque ni siquiera quiere tenerme cerca, y probablemente ése sea el

motivo por el que ha adelantado la gran reunión. Quiere acabar con todo esto cuanto antes y no tener nada

que ver conmigo.

Sólo han pasado cuarenta y ocho horas desde que me pidió que me fuera con él, desde que me dijo

que nunca se había sentido con ninguna mujer como se sentía conmigo. ¿Cómo ha podido cambiar tan

rápido?

Que esto te sirva para aprender, Bluebird.

Si me hubiese marchado con él, más tarde o más temprano, habríamos acabado así y yo habría

perdido a mi familia otra vez.

Colin me observa desde el otro extremo de la sala. Parece cansado, como si llevase todo el día en

guardia, peleando. Observo sus heridas y vuelvo a preocuparme. Todas las preguntas que quiero hacerle

regresan.

Él ladea la cabeza y deja escapar todo el aire de sus pulmones bajo mi atenta mirada. ¿Por qué tiene

que ser así de guapo? ¿Por qué no puedo olvidarme de él? A veces creo que jamás podré olvidarme de

él.

—¿Qué quieres, Audrey? —Su voz grave calienta mi sangre.

Él tampoco deja de mirarme y eso me pone las cosas aún más difíciles.

Me armo de valor de nuevo y echo a andar apartando mi mirada de la suya, concentrándome en las

palabras exactas que voy a decir. No pienso dejarle que vea que todavía sigue teniendo todo ese poder

sobre mí. Puede que aún sea una tonta enamorada, pero no pienso demostrárselo.

—Aquí tienes las demos —digo lacónica, dejando las tarjetas de memoria sobre la mesa— y por

correo interno te he enviado las especificaciones que cada jefe de equipo ha apuntado.

Colin no dice nada. Sólo me observa con esa frialdad que ahora parece dominar sus ojos azules y yo

me doy cuenta de que sigo esperando, esperando a que me sonría, a que haga algún comentario

descarado, a que me bese. Maldita sea, ¿por qué tengo que echarlo tanto de menos?

Enfadada con él, pero sobre todo conmigo misma, giro sobre mis pies y me dispongo a salir de la

sala de juntas. Tengo que olvidarme de él, aunque ni siquiera sepa cómo.

—No he dicho que puedas marcharte.

Su voz suave e intimidante atraviesa la sala y me deja clavada en el suelo. Una parte de mí quiere

salir corriendo sin mirar atrás, la otra recuerda toda esa autoridad y lentamente se derrite, perdiendo el

sentido común y toda la cordura con cada letra que ha pronunciado.

—Se te olvida que yo no trabajo para ti —respondo sin volverme.

No voy a dejar que se ría de mí, ni que siga pensando que, a pesar de

todo, me tiene donde quiere,

aunque sea verdad.

—Y a ti se te ha olvidado lo poco que me importa eso.

Lo oigo levantarse, caminar hasta mí, y todo mi cuerpo traidor se estremece sólo con la promesa de

su proximidad.

—Vuélvete —me ordena.

Su aliento calienta la piel de mi nuca al decir esas palabras y por un segundo todo me da vueltas. Otra

vez quiero salir corriendo, decirle que no, mandarlo al diablo, pero otra vez tengo serios problemas para

hacerlo. Cierro los ojos un segundo, tratando de recuperar mi parte racional, pero sencillamente se ha

esfumado.

—No me hagas esperar, Audrey.

Suspiro. La batalla está perdida. Voy a girarme, lo sé, pero la idea de no parecerle una tonta

enamorada sigue en pie. Me cruzo de brazos y me obligo alzar la barbilla, a recrudecer mi mirada, mi

expresión. No puedo ponérselo tan fácil. Pero en cuanto lo tengo frente a frente, todo parece caer en saco

roto. Está a un solo paso de mí, demostrándome que, por mucho que quiera, que luche, jamás podré

olvidarme de él.

No aparta sus ojos de los míos y poco a poco incendia mi interior. No dice nada, ni siquiera se

acerca, pero toda su sensualidad, su seguridad, su masculinidad están puestas sobre la mesa. No habla

porque no lo necesita. La lluvia no necesita hacerlo para mojarte y los

dioses no lo hacen con los pobres

mortales para dejar claro que están en sus manos. Colin Fitzgerald es control en todos los sentidos y

nunca lo he tenido tan claro.

Involuntariamente descruzo los brazos y los dejo caer junto a mis costados. Mi respiración se

acelera. Mi corazón comienza a latir demasiado rápido. Ahora mismo no quiero estar en ningún otro

lugar.

Colin se humedece el labio inferior y mi atención vuela a esa parte concreta de su rostro. Quiero que

me bese.

—Colin —lo llamo.

Lo necesito.

—Ya puede marcharse, señorita Dempsey —me interrumpe.

Tardo un par de segundos más de lo que me gustaría en salir de mi ensoñación. Y, cuando lo hago, ni

siquiera entiendo lo que ha pasado. Colin da un paso hacia atrás, gira sobre sus pies y regresa a la

presidencia de la mesa, sin ni siquiera inmutarse, manteniendo toda su inaccesibilidad.

Yo lo observo aturdida un par de segundos más. Ya no le importo absolutamente nada. Me vuelvo y,

de prisa, salgo de la sala de juntas, aguantando el llanto, toda la rabia, la tristeza, la frustración, la

impotencia.

Cierro de un portazo y prácticamente corro hasta los ascensores. Colin me ha echado de su vida y

ahora tengo claro que yo tengo que echarlo de la mía.

Regreso a casa sin poder dejar de pensar en lo que ha ocurrido, o casi, en esa sala. La verdad es que

no sé qué habría sido peor: que hubiese llegado a besarme o que no.

Recojo a Max en casa de Adele, pero, justo cuando estamos a punto de entrar en nuestro edificio, me

doy cuenta de que he olvidado en el departamento de marketing dos tarjetas de memoria que necesito

para seguir trabajando esta noche desde casa.

Pido un taxi y voy con Max a la oficina. El tráfico hace de las suyas, pero, aun así, conseguimos

llegar a Cunningham Media relativamente rápido. Como imaginaba, la oficina ya está completamente

desierta.

—No tardaré. Estaré en mi despacho —le digo señalando la puerta mientras lo dejo en la mesa de

Arizona y retiro la silla para que pueda sentarse.

—Ése no es tu despacho —replica.

Yo asiento a la vez que tuerzo el gesto.

—He cambiado de despacho —murmuro tratando de dar la conversación por acabada.

Max se sienta y hace girar la silla de Arizona. Yo sonrío y voy con el paso acelerado hasta mi oficina.

Miro mi reloj de pulsera. Es tardísimo.

Rebusco por toda la mesa, pero, como siempre, no encuentro lo que necesito. Esta vez por lo menos

tengo claro dónde están. Siguen en el departamento de marketing.

Salgo de mi despacho. Sólo me he alejado unos pasos cuando oigo otra puerta abrirse. Giro la cabeza

y veo a Colin salir de su oficina, concentrado en los documentos que

tiene entre las manos. Tras avanzar

unos pocos metros, alza la cabeza y repara en mí. Nos miramos directamente a los ojos y, como pasó en

la sala de juntas, por un momento siento que me falta el aire, que el corazón me late demasiado de prisa y

todo mi cuerpo grita su nombre hasta desgañitarse, pero, por un mísero instante también, recuerdo cómo

son las cosas entre nosotros y por qué son así, y todas mis esperanzas vuelven a hacerse añicos.

—Mamá, ¿podemos irnos ya? —pregunta Max, devolviéndonos a los dos a la realidad.

Colin y yo llevamos nuestra mirada a la vez hacia al niño, que se levanta de la silla de Arizona.

—Hola —lo saluda el pequeño.

—Hola —responde Colin.

—¿Ahora tú trabajas en el despacho de mamá?

Él mira a su espalda y asiente, observándolo de nuevo.

—Sí.

—¿Por qué?

Colin abre la boca sin saber qué decir y, tras unos segundos, sonríe.

—No lo sé. Creo que me pareció divertido fastidiarla un poco —responde sincero.

Max sonríe divertido y un instante después rompe a reír. Yo lo miro y, aunque es lo último que quiero,

también sonrío. Sin quererlo también, mi mirada vuelve a cruzarse con la de Colin, que ya me esperaba.

¿Por qué, en cuanto bajo la guardia un solo segundo, algo siempre me recuerda lo bien que se nos da estar

juntos?

—Max —le llamo tratando de reconducir la situación—, tenemos que ir al departamento de

marketing. Las tarjetas están allí.

—Mamá, estoy cansado —protesta.

Resoplo. No lo culpo. Es tardísimo.

—Lo siento, peque. Te prometo que no tardaremos.

—Puedo quedarme con él —me interrumpe Colin— hasta que vuelvas.

Lo observo sin entender por qué hace esto. Lleva todo el día comportándose como si ni siquiera

quisiese tenerme cerca, ¿por qué ahora se ofrece a ayudarme?

Colin no dice nada. Traga saliva y se dirige hacia Max.

—¿Te parece bien? —le pregunto al niño.

—Sí. —Y asiente con la cabeza para reafirmar su respuesta.

—¿Te sigue gustando el *soccer?* —le pregunta Colin, sentándose en la mesa frente a él.

Max vuelve a asentir.

—¿Y sigues siendo del New York City?

—Claro que sí —contesta con una sonrisa.

Los observo unos segundos y finalmente me obligo a echar a andar hacia los ascensores. Sigo sin

entender nada de lo que está pasando y es lo único en lo que puedo pensar mientras bajo al departamento

de marketing, recojo las tarjetas y regreso a la planta principal de Cunningham Media.

Al abrirse las puertas del elevador, lo primero que oigo es la risa de Max. Doy un par de pasos y en

seguida los veo sentados cada uno en un escritorio, el uno frente al otro.

—Y entonces el ratón se cayó dentro de la ensaladera y todas las personas empezaron a gritar —

cuenta Colin, escenificando la historia con las manos.

El niño rompe a reír de nuevo y otra vez involuntariamente sonrío con él, aunque creo que esta vez sí

sé por qué lo hago. Se los ve cómodos el uno con el otro, como si estar juntos fuera algo cotidiano para

ellos, y esa sensación me llena por dentro.

Será mejor que no vayas por ahí, Bluebird. Es algo que ya no podrás tener.

—Hola, mamá —me saluda Max al reparar en mi presencia.

Yo ensancho mi sonrisa como saludo.

—Veo que os lo estabais pasando muy bien —comento acercándome a ellos.

Max asiente entusiasmado.

Me detengo a una distancia prudencial y le hago un gesto a mi hijo para que venga. No entiendo nada

de lo que ha ocurrido, pero sí lo bien que me hace sentir, y no creo que eso sea bueno para mí.

—Muchas gracias, Colin —me despido cuando el niño llega hasta mí, cogiéndolo por los hombres y

acercándolo hasta que su nuca toca mi estómago.

—De nada —responde, y hay algo en sus ojos, en la manera en la que nos mira, que no soy capaz de

interpretar.

—A lo mejor Colin podría venir a desayunar otra vez con nosotros —propone Max alzando la cabeza

para mirarme.

Yo sonrío fugaz y nerviosa.

No me lo pongas más difícil, peque.

—Ya veremos, ¿vale? —respondo bajando la mía para que nuestros ojos se encuentren.

Él asiente y yo nos muevo para girarnos y echar a andar.

—Adiós, Colin —se despide el crío.

—Adiós —murmuro.

—Adiós.

Mi mirada se encuentra con la de Colin sólo una décima de segundo antes de que yo rompa el

contacto y mi confusión aumenta hasta casi el infinito. No tengo ni la más remota idea de cómo interpretar

el día de hoy.

Los días siguientes trabajamos hasta la extenuación y el horario se alarga hasta bien entrada la noche.

Colin sigue mostrándose frío, distante. Yo echo de menos nuestro rincón en el piso de arriba, lo echo de

menos a él, pero cada día me deja más claro que ha dejado todo eso atrás y no piensa cambiar de

opinión.

El viernes por la tarde estoy al límite en todos los sentidos. El día ha sido especialmente duro. Tres

reuniones interdepartamentales y dos más fuera de la oficina. He perdido la cuenta de cuántas carpetas he

revisado y he preparado al menos quince dosieres con las principales cuentas de marketing en las que

Cunningham Media ha trabajado. Ni siquiera he parado para comer. Colin me ha mandado llamar dos

veces y en ninguna de ellas ha levantado la vista de su Mac para pedirme lo que quería.

Firmo los últimos documentos de contabilidad que me quedaban por revisar, cojo mi bolso y mi

abrigo y salgo de mi despacho con los papeles en la mano. La planta está desierta. Son más de las ocho y

todos se han ido ya a casa, excepto él. La puerta de su despacho sigue cerrada. Sé que está aquí.

Dejo los documentos sobre la mesa de Arizona y miro hacia su oficina. Resoplo llena de tristeza y

también muy enfadada. Aunque odie sentirme de esas dos maneras, no puedo evitarlo. Todavía lo quiero

y para él ni siquiera existo. Miro a mi alrededor tratando de controlar las lágrimas de este dolor

puntiagudo que parece haberse acomodado en mi corazón y no tiene ninguna intención de abandonar.

—El amor es un asco —murmuro a regañadientes.

Esa frase se ha convertido en mi mantra y creo que me acerca inexorablemente a vivir rodeada de

gatos.

La puerta de acceso a la última planta entra en mi campo de visión y, antes de que pueda pensarlo con

claridad, comienzo caminar hacia ella. Probablemente no me traiga nada bueno, pero necesito subir.

Deseo volver a nuestro rinconcito aislado del mundo, aunque sólo sea un vez más.

Subo las escaleras, pero, cuando tomo el pasillo, siento como si hubiesen tirado de la alfombra bajo

mis pies. La puerta está cerrada. Colin ha mandado que vuelvan a clausurarla. Sé que es ridículo y que

sólo es una prueba más de lo que ya sé, pero duele, duele muchísimo.

Acaricio la puerta y me sorbo los

mocos, obligándome a contener los sollozos.

Bajo los peldaños de prisa, tratando de no pensar. Se acabaron los dramatismos y se acabó pensar en

él. Sé que no es la primera vez que me lanzo el mismo mensaje reivindicativo, pero esta vez pienso

cumplirlo.

Empujo la puerta de acceso para regresar a la planta y debo de ser la chica con más mala suerte del

mundo porque lo hago en el preciso instante en el que Colin sale de su despacho ajustándose la chaqueta

y colocándose bien los gemelos.

Por un momento nos quedamos mirándonos a los ojos y por primera vez en once días consigo ver algo

en su mirada, algo que me dice que recuerda todo lo que tuvimos. Lo noto tenso, en guardia, y al mismo

tiempo triste, nervioso, enfadado, como si fuera un polvorín a punto de estallar, como si viviera dentro

una batalla que lo ahogase. Pero también, en el preciso segundo, su frialdad gana la batalla y sus ojos

azules se vuelven más distantes e inaccesibles que nunca.

Sólo soy otra idiota enamorada de Colin Fitzgerald.

Inmediatamente echo a andar sin mirar atrás. Sea lo que sea que he imaginado que estaba sintiendo,

no es verdad. Ha tomado su decisión y yo debería ser consecuente y tomar la mía, aunque sea difícil.

«Demasiado difícil.»

Me monto en el ascensor y no alzo la cabeza hasta que las puertas se cierran. No quiero volver a

verlo. Colin Fitzgerald se ha acabado.

Estoy a unos pasos de la parada de metro cuando mi móvil comienza a sonar. Me paro en mitad de la

50 y lo saco del bolso. Es Mackenzie.

—Hola —la saludo.

—¿Dónde estás? —me pregunta.

—A punto de coger el metro, ¿por qué?

Un hombre pasa a mi lado, choca su hombro con el mío y sigue su camino sin ni siquiera disculparse.

Yo lo fulmino con la mirada.

—Es que hoy no he ido a trabajar. Me duele todo el cuerpo y he vomitado varias veces.

Tuerzo el gesto. Adele pilló la gripe la semana pasada y seguramente se lo contagiara a Mackenzie.

—¿Necesitas que vaya a la farmacia?

—No, Arizona está conmigo y ya me ha llenado de jarabe. —Sonrío. La creo. Arizona Harley es una

enfermera implacable—. Necesito que me hagas un favor y te pases por mi oficina. Hay unos informes

que debo terminar y enviar el lunes y no tengo copia digital. Lola tiene la prueba del vestido de novia de

Katie y no puede traérmelos.

Asiento a la vez que giro sobre mis pies para salir a la Sexta Avenida.

—No te preocupes. Me pasaré por allí.

—Gracias. Eres la mejor —responde con la voz tomada.

Siete manzanas y un ascensor después estoy entrando en la oficina de Charlie Cunningham. Me

sorprendo al ver a Lola todavía aquí. Se supone que tenía planes.

—Hola —la saludo entrando en la oficina—. ¿Qué haces aún aquí?

Ella suelta un bufido y pone los ojos en blanco.

—El señor Seseña.

Sonrío. Conozco a Michael Seseña y es un hueso duro de roer tanto para lo bueno como para lo malo,

y Lola, siendo su secretaria, me imagino que estará acostumbrada a ver más la segunda faceta que la

primera.

—Vienes a por las carpetas de Mackenzie, ¿verdad? —inquiere levantándose.

Asiento.

—¿Sabes qué tal está? —pregunta rebuscando en una estantería al fondo de la oficina.

—Creo que es gripe.

—Pobrecita. Dile que tome infusiones de miel y limón, le calmará —me aconseja entregándome los

dosieres.

Yo asiento de nuevo y le devuelvo una sonrisa a la que ella me tiende.

—¿Ya has terminado? —pregunta una voz a mi espalda.

—Casi —gimotea Lola, indicándole con los dedos que sólo necesita una pizca más de tiempo.

Me giro curiosa y me encuentro con Katie.

—Hola —me saluda cantarina al reparar en mi presencia.

—Hola —respondo con una sonrisa.

—¿Qué tal estás? —pregunta dando un paso hacia mí.

De golpe la manera en la que las dos me miran cambia.

—Bien —trato de que mi voz suene confiada, no sé si lo consigo—, como siempre.

Katie asiente tratando de infundirme ánimos y, de pronto, me siento muy incómoda. Sé que las dos

tienen mucha confianza con Colin, pero no sé qué les habrá contado y empiezo a preguntarme si me miran

así porque están al tanto de todo o porque simplemente saben que Colin se ha cansado de mí.

—Me ha gustado mucho veros —acelero la despedida.

Me obligo a sonreír de nuevo y me dirijo a la puerta.

—Espera —me llama Katie acercándose a mí —, ¿por qué no te vienes con nosotras?

Frunzo el ceño confusa.

—Voy a hacerme la última prueba de mi traje de novia —me explica con una sonrisa de oreja a oreja

— y después iremos a cenar para celebrarlo. Anímate —insiste.

—Me encantaría, pero no puedo. Tengo que llevarle estas carpetas a Mackenzie.

—De eso nada —interviene Lola quitándome los dosieres de la mano —. Como has dicho,

seguramente sea gripe, así que, aunque le lleves los documentos, no será capaz de trabajar. Yo me

encargo.

—Te lo agradezco, pero no sé...

La verdad es que me apetece mucho ir. Nunca he estado en una tienda de novias. Además, Arizona

está cuidando de Mackenzie y Max está pasando la noche en casa de Griffin. Sin embargo, no sé si a

Colin le hará gracia. Al fin y al cabo, Katie y Lola son sus amigas.

—No sé —repito.

—Eso es un sí —sentencia Lola.

Vamos hasta Mark Ingram Bridal, una tienda preciosa en la calle 55 Este. Como me explica Lola, no

es una tienda de trajes de novia, es un atelier, algo mucho más exclusivo y personificado y, sólo con un

primer vistazo, esa idea se confirma. Mire donde mire, desde la suave tarima hasta cada sutil adorno de

las estanterías, todo es elegante, suave y sofisticado.

El propio Mark Ingram nos atiende. Katie está preciosa con un maravilloso diseño de Carolina

Herrera que han confeccionado a medida para ella.

Después de cenar en un pequeño restaurante a unas manzanas de allí, las chicas me convencen para

que vayamos a bailar y a tomarnos una copa a una discoteca llamada Indian.

Me río muchísimo con ellas. Katie nos cuenta que ya casi lo han comprado todo para el bebé y que

Donovan no para de protestar porque su ático de lujo de repente parezca el Toys R Us, aunque sabe que

sólo está haciéndose el duro y, en el fondo, está tan encantado como ella.

—Además, la culpa no es mía —nos explica entre risas—. Jackson y Colin, sobre todo Colin —

cuando oigo su nombre, trago saliva y finjo que está hablando de otra persona—, no paran de venir a casa

cargados de juguetes y peluches. Ayer aparecieron con un oso que medía casi dos metros. Donovan

quería estrangularlos.

Las tres sonreímos y continuamos charlando. Suena *Love in stereo,* [17] de Sky Ferreira. Aún estamos esperando a que nos sirvan los cócteles que hemos pedido cuando Katie da unas palmaditas encantada,

con una sonrisa enorme. Lola también sonríe y frunce los labios

divertida a la vez. Yo me giro confusa y

miro hacia donde ellas ya lo hacen. Donovan está cruzando la pista, abarrotada de gente, en nuestra

dirección. Tras él lo hace Jackson y, por último, Colin. El corazón se me para de repente. ¿Cómo es

posible que esté más guapo que hace unas horas? Esto roza la injusticia divina. Se quita el marinero y

deja ver su camisa blanca remangada y, sobre ella, un perfecto chaleco gris abotonado y su corbata del

mismo color. Va concentrado en cada movimiento y no repara en mi presencia hasta que alza la cabeza y

se pasa la mano por el pelo.

Su mirada atrapa la mía y pronuncia mi nombre sólo moviendo los labios, sin emitir sonido alguno.

Ese simple gesto me desarma e inmediatamente empiezo a pensar la excusa que voy a ponerles a las

chicas para marcharme sin ni siquiera esperar la copa. No quiero estar aquí, no quiero que siga

ignorándome en horario extralaboral y mucho menos cuando parece un modelo sacado de una revista.

«¿Y cuándo no lo parece?»

Cállate.

Donovan llega hasta Katie, la coge entre sus brazos y le da un beso de película mientras la estrecha

con fuerza. Lola y Jackson los observan con una sonrisa tranquila e inmediatamente comienzan a charlar.

Mi mirada vuelve a encontrarse con la de Colin. Otra vez no sé qué hacer y por un único segundo tengo la

sensación de que él tampoco. Sin embargo, un momento después esa seguridad que nunca lo abandona

parece relucir con más fuerza que nunca, lanza su abrigo contra uno de los taburetes junto a la barra y se

acerca al mostrador de madera y cristal. En cuestión de segundos tiene a una camarera a su lado

poniéndole ojitos, dispuesta a servirle todo lo que le pida tanto dentro como fuera del local.

No lo he escuchado, pero sé que ha pedido un Glenlivet. Fija su mirada en el vaso; la mano que tiene

en la barra está cerrada en un puño, con tanta fuerza que sus dedos están emblanquecidos. Está tenso, en

guardia. ¿Qué demonios le pasa? ¿Tanto le molesta que esté aquí?

Decidida, echo a andar hacia él. No quiero que piense que le he tendido una especie de emboscada

utilizando a Katie.

—No te preocupes —digo con desdén—, ya me marcho. Las chicas me convencieron para venir y no

sabía que tú lo harías.

Colin se humedece el labio inferior sin levantar su vista de la copa. Yo lo miro esperando a que diga

algo, pero me doy cuenta de que eso no va a pasar. Otra vez esa especie de halo de pura inaccesibilidad

lo envuelve y el único mensaje que parece dispuesto a enviarme es que no piensa perder más tiempo

conmigo.

Resoplo, aprieto los labios con furia y me doy media vuelta. ¡No me merezco esto! Pero, antes de que

haya podido separarme más de un par de pasos, la mano de Colin rodea mi muñeca con fuerza y tira de

mí, llevándome directa a la pista de baile.

Lo miro furiosa, sin entender qué está haciendo.

—¡Suéltame! —me quejo.

Ni siquiera parece haberme oído y continúa caminando, arrastrándome tras él. La música cambia y

The heart wants what it wants, [18] de Selena Gómez, comienza a sonar. Llegamos al centro de la pista.

Colin se detiene y se gira despacio. Cuando nos quedamos frente a frente, sus ojos azules parecen

dominarlo todo y yo sencillamente no sé qué hacer. Bueno, sí lo sé, debería zafarme de su mano y salir

corriendo, pero no puedo hacerlo y, siendo sinceros, tampoco sé si quiero. La voz de Selena Gómez me

transporta inmediatamente al Archetype y a la primera noche que pasé allí con Colin, y mis defensas poco

a poco van cediendo absolutamente en contra de mi voluntad.

Esto no es bueno para mí.

—Colin... —murmuro.

Mi cerebro tira de mí en una dirección y mi corazón y mi cuerpo lo hacen en la opuesta.

Me agarra de las caderas, me estrecha contra su cuerpo y las palabras se deshacen en mi lengua antes

de que pueda pronunciarlas. Comienza a mecernos suavemente, entre los cientos de personas que bailan a

nuestro alrededor. Nos movemos más despacio, sin llevar el ritmo de la música, y poco a poco una

burbuja perfecta nos envuelve y nos trasporta a otro sitio, a nuestro rincón en la planta superior, al

Archetype, a cada vez que hemos sido sólo él y yo y lo demás ha dejado de existir.

Colin deja caer su frente contra la mía al tiempo que pierde su mano en mi pelo, acercándome aún

más él en todos los sentidos.

—Audrey —me llama en un susurro insuperable.

Yo alzo las manos y las poso sobre su pecho. Necesito sentirlo más cerca. Necesito que esta

pesadilla se termine. Necesito que volvamos a ser amigos, aunque a ninguno de los dos le valga con eso.

Lo necesito a él de la manera que sea.

—Colin, por favor...

Pero, como antes, sus movimientos interrumpen mis palabras y se marcha, perdiéndose entre las

personas que todavía bailan, dejándome sola en el centro de la pista. Otra vez estoy confusa, triste, otra

vez no entiendo nada de lo que ha pasado. Sin embargo, no pienso quedarme con todas estas preguntas y

ninguna respuesta. No tiene derecho a comportarse así. No puede tratarme así.

Sigo el camino que ha tomado y sólo tardo un par de minutos en verlo al fondo del local, cruzando la

puerta principal. Acelero el paso y, cuando pongo un pie en la 21, él ya se ha alejado una decena de

metros.

—¡Colin! —lo llamo.

Se detiene en seco al oír mi voz, pero no se gira. Resoplo, tratando de controlar mi monumental

enfado, y camino hasta él.

—¿Crees que puedes hacer lo que quieras conmigo? —le recrimino prácticamente en un grito—.

¿Crees que puedes acercarme y alejarme de ti cada vez que te apetezca?

¡No tiene ningún derecho, maldita sea!

—Vuelve dentro —me ordena, todavía sin mirarme.

Yo escondo una sonrisa frustrada y furiosa en un fugaz suspiro.

—No —replico todavía más enfadada—. No voy a moverme de aquí.

—Audrey —me reprende intimidante, pero no pienso amilanarme.

—Me prometiste que nunca dejaríamos de ser amigos, que cuidarías de mí.

—Basta —sisea.

—¡Me pediste que confiara en ti! —estallo.

—¡Basta! —sentencia lleno de rabia, girándose al fin—. No tengo por qué darte explicaciones sobre

lo que hago o lo que dejo de hacer. Sólo quería saber hasta dónde me dejarías llegar y he visto que, como

siempre, me hubieses permitido llegar hasta donde yo hubiese querido. Aunque, para ser sinceros, ya me

di cuenta de eso sólo por la cara de perrito abandonado que traías cuando te diste cuenta de que había

mandado cerrar la planta de arriba.

Antes de que la idea cristalice en mi mente, lo abofeteo. Colin se agarra la barbilla con una mano a la

vez que gira la cabeza suavemente. Sus ojos azules atrapan de inmediato los míos, pero no me importa y

le mantengo la mirada, aunque esté a punto de echarme a llorar.

—Estás vacío, Colin —sentencio con rabia, con tristeza y, sobre todo, con muchísimo dolor—. Y

nunca me he arrepentido de nada tanto como me arrepiento de haberme enamorado de ti.

Colin sigue mirándome, pero no dice nada. Aun así, sé que mis palabras han tenido un eco en él. Giro

sobre mis pies y regreso a la discoteca. Contengo el llanto mientras cruzo la pista de baile, mientras

camino hasta donde están las chicas e incluso mientras Lola y Katie me preguntan qué ha pasado bajo la

atenta mirada de Donovan y Jackson. Yo escapo al interrogatorio con una sonrisa que no me llega a los

ojos y un «estoy bien» que repito hasta la saciedad. Recojo mi abrigo y mi bolso y salgo del local.

Al poner un pie en la calle, evito mirar hacia donde dejé a Colin, aunque acabo haciéndolo sólo para

comprobar que obviamente él ya no está. No soy ninguna idiota. Sé que fui yo quien le pidió que lo

dejáramos cuando todo lo de Mackenzie salió a la luz, pero jamás esperé que acabaría tratándome así,

jugando conmigo, riéndose de mí. No me hubiese valido con tenerlo exclusivamente como amigo, pero al

menos lo habría tenido de alguna forma. Me odio a mí misma porque soy como el perro aceptando las

sobras, pero, después de esta noche, me odio un poco más por haber sido tan estúpida de creer que él era

diferente.

Paso el fin de semana en casa de Mackenzie, cuidándola de su gripe. El domingo por la tarde, con

Max de vuelta, vemos una reposición de *Lío en los grandes almacenes* en la tele por cable. Max siempre

se muere de risa con la escena en la que Jerry Lewis finge teclear en una máquina de escribir al ritmo de

la música.

Adele necesita más de media película, pero consigue convencer a

Mackenzie de que mañana se tome

el día libre y vaya al médico. A pesar de que insiste en que no hace falta, quedamos en que Adele la

acompañará. Me he ofrecido voluntaria con bastante interés, lo último que quiero es tener que ir a la

oficina y encontrarme con Colin, pero, como se ha encargado de recordarme Arizona, mi queridísima

amiga y secretaria, mañana es la gran reunión con el comprador.

Al margen de todo, me preocupa Mackenzie. No tiene buena cara y prácticamente no ha probado

bocado en estos dos días. Aunque pone los ojos en blanco y me llama exagerada, le hago prometer que

mañana me mandará un mensaje en cuanto salga de la consulta.

No me permito pensar en Colin ni un mero segundo y nada me había costado nunca tanto.

El lunes llego a la oficina ridículamente temprano. Nos lo jugamos todo en la reunión y quiero

cerciorarme de que no hay ningún cabo suelto. También lo he hecho para asegurarme de que podré

encerrarme en mi despacho antes de correr el riesgo de encontrarme con Colin.

A eso de las diez, mando los últimos datos por correo interno y me dispongo a ir a la sala de juntas.

Antes de abrir la puerta de mi despacho, respiro hondo y me concentro en la única idea a la que debo

prestar atención ahora mismo: Cunningham Media. Mi vida sentimental y las desastrosas consecuencias

de haberme enamorado del chico equivocado tendrán que esperar a esta noche.

Cojo el ascensor y llego hasta la sala. Estoy nerviosa por motivos obvios y también por el hecho de

ver a Colin. Durante las cuatro horas que llevo aquí me las he ingeniado para evitar coincidir con él,

aunque, ahora que lo pienso, ha sido una tarea bastante inútil, más tarde o más temprano nos acabaríamos

encontrando aquí. Supongo que lo que buscaba era no llevar la soga a casa del ahorcado más veces de las

necesarias.

Justo bajo el umbral de la enorme puerta de la sala, veo a Arizona mirarme con cara de susto desde la

zona reservada a asistentes. Yo frunzo el ceño. Ella niega con la cabeza, pero no entiendo qué está

queriéndome decir. Le hago un gesto con la mano, indicándole que me dé un minuto, y me dirijo a la

mesa. Conoceré al comprador y me escaparé discretamente para hablar con ella.

—Buenas tardes —saludo avanzando entre los ejecutivos.

Jackson y Donovan me sonríen y yo les devuelvo el gesto. Observo a Henry. Parece furioso. ¿Qué

está pasando? La legión de abogados del comprador se dispersa. Veo a Colin, de espaldas, pero no

alcanzo a distinguir a quien quiere adquirir la empresa.

—¿Todo bien? —murmuro acercándome a Henry.

—Buenas tardes, Audrey.

Esa voz.

Me giro negándome a creer lo que acabo de oír, pero todo a lo que nunca pensé que tendría que

enfrentarme se materializa cuando veo a mi hermano Steven. Él es el comprador. Sencillamente no me lo

puedo creer.

—¿Qué haces aquí? —inquiero.

—Negocios.

La familiaridad con la que nos tratamos, y la falta de amabilidad por mi parte, llaman inmediatamente

la atención de Jackson y Donovan, y, sobre todo, la de Colin.

—No puedes comprar esta compañía —le exijo.

—En realidad, sí puedo.

Ahora lo entiendo todo. Por eso sabía que el comprador nunca se rendiría o con qué único objetivo

había contratado a Colton, Fitzgerald y Brent.

—¿Qué está pasando? —pregunta Colin poniéndose en guardia.

Yo lo observo un único segundo. Si todo lo que dijo mi hermano era verdad, y obviamente lo era

porque él es el comprador, Colin nunca tuvo la intención de salvar Cunningham Media y por eso ha

adelantado esta reunión. Ya no tiene ningún interés en alargar la agonía.

—La señorita Hamilton... —empieza a decir mi hermano, refiriéndose a mí.

—Dempsey —lo interrumpo.

Él me mira y resopla. Sé que esta situación le gusta tan poco como a mí, pero ha sido él quien nos ha

puesto en ella.

—Dempsey —se corrige malhumorado—, es mi hermana pequeña, pero no creo que ese detalle

intervenga en las negociaciones.

Colin clava su mirada en mí y por un momento nos quedamos así,

observándonos a través de la

estancia y la media docena de abogados y ejecutivos que nos separan. Me ha servido en bandeja de plata.

Espero que el dinero que le pague mi hermano le sepa bien.

—No vas a comprar Cunningham Media —repito dando un paso hacia él.

—Audrey, son negocios.

—Está bien —cambio de estrategia—, ¿piensas mantenerla abierta?

—No.

—La auditoría ha demostrado que somos rentables y que podemos serlo mucho más con una

inyección de capital y una gestión más adecuada basada en la diversificación. ¿Eso no te interesa?

—No.

—Probablemente ganarías alrededor de los veinte millones sólo en el primer trimestre; más, si

entrara a formar parte de Hamilton Trust.

Mi hermano no contesta. Sabe que tengo razón. No quiere mantener Cunningham Media abierta

porque piensa que, cuando me quede sin empleo, aceptaré trabajar para él. No podría estar más

equivocado.

—Creí que se trataba de negocios —lo reto.

—Audrey... —me reprende.

—Tú sólo quieres comprar esta firma para cerrarla y que yo acepte trabajar contigo, pero, ¿sabes

qué?, eso no va a pasar jamás.

—No es el momento ni el lugar —me recuerda.

Ahora el que tiene razón es él, pero eso tampoco me importa.

—¡Vas a dejar en la calle a doscientas personas! —estallo—. ¿No te importa nada? ¿No tienes ni un

poco de ética?

Todos los asistentes y los ejecutivos me miran con cara de susto y yo me arrepiento inmediatamente

de lo que he dicho. Ellos nunca habrían imaginado eso y, gracias a mí, se han enterado de la peor manera.

Los observo sin saber qué decir, mientras de reojo veo a Henry cabecear decepcionado. Cuando mi

mirada se encuentra con la de Arizona, el corazón me da un vuelco; está triste y también desencantada.

Tendría que haberle contado antes lo que pasaba con la compañía, pero de verdad creía que podría

arreglarlo.

—Audrey —me llama Colin, pero no soy capaz de moverme.

Camina decidido hasta mí, me coge de la mano y me saca de la sala de juntas. Yo ando por inercia,

pero, en cuanto nos alejamos de la estancia y la puerta de madera se cierra a mi espalda, salgo de mi

aturdimiento y me zafo de su agarre.

—Suéltame —me quejo, frenándome en seco.

Colin se detiene y se gira hacia mí.

—¿Cómo has podido hacernos esto? ¡Nunca has querido salvarnos!

Sabía que no podía confiar en él.

Colin resopla y se humedece el labio inferior despacio y, sobre todo, muy intimidante.

—Todo lo que he hecho desde que llegué aquí ha sido intentar mantener esta empresa a flote —ruge.

—¿Para que mi hermano nos pisoteara?

—No sabía que era tu hermano —se defiende—. Ni siquiera os apellidáis igual, por el amor de Dios.

—Pero sí sabías que tenías orden de desmantelar la compañía —replico.

¡No me lo puedo creer! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Tendría que haberlo traicionado, tendría

que haber usado el plan malévolo.

—Escúchame bien —me advierte—: yo no trabajo para tu hermano. Puede que él me contratara para

eso, pero yo tomo mis propias decisiones. Me importa bastante poco todo su dinero.

—Va a dejar en la calle a doscientas personas —le recuerdo llena de rabia.

—Y gracias a ti ahora todos los saben —replica con la voz amenazadoramente suave—. ¿Cómo has

podido ser tan inconsciente? Te has comportado como una cría testaruda.

—¡Quiero salvarlos!

Me llevo las manos a las caderas a la vez que bufo. Esta conversación es inútil, es con Steven con

quien tengo que hablar, convencerlo. No puedo permitir que acabe con Henry y con todos los que trabajan

aquí sólo para tenerme controlada.

—Debo hablar con él —digo con la vista clavada en la sala de juntas.

—Audrey, no es una buena idea.

—No es asunto tuyo.

No tiene ningún derecho a decirme lo que puedo hacer.

—Estás nerviosa, vais a acabar discutiendo y eso no va a traer nada

bueno —me hace ver sin ninguna

amabilidad, y eso me enfada todavía más. Es mi empresa y tengo que salvarla.

—Me da igual —siseo furiosa como lo he estado pocas veces en mi vida—. Es mi compañía. Puede

que tú seas capaz de dejar de luchar por las cosas que te importan, pero yo no.

Involuntariamente todo el dolor y la rabia que siento por nosotros inunda cada una de mis palabras.

Colin se queda muy quieto y sus ojos se llenan de un duro desahucio. Tengo la sensación de que esa

simple frase ha sido más certera que cualquier otra, incluso que la bofetada que le di en la puerta del

Indian. Sin quererlo también, una punzada de culpabilidad me atraviesa y algo me grita que no estoy

siendo justa con él, que sólo estoy viendo lo que él me permite ver.

—Tengo que hablar con mi hermano —murmuro reconduciendo la conversación.

—No.

—Colin...

Aún no he terminado de pronunciar su nombre, cuando me toma de las caderas y me carga sobre su

hombro sin ningún esfuerzo. Yo pataleo, protesto, lo golpeo con los puños.

—¡Bájame! —grito.

—De eso nada —responde imperturbable.

Entramos en su despacho, cierra de un portazo y me deja sobre la mesa. Inmediatamente se abre paso

entre mis piernas, coloca sus manos sobre la madera flanqueando mis caderas y se inclina sobre mí.

—Tienes que pensar las cosas con calma —me advierte—. Ser más lista.

—No puedo perder el tiempo. ¿No lo entiendes?

—Sí que lo entiendo, pero vas a tener que confiar en mí.

Su voz cambia, se vuelve más ronca, y todo el aire entre los dos se impregna de una suave intensidad.

—Ya no sé si puedo, Colin.

Mi confesión nos silencia a ambos. Sus ojos se tornan todavía más azules mientras asiente con

suavidad. Puede que otra vez esté siendo injusta con él, pero ya no puedo más. Lo he perdido y, cuando

más claro tenía que al menos seguía a nuestro lado profesionalmente, descubro que ha estado trabajando

para mi hermano.

Aparto la mirada, sobrepasada, casi aturdida, con la cabeza hecha un auténtico lío y el corazón

latiéndome demasiado de prisa.

—Mírame —me ordena en un ronco susurro.

Alzo la cabeza y sus ojos atrapan por completo los míos, encendiendo todas las conexiones que nos

atan al otro y que parecen sobrevivir a todo.

—No voy a consentir que Steven desmantele Cunningham Media —afirma con una seguridad

aplastante.

—¿Por qué? —murmuro.

Colin no libera mi mirada.

—Porque haría cualquier cosa por ti, Audrey.

Sus palabras me llenan por dentro y me curan. Otra vez siento todo

ese calor, esa sensación de que

cada cosa es como tiene que ser, de que quererlo es lo único que tiene sentido. Colin contempla con

detenimiento cada centímetro de mi cara hasta volver a detenerse en mis ojos marrones y, dejando

escapar todo el aire de sus pulmones, como si le supusiese un titánico esfuerzo separarse de mí, se

incorpora y sale de la estancia.

Yo observo la puerta sin tener la más remota idea de qué hacer, sintiéndome como me he sentido

tantas otras veces en este mismo despacho, incluso en esta misma mesa. No sé en quién puedo confiar, ni

siquiera sé si puedo fiarme de mis propios instintos. Colin, la empresa, mi hermano... Todo es demasiado

complicado.

Me bajo de un salto y regreso a la sala de juntas. Ya no hay rastro de ningún ejecutivo, ni siquiera de

Henry, tampoco de Steven. Junto a las puertas abiertas, Colin, Jackson y Donovan están hablando.

En un momento cualquiera, Colin alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos siguen

mostrando esa aplastante seguridad y siento como si me pidiese que confíe en él, que lo arreglará.

Suspiro con fuerza y rompo el contacto entre los dos. ¿Qué se supone que debo hacer? Cuando dije que

no sabía si podía confiar en él, lo hice en serio. Cabeceo tratando de poner en orden mis ideas; no lo

consigo. Cunningham Media es muy importante para mí. Henry es muy importante para mí. Tengo que

tomar la mejor decisión por él y por las doscientas familias que dependen de esta compañía.

Salgo disparada hacia el ascensor y voy al despacho de Henry. Su secretaria me informa de que se ha

marchado. Supongo que, después de la extraña reunión de hoy, necesita un poco de espacio. No lo culpo.

Regreso a mi oficina, pero, antes de entrar, me desvío hasta la mesa de Arizona. Le debo una

explicación. Ella me ve llegar, pero aparta la mirada concentrándola en los documentos que tiene delante.

—Hola —la saludo deteniéndome junto al lateral de su mesa—. ¿Podemos hablar?

—Estoy muy ocupada —responde mecánica.

Yo resoplo a la vez que tuerzo el gesto. Me lo merezco.

—Lo siento —me disculpo—. Tendría que habértelo contado antes, pero no quería preocuparte.

—Vamos a quedarnos en la calle.

—Eso aún no lo sabemos.

—Tu hermano Steven nunca mantendrá la empresa abierta, Audrey —replica—. Quiere que te vayas

con él y va a dejarte sin ninguna otra posibilidad para asegurarse de que lo consigue.

Resoplo de nuevo. Tiene razón, pero, aun así, no pienso rendirme.

—No va a comprar Cunningham Media. Pero no puedo impedírselo sola. Tienes que ayudarme.

Arizona cabecea.

—Es una batalla perdida —sentencia fijando la atención en el dosier que hay sobre su mesa.

—¿Te estás rindiendo? —pregunto exagerando cada letra—. Pequeña, sal de aquí y dile a la

verdadera Arizona Harley que vuelva, porque la necesito.

Ella sonríe por mi comentario, aunque sé perfectamente que es lo último que quiere, y yo le devuelvo

una sonrisa cómplice.

—¿Estás utilizando psicología barata conmigo? —inquiere sin levantar la vista.

—¿Está funcionando?

Arizona suspira, suelta un «qué harías sin mí» mientras pone los ojos en blanco fingidamente

displicente y, al final, cierra la carpeta que tiene delante de golpe y alza la cabeza.

—¿En qué necesitas que te ayude?

Sonrío. Por eso es mi mejor amiga.

—Necesito una copia de todas las demos que pensábamos usar en la reunión. Todavía no sé qué

vamos a hacer ni cómo, pero vamos a conseguir mantener esta compañía abierta.

Arizona asiente enérgica y nos ponemos manos a la obra. Ahora que todos saben cuál es la situación

real de Cunningham Media, ya no hay por qué andarse con secretismos y nos reunimos con los directores

de cada departamento en busca de soluciones. Desgraciadamente, de momento, no hemos encontrado

ninguna.

A la hora de comer les pido a todos que se tomen un descanso. Relajarse un poco y tomar aire fresco

les vendrá bien. Yo regreso a mi despacho y me dejo caer en mi silla. Reviso los documentos que traía en

la mano, varías ideas del departamento de I + D + I, y reactivo mi portátil pulsando la barra espaciadora.

La pantalla se ilumina y el icono de correo electrónico parpadea en la

parte inferior. Abro la bandeja de

entrada e inmediatamente mi atención se centra en uno de los mensajes.

De: Oficina Richard Bessett

Enviado: 29/02/2016 13.05

Para: Audrey Dempsey

Asunto: Reunión 29 de febrero

Nos ponemos en contacto con usted para recordarle que la reunión de última hora de la tarde con el señor Bessett tendrá lugar en las

oficinas de Samuelson y Mulholland.

Tallie Smith, secretaria de dirección

Oficina Richard Bessett

Samuelson y Mulholland

945, Park Avenue Nueva York, NY 10028

Había olvidado por completo esa reunión. La empresa Samuelson y Mulholland y, sobre todo, el

señor Bessett eran una parte fundamental de mi malévolo plan. Pronto la Comisión de Valores e

Intercambio anunciará que las acciones de Cunningham Media saldrán a la venta. Steven no nos compra a

través de una OPA hostil ni nada parecido, sino a través de una subasta pública de acciones. Lo hace para

conseguir un precio más competitivo, pero, como contrapartida, debe esperar a que los resultados de la

auditoría se hagan públicos, cosa que pasará dentro de tres días.

Mi plan consistía en acordar con Samuelson y Mulholland la compraventa de Cunningham Media,

siempre en nombre de Colin, con unas condiciones imposibles de rechazar a cambio de que todo el

proceso fuese muy rápido. La Comisión de Valores e Intercambio no tendría más remedio que adelantar

la subasta y Steven no podría intervenir al estar sujeto a la auditoría. Samuelson y Mulholland compraría

el cincuenta y uno por ciento de nuestras acciones, pero en el momento en el que se registrase que las dos

operaciones habían sido realizadas por Colin, se invalidaría la compra por un posible conflicto de

intereses y ya no se permitiría la adquisición de Cunningham Media por ninguna de esas empresas,

anulándose también la subasta.

Ideé este plan cuando odiaba a Colin y creía firmemente que había venido a destruirnos. Si lo hago,

salvaré la empresa, pero Colin perderá mucho dinero y prestigio profesional. Antes en la balanza también

estaba que, si lo hacía, lo perdería a él. Ahora esa posibilidad ha dejado de contar.

—Maldita sea —murmuro cruzando los brazos sobre mi mesa y hundiendo la cara en ellos.

Estoy a punto de empezar a darme cabezazos contra la madera cuando llaman a mi despacho. Al dar

paso, Mónica, la secretaria de Henry, entra con una expresión verdaderamente angustiada.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupándome yo también.

—Perdona que te interrumpa —se disculpa por adelantado—. Sé que esto se aleja completamente de

mis funciones y que tú ya tienes demasiadas cosas en la cabeza...

—¿Qué ocurre, Mónica? —la interrumpo, nerviosa—. ¿Le ha pasado algo a Henry? ¿Está bien?

—Henry está destrozado.

Al escucharla, suspiro hondo. Nada de lo que le está pasando es justo. Henry no se lo merece.

—Me ha pedido que organice una reunión con todo el personal para dentro de tres días —continúa.

La fecha en la que la auditoría se hará pública y Steven comprará Cunningham Media.

—Está convencido de que va a perder la compañía, Audrey, y de que nos despedirán a todos.

Su voz se evapora al final de la frase. Está conteniéndose para no llorar y yo nunca me había sentido

tan mal.

—Tengo cincuenta y cuatro años, ¿quién va a contratarme?

Ya no puede más y empieza a llorar desconsolada. Yo me levanto rápidamente, rodeo mi mesa y me

agacho frente a ella, buscando su mirada con la mía.

—No te preocupes, Mónica —le digo tratando de reconfortarla—. Yo voy a ocuparme de todo.

Convoca esa reunión, pero no te preocupes —repito—. Nadie va a comprar Cunningham Media.

Sonrío para infundirle valor y de paso infundirme un poco a mí, y ella asiente esperanzada.

La convenzo para que se tome el resto de la tarde libre. La acompaño a su despacho a recoger su

bolso y su abrigo y, después, abajo a coger un taxi. Justo antes de darme media vuelta y volver a entrar,

suspiro de nuevo y miro a mi alrededor. Siempre me ha encantado esta ciudad. Muchos dicen que los

neoyorquinos no sabemos apreciarla porque hemos nacido en ella. Yo creo que no es verdad. Es

imposible estar aquí, ya sea diez segundos o toda una vida, y no enamorarte de cada calle. Es el telón de

fondo más mágico que existe. Ahora no me vendría nada mal un poco de esa magia.

De vuelta en mi despacho, me gustaría seguir donde lo dejé y empezar a darme esos cabezazos contra

el escritorio. Recuerdo la conversación con Steven sobre el comprador; sobre él mismo, en realidad. No

piensa mantener la empresa abierta. Henry también lo sabe, por eso ha organizado esa reunión. Hay una

única solución posible.

Nunca he odiado tanto saber qué es lo que tengo que hacer.

Le mando un correo electrónico a la secretaria del señor Bessett confirmando que he recibido el suyo

y salgo hacia Samuelson y Mulholland.

Entro en su edificio. El señor Bessett me recibe en el vestíbulo. Pienso en Henry, en Mónica... en

Colin. Camino hasta la sala de reuniones y tomo asiento donde me indica, muy concentrada en lo que va

explicándome. Me siento como un robot con una misión, como si no fuera yo, y eso me alivia un mísero

segundo: pensar que en el fondo la verdadera Audrey no está aquí, quemando todos los puentes con el

único hombre que la ha hecho sentir especial.

—Señorita Dempsey, ¿se encuentra bien?

Asiento y me obligo a sonreír. Empiezo a explicarle al señor Bessett las ventajas de una posible

compra de Cunningham Media: el precio garantizado de las acciones, la disponibilidad de Henry a hacer

los cambios necesarios, todo nuestro potencial. Él sonríe. Sabe que es un buen negocio.

—Pero hay una subasta pública abierta sobre Cunningham Media —me recuerda—. Eso pone en

peligro el precio garantizado de las acciones.

—Sólo si esperamos —respondo—. La compañía que ha pedido la subasta está sujeta a las normas

de dicho concurso y debe esperar a que los resultados de la auditoría se hagan públicos.

Asiente satisfecho.

—¿Y quién llevará toda la operación de compraventa? ¿Ha pensado en alguien?

—Sí —musito

Trago saliva. Sólo tengo que decir su nombre y ya está. Me desharé de Steven y salvaré Cunningham

Media, a todos los que trabajan en ella... y perderé a Colin. No puedo pensar en otra cosa y ni siquiera

entiendo por qué. No significo nada para él.

—Señorita Dempsey —me apremia.

Yo lo miro absolutamente inmóvil. ¿Por qué tengo que dudar? ¿Por qué no puedo olvidarme de él?

¿Por qué no puedo traicionarlo? Él ya ha pasado página conmigo. Sólo necesitó cuarenta y ocho horas

para hacerlo. ¿Por qué tengo que ser tan idiota? ¿Por qué no puedo dejar de quererlo?

—Señorita Dempsey.

—Lo siento —me disculpo levantándome—. Venir aquí ha sido un error. Lo siento de veras.

Me pongo de pie y salgo del despacho como una exhalación. La nieve me sorprende al salir del

edificio. Necesito pensar. Necesito volver a tomar buenas decisiones, a ser una chica lista, pero, maldita

sea, ¡estoy tan cabreada! Conmigo misma y con Colin por aparecer en mi vida, por complicármela, por

decidir que ya no quiere estar en ella.

No lo pienso. Sólo paro un taxi y le doy la dirección de su apartamento. Soy consciente de que ya dije

todo lo que tenía que decir, pero ahora mismo mi enfado pesa más y lo único que quiero es tenerlo cerca

para gritarle cuánto lo odio.

Ni siquiera pienso en la posibilidad de que no esté. Saludo al portero rezando para que Colin no haya

dado orden de que no me deje pasar o algo parecido y llego al ascensor. Estoy nerviosa, acelerada, triste,

furiosa, dolida. Me siento herida, más aún que hace diez años.

Llamo a la puerta impaciente. Colin no tarda en abrirme. Al verme completamente empapada, su

expresión cambia en décimas de segundo y otra vez tengo la sensación de que todo su cuerpo se pone en

guardia.

—¿Estás bien? —pregunta con la voz endurecida, pero, sobre todo, cargada de urgencia.

Yo frunzo el ceño. ¡Claro que no lo estoy! Y no entiendo por qué lo pregunta. ¿A él qué le importa? Ya

dejó bastante claro cuánto significo para él.

—Dime si estás bien —me ordena un poco más acelerado, un poco más inquieto.

—¿Y a ti qué te importa?

—¡Contéstame!

—¡No lo estoy!

Los dos sonamos desesperados y al borde de un límite lleno de demasiado dolor. Nos miramos en

silencio, desafiándonos, y yo empiezo a dudar de que la distancia que ha marcado entre los dos sea lo

que realmente quiere.

Colin me agarra de la muñeca y tira de mí. Mis tacones repiquetean contra el parqué frente al silencio

de sus pies descalzos. Me obliga a entrar en su piso y cierra a mi espalda. El gesto es brusco, casi

salvaje, y mi cuerpo despierta llamándolo tan rápido como mi enfado regresa. Lo quiero y lo odio, y todo

lo que siento por él acabará destruyéndome, nunca lo he tenido tan claro.

—Hoy tenía una reunión con Richard Bessett. Tenía un plan para salvar Cunningham Media y a

Henry; todo lo que tenía que hacer era traicionarte y no he sido capaz. He dejado que todo por lo que he

luchado se vaya al diablo por ti y tú ni siquiera soportas tenerme cerca —sentencio con rabia.

Y no entiendo por qué no puedo dejar de quererte, por qué no puedo olvidarme de ti.

—¿Cuál era tu plan? —inquiere distante.

—¿Eso es lo único que te importa? —pregunto a mi vez.

Él no contesta y ésa es la mayor respuesta de todas.

Cuéntaselo, Bluebird, y acaba con todo esto.

—Había convencido a Bessett de comprar Cunningham Media adelantándose a tu comprador. Sólo

tenía que decirle que tú te encargarías de la operación.

No necesito hablar de la Oficina del ejercicio bursátil ni decir nada más. Él sabe lo que habría

ocurrido.

La mirada de Colin se transforma y por un momento no soy capaz de leer en ella. Si le duele, no me

importa. Si está furioso, no me importa, porque yo lo estoy mucho más. ¡Henry va a perderlo todo!

—Pero de todas formas ya da igual —añado con todo lo que siento inundando mi voz—. No he sido

capaz. Al final he acabado convirtiéndome en la tonta enamorada y tú te has cansado de mí.

—Yo no me he cansado de ti —sisea.

—Claro que sí, porque tú eres así —replico con desdén.

Recuerdo cada vez que he pronunciado esas palabras. Él siempre me ha replicado tratando de

esconder esa obviedad y yo siempre he sido tan estúpida de creerlo.

—Lo más triste de todo —mi voz se entrecorta. Siento tanta rabia dentro, tanta impotencia—, lo que

más me enfada, es que pensaba que lo que teníamos era diferente.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente. No quiero que me vea llorar. Eso

también se acabó.

—Era diferente —replica manteniéndome la mirada, haciendo énfasis en cada letra.

—No —musito.

—Joder, claro que sí —ruge.

—Y, entonces, ¿por qué todo ha tenido que acabar así? —pregunto dolida, exasperada.

—¡Porque tú lo quisiste! —grita sintiendo lo mismo.

—¡Yo nunca te pedí que me echaras de tu vida! ¡Ni que te comportaras como un auténtico cabrón

conmigo! ¿Por qué no has dejado que al menos fuésemos amigos?

—¡Porque no me vale con eso!

Sus palabras nos silencian a ambos porque dicen mucho más. A mí tampoco me vale con eso, pero la

alternativa duele demasiado.

—Colin —murmuro sin saber cómo continuar.

—Quiero volverte completamente loca —me interrumpe dando un paso hacia mí, quedándose muy

cerca—. Quiero que sólo puedas pensar en mí, en esto, en lo que yo

puedo darte. Quiero que no puedas

trabajar, dormir. Quiero que, cada vez que puedas coger aire y respirar, sea un gemido y me pertenezca a

mí. Y, si tú no quieres lo mismo, sal de aquí, porque no voy a darte nada.

No hay piedad en sus palabras y lo arrollan todo dentro de mí. Quiere estar conmigo y yo quiero estar

con él, pero la situación es mucho más complicada. No puede pedirme que salte al vacío otra vez, que

sea feliz con él. No puedo hacerle eso a Mackenzie.

—Colin —repito sobrepasada.

Y él decide por los dos. Atraviesa la distancia que nos separa, toma mi cara entre sus manos, me besa

con fuerza y me acorrala contra la pared. Yo lo empujo, trato de separarme, huir, pero su olor me sacude

y su cuerpo contra el mío me recuerda demasiadas cosas. Colin atrapa mis manos y las sostiene por

encima de mi cabeza. Es como luchar una batalla que ya sabes que está perdida y, aun así, lo intentas una

y otra vez, cayéndote cada vez, sintiendo dolor cada vez, viviendo cada vez.

Me rindo. Lo beso. Lo quiero.

Me acaricia la cara desde la sien a la mejilla con su mano libre y deja caer su frente en la mía con los

ojos cerrados.

—Te necesito, Audrey —susurra contra mi boca—. Necesito tocarte. Joder, lo necesito más que

respirar.

Me besa de nuevo, devorándome, y yo claudico porque también lo necesito a él, porque también

necesito que me toque, que me haga sentir especial. Necesito saber que lo que tenemos es real. Necesito

que me deje quererlo.

Me obliga a rodear su cintura con mis piernas y me levanta a pulso para cruzar el apartamento sin

separarnos un solo centímetro, sin dejar de besarnos. No soy consciente de dónde me lleva hasta que

siento el chorro de agua tibia primero y caliente después caer sobre nosotros. Estamos en su lujosa ducha

vestidos, mojándonos. No nos importa.

Su mano acaricia mi cadera y se aferra a ella. Nerviosa, alzo las manos y, torpe, comienzo a

desabotonar su camisa mientras nuestros besos se vuelven más desbocados. Sus dedos se ciñen a mi piel

un poco más cuando desabrocho el último botón y la prenda se abre delante de mí. Acaricio su pecho.

Colin atrapa mi mano con la suya y la aprieta contra la piel de su corazón. Sus latidos vibran contra mi

palma y me siento más cerca de él que nunca.

Me besa con fuerza una vez más y se separa despacio. Yo abro los ojos confusa. Los suyos ya me

esperaban. Lentamente separa su mano de la mía, llamando mi atención con el movimiento a pesar de que

sigue mirándome a mí. Yo también muevo mi mano, poco a poco, y creo que dejo de respirar y una

lágrima cae por mi mejilla cuando veo un precioso *bluebird* emprendiendo el vuelo tatuado en su

pectoral izquierdo, en la piel de su corazón.

—Colin —murmuro acariciándolo con las puntas de los dedos—, soy yo.

Deja caer su frente contra la mía y vuelve a atrapar mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—Siempre serás tú, Audrey —sentencia.

Ahora sé que no podría quererlo más.

Despacio, vuelve a dejarse caer sobre mí y me besa otra vez, reclamándome, borrando cada recuerdo

triste desde que nos despedimos en una calle del West Side. Su cuerpo contra el mío, nuestros gemidos,

la cálida sensación de que he vuelto al único lugar donde quiero estar se entremezclan, haciéndome subir

más y más alto. Nunca he podido olvidarlo, porque sencillamente es imposible olvidar cómo me hace

sentir.

Me desnuda despacio a pesar del agua, acariciándome, besándome. Yo pierdo mis manos en sus

hombros y me aferro a ellos con fuerza, arañándolo suavemente, arrancándole gruñidos de placer que se

unen a mis gemidos.

—Colin...

Su nombre se evapora en mis labios cuando me embiste deslizándome contra la pared de azulejos.

—Colin —repito inconexa.

Él comienza a moverse duro, implacable, y al mismo tiempo girando las caderas, llegando más y más

lejos, diciéndome sin palabras que vamos a tomarnos todo el tiempo del mundo.

Sus manos vuelan por mi cuerpo hasta aferrarse a mis caderas. Gimo. Grito. Su boca se pierde en mis

pechos, en mi cuello.

Todo mi cuerpo le pertenece.

—Colin —jadeo cuando el placer se arremolina en mi sexo.

—Dámelo todo —me ordena contra mi piel, haciéndola vibrar con su voz más ronca.

Y obedezco. No tengo alternativa. El placer más increíble se alía con todo mi deseo y salgo

disparada al paraíso de pecado que ha construido para mí embestida a embestida.

—Joder, Audrey —ruge.

Nuestros cuerpos resbaladizos por el agua chocan una y otra vez, acoplándose a la perfección. Me

recreo en el placer. Colin lo alimenta para mí hasta que todo vuelve a empezar. Siento la tensión, el

deseo, el fuego... su sexo llenándome entera, volviéndome insaciable, haciéndome explotar entre sus

habilidosas manos, su polla, su lengua y todo mi placer.

Su cuerpo se tensa. Su agarre en mis caderas se hace más fuerte. Me hace daño. Me gusta. ¡Me corro!

Y él lo hace en mi interior con un masculino alarido.

Santo cielo, el mejor sexo de mi vida lleva el nombre de Colin Fitzgerald.

Me besa de nuevo y se queda muy cerca, con su cuerpo contra el mío y nuestros jadeos

entremezclándose entre nuestras bocas. Ni siquiera siento el agua. De su piel emana calor y éste cubre la

mía por completo. Alzo las manos haciendo un enorme esfuerzo y las sumerjo en su pelo castaño.

Observo cada centímetro de su cara y acabo perdiéndome en sus ojos, que a esta distancia son aún más

azules.

—Te quiero —pronuncio dejando que todo lo que siento por él hable por mí.

Colin aprieta la mandíbula sin liberar mi mirada.

—Audrey —susurra y, aunque sólo es mi nombre, tengo la sensación de que esa única palabra vale

por muchas otras.

Su polla se endurece de nuevo dentro de mí y el placer se reactiva, encendiéndome como si estuviese

fabricada de pólvora negra y fuegos artificiales.

Se mueve con más fuerza que antes, sus manos atrapan las mías, las lleva por encima de mi cabeza y

las sujeta con brusquedad contra la pared.

El clímax regresa. Lo inunda todo. Mi cuerpo se arquea.

—No puedo más —jadeo.

—Sí, sí que puedes, Niña Buena —replica sin compasión, embistiéndome con más fuerza.

—¡Colin! —grito.

Recuerdo cada beso, cada abrazo, cada sonrisa. Lo siento a él.

Un tercer orgasmo me parte en dos y juraría que también parte la ducha, el suelo, la Quinta Avenida y

llega al centro de la Tierra, calentándome a la temperatura de la lava hirviendo, llevándome al paraíso,

haciéndome explotar, rompiéndome en millones de pedazos, llenándome del placer más puro.

Colin no deja de moverse ni siquiera ahora. Mi cuerpo tiembla. ¡Es maravilloso! Y se pierde dentro

de mí alargando mi orgasmo todavía más.

Poco a poco nuestras respiraciones se calman y consigo bajar de mi propia nube.

—Ha sido increíble —digo con la voz enronquecida por los gritos y gemidos.

Colin sonríe satisfecho y muy muy sexy y acaricia mi nariz con la suya suavemente antes de salir de

mí y dejarme despacio en el suelo.

Cierra la ducha, tira de mi cuerpo lánguido y relajado y me envuelve con una mullida toalla blanca de

algodón.

—Voy a buscar algo de beber —dice colocándose una del mismo color, más pequeña, alrededor de su

cintura.

Yo asiento y lo sigo a unos pasos sin perderme un mísero detalle. En la habitación se deshace de la

toalla, recupera unos vaqueros que estaban exquisitamente doblados sobre la cama y se los pone,

ajustándoselos con un par de saltitos. El espectáculo es increíble, como siempre, pero ahora lo es un

poco más con ese pájaro azul tatuado en su pecho.

—Estás disfrutando, ¿verdad, Dempsey? —pregunta burlón.

Finjo un bufido tratando de disimular que efectivamente me estoy deleitando y aparto la mirada.

—Te lo tienes demasiado creído, Fitzgerald —lo reto, llevando mi vista hacia él de nuevo y

centrándome exclusivamente en su cara.

El espectáculo sigue siendo increíble, pero, al menos, parezco menos culpable.

—Y cuánto te gusta —sentencia engreído, entrando en el vestidor y tirando de la primera camiseta

que ve en una de las baldas.

Yo lo miro boquiabierta, absolutamente escandaliza. Él me dedica su sonrisa *made in* Colin

Fitzgerald y sale de la habitación. No tengo más remedio que sonreír. Es un auténtico sinvergüenza.

Ya a solas, miro a mi alrededor y vuelvo a sonreír como una idiota. Estoy feliz, aunque no he

olvidado nuestra situación. Si Colin y yo volvemos a estar juntos, tengo que hablar con Mackenzie. Debo

explicarle cómo son las cosas y que lo sepa por mí y por nadie más.

Regreso al baño y busco mi bolso con la mirada. Suspiro aliviada al encontrarlo en el suelo. Por un

momento me temí que estuviera en un rincón de la ducha, donde, por ejemplo, sí están mis zapatos.

Tuerzo el gesto, pero soy incapaz de mantener la expresión un segundo completo. Si el precio por tener

este sexo maravilloso son unas bonitas sandalias, gustosa lo pagaré todos los días.

Con el bolso en mis manos, saco el móvil. Le mandaré un mensaje a Mackenzie y cenaremos juntas

esta noche, así podré hablar con ella. Sin embargo, cuando desbloqueo el teléfono, ya hay un whatsapp

suyo esperándome. Automáticamente recuerdo su visita al médico y cómo le insistí para que me explicara

cómo había ido cuando hubiesen salido. Espero que no sea nada más serio que una gripe. Abro el

mensaje y en el mismo instante mi corazón se parte en pedazos y mis dedos dejan caer mi BlackBerry al

suelo.

Cierro el frigorífico y dejo dos botellas pequeñas de San Pellegrino sin gas sobre la encimera. Estoy feliz, joder. Sólo necesito saber que ella está en mi cama, en mi maldito apartamento, de vuelta en mi vida. Dejo caer las fresas, las frambuesas y los plátanos sobre la pila y los lavo con cuidado. Fruta para reponer fuerzas, porque no pienso dejar que vuelva a vestirse en todo lo que queda de día y, probablemente, en los dos meses siguientes.

Oigo algunos ruidos y la puerta de mi dormitorio abrirse.

—¿Ya me echabas de menos? —pregunto socarrón.

Sigo percibiendo ruidos, pisadas, pero no hay respuesta. La broma era bastante mala, pero, por lo menos, me he ganado un «eres lo peor,

Fitzgerald».

Me giro justo a tiempo de ver a Audrey, completamente vestida, con la ropa empapada pegarse a sus piernas bajo el abrigo, cruzar el salón y salir de casa.

—Pero ¿qué coño...? —murmuro sin poder creerme lo que estoy viendo.

¿Qué demonios ha pasado?

—Audrey —la llamo saliendo tras ella.

Llego al rellano.

—Audrey —repito.

Pero ella parece no oírme y se monta en el ascensor. Joder, ¿qué coño ha sucedido? Acelero el paso. Cuando llego, está en el centro del

iluminado cubículo con la mirada clavada en sus zapatos completamente mojados. Sin saber por qué, una corriente eléctrica fría y desagradable me recorre la columna vertebral, como si mi cuerpo ya supiese por adelantado el dolor que voy a sentir.

—Audrey, ¿qué ocurre? —pregunto, tratando de obviar esa sensación.

Ella alza la cabeza. Las puertas comienzan a cerrarse. Son los ojos más tristes que he visto jamás y me dejan paralizado. Se está marchando otra vez. Está sufriendo otra vez. La horrible sensación se transforma

en algo real y me atraviesa las putas costillas.

La puerta se cierra por completo y el sonido me hace reaccionar. Tengo que hablar con ella, tengo que saber qué ha sucedido, tengo que

arreglarlo.

Pulso el botón del ascensor, pero no vuelve a abrirse. Pronuncio un «joder» entre dientes y corro hasta las escaleras. Bajo las veinte plantas lo más rápido que soy capaz y salgo a la calle. Mis pies descalzos se hunden en la nieve y el frío me cala hasta los huesos, pero no me importa.

—¡Audrey! —grito al distinguirla entre la multitud.

Ella se detiene un momento, pero parece coger aire y sigue caminando.

—Joder.

Echo a correr esquivando turistas y neoyorquinos y al fin la alcanzo. La sujeto de la muñeca y la obligo a girarse.

—Audrey, ¿qué coño ha pasado?

Sueno nervioso, acelerado, pero me importa una mierda. No puedo perderla otra vez.

Ella me mira. No dice nada. Está llorando, pero no es como ninguna de las otras veces que la he visto hacerlo; está más triste, mucho

más triste. Joder, está destrozada.

Mi mano se desliza por su brazo hasta que con las dos acuno su preciosa cara.

—Niña Buena, soy yo —le digo tratando de tranquilizarla, dando un paso hacia ella—. Sea lo que sea, voy a arreglarlo.

—Esto no se puede arreglar —murmura.

Y sus palabras suenan exactamente como sus lágrimas.

—Sé que he metido muchas veces la pata y que estás asustada, pero yo también —me sincero con una tenue sonrisa—. Estoy muerto de

miedo, pero no he sentido por ninguna otra chica lo que siento por ti.

—Mackenzie está embarazada —me interrumpe con la voz llena de un cristalino dolor—. Enhorabuena, Colin. Vas a ser padre.

¿Qué?

El mundo se abre bajo mis pies, pero yo soy incapaz de moverme. Aparto mis manos de su cara por inercia. Sigo mirándola, pero, a pesar

de que ella también está inmóvil, la noto cada vez más y más lejos de mí. Está embarazada. Voy a tener un hijo. Trato de entender lo que siento, pero no puedo. Estoy aturdido, confuso, triste... y la rabia comienza a hacerse paso entre todo lo demás.

La he perdido.

—Adiós, Colin —se despide manteniéndome la mirada triste, herida, decepcionada.

Y de pronto recupero el control. Todo lo que siento se acomoda dentro de mí y me doy cuenta de que nunca me abandonará, porque jamás podré volver a tocarla.

—Adiós, Audrey.

He perdido lo único que daba sentido a mi mundo.

Ella gira sobre sus pies y se marcha, mientras yo sigo mirando el camino sin ni siquiera sentir ya la nieve bajo los míos. Hace unos minutos estaba arriba, sonriendo como un idiota, y ahora ya no tengo nada.

Regreso a mi apartamento. Tengo la sensación de que todo pasa a cámara lenta, como si le estuviese pasando a otra persona y no a mí.

Recupero mis zapatos y mi abrigo y voy en taxi hasta casa de Mackenzie.

Recuerdo todas las veces que he estado aquí mientras llamo a la puerta. Recuerdo lo jodidamente estúpido que fui al pensar que puedes

interactuar con otra persona de la manera que quieras y al mismo tiempo mantenerla fuera de tu vida sólo porque lo quieres así. Joder, hace una hora Audrey estaba en mi apartamento, en mi vida, íbamos a

ser felices... Es increíble cómo tu mundo puede cambiar en sólo una hora.

—¿Qué haces aquí? —me espeta Arizona hostil en cuanto abre la puerta.

Me humedezco el labio inferior, conteniéndome para no soltarle lo primero que se me pase por la cabeza. Aunque tampoco puedo decir

que no la entienda; le he jodido la vida a sus dos mejores amigas. Me lo merezco.

—Quiero ver a Mackenzie.

—No está —se apresura a replicar, cruzándose de brazos.

—Arizona —la llama Mackenzie suavemente saliendo al pequeño vestíbulo—, ¿puedes dejarnos solos?

Nuestras miradas inmediatamente se encuentran. Parece avergonzada y en ese preciso instante me doy cuenta de que me estoy comportando como un gilipollas. Es una chica increíble; estará tan asustada y perdida como yo, tengo que cuidar de ella.

Arizona me mira de arriba abajo irradiando una antipatía brutal y finalmente asiente.

—Porque tú me lo pides —responde a su amiga—. Estaré arriba. Llámame cuando terminéis.

—¿Estás bien? —pregunto cuando nos quedamos solos.

—Sí —responde al tiempo que asiente—, ¿y tú?

Voy a contestar, pero entonces me percato de que eso sería como alargar más la agonía. Primero preguntas de cortesía, después hablamos del tiempo y el trabajo y, mientras, fingimos que no hay un elefante rosa sobrevolando la habitación.

—Mackenzie, he venido porque...

—Lo sé —me interrumpe—. Audrey me ha dicho que ha hablado contigo.

—Sí —me apresuro a replicar, tratando de borrar el eco de su nombre en cada maldito hueso de mi cuerpo—. Creo que deberíamos hablar.

Mackenzie asiente de nuevo y me hace un gesto para que pase. Cierra la puerta a mi espalda y nos encaminamos al salón.

—Quiero que sepas que no ha sido algo premeditado —se disculpa—. Yo tomo la píldora. Ni siquiera fui al médico pensando que estaba

embarazada. —Su voz se evapora al final de la frase.

—Lo sé —respondo sin asomo de dudas.

Puede que no me tomase la molestia de conocerla profundamente antes de acostarme con ella, pero sé que no jugaría con algo así.

—¿De cuánto estás?

—Un poco más de doce semanas.

Asiento. Eso fue antes de conocer a Audrey. En aquella época nos acostábamos muy a menudo y sin usar protección. Los dos nos habíamos hecho análisis y estábamos limpios y ella tomaba la píldora.

—El médico me ha hecho una ecografía —me explica caminando hasta su bolso y sacando un pequeño sobre; lo abre y me tiende lo que

hay en su interior—. Es en 4D.

Giro el papel entre los dedos y entonces lo veo. Es un bebé. Parece ridículo, pero hasta ese momento sólo había pensado en él como algo

abstracto, no en una cosita con bracitos y piernecitas. De pronto la siguiente pregunta cae por sí sola. No pienso hacerla.

—Impresiona, ¿verdad?

—Sí —murmuro con la vista aún perdida en la ecografía.

—Colin, sé que no planeamos tener un bebé, así que no voy a pedirte ninguna responsabilidad y no tienes...

—Voy a cuidar de ti —la interrumpo levantando la cabeza— y voy a cuidar del bebé. Es cierto que no es lo que había planeado —en ese

momento la vida que sí había planeado reluce con fuerza, recordándome lo que ya no puedo tener. La presión bajo las costillas se hace casi infinita, pero aguanto el golpe—, pero no pienses ni por un solo segundo que estás sola en esto.

Sonríe aliviada y al mismo tiempo una lágrima cae por su mejilla. Doy un paso hacia ella y la abrazo con fuerza. Es la madre de mi hijo.

No pienso abandonarla.

Seguimos charlando un poco más y me ofrezco a acompañarla a su próxima visita al médico. Aunque está contenta con el que ya tiene, la

convenzo para ir al Hospital Universitario Presbiteriano. Es el mejor.

De vuelta en mi apartamento, me sirvo un vaso de Glenlivet y me tumbo en el sofá sin ni siquiera molestarme en encender las luces. Una

parte de mí quiere hacer lo único que sabe para escapar de estas situaciones e irse a un bar a buscar pelea; a la otra ya no le vale esa solución, porque no me devolverá a Audrey. Pronuncio su nombre en voz alta y sonrío, y por un instante me imagino que es ella la que está embarazada, la que va a tener a mi hijo. La idea lo arrasa todo dentro de mí, llenándome de una felicidad pura y cálida. Una cría que se pareciese a ella, que tuviera esos enormes ojos marrones y su mirada curiosa. Una pequeña versión de Audrey que fuese nuestra y de nadie más.

Resoplo y vuelvo de repente a la realidad. Me bebo la copa de un trago y comienzo a deambular por el apartamento buscando algo que

hacer, plenamente consciente de que es imposible que pueda dormir. A las cuatro de la mañana me rindo, me pongo el chándal y salgo a correr. *Fell in love with a girl*,[19] de The White Stripes, suena a todo volumen. Necesito escapar de lo que ya no puedo tener.

Bajo la Segunda Avenida, corro hasta la catedral de San Patricio, Bryant Park, Times Square... pero, cuando tengo que volver a mi apartamento bordeando el parque, me desvío y continúo corriendo hasta el West Side. Antes de que pueda pensarlo con claridad, estoy en la calle 93, en la acera frente a su edificio. Quiero hablar con Audrey, decirle que cuidaré de Mackenzie y del bebé, pero que no voy a empezar una relación con ella, que todavía tenemos una oportunidad.

Doy el primer paso dispuesto a cruzar la calle, entrar ahí y convencerla, pero casi en el mismo segundo me doy cuenta de que ya sé la

respuesta que va a darme. Audrey jamás le haría eso a Mackenzie.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y aprieto la mandíbula. La

quiero, joder, y tengo que renunciar a ella.

Soy plenamente consciente de que debería marcharme, pero mi cuerpo se niega a abandonar la calle, como si de un momento a otro Audrey fuese a salir corriendo en mi busca para tirarse en mis brazos, y yo no estuviese lo suficientemente cerca.

Miro a mi alrededor con el iPhone en la mano y llamo a Donovan mientras entro en la cafetería a mi espalda.

—¿Qué quieres, capullo, son las seis de la mañana? —responde adormilado.

—Te invito a desayunar.

—¿Qué? ¿Ahora? No —sentencia incrédulo—. ¿Dónde estás?

—En la 93.

El silencio se hace al otro lado de la línea y no sé si se ha quedado dormido o simplemente me ha mandado al diablo y me ha colgado.

—¿Ahí no es donde vive...?

—¿Vas a venir o no? —lo interrumpo impaciente.

No necesito que nadie me diga que me estoy comportando como un controlador desquiciado, lo tengo perfectamente claro.

—Sí —contesta resignado, pero también hay un toque de preocupación en su voz—. Dame quince minutos. Necesito una ducha para espabilarme.

A eso de las seis y media estamos sentados en una de las mesas junto a la ventana con una taza de café.

—¿Vas a explicarme de una vez qué hago aquí? —se queja Donovan mirando a su alrededor.

—Salí a correr y he acabado aquí casi sin darme cuenta —contesto sólo para poder cambiar de conversación.

—Eso no te lo crees ni tú —replica antes de darle un sorbo a su café.

Resoplo mientras lo observo dejar la taza de nuevo en la mesa y pierdo la mirada en el ventanal.

—Mackenzie está embarazada.

—¿Qué? —inquiere atónito. No lo culpo.

—Lo supe ayer. Audrey también lo sabe.

No sigo hablando. No le digo lo que eso significa, porque es obvio.

—Colin —me llama. Giro la cabeza y vuelvo a prestarle atención—. Si Mackenzie y tú decidís tener ese crío, tienes que ocuparte de él.

Tienes que ocuparte de que tenga todo lo que necesite y que sea feliz.

Yo le mantengo la mirada. Donovan nunca habla de cómo se siente. Siempre ha estado encerrado en sí mismo y, cuanto más dolor siente,

más alto es el muro que construye a su alrededor. Katie es a la única persona a la que ha dejado entrar. Por eso las palabras que acaba de pronunciar tienen aún más valor. Está hablando de él, del miedo que sintió cuando era un niño y del que siente ahora que va a ser padre.

—No dejes que tenga una infancia de mierda como nosotros —continúa. Yo hago el ademán de decir algo, pero Donovan alza la mano

apenas unos centímetros, frenándome—. Sé que vas a decirme que fuiste muy feliz con tu abuelo, pero también sé que todavía estás enfadado con tu padre. No permitas que a ese crío le pase lo mismo.

—Voy a cuidar de él y voy a cuidar de Mackenzie —digo sin asomo de dudas.

—¿Y qué pasa con Audrey?

—Lo mío con Audrey se acabó.

Trago saliva. Tengo que entenderlo de una maldita vez.

—¿Y por qué estás aquí?

Buena pregunta.

—Porque quería desayunar contigo —miento sin ningún remordimiento, obligándome a sonreír.

—Pues la próxima vez llama a Jackson —sentencia siguiéndome el juego, sabiendo que miento y que duele, joder, que duele muchísimo.

Devuelvo mi vista a la ventana. Aún es temprano y todo está en calma. Un taxi avanza lento hasta detenerse por completo frente al

edificio de Audrey y llama de inmediato mi atención. En ese mismo instante la puerta del inmueble se abre y sale Arizona y, apenas un segundo después, lo hace ella. Está preciosa, joder. Un hombre se baja del taxi y éste se va. Se me hiela la respiración cuando el tipo sube los cuatro escalones que separan el portal de Audrey de la acera y ellas lo reciben con una sonrisa. ¿Quién coño es?

Comienzan a charlar y yo aprieto el borde de la mesa con tanta fuerza que está a punto de ceder entre mis manos. ¿Qué hace aquí? ¿A

quién ha venido a ver? Hace unas horas estaba desnuda entre mis brazos, no puede haber olvidado todo eso, maldita sea. Agarro el borde un poco más fuerte. Todo mi cuerpo se tensa. Sólo quiero levantarme, cruzar la calle y tumbar a ese gilipollas de un puñetazo.

Audrey da un paso en su dirección y estoy a punto de perder el control, pero, entonces, sencillamente alza la mano y se despide a la vez que comienza a bajar los escalones. Se detiene en el bordillo de la acera y mira a la calzada en busca de un taxi mientras Arizona coge al hombre de la mano y entran dentro del edificio.

Sin ni siquiera pensarlo, me levanto. Tengo que hablar con ella. Los minutos en los que no sabía si ese tío venía a buscarla a ella o no han sido los peores de mi vida, joder.

Salgo atropellado de la cafetería, desoyendo todas las veces que me llama Donovan, que ha presenciado toda la escena y, sabiendo lo que

estoy a punto de hacer, me pide que me calme y piense las cosas un puto segundo, pero no puedo. Es cuestión de tiempo que ella encuentre atractivo o se sienta lo suficientemente desinhibida con alguno de los hombres que se le acercan y acabará acostándose con alguno, y eso no puedo permitirlo. Audrey es mía. No voy a dejar que ningún gilipollas le ponga las manos encima.

Sin embargo, cuando sólo he puesto un pie en la carretera, vuelvo a detenerme seco y, al neandertal que llevo dentro, y que sólo ella parece saber despertar, se unen muchas otras cosas. Se unen las palabras de Donovan, la ecografía. Lleva ese abrigo que le está enorme y bajo él unos vaqueros y unas Converse. No necesito acercarme a ella para saber que está triste; joder, está hecha polvo y todo es culpa mía.

He perdido la cuenta de cuántas veces he dicho que sólo quiero

protegerla, ya va siendo hora de que lo ponga en práctica.

Me cierro la chaqueta y echo a correr, alejándome de Audrey. Se merece ser feliz, pero, sobre todo, se merece dejar de llorar de una maldita vez. Se lo debo.

Miro el reloj. Son casi las ocho. He venido al despacho ridículamente temprano porque no sabía qué otra cosa hacer. Además, todavía

tengo una cuenta pendiente con Cunningham Media. No voy a consentir que Steven Hamilton se salga con la suya.

Unos suaves golpes en la puerta me distraen. Alzo la cabeza y el corazón me da un jodido vuelco cuando veo a Audrey bajo el umbral de

la puerta de mi despacho. La recorro de arriba abajo con la mirada y la sangre caliente se mezcla con una punzada de culpabilidad. Es obvio que ha estado llorando y toda la tristeza que ya sabía que sentía me golpea con fuerza. Aun así, está preciosa, eso también lo sabía.

—Hola —murmura —, ¿podemos hablar?

Asiento y me levanto. Rodeo la mesa y me siento en el borde, conteniendo las ganas que tengo de cruzar la maldita habitación y abrazarla.

—Lo he estado pensando mucho —empieza a decir— y he encontrado la manera de salvar Cunningham Media.

Mi mirada cambia en décimas de segundo.

—¿Cómo?

Ella se muerde el labio inferior, conteniendo un nuevo sollozo. Quiero consolarla. Quiero tenerla entre mis brazos.

—Voy a aceptar la oferta de Steven para trabajar con él en el Hamilton Trust.

¿Qué?

—Tú no quieres eso —rujo incorporándome y dando un paso hacia ella.

—Tienes razón —replica con la voz más triste que he escuchado en todos los días de mi vida—, pero es la única manera en la que conseguiré mantener Cunningham Media abierta sin que te afecte a ti.

No, joder, no. No pienso dejar que se sacrifique.

—Todavía tenemos dos días hasta que los resultados de la auditoría se hagan públicos...

—¿Y qué importa eso? —me interrumpe—. Nunca encontraremos, en tan poco tiempo, a un comprador dispuesto a invertir tanto dinero

y, una vez que la auditoría sea pública y entremos en subasta, Steven podrá comprar la empresa con o sin nuestra ayuda.

Resoplo. Sé que tiene razón, pero me importa una mierda. Podemos hallar otra manera.

—No voy a permitir que te vayas con él, Audrey.

—Entonces es una suerte que sea una cría testaruda que toma sus propias decisiones, ¿no? —replica con una sonrisa demasiado triste,

parafraseando mis propias palabras.

—Audrey...

—Steven me ha pedido que Max y yo nos mudemos con él a Glen Cove. No le he contestado aún, pero creo que es la mejor decisión que

podría tomar.

—No —siseo entre dientes.

—Espero que seas muy feliz, Colin. —Ignora mi única palabra y continúa como si fuera un discurso que ha aprendido de memoria y quiere terminar antes de ser incapaz de hacerlo—. Siento haber dicho que estabas vacío porque no es verdad. Te mereces ser feliz y estoy segura de que con Mackenzie y vuestro bebé vas a poder serlo.

Cabeceo exasperado, triste, furioso.

—Tú tenías razón, sí estaba vacío —me sincero—. Me he pasado más de quince años impidiendo que nadie entrase en mi vida y me gustaba, joder. Lo tenía todo bajo control. Y entonces tuve que aceptar una auditoría, tuve que darme cuenta de lo jodidamente especial que eres y sencillamente lo cambiaste todo. Cambiaste mi maldito mundo,

Audrey, y ya nunca podré ser feliz sin ti.

—¿Por qué? —pregunta con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque te quiero y voy a hacerlo toda mi maldita vida —sentencio con rabia, con impotencia, sintiendo el dolor que me produce cada

palabra, como si estuviese mirando al fondo de un precipicio. Ella va a marcharse, voy a perderla y, si en algún momento creí que tenía alguna posibilidad de volver a mi vida antes de ella y estar bien, ahora sé que es imposible.

—Colin... —murmura sobrepasada.

—Sé que soy un egoísta de mierda diciéndotelo ahora, pero lo cierto es que no me importa. Ojalá no me hubiese acostado con Mackenzie, ojalá te hubiese conocido antes, ojalá Max fuese tuyo y mío y llevásemos diez años siendo jodidamente felices, pero no puedo cambiarlo. Daría mi vida por poder hacerlo, pero no puedo. No puedo dejar que a ese crío y a Mackenzie les pase lo mismo que nos pasó a

nosotros. —Mis ojos se llenan de las lágrimas que no me permito llorar—. Te quiero y nunca nada me había costado tanto como tener que renunciar a ti, pero no puedo abandonarlos.

Ella asiente, manteniéndome la mirada.

—Lo sé —una lágrima cae por su mejilla— y te quiero todavía más por eso.

—No te vayas con Steven —le pido con mi voz transformada en un grave susurro, dejando que toda la rabia se apodere de mis palabras

una vez más.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo. Yo tampoco puedo abandonar a Henry y esta empresa.

Sin esperar respuesta, gira sobre sus pies y se marcha. Yo me quedo observando el espacio donde estaba, asimilando toda la ira, el dolor.

Soy consciente de lo que he dicho, de lo que me dije esta mañana delante de su puerta, pero no puedo dejar que todo acabe así.

Salgo corriendo tras ella. La oficina todavía está desierta.

—¡Audrey! —la llamo justo antes de que se monte en el ascensor.

La sigo y me quedo clavado a unos pasos. Es un maldito *déjà vu*. Volver a vivir cuando se fue con Griffin, cuando nos peleamos en la New York Advertising Association, cuando salió huyendo de mi casa. ¿Siempre va a ser así? ¿Siempre vamos a tener que estar luchando contra el mundo?

El amor no es suficiente.

La miro a los ojos. La quiero y ella me quiere a mí, pero el amor no basta. Ya comprendí esa lección en Portland, pero fui tan estúpido al pensar que podría luchar por los dos. Las puertas se cierran sin que ninguno diga nada. Acabo de perder lo mejor que me ha pasado en la vida.

Estoy demasiado furioso, demasiado triste.

Se acabó.

Regreso a mi despacho, pero no quiero estar aquí y acabo marchándome a Colton, Fitzgerald y Brent. Doy orden a Beatrice de que no

acepte llamadas ni visitas y me encierro en mi oficina. Sólo me marcho a casa por inercia, tampoco quiero estar allí. Esto es una puta tortura.

A la mañana siguiente pienso en ir directamente a mi oficina, pero mañana se hará pública la auditoría y Cunningham Media pasará directamente a las manos de Steven. Henry se merece que esté allí, aunque supongo que Audrey le habrá contado lo que piensa hacer y ya

sabrá que conservará la dirección de su empresa y a todos los que trabajan en ella.

Sentado a mi escritorio, trato de concentrarme, pero es inútil. Recuerdo cómo me miró Audrey una y otra vez cuando me dijo que Mackenzie estaba embarazada, cómo me miró ayer cuando se despidió de mí. Joder, no puedo más. Me levanto como un resorte, como si el

sillón ardiese, y me paso las dos manos por el pelo a la vez que pierdo la mirada en el ventanal. ¿Esto es lo que me espera? ¿Todos los malditos días van a ser así? Apoyo las palmas de las manos en la mesa y me inclino suavemente hacia delante. La echo de menos. La echo

demasiado de menos.

—Señor Fitzgerald —me llama Beatrice.

—No quiero que nadie me moleste —le recuerdo sin levantar la cabeza.

—Lo sé, señor, pero ha venido a verlo un... niño —termina la frase confusa.

—¿Un niño? —inquiero mirándola a la vez que frunzo el ceño.

—Dice que se llama Max.

Mi expresión cambia por completo. ¿Qué hace aquí? ¿Está bien? ¿Audrey está bien? Ese hormigueo tan familiar comienza a recorrerme

las costillas.

Asiento al tiempo que rodeo mi mesa y Beatrice gira sobre sus pies y abre la puerta que entornó con cuidado.

—Puedes pasar —oigo que dice.

A los pocos segundos, Max entra en mi despacho. Lleva la mochila del colegio a la espalda, así que me imagino que ha debido de venir

desde allí. Audrey me contó que iba a una escuela pública cerca de su casa, eso son más de cincuenta manzanas hasta aquí.

—Hola —me saluda deteniéndose frente a mí.

—Hola —respondo todavía confuso—. ¿No deberías estar en el colegio?

—Sí, pero tenía que hablar contigo.

—¿Y has venido andando hasta aquí?

—He venido en metro —contesta resuelto.

—¿En metro?

Tiene que ser una puta broma. Podría haberse perdido y aparecer en Queens. ¡Podrían haberlo secuestrado!

—Ya tengo diez años —se queja por la forma en la que lo miro.

No puedo evitar sonreír. Es tan peleón como su madre.

—Necesito hablar contigo —repite alzando la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿De qué?

—Ayer oí a mi madre decirle a Arizona que mi tío Steven va a comprar la empresa de Henry, ¿es verdad?

—Sí —respondo cruzándome de brazos.

—¿Y por qué no la compras tú?

Su pregunta me pilla fuera de juego.

—Las cosas no funcionan así, Max.

—¿Por qué no? —replica sin apartar esos enormes ojos azules de los míos—. Mi madre no quiere que el tío Steven compre la empresa,

pero seguro que sí quiere que la compres tú.

—Max, yo no...

—Tienes que ayudarla —me interrumpe impaciente.

—¿Y por qué crees que yo puedo hacerlo?

El niño lo piensa un segundo.

—No lo sé —contesta sincero—, pero ella siempre sonríe cuando escucha tu nombre. Eso es bueno, ¿no?

Joder, eso ha sido como llevar la soga a casa del ahorcado.

—Sí —balbuceo—, pero eso no significa que pueda hacer algo para que Steven no compre la empresa —reconduzco la conversación.

—¿Por qué no? —contraataca tozudo.

—Porque es mucho más complicado —respondo alzando las manos.

—Ayer se durmió llorando —dice acelerado—. Ella cree que no la oí, pero sí lo hice. Es mi madre y tengo que ayudarla, por favor.

La presión sobre mis costillas crece más y más.

—Max...

—Por favor, Colin, ven conmigo —repite agarrándome de la mano y tirando de ella para que lo siga—. Vamos a ayudarla, por favor.

Ojalá pudiera, daría todo lo que tengo por ayudarla. No quiero que se vaya con Steven, que los aleje de mí llevándoselos a Glen Cove,

pero, si me inmiscuyo, sólo conseguiré que sufra todavía más.

—Max, no puedo —sentencio soltándome.

El dolor es tan fuerte que casi no puedo respirar.

—Por favor —murmura y, aunque lucha por aguantar los sollozos sin hacer ningún gesto, las primeras lágrimas comienzan a caer.

Lo último que quiero es decepcionarlo, joder, pero no puedo.

—Vais a estar bien —trato de hacerle entender acuclillándome frente a él—. Steven va a cuidar de vosotros, vais a vivir en una casa genial y tu madre volverá a estar contenta.

Sólo tiene que olvidarse de mí, encontrar a alguien y ser feliz. La rabia vuelve y lo arrasa todo. No quiero que conozca a nadie, joder. No quiero tener que renunciar a ella.

—Te lo prometo —sentencio.

Max no responde y tampoco me mira. Yo resoplo tratando de controlar todo lo que siento ahora mismo. Maldita sea, sólo quiere que su

madre sea feliz, lo que cualquier crío quiere, lo que yo quería que fuese mi padre cuando tenía su edad.

—Arizona, ven a mi despacho —la llamo por el intercomunicador, controlándome por no lanzarlo contra la pared.

Estoy furioso y la impotencia y todo el dolor me están comiendo por dentro.

No tarda más que un par de segundos en entrar. Al ver a Max, se frena en seco y su expresión se llena de confusión.

—Acompáñalo al colegio —le pido refiriéndome al crío—. El Jaguar está en la puerta. Os llevará donde le digas. Tómate todo el tiempo

que necesitéis.

Mis palabras la hacen dejar de mirar al niño y mirarme a mí, y por un momento tengo la horrible sensación de que puede ver dentro de mí, de que es capaz de adivinar cuánto me afecta todo esto.

—Ahora mismo —contesta finalmente.

Arizona lo agarra del hombro y Max camina junto a ella todavía con la cabeza gacha. Yo los observo hasta que salen de mi despacho. En

cuanto la puerta se cierra, me paso las manos por el pelo y comienzo a dar paseos cada vez más inconexos, más acelerados, más frustrados.

Yo quiero cuidarla. ¡Lo quiero más que nada, joder! Pero no puedo volver a su vida, entrar en la de Max y, después, tener que largarme porque

voy a tener un hijo con otra. Joder. Joder.

¡Joder!

Antes de que pueda controlarlo, la rabia lo inunda todo y salgo flechado del despacho. ¿Qué se supone que debería hacer? ¿Cómo debería comportarme? Me marché a Portland para mantenerme alejado de ella y no funcionó. Intenté ser distante, frío, y tampoco funcionó.

La recuperé, volví a perderla y nunca he dejado de quererla y, maldita sea, es una tortura.

Tampoco me doy cuenta de cómo acabo frente a la puerta de un bar mugriento en un callejón cualquiera cerca de la Sexta. Doy el primer

paso para entrar, pero de pronto pienso en Max. Nos imagino jugando al rugby en Central Park un domingo, corriendo de un lado a otro mientras Audrey está tumbada en una manta sobre el césped con un vestido de tirantes y pequeñas florecitas estampadas. El sol le da en la cara y parece muy relajada hasta que decido ir a molestarla, tumbándome a su lado y acariciándole la nariz con el índice. Sonrío satisfecho cuando suelta un pequeño gruñido molesto y se revuelve sin abrir los ojos, y un segundo después la beso acallando todas sus protestas.

Al volver a la realidad, me doy cuenta de que mis manos ya no están cerradas en un puño, que puedo respirar más allá de la rabia, y

entonces lo entiendo todo: quizá ya no pueda tener todo eso, pero sí tengo que luchar porque ellos puedan tenerlo. Renunciando a Cunningham Media y a su vida en Manhattan, Audrey nunca va a ser feliz. Tengo que impedirlo. Ésa es mi manera de cuidar de ellos.

Regreso a Colton, Fitzgerald y Brent y comienzo a revisar cada carpeta, cada archivo, cada tabla de inversiones, buscando la manera de

salvar la empresa de Henry al margen de Steven. Ya ha anochecido cuando encuentro una vía de escape. Me levanto como un resorte y salgo

al pasillo.

—Donovan —lo llamo abriendo la puerta sin molestarme en llamar—, te espero en el despacho de Jackson.

Sin aguardar respuesta, vuelvo al pasillo.

—Eve —la nombro al cruzar la recepción—, sobre mi mesa tienes una lista de llamadas que hacer. Todas las reuniones tienen que ser

para mañana a primera hora.

Ella asiente y responde algo, aunque la verdad es que no la escucho, y continúo flechado hasta el despacho de Colton.

—Tenemos que hablar —irrumpo en su oficina.

Su secretaria me sigue con cara de susto.

—Joder, ¿qué hay de eso de llamar a la puerta? —se queja mi socio desde detrás de su mesa, mirándome con cara de pocos amigos.

—Es importante. —Pronuncio esas palabras justo cuando llega Donovan.

Jackson le hace un gesto a su secretaria y ésta se retira, cerrando la puerta a su paso.

—¿Qué ocurre? —pregunta Donovan.

—Se trata de Cunningham Media —comienzo—. No podemos dejar que Steven Hamilton la compre.

—Eso es bastante complicado —comenta Jackson—. La auditoría se

hará pública mañana cuando Wall Street abra.

—Eso sólo significa que tenemos hasta las nueve y media de la mañana para cerrar todos los acuerdos con otro comprador.

Jackson suspira. Sé por qué ninguno de los dos está dando saltos de alegría. Deshacernos de Steve Hamilton a estas alturas no nos dejaría en muy buen lugar como empresa teniendo en cuenta que hemos dirigido la operación en su nombre desde el principio.

—Para Hamilton la compra de la empresa no son negocios. Ya visteis lo que pasó con Audrey en la reunión.

—Colin, los dos entendemos por qué quieres hacer esto —replica Donovan—, pero ¿en serio te parece que es una buena idea? Vas a

tener un crío con Mackenzie, deberías olvidarte de Audrey y de esa compañía.

Yo lo miro y me humedezco el labio inferior. Está claro que ninguno de los dos entiende una mierda.

—Dime una cosa: si ahora jodieras las cosas con Katie y tuvieras que renunciar a ella, ¿la olvidarías? —Donovan resopla con la mirada

clavada en la mía, pero no dice nada. Sabe adónde quiero llegar—. Y tú, Jackson —continúo dirigiendo mi vista hasta él—, ¿te olvidarías de Lara? Me estáis pidiendo que haga algo que ninguno de los dos estaría dispuesto a hacer.

—Tienes razón, pero ninguno de nosotros dejó embarazada a la mejor amiga de la chica a la que quiere —sentencia Jackson, desafiándome desde su sillón.

—Eso ha sido un golpe bajo —gruño.

—Eso ha sido lo que te mereces —interviene Donovan.

El silencio se hace en la habitación. Cualquiera que nos conozca sabe que nos apoyamos en todo sin fisuras, pero, de puertas para dentro, se lavan los trapos sucios, y eso es lo que estamos haciendo ahora. Sólo que no es el puto momento.

—La jodí —me sincero—, y precisamente por eso necesito ayudarla, impedir que pierda nada más.

—No es una buena idea —repite Jackson—. Lo estamos haciendo por

ti, por los dos.

Cabeceo. No están siendo justos. Nada justos.

—Yo siempre he estado ahí para vosotros —replico—. Era yo el que estaba en aquel callejón vigilando que no viniera nadie mientras tú

le dabas una paliza al hijo de puta de tu padre, Donovan. Y fui yo quien se llevó a Lara llorando de nuestra oficina cuando tú decidiste que no querías volver a verla —le digo a Jackson—. Ahora se trata de mí.

Los dos se miran un único instante.

—Haremos lo que quieras —sentencia Donovan.

Asiento. Sabía que no me fallarían.

Nos pasamos toda la noche trabajando, ultimando documentos y preparando reuniones. Las primeras horas de mañana van a ser una locura. Tenemos que conseguir cerrar la compra antes de las nueve y media.

Apenas dormimos, pero merece la pena y a las ocho estoy saliendo de la sala de juntas de Cunningham Media. Acabamos de explicarle a

Henry todos los detalles y, francamente, creo que le hemos dado la alegría de su vida.

El comprador vendrá en poco menos de una hora, así que tengo que darme prisa. Donovan se ha llevado el Jaguar a la Oficina del ejercicio bursátil. Esa reunión será complicada. Debe convencerlos de que no ha habido ningún conflicto de intereses y que no hemos perjudicado a Steven Hamilton en ningún paso de la operación.

En el bordillo de la 49, llamo a un taxi y le pido que me lleve al West Side. El tráfico se porta bien y llego relativamente pronto.

Sacudo su puerta como un desquiciado hasta que oigo pasos al otro lado y el cerrojo abrirse.

—¿Qué? —dice Arizona con cara de pocos amigos, a punto de caer dormida otra vez—. ¿Qué coño haces aquí? —reformula su pregunta en cuanto advierte que soy yo.

—Necesito un favor.

—No pienso hacerte ningún favor.

Sin dejarla seguir protestando, la agarro de la muñeca y tiro de ella para que me siga escaleras abajo.

—Pero ¿quién te crees que eres? —se queja—. Si piensas que a todas las mujeres nos gusta que nos traten como si fueras el rey del

mundo… estás en lo cierto —claudica al cabo de unos segundos—, pero que no se te olvide que no eres mi persona favorita, Fitzgerald.

Me detengo frente a la puerta de Audrey y ella frunce el ceño aún más confusa. Pienso en darle las explicaciones oportunas, pero mejor

no. La curiosidad la está matando y yo estoy disfrutando.

Llamo una vez y me propongo esperar paciente, pero no soy capaz y golpeo la puerta hasta que, como pasó con Arizona, oigo pasos al

otro lado.

—¿Qué sucede? —pregunta Audrey abriendo.

La miro e inmediatamente sonrío. Tiene el pelo alborotado y la respiración tranquila. Me la imagino así, en mi cama, y siento que vuelvo a respirar por primera vez en tres días.

—¿Qué…? —repite confundida al ver a Arizona a mi lado, malhumorada y en pijama, y a mí.

—Tienes que venir conmigo —le digo.

—¿Qué? ¿Adónde? No puedo —se apresura a replicar.

—Sí, puedes, ven.

Sueno arrogante y seguro, porque lo estoy.

Audrey me mira, abre la boca y, al cabo de un par de segundos, la cierra sin saber qué decir.

—Colin —murmura finalmente sobrepasada.

—Sé que no me he ganado que vuelvas a confiar en mí —la interrumpo dando un paso hacia ella—, pero necesito que me dejes hacer

esto por ti, por los dos —sentencio llevando mi vista a su espalda, donde está Max.

El crío, también en pijama, me mira y sonríe de oreja a oreja. Creo que es el único que sabe por qué estoy aquí.

Audrey se vuelve y lo mira y, a continuación, me presta de nuevo toda su atención. Yo atrapo su mirada y le tiendo una mano. Quiero que

ella dé ese último paso, que de alguna manera vuelva a saltar al vacío.

Hincha su pecho, armándose también de valor, y se muerde el labio inferior.

—Está bien —responde estrechando mi mano.

Yo sonrío y tiro de ella. Empezamos a caminar pero, cuando sólo llevamos unos pasos, se detiene en seco.

—Voy en pijama —dice con una sonrisa, remarcando lo obvio.

Se suelta y vuelve dentro, y todo mi cuerpo protesta. La espero junto al marco de la puerta y en cuestión de minutos regresa vestida con unos *leggins* y un jersey.

—No sé adónde vamos —se disculpa por si no ha acertado con el vestuario.

—Estás perfecta —la interrumpo.

Y es la jodida verdad.

La cojo de nuevo de la mano y otra vez tiro de ella. Audrey se despide de Max y de Arizona. Yo le guiño un ojo al crío como despedida y

él vuelve a sonreír. Esa sonrisa me hace feliz.

Nos montamos en el taxi y el conductor se incorpora inmediatamente al tráfico. Ya le dejé claro dónde debíamos ir después de darle un

billete de cien y decirle que no podía moverse de aquí hasta que regresáramos.

En la parte de atrás del coche me revuelvo inquieto por demasiados motivos. Quiero que lleguemos ya, quiero que sepa que todo se ha

solucionado, que no tendrá que marcharse. Sin embargo, una parte de

mí está acelerada por tenerla así de cerca. Tiene la mirada perdida en la ventanilla. El sol empieza a relucir con fuerza y atraviesa el cristal, iluminándola. La observo despacio: sus enormes ojos marrones, la manera en la que se mete un mechón de pelo tras la oreja y después se muerde el pulgar nerviosa. Es preciosa y es mía, igual que yo soy suyo. No importa que ya no podamos estar juntos. Ninguno de los dos tiene ya elección.

Cuando el coche se detiene frente a Cunningham Media, Audrey se gira hacia mí con su mirada curiosa.

—¿Qué está pasando? —inquiere.

Yo sonrío lleno de todo lo que siento por ella y salgo del taxi, tendiéndole la mano para ayudarla a hacer lo mismo.

Justo antes de montarnos en los ascensores, recibo un mensaje de Donovan diciéndome que la reunión en la Oficina del ejercicio bursátil, gracias a Lincoln Oliver, ha ido como esperábamos y ya está de vuelta, en la sala de reuniones. Perfecto.

Al verme pulsar el botón de la planta de dicha sala, Audrey me mira de nuevo buscando respuestas y yo no puedo evitar sonreír con la

vista al frente. Quiero contarle ya qué hacemos aquí y al mismo tiempo estoy disfrutando de toda esta expectación.

Despacio, sin que ninguno de los dos haga nada, el espacio entre los dos comienza a cambiar suavemente. Puedo sentir su respiración acelerada y notar cómo mi corazón late más y más rápido. Nuestras manos, como si tuvieran vida propia, se acomodan contra la otra y nuestros dedos se entrelazan. La deseo más que a nada, aunque sepa que no puedo, y todo en lo que soy capaz de pensar es en besarla y llevarla contra la puta pared. Aprieto su mano obligándome a aplacar mis instintos y ella responde dejando escapar un suspiro sin mover ninguna otra parte de su cuerpo, luchando como estoy luchando yo. Ahora mismo los dos nos estamos conteniendo.

Las puertas se abren frente a nosotros, pero ninguno de los dos tiene prisa por salir. Tengo que recordarme qué recompensa nos espera

en esta misma planta para obligarme a caminar.

—Colin, ¿adónde vamos? —vuelve a preguntar.

—Hay quien diría que estás un poco ansiosa.

La miro y sonrío; ella tuerce el gesto, conteniendo una sonrisa, y recuerdo lo bien que se nos daba esto de estar juntos.

—¿Preparada? —pregunto deteniéndonos junto a la puerta de la sala de reuniones.

—No lo sé —responde sincera—. Supongo que sí —suspira confusa, con la mente trabajándole a mil kilómetros por hora—. Sí, para todo

—concluye al fin.

Mi sonrisa se ensancha y algo dentro de mí vibra con fuerza. Audrey es fuerte y valiente, y tiene una curiosidad sin límites y creo que por eso la quiero todavía más.

—Ésa es mi chica —respondo saboreando cada letra, disfrutando de sus ojos marrones.

Giro el pomo y entro. Audrey me sigue y, cuando ve a Henry feliz, charlando animadamente con Jackson, sonríe encantada.

—Perdonad el retraso —me disculpo—. Podemos firmar cuando queráis.

—¿Firmar? —inquiere en un murmuro, mirándome de nuevo.

—Perfecto.

Esa voz llama la atención de Audrey, que lleva su vista hasta la presidencia de la mesa justo a tiempo de ver cómo Ryan Riley coge la

estilográfica que su abogado le tiende y firma los documentos que tiene delante.

—Es... es Ryan Riley —musita admirada.

—Pues ya está todo —anuncia Jackson.

Ryan Riley se levanta y todos lo imitan.

—Bienvenido al Riley Group —le dice a Henry, tendiéndole la mano. Éste se la estrecha con una sonrisa de oreja a oreja—. Es un honor

contar con alguien como usted, señor Cunningham.

—Muchas gracias.

Audrey observa la escena feliz, sin perder un solo detalle y sin soltarse de mi mano. Ryan Riley abandona la habitación seguido de su abogado. Audrey espera un par de segundos para que se alejen, sale corriendo hacia Henry como una niña la mañana de Navidad y se tira en sus brazos.

Yo no puedo dejar de mirarla, saboreando el momento. Conservará su trabajo y su vida en Manhattan y Henry, Cunningham Media. Riley

Enterprises Group es la primera empresa de la Costa Este y una de las más importantes del país, así que Steve Hamilton ya no podrá hacer nada contra ellos. Y, sobre todo, Audrey será feliz.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunta a Henry, separándose—. El Riley Enterprises Group es lo mejor que podría pasarnos.

—No he sido yo —responde pletórico—. Han sido ellos.

Audrey me mira boquiabierta e inmediatamente sonríe.

—Ha sido más fácil de lo que parece —digo socarrón.

—Pero ¿qué pasa con Steven y la auditoría?

—Esta historia ya me la sé —comenta Jackson—. Opto por pasar a las celebraciones.

Donovan asiente con las manos metidas en los bolsillos y los dos se dirigen hacia la puerta.

—Nos vemos en el Malavita, Fitzgerald —comenta Jackson antes de salir.

Yo sonrío y observo a Henry acercarse a nosotros.

—Muchas gracias, Colin —dice tendiéndome la mano.

Mi sonrisa se vuelve más tenue y también más sincera y se llena de deferencia. Audrey tenía razón la primera vez que me dijo que Henry

Cunningham se merecía el respeto y la admiración de Nueva York. Es un hombre íntegro y leal. Pudo deshacerse de Audrey para salvar la

empresa y nunca lo hizo. Son esa clase de cosas las que marcan la diferencia.

Le estrecho la mano y estoy seguro de que él ha sabido interpretar mi

mirada.

—Parece que sí es un hombre en el que poder confiar —le señala a Audrey con una sonrisa.

Ella le devuelve el gesto y apenas un segundo después baja la cabeza, conteniendo un decena de emociones distintas en su mirada. Henry

sale de la habitación y cierra la puerta tras él, dejándonos solos.

—¿Cómo lo has...? —pregunta sin que toda su curiosidad la abandone.

—Renunciamos a trabajar para Steven Hamilton y nos reunimos con miembros de la Oficina del ejercicio bursátil para explicarles por qué

lo hacíamos. Hemos sido penalizados con una multa y la imposibilidad de cobrar por las gestiones en la compraventa por el Riley Group, además de que una persona de la Oficina del ejercicio bursátil estudiará la operación. Nada importante.

Audrey suspira culpable.

—Sí que lo es, Colin —replica concentrando la mirada en sus propias manos—. Vuestra empresa...

—Nuestra empresa no ha salido perjudicada —la interrumpo de nuevo.

Le agarro la barbilla y le obligo a alzar la cabeza, atrapando una vez más sus preciosos ojos.

—Una pequeña multa y un estudio de una operación completamente legal no son un problema —sentencio—. Tenía que hacer esto por ti.

Nos quedamos en silencio y, de pronto, me doy cuenta de que mi mano sigue en su barbilla, que mis dedos se han estirado hasta alcanzar

la comisura de sus labios, que estamos solos y demasiado cerca.

—Audrey... —susurro.

Mi móvil comienza a sonar, interrumpiéndonos. Resoplo y lo saco del bolsillo de la chaqueta. Podría ser algo importante relacionado con la compraventa. Miro la pantalla. Es Mackenzie. Recuerdo que quedé con ella para ir al médico, pero aún falta más de una hora. Corto la llamada y doy un paso hacia Audrey. Mi teléfono vuelve a sonar. Es

Mackenzie otra vez.

—Quizá sea importante —comenta Audrey.

—No lo es —respondo sin asomo de dudas, guardándome el iPhone antes de que pueda ver de quién se trata.

Procuro ordenar mis ideas, todo lo que quiero decirle, pero entonces es su móvil el que comienza a sonar. Ella mira la pantalla y me la

enseña. El nombre de Arizona y una foto de las dos comiendo helado se ilumina.

—Podría ser Max.

Asiento. Ella se aleja un paso y responde. Mi teléfono vuelve a sonar. Descuelgo sin comprobar el número. Doy por hecho que es Mackenzie.

—Hola —la saludo.

Miro a Audrey. Parece angustiada. Habla muy rápido. Yo frunzo el ceño y automáticamente mi cuerpo se pone en guardia. ¿Qué ha pasado?

—Colin, estoy en el hospital —me interrumpe, nerviosa.

—¿Qué? —murmuro.

¿Qué coño ha pasado?

—¿Estás bien? ¿El bebé está bien?

—No —responde en un susurro.

—Voy para allá.

Cuelgo y doy un paso hacia la puerta.

—Mackenzie está en el hospital —me anuncia Audrey corriendo hacia mí.

En el viaje hasta el Hospital Universitario Presbiteriano, ninguno de los dos dice nada. Audrey me mira un par de veces, pero siempre acaba devolviendo su vista a la ventanilla. Los dos nos sentimos culpables.

Llegamos a la puerta de Urgencias en el mismo instante en que

Arizona se baja de un taxi.

—¿La habéis visto? —pregunta angustiada, acercándose a Audrey.

—Acabamos de llegar —responde.

Entramos y camino con el paso ligero hasta el mostrador de admisiones. Nos explican que Mackenzie llegó por su propio pie hace una

hora y que está en la segunda planta.

—¿Mackenzie Mills? —pregunto frenando a una enfermera en mitad del pasillo junto a los ascensores.

Ella asiente y rodea el mostrador a unos pasos. Teclea algo en el ordenador y finalmente vuelve a mirarme.

—En seguida saldrá el doctor.

Resoplo a la vez que me llevo las manos a las caderas. ¿Cuánto tiempo piensan hacernos esperar? Unos minutos después, un hombre con

un pijama azul de quirófano y una bata blanca sale desde detrás del mostrador empujando una puerta batiente y se acerca a nosotros.

—¿Familiares de Mackenzie Mills?

—Soy Colin Fitzgerald —me apresuro a responder bajo la atenta mirada de Audrey y Arizona—, soy su... —ni siquiera sé cómo cojones

terminar la frase—. Soy el padre del bebé que está esperando.

Por una milésima de segundo, mi mirada se cruza con la de Audrey, pero los dos la apartamos de prisa.

—Soy el doctor Hoffman. La señorita Mills está bien. Llegó al hospital con dolores en el vientre y pequeñas pérdidas.—Calla un segundo

—. Desgraciadamente no pudimos hacer nada por el bebé. Sufrió un aborto natural antes de llegar.

—¿Qué? —murmuro.

—La parte positiva es que no fue algo traumático. No ha sufrido hemorragias severas ni daños en el útero o el aparato reproductor. Sé

que es muy duro, pero a veces, sencillamente, pasa.

—¿Puedo verla? —lo interrumpo.

El médico asiente.

—Está en la 225. En unas horas recibirá el alta.

No digo nada y comienzo a caminar hacia la habitación. Me paso la palma de la mano por la cara y acabo perdiéndola en mi pelo. No sé

cómo sentirme. Mackenzie me importa y no quiero que sufra. Ese bebé también me importaba.

Empujo la puerta y me quedo a unos pasos de ella. Mackenzie está sentada en la cama, vestida con un chándal oscuro. Tiene las piernas

cruzadas sobre el colchón y las manos escondidas en su regazo. Ahora mismo está tan triste, tan vulnerable.

Alza la cabeza y me ve, y yo nunca había querido haber hecho las cosas de otra manera con tanta fuerza como lo quiero ahora.

—Hola —susurro caminando hasta ella.

—Hola —responde.

—¿Cómo estás?

Lo piensa un instante.

—No lo sé —murmura—. Tampoco sé cómo me siento. Hace unos días no sabía que estaba embarazada y ahora lo he perdido. No paro

de pensar que podría haber venido al médico antes, no dejarlo pasar, y habría podido disfrutar de él estos tres meses, pero entonces pienso que le habría cogido cariño, que le habría puesto un nombre y ahora estaría llorando.

Mackenzie se queda muy callada y de pronto un sollozo cargado de tristeza se escapa de sus labios.

—Sólo medía seis centímetros —murmura entre lágrimas—. ¿Cómo puedo estar llorando por algo que sólo medía seis centímetros?

Tiro de ella, la estrecho con fuerza contra mi pecho y rompe a llorar. No se lo merece, joder. No se merece nada de esto. Recuerdo la

ecografía. Recuerdo esas manitas. Era mi hijo y ya no está.

—Lo siento —susurro—. Lo siento mucho.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Yo la abrazo con fuerza y le acaricio el pelo mientras, paciente, espero a que deje de llorar. También

pienso muchas cosas y una vez más la idea de que no se merece estar pasándolo así de mal pesa más que todas las demás.

—Lo siento —repito.

Mackenzie asiente contra mi pecho y se separa despacio.

—Estoy bien —responde—. No tienes por qué preocuparte por mí.

Frunzo el ceño, confuso e incluso un poco enfadado.

—Claro que tengo que preocuparme por ti.

—Colin, los dos sabemos que sólo hacías esto por el bebé.

Tiene razón, pero no quiero que lo piense y mucho menos ahora.

—Te agradezco que cuidaras de mí —continúa—, muchísimo, pero no voy a dejar que te quedes conmigo sólo porque te sientas culpable.

—No voy a abandonarte.

Me da igual lo que piense. Puede que hiciera todo esto por el bebé, pero Mackenzie también me importa y, después de lo que ha pasado,

no pienso dejarla sola.

Ella me mira recorriendo mi cara con sus bonitos ojos heterocromáticos.

—Colin, tú no me quieres —dice al fin.

—Mackenzie, tú me importas —me apresuro a replicar.

No voy a mentirle y confesarle un amor que no siento, pero ya he aprendido que, por mucho que luches, el amor no es suficiente, así que, de todas formas, qué más da.

—Me gusta estar contigo —sentencio.

—Pero yo no soy Audrey.

Esa simple y obvia frase me silencia. No tengo nada que contestar, ni siquiera creo que pueda.

—Lo siento —digo.

Mackenzie sonríe, pero no le llega a los ojos.

—No podemos elegir de quién nos enamoramos.

—El amor es un asco —protesto.

—Dímelo a mí.

Ahora sonreímos los dos y son dos sonrisas mucho más sinceras.

—Me encantaría que las cosas fueran diferentes —me sincero.

—Lo sé.

Daría todo lo que tengo por haber hecho todo de otro modo, por no hacerle daño a ninguna de las dos.

—Ahora lárgate —me pide divertida—. Tienes una empresa que dirigir y dos socios a los que fastidiar.

Sonrío.

—Es un trabajo muy duro.

Ella me devuelve el gesto.

—¿Vas a estar bien?

—Sí, dentro de un tiempo, sí.

Yo asiento, me inclino sobre ella y le doy un suave beso en la frente.

—Adiós, encanto —me despido cuando ya me he alejado unos pasos de la cama.

—Adiós —responde.

Asiento de nuevo y salgo de la habitación. Al poner en un pie en el pasillo, la puerta se cierra a mi espalda y siento como si la presión más intensa me cortara la respiración. Me paso la mano por el pelo y trato de poner las cosas en perspectiva, pero no soy capaz.

Arizona y Audrey pasan junto a mí. La primera entra rápidamente,

pero, justo cuando Audrey va a hacerlo, se detiene con su mano sosteniendo la puerta. Alzo la cabeza y la observo; tiene la mirada clavada en sus propios pies. A ella también le gustaría poner las cosas en perspectiva y tampoco es capaz.

Quiero llamarla, levantar la mano, tocarla, pero sé que no puedo hacerlo, que, por mucho que lo deseemos, ninguno de los dos quiere que

lo haga. Antes nos separaban muchas cosas y ahora, aunque ninguna de ellas está ya, el abismo entre los dos es mucho más profundo.

Una lágrima resbala por la mejilla de Audrey y finalmente entra. Yo la sigo con la mirada por la delgada ventana de la puerta y contemplo cómo Arizona y ella abrazan a Mackenzie con fuerza, consolándola. Son una familia y ahora menos que nunca ella podría olvidar eso por mí.

Salgo del hospital con el paso acelerado y voy al Archetype. Pido una botella de Glenlivet y me encierro en una de las habitaciones privadas. No quiero chicas, ni sexo, sólo quiero beber hasta caer rendido y olvidarme de todo lo que no puedo tener.

Los días pasan demasiado despacio o demasiado de prisa, no lo sé. Para mí son todos iguales. No he vuelto a ver a Audrey. Cunningham

Media ya forma parte del Riley Enterprises Group, así que no necesitan nuestra ayuda. De vez en cuando —en realidad, todos los días—, llamo a Henry para asegurarme de que todo está bien y no tienen ningún problema. También llamo a Arizona. Necesito saber que Mackenzie

y, sobre todo, Audrey están bien. Ella responde con monosílabos malhumorados y está a punto de colgarme cada vez, pero también sé que, si ocurriese algo, me lo contaría.

Las cosas no están saliendo como esperaba. Han pasado casi dos semanas y no puedo dejar de pensar en ella. Me había autoconvencido

de que podría olvidarla, que sólo era una cuestión de tiempo y dejaría de doler, pero no podía estar más equivocado.

Empiezo a hacer verdaderas estupideces, como recordar cada

momento que estuvimos juntos, cada vez que la tuve entre mis brazos. Es

preocupante y a cada hora que pasa me parezco más al protagonista de una puta novela romántica.

Por lo menos hoy tengo una excusa diferente para beber. Mañana es la boda de Donovan y Katie, y esta noche celebraremos la despedida de soltero en el Archetype.

—No entiendo por qué tienes que casarte precisamente el Día de San Patricio —me quejo recostándome en uno de los sillones.

—¿Y qué coño te importa? —protesta Donovan.

—¿El Día de San Patricio es como vuestra Navidad? —inquiere Jackson socarrón.

—Fastidiarte es mi Navidad —respondo contagiado de su humor.

Colton lo piensa un instante.

—El sexo es la Navidad —comenta al fin.

—¿Qué tal beber? —propongo.

—Eso sí que ha sido irlandés —apunta Donovan.

—¿Alguno recuerda alguna vez que nací en Portland?

—Eso no es relevante.

Nos sirven una nueva ronda de Glenlivet.

—¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con una chica?

La pregunta de Jackson me pilla por sorpresa, pero casi en ese mismo instante la última vez que tuve a Audrey en la ducha de mi apartamento acude a mi mente. Recuerdo cómo gemía, lo bien que me sentí estando dentro de ella, su olor...

—Dieciséis días —respondo.

—Vaya, estoy muy orgulloso de ti —replica Donovan, riéndose de mí —. A estas alturas pensé que ya habrías muerto.

—Mira el aspecto que tiene. Yo le doy diez días más —concluye

Jackson, pasándoselo también de cine a mi costa.

—La verdad es que estoy a mucho menos de hacer una puta locura —confieso incómodo.

—¿Como qué?

—Esperar a Audrey en la puerta de su casa y secuestrarla —responde Donovan, adelantándose a lo que yo pensase decir.

—Presentarse en Cunningham Media y secuestrarla —continúa Jackson.

—En la salida del metro.

—En la puerta del supermercado.

Los fulmino con la mirada mientras mis dos queridísimos amigos se lo pasan en grande burlándose de mí.

—Sois dos cabronazos y dais miedo, joder —protesto.

—Y tú no sabes lo que quieres, Colin —contesta Donovan sin paños calientes—. Conociste a Audrey y te enamoraste de ella y, cuando

estaba más que claro que era así, tú todavía jugabas a tirártela en su rellano y decirle que eso no significaba que fueseis novios. Te enteraste de que tenía un crío y empezaste a plantearte que no eras bueno para ella y estuviste a punto de joderla. Pasó todo lo de Mackenzie y te largaste a Portland y, cuando vuelves a recuperarla, vuelves a cagarla.

—Yo sólo quiero cuidar de ella, joder.

—Pues esfuérzate un poco más, porque lo haces de pena.

—Perdona si no lo hago tan bien como tú con Katie. Quizá debería comportarme como un capullo con ella y después echarla de mi casa

sin ninguna explicación y esperar hasta que un buen tío se fije en ella para reaccionar.

Donovan me mira y resopla molesto.

—Eres un gilipollas.

—Queréis callaros de una vez —interviene Jackson.

—Espera —replico—, que el gran Jackson Colton tiene algo que decir. Tú eres el primero que tendría que callarse. Lara es una cría y

encima es casi de tu familia y te la tiraste y, cuando la cosa se complicó porque el señor «no quiero a nadie y no permito que nadie me quiera a mí» se enamoró, la echaste de tu casa y de tu vida. Te faltó mandarle un puto burofax.

Jackson se humedece el labio inferior y los tres nos fulminamos con la mirada en mitad de un silencio sepulcral. Están locos por ellas, igual que yo lo estoy por Audrey, eso está claro, y es obvio que a ninguno de los tres nos gusta que nos recuerden cómo y cuándo la jodimos.

Sin embargo, un segundo después la tensión se esfuma, o por lo menos se transforma en otra cosa, y rompemos a reír.

—Somos un puto desastre —convengo cuando las carcajadas se diluyen, justo antes de darle un trago a mi copa.

Los dos asienten y durante un par de minutos permanecemos en silencio.

—¿De verdad quieres que todo termine así con Audrey? —pregunta Jackson desde su sillón.

Me encojo de hombros. Claro que no. Yo quiero que esté conmigo, abrazarla con fuerza y no soltarla jamás, joder, pero creo que ésa es

una opción que ya no puedo tener.

—No —contesto sin asomo de dudas—, pero han pasado demasiadas cosas.

Me echo hacia delante y me bebo el vaso de whisky de un trago.

—Pero también han pasado muchas cosas buenas —replica—. Ya no eres el mismo. Desde que Audrey entró en tu vida, has cambiado

y has aprendido mucho.

—Sí —respondo arisco—, he aprendido que, por mucho que quieras a una persona, eso no es suficiente. Decidimos estar juntos y todo se

puso en nuestra contra y ella sufrió demasiado.

—Audrey te quiere —me interrumpe Donovan.

—Nadie ha dicho que el amor sea suficiente —continúa Jackson—, pero a veces el amor de verdad te cambia la vida y tú tienes que decidir si aceptas ese cambio y luchas por tu chica o bien te quedas aquí bebiendo, autocompadeciéndote y siendo un absoluto desastre. Al final todo depende de ti.

Donovan asiente.

Me quedo mirando mi copa, pensativo. Audrey me cambió por dentro, dio igual que yo lo quisiese o no. Me enseñó que todas las maneras

en las que interactuamos con alguien, aunque no lo engañemos, le afectan. Por eso cambié con Mackenzie, por eso intenté conocerla y por eso decidí cuidar de ella. Gracias a Audrey, aprendí a ver a las mujeres de otra forma y, sobre todo, me di cuenta de que, por mucho que haya intentado mantener alejadas a las personas de mi vida, eso es algo que no se puede elegir. Aun así, aunque sea en la única jodida cosa en la que puedo pensar, hay demasiados temas que siguen separándonos; todo lo que pasó no va a borrarse por arte de magia.

Resoplo y me dejo caer en el sillón. La quiero, joder, y la echo de menos como un loco, pero Audrey nunca va a perdonarme.

A la mañana siguiente no me levanto demasiado temprano, pero sí salgo a correr. Llevo tantos días bebiendo que lo de ayer me ha dejado

una resaca bastante soportable y no tengo ningún problema en hacer mi recorrido de siempre. *Future starts slow*,[20] de The Kills, suena en mis cascos a todo volumen. Siempre me ha gustado la letra, pero hoy parece haberse aliado con todo lo que Donovan y Jackson me dijeron

ayer, todo lo que llevo pensando desde entonces.

De vuelta a casa, como algo, me doy una ducha y me pongo el elegante traje de Carolina Herrena que llevaré a la boda. Katie eligió la

firma y, después de toda una mañana peleándonos los tres en la tienda de la diseñadora en Madison Avenue, Jackson, Donovan y yo nos pusimos de acuerdo para elegir tres modelos negros de corte italiano a medida, con camisas blancas y corbatas también negras.

Salgo de mi apartamento y, puntual como un reloj, subo las escaleras

de la catedral Saint John The Divine con una sonrisa, ajustándome

los gemelos. A pesar de que el desfile del Día de San Patricio se está celebrando a muchísimas manzanas de aquí, me he cruzado con al menos un centenar de personas con la cara pintada de verde y banderas irlandesas atadas al cuello y la espalda. Desde luego, hoy es el mejor día para ser américo-irlandés.

No tardo en ver a Jackson de pie junto a uno de los primeros bancos, en el que Lara está sentada. A unos pasos está Donovan dando

vueltas de un sitio a otro, como si fuera un ratoncito en un laberinto. El cabronazo está nervioso y apuesto a que tiene resaca. Me voy a divertir muchísimo.

—Ya ha llegado el padrino más guapo —anuncio deteniéndome junto a Jackson—. La boda puede empezar.

Mi socio me mira y pone los ojos en blanco.

—Lara Archer, estás preciosa —digo dándole un beso en la mejilla.

Ella me devuelve una sonrisa y un «tú también» mientras su novio me mira francamente mal, no sé si por la sonrisa, por el «tú también» o por el beso. Torturarlo es una delicia.

—¿Qué tal está el novio? —pregunto socarrón. Sé de sobra cómo está. Sólo he necesitado echarle un vistazo.

—De un humor encantador —responde Jackson irónico.

—Debería ser primero la luna de miel y después la boda —comento—. El novio llegaría mucho más relajado.

Lara comienza a reírse y yo sonrío encantado. Esta chica es mi mejor público.

Unos minutos después comienzan a llegar más invitados y poco a poco la iglesia empieza a llenarse. Reconozco la mayoría de las caras y

en seguida identifico a la familia de Lola. Parece que, al final, consiguió salirse con la suya.

Una media hora después, Harper, la amiga de Katie, entra en la iglesia para decirnos que la novia ya está aquí. Le hago un gesto a Jackson y los dos nos acercamos a Donovan.

—Capullo, ha llegado el momento de la verdad —le digo frotándome las manos y ocupando el puesto frente al altar que el cura nos indicó

en el ensayo de hace una semana—. Inexplicablemente, Katie ha decidido aparecer en vez de fugarse. Lo más difícil ya está hecho.

Donovan bufa resignado y Jackson me mira conteniendo una sonrisa.

—Debajo de esa cara de irlandés adorable se esconde un auténtico cabronazo.

—Estamos en la casa de Dios, Colton —protesto fingidamente serio—, compórtate.

Donovan, sin ni siquiera mirarme, sonríe relajándose una pizca y yo lo hago satisfecho. He conseguido mi objetivo.

Jackson sale a esperar a Katie. Mi móvil comienza a sonar. Lo saco del bolsillo interior de la chaqueta y frunzo el ceño al mirar la pantalla. Es Arizona, una de las últimas personas que esperaría que me llamase, y en ese mismo instante una idea cruza mi cabeza como un ciclón: si lo hace, es porque ha pasado algo con Audrey. Le hago un gesto a Donovan para indicarle que sólo será un segundo y me alejo unos pasos.

—¿Diga? —respondo inquieto.

—Fitzgerald, sí que necesitas tiempo para contestar al teléfono —se queja al otro lado.

—¿Qué quieres? —pregunto impaciente.

—Tenemos que hablar —me suelta sin más.

Mi impaciencia aumenta. Mi inquietud también. Arizona Harley no me ha dirigido la palabra por voluntad propia en los casi tres meses

que me he pasado trabajando en Cunningham Media.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Audrey.

—¿Está bien? —inquiero, interrumpiéndola antes de que pueda terminar la frase.

—Sí, está bien —dice sin asomo de dudas—... bueno... —recapacita

sobre sus propias palabras—... en realidad, no.

Todo mi cuerpo se tensa.

—Quieres hablar claro de una maldita vez —mascullo—. Va a darme un puto infarto, joder.

Arizona comienza a reírse al otro lado del teléfono y yo ya no sólo no entiendo nada, sino que comienzo a enfadarme, mucho.

—¿De qué coño te ríes?

—De ti, gilipollas —responde sin ningún remordimiento.

Aprieto la mandíbula. Siempre he tenido más delicadeza con ella porque, *a,* es una mujer y, *b,* es una de las mejores amigas de Audrey, pero se está ganando a pulso que me olvide de las dos cosas.

—Tienes dos putos minutos para explicarte —rujo.

—Audrey quiere marcharse.

—¿Qué?

De golpe el corazón deja de latirme. Durante estas dos semanas tenía claro que no podía verla ni tocarla, pero saber que estaba en Nueva York, de alguna manera, me reconfortaba.

—¿Por qué? —añado veloz, antes de dejarla contestar a la primera pregunta.

—Te echa de menos —responde sincera—, inexplicablemente —añade, y eso también ha sonado muy sincero—. Está hecha polvo y lleva así desde que te pidió que te marcharas después de descubrir que habías sido tan cabronazo de acostarte también con Mackenzie.

—Basta —la freno malhumorado—. Yo no sabía que eran amigas y la última vez que me acosté con Mackenzie fue el día que conocí a

Audrey.

—¿Crees que, si no lo tuviese claro, te llamaría?

Su comentario me pilla por sorpresa; aun así, no bajo la guardia.

—Más te vale —la advierto.

—Va a irse a Chicago —continúa—. Michael Seseña, la mano derecha de Charlie Cunningham, quiere abrir su propia agencia de marketing, publicidad y relaciones públicas y va a establecerse allí. Le ha ofrecido un buen puesto.

Había oído algo de que Seseña iba a marcharse, básicamente los saltos de alegría de Lola por quitárselo de encima, pero nunca pensé que

se llevaría a Audrey con él. No puede ser, joder.

—No puede irse —siseo en voz alta.

—Pues haz algo para evitarlo —me apremia.

—¿Crees que no me gustaría, joder? —estallo en un grito.

Inmediatamente miro a mi alrededor por si he despertado la atención de alguien. Por suerte el murmullo de los invitados me ha cubierto y Donovan está demasiado nervioso como para recordar que estoy hablando por teléfono.

—No es tan fácil —sentencio bajando la voz, pero volviéndola más ronca como contrapartida.

Oigo cómo Arizona resopla al otro lado de la línea.

—En realidad, sí que lo es. Mira, Colin, no eres mi persona favorita en el mundo y hasta hace poco más de dos semanas tenía mis motivos, pero, cuando Max fue a tu despacho, vi cómo lo mirabas, te preocupaba de verdad, y después conseguiste salvar Cunningham Media

por Audrey. Además, cuando Mackenzie perdió al bebé, podrías haberte desentendido de ella, pero la cuidaste y la sigues cuidando. Supongo que, al final, eres un buen tío.

Sonrío por sus últimas palabras, pero no me llega a los ojos. Odio recordar cuando Max se presentó en mi despacho, la impotencia de

tener que decirle que no, que no podía ayudar a su madre. Por suerte después conseguí arreglarlo. Con Mackenzie sólo hice lo que tenía que hacer.

—Arizona, Audrey no va a olvidar todo lo que pasó con Mackenzie.

—No te preocupes, ya hay alguien que va a encargarse de eso.

Resoplo. El corazón comienza a martillearme con fuerza contra las costillas. Quiero volver con Audrey más que nada en el mundo, pero

no puedo lanzarme al vacío sin más, no puedo volver a hacerle daño.

—No quiero que vuelva a sufrir.

—Ella ya está sufriendo, Colin, así que haz algo y hazlo ya.

Me paso la mano por el pelo y pierdo la mirada en el impoluto suelo de mármol que se extiende ante mí. Me he obligado a mantenerme

alejado de ella, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? La quiero. La quiero como un loco.

—Vamos a ir al desfile de san Patricio —me informa ante mi silencio —. Me ha costado muchísimo convencerla, supongo que por eso de

que tú eres irlandés —añade sardónica.

—Arizona...

—Volveremos después de la actuación de Coldplay —me interrumpe, aunque en realidad tampoco sabía qué decir, ni siquiera sé qué coño

debo hacer—. Lo único que quiero es que mi amiga sea feliz y está claro que sólo va a serlo contigo.

Sin esperar respuesta por mi parte, cuelga. Yo me quedo mirando el teléfono unos segundos con la sangre recorriendo mi cuerpo de prisa,

entremezclándose con toda la adrenalina. ¿Y si esa posibilidad fuera real? ¿Y si Audrey llegase a olvidar todo lo que pasó? ¿Y si pudiésemos volver a estar juntos?

El cuarteto de cuerda a unos metros de mí comienza a tocar una pieza de suave música clásica y regreso de repente a la realidad. Echo a

andar hacia el altar al tiempo que miro el reloj. La actuación de Coldplay es el broche final al desfile. Si Audrey volverá a casa cuando termine, tengo poco más de dos hora.

Me coloco junto a Donovan y me obligo a sonreír para tranquilizarlo. El cura se acerca y las puertas se abren. Primero entran Harper y

Lola, las damas de honor. Cuando Lola llega a la altura de su familia, al menos quince personas comienzan a echarle fotos emocionadísimas.

Ella se queja entre sonrisas, pero en el fondo está encantada, sobre todo cuando su mirada se cruza con la de Max, sentado en uno de los bancos, y él le guiña un ojo. Ese tío me cae realmente bien y hace muy feliz a Lola.

Me fijo en todos los detalles, pero sigo dándole vueltas. En dos horas podré ver a Audrey. Sólo para hablar. Quizá no necesitemos más

que eso, hablar, despedirnos, y los dos pasaremos página y podrá quedarse en Nueva York.

La marcha nupcial comienza a sonar y todos se levantan. Puedo ver la enorme sonrisa de Katie desde aquí. Está sencillamente preciosa.

Entra del brazo de Jackson mirando a los invitados, a Donovan, sin dejar de sonreír. Cuando llegan al altar, Jackson la deja junto a nuestro amigo y se coloca a mi lado. Van a ser muy felices.

Recuerdo lo que Jackson dijo ayer sobre que el amor de verdad te cambia la vida y tú tienes que decidir si luchar por tu chica o no. Las ideas se entremezclan. Recuerdo la primera vez que vi a Audrey en la recepción de nuestra oficina y cuando volví a hacerlo en Cunningham Media. Recuerdo lo enfadada que estaba y lo divertido y excitante que me pareció conseguir alterarla de esa manera. Recuerdo nuestras charlas en la planta de arriba, toda su curiosidad. Recuerdo la primera vez que involuntariamente mi cuerpo tocó el suyo, la primera vez que me abrazo, que la besé. No quiero hablar con ella. No quiero que pasemos página. Quiero que sigamos donde lo dejamos, poder volver a estar con ella, volver a tocarla, a verla sonreír. Quiero estar con ella. Lo quiero más que nada.

—Perdonad.

Mi voz resuena por la iglesia, interrumpiendo al cura. De pronto se hace un silencio sepulcral y el párroco, todos los invitados, Harper, Lola, Jackson, Donovan y Katie me miran como si acabase de salirme una segunda cabeza.

—¿Qué ocurre, hijo? —inquiere el cura.

—Sólo me preguntaba si podemos darnos un poco de prisa... Es que tengo que ir a buscar a mi chica —sentencio con una sonrisa.

Tras unos segundos que se me hacen interminables, mi gesto se contagia en los labios de mis amigos, en especial en los de Donovan y Katie. Él se gira y toma la cara de su Pecosa entre las manos.

—Te quiero, Katie —declara con una seguridad absoluta—. Creo que te quise desde la primera vez que vi. Tú me demostrarse que todo

lo que está roto puede arreglarse. Te prometo que voy a cuidar de ti, que voy a luchar por ti, y que vamos a ser felices. ¿Qué me dices, Pecosa? ¿Aceptas?

—Te quiero —responde completamente embelesada por la declaración de Donovan, arrancando una sonrisa general—. Sí, quiero —

añade al salir de su ensoñación.

Donovan sonríe satisfecho.

—Yo también te quiero.

Los dos sonríen de nuevo. Está loco por ella y es algo completamente recíproco.

—Va a tener que valerle con eso, padre —continúa sin levantar sus ojos de Katie—. Ya ha oído, tenemos un poco de prisa.

Katie asiente dichosa. El cura los mira sin poder creer lo que ve y finalmente suspira, cediendo. Al fin y al cabo, las bodas significan gritarle tu amor al mundo, y Donovan y Katie acaban de hacerlo en mayúsculas.

—Ha sido un poco peculiar, pero yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Mi amigo sonríe y la besa con fuerza. Todos empezamos a aplaudir y Jackson y yo silbamos emocionados y lanzamos algunos vítores.

—Ése es mi chico —grita Colton mientras el beso de los novios sigue alargándose más de lo estrictamente necesario.

Donovan le da un beso más suave en los labios y se separa de ella al tiempo que entrelaza sus manos.

—¿Dónde se supone que tenemos que ir? —me pregunta llevando su vista hacia mí.

—Al desfile del Día de San Patricio —respondo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Claro que sí, joder —apuntilla Jackson burlón.

Todos me miran divertidos y yo me encojo de hombros.

—Los Pelapatatas somos así —sentencio.

Atravesamos la iglesia y bajo de prisa las escaleras seguido de Donovan, Katie, Jackson y Lara. Estoy impaciente. No puedo esperar para volver a verla.

21

Me arrodillo delante de Max y le subo la cremallera del abrigo hasta el cuello. Hace muchísimo frío. No

sé cómo he dejado que Arizona me convenza para ir al desfile del Día de San Patricio, y no lo digo por

el frío precisamente.

«Es la curiosa manera en la que el universo te demuestra su sentido del humor.»

Me levanto y observo cómo mi pequeño se pone su gorro de lana.

—¿Listo? —pregunto.

—Listo —responde Max.

Salimos del apartamento y llamo a Arizona asomándome por el hueco de las escaleras. En un par de

minutos baja y recogemos a Mackenzie y a Adele en la puerta de su edificio. Las calles están inundadas

de banderas de Irlanda, duendecillos de la fortuna y el color verde en trozos de tela, gorros, camisetas e

incluso las caras de la gente. Si eres neoyorquino, el día 17 de marzo te vuelves irlandés, lo quieras o no.

Ése es uno de los motivos por el que no quería venir, por el que ni siquiera quería salir hoy de casa.

Todo tiene un motivo relacionado con Irlanda y así es francamente

complicado dejar de pensar en un

irlandés en concreto. Aun así, no puedo evitar que el ambiente me saque más de una sonrisa. Cada rincón

está decorado y todo el mundo está en la calle, divirtiéndose. Esta ciudad tiene una magia especial y en

días como éste parece ponerla a disposición de cuantos quieran disfrutarla. Definitivamente voy a echar

mucho de menos Nueva York.

Caminamos hasta la 80 Este y nos abrimos paso hasta una de las vallas de seguridad. Estamos

relativamente cerca del escenario, cosa que Arizona agradece muchísimo. Coldplay cantará tres

canciones como fin de fiesta y es su grupo favorito. Max también está encantado, encaramado a una de las

vallas y viendo duendecillos irlandeses dando volteretas y haciendo acrobacias. Unos minutos después

llegan las *majorettes*, una banda gigantesca de gaitas, violines y guitarras tocando música típica irlandesa

y más de un centenar de bailarines interpretando la danza tradicional de su país, ese baile en el que

mueven los pies a un ritmo vertiginoso manteniendo tenso el resto del cuerpo.

—No puedo creerme que vayamos a ver a Coldplay —dice Arizona con una sonrisa de oreja a oreja,

casi pletórica—. Espero que canten todas mis canciones preferidas.

—Lo veo poco probable, ya que tienes unas veinte canciones preferidas —replico burlona.

—Me refiero a mis canciones *súper* —señala haciendo hincapié en esa palabra—preferidas.

—Entonces... —arrugo la nariz como si estuviese haciendo unos cálculos increíblemente

complicados—, ¿diecinueve?

Ella me fulmina con la mirada y yo no puedo evitar echarme a reír.

—Hace un frío que pela —comenta Adele.

Miro a mi alrededor poniéndome de puntillas para poder observar las tiendas de la calle.

—Voy a por unos cafés —digo al fin, divisando una cafetería.

—La mejor idea que has tenido en tu vida, pequeña —sentencia Arizona.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Quieres un chocolate, peque? —le pregunto a Max, dándole un abrazo por la espalda.

Él asiente sin dejar de mirar el desfile. Lo está pasando en grande. Sólo por eso ya ha merecido la

pena venir.

—Te acompaño —me propone Mackenzie.

—No tardéis mucho —nos advierte Arizona cuando empezamos a caminar—. La actuación de

Coldplay está a punto de empezar.

Las dos nos giramos y comenzamos a sacarle la lengua y hacerle muecas. Ella tuerce el gesto y

nosotras rompemos a reír hasta que estoy a punto de chocarme con una farola y la que estalla en

carcajadas es ella. Supongo que, donde las dan, las toman.

La distancia hasta la cafetería es corta, pero hay tantas personas que nos lleva unos diez minutos y

unos veinte «feliz Día de San Patricio» alcanzar el local.

—Hola. Cuatro cafés y un chocolate caliente, por favor —pido a la camarera.

Ella asiente y comienza a preparar nuestras bebidas. Un hombre se detiene en la puerta de la cafetería

y empieza a cantar a pleno pulmón el himno de Irlanda. Mackenzie y yo, como el resto de presentes en el

establecimiento, lo miramos divertidas.

—¡Viva la Isla Esmeralda! ¡Viva Dios, Nuestro Señor! ¡Y vivan todas las mujeres guapas!

Antes de que termine la frase, media docena de persona en la calle y toda la cafetería gritamos

«¡Viva!». Mackenzie y yo nos miramos y automáticamente nos echamos a reír.

—Audrey —me llama cuando nuestras carcajadas se calman.

—Dime —respondo cogiendo la pequeña bandeja con los vasos de cartón que la camarera me tiende.

—Tenemos que hablar.

Lo doy un billete de veinte y miro a Mackenzie.

—Claro —respondo sin dudar—. ¿De qué?

—De ti —replica con una sonrisa.

Frunzo el ceño confusa.

—¿De mí?

Una sonrisa nerviosa se me escapa.

—Y de Colin —añade.

Mi expresión cambia por completo y una punzada de culpabilidad me atraviesa.

—Mackenzie… —murmuro sin saber muy bien cómo seguir.

Desde que salimos del hospital, Mackenzie ha intentado que hablemos de Colin, pero yo siempre he

fingido que no había por qué hacerlo. Han pasado demasiadas cosas.

No podemos estar juntos. Voy a

estar enamorada de él toda la vida y supongo que tendré que aprender a vivir con ello, aunque todavía no

tenga muy claro cómo.

—Sé que vas a fingir que no hay de qué hablar y aproximadamente doce segundos después cambiarás

de tema, pero esto es importante. Vas a marcharte a Chicago.

—Me marcho a Chicago por trabajo —replico veloz mientras cojo la vuelta de un platito de madera,

me guardo una parte en el bolsillo del abrigo y me dispongo a echar la otra en el bote de las propinas. El

trabajo con el señor Seseña es una gran oportunidad y Henry ya no me necesita. Ahora forma parte del

Riley Group y no volverá a tener problemas—. Es una gran oportunidad profesional —repito en voz alta

—. No tiene nada que ver con Colin.

Cada moneda resuena contra las del fondo y cada sonido parece una señal ruidosa de que estoy

mintiendo.

—Por favor —se queja Mackenzie—, eso no te lo crees ni tú.

Cabeceo exasperada. ¿Qué quiere que le diga? ¡No puedo quedarme aquí! Cada calle de Manhattan

me recuerda a él.

—No quiero seguir hablando de esto.

—Audrey, no eres feliz.

—¿Y qué? —bufo nerviosa—. ¿Tú eres feliz? Mucha gente no es feliz. —Enarca ambas cejas y yo

tuerzo el gesto. Me parece que acabo de darle la razón—. Quiero decir... me gusta mi vida... casi... es una

vida considerablemente agradable. —Resoplo. ¿Por qué nunca puedo dejar de hablar?—. Volverá a

gustarme cuando esté en Chicago —concluyo exasperada.

Mackenzie sonríe.

—Colin está enamorado de ti.

Esa frase me pilla con la guardia baja, aunque en realidad creo que nunca estaré preparada para

escucharla y no sentir mariposas haciendo triples mortales en mi estómago.

—Mackenzie, por favor.

—Conozco a Colin desde hace dos años. Era un sinvergüenza con demasiado encanto y nunca, jamás,

se preocupó de conocer a una mujer, y entonces llegaste tú y cambió y tú cambiaste con él. Te ha hecho

volver a vivir, Audrey.

—Desde que lo conozco, todo se ha complicado —objeto cabeceando —. Me he sentido como si

tuviese diecisiete años otra vez. He visto cómo todo se torcía, he llorado, he pensado que las cosas

podían ser diferentes y he vuelto a pasarlo mal.

Y ha dolido, mucho.

—Y a eso se le llama *vivir* —contraataca—. Sé que ha sido duro, pero mírame a los ojos y dime que

no ha sido también algo increíble.

Involuntariamente recuerdo sus besos, sus brazos rodeándome, su olor.

—Sí, fue algo maravilloso —respondo sin dudar.

—¿Y por qué tienes que perderlo? —me pregunta exasperada.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero vuelvo a cerrarla. Es mucho más complicado que querer o

no estar con él. ¡Claro que quiero!, pero la realidad es que no puedo.

—Colin y yo no podemos estar juntos.

—Sí que podéis.

—No, no después de todo lo que ha pasado. Mackenzie, tú y Arizona sois mi familia. No puedo

traicionarte.

La mirada de mi amiga se hace más intensa sobre la mía y me coge de las manos.

—Quererlo no significa traicionarme —afirma llena de seguridad, pero también de todo el cariño y el

amor que sentimos la una por la otra—. Eres una de las personas más importantes de mi vida y quiero

que seas feliz.

Yo aprieto los labios, tratando de controlar todos los sentimientos que me están arrollando por

dentro, las ganas de llorar.

—Tú también lo quieres —murmuro.

—Pero él está loco por ti.

Miro a Mackenzie sin saber qué decir. Colin me quiere, pero también he tenido que despedirme de él

demasiadas veces y el dolor en todas ellas ha sido sobrehumano. Si volviéramos a estar juntos y todo

saliese mal de nuevo, no sé si podría soportarlo. La primera vez que pensé que me estaba colando por

Colin, me dije que debía protegerme. Creo que ha llegado el momento de escuchar mi propio consejo.

—Voy a marcharme a Chicago —sentencio.

Cojo aire y por un momento centro la mirada en los cafés humeantes.

—Será mejor que volvamos —le pido.

Mackenzie me observa un segundo, sopesando mis palabras y, más aún, todo lo que he pensado y no

he dicho en voz alta.

—Vamos —responde al fin.

Salimos de la cafetería y regresamos con Max y las chicas. El desfile ha seguido avanzado y

prácticamente ha terminado. Al escenario no dejan de subir personas del equipo técnico, preparando los

últimos detalles. La actuación debe de estar a punto de comenzar.

—Vamos a ver a Coldplay —repite Arizona pletórica.

Me obligo a sonreír, pero no es un gesto auténtico. No puedo dejar de darle vueltas a lo que he

hablado con Mackenzie.

Adele nos chista y señala el escenario. Allí el movimiento se hace más frenético y aparece Bill de

Blasio, el alcalde.

—Ciudadanos de Nueva York —empieza su discurso—, estamos aquí hoy como cada año para

celebrar el Día de San Patricio y sacar al irlandés que todos llevamos dentro.

La gente estalla en aplausos enfervorecida y el alcalde sonríe pidiendo calma con las manos.

—Hace dos años que soy alcalde de Nueva York y este día siempre ha sido muy especial para mí,

porque lo es para toda la ciudad, pero, no os preocupéis, no voy a aburriros con un discurso. Hoy

estamos aquí para divertirnos.

Todos estallan en aplausos otra vez y el alcalde se echa a reír encantado.

—¡Disfrutad de Coldplay! ¡Y feliz Día de San Patricio, Nueva York!

Las miles de personas que abarrotan la Quinta Avenida comienzan a gritar y a vitorear a Coldplay y

al propio alcalde. Arizona está a punto de sufrir un ataque al ver a Chris Martin, el vocalista, subir las

escaleras de uno de los laterales del escenario. Sin embargo, justo cuando va a alcanzar el último

peldaño, se detiene en seco y fija la vista en la parte de atrás, como si hubiese visto u oído algo fuera de

lo común, y en ese mismo instante ¡Colin aparece en el escenario!

De pronto los vítores y los gritos se apagan y todo el mundo observa la enorme plataforma negra sin

saber qué está pasando. Las chicas nos miramos boquiabiertas, como lo hacen los miembros de Coldplay

y el alcalde. Es tan increíblemente surrealista que alguien se haya colado de esa forma que ni siquiera

son capaces de reaccionar.

—Sólo será un momento, os lo prometo —se disculpa Colin mirando a Bill de Blasio y a Chris

Martin.

Un suave murmullo se levanta entre todos los asistentes. Yo lo observo sin poder creérmelo. ¿Qué

está haciendo aquí? ¿Qué pretende?

—Estoy buscando a mi chica —responde como si pudiese adivinar las preguntas que no he llegado a

formular en voz alta.

Su seguridad es aplastante, la misma que me ha marcado a fuego desde la primera vez que lo vi.

Agarra el micrófono con una mano y pierde la vista al frente como si fuera capaz de mirar a los ojos a

cada persona de esta calle, ganándose su atención al instante con esas cinco palabras.

—Es increíble —continúa—, la mujer más testaruda e insolente que he conocido jamás. Es

responsable incluso cuando no tendría que serlo y tiene la extraña habilidad de conseguir que me lo

replantee todo. —Guarda silencio un segundo, como si recordara un instante en concreto—. Cuando la

conocí, me enamoré. No fue algo premeditado, ni siquiera fui capaz de entenderlo, pero pasó, y de pronto

aprendí lo que significa que alguien te importe de verdad, las ganas de querer conocerla, tocarla,

protegerla del mundo... Y después la jodí y la perdí.

Colin vuelve a guardar silencio mientras algunos «ohhh» decepcionados suenan entre el público. Yo

lo miro con los ojos llenos de lágrimas. Lo quiero y en este preciso momento lo quiero todavía más. Él

no me perdió, nos perdimos ambos.

Todo a nuestro alrededor nos puso demasiado complicado poder estar juntos y creo que, al final, eso

es lo que más duele. Nosotros nunca dejamos de querernos, pero sencillamente ya no podíamos hacerlo.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente.

—Durante dos semanas he estado repitiéndome que era lo mejor, lo que tenía que pasar, y, como buen

irlandés, también me he pasado dos semanas bebiendo.

Todos sonríen, pero nadie hace un ruido más allá de eso, pendientes de lo que tiene que decir.

—Pero hoy me he dado cuenta de que no tiene por qué ser así. Te quiero, Niña Buena —dice,

haciendo toda esa seguridad aún más latente, más masculina, más fuerte—. Te quiero porque eres

inteligente, preciosa, divertida y valiente. Te quiero porque nunca dejas de hablar y cuentas los peores

chistes del mundo. Y te quiero porque ya no sé vivir sin ti —su voz se entrecorta, pero también se vuelve

más dura, más indomable—, porque, cada vez que intento respirar, parece que no sé si no te tengo cerca.

Intento controlar las lágrimas, pero soy incapaz. Lo quiero, pero tengo demasiado miedo a volver a

sufrir.

—Ey, amigo —lo llama un hombre en las primeras filas—, ¿cómo se llama su chica?

—Audrey —responde Colin.

—¡Audrey! —grita el mismo hombre del público—. ¡Audrey!

Todos a su alrededor comienzan a imitarlo y, unos segundos después, miles de personas gritan mi

nombre. Yo sonrío nerviosa, sin saber qué hacer, con las mariposas revoloteando sin control por mi

estómago y por todo mi cuerpo.

—¡Está aquí!—grita Mackenzie encaramándose a la valla de hierro junto a Max—. ¡Ella es Audrey!

—añade señalándome.

Yo la miro boquiabierta. Un par de policías se acercan y separan la valla para que pueda salir,

mientras Arizona, Mackenzie, Adele y las personas a nuestro alrededor que se han dado cuenta de que

soy esa Audrey me jalean para que salga. Cabeceo tratando de

organizar mis ideas, pero no lo logro. Las

palabras de Colin se han metido dentro de mí y no han dejado sitio para nada más.

—¿Tú qué opinas? —le pregunto a Max.

Él piensa un segundo su respuesta.

—Creo que deberías salir, mamá —sentencia con una sonrisa.

Automáticamente su gesto se contagia en mis labios.

—Te quiero mucho, peque.

—Yo también te quiero.

Asiento al policía que mantiene la valla abierta y salgo. En cuanto pongo un pie en el tramo de calle

vacío por el que ha trascurrido el desfile, los gritos con mi nombre van desapareciendo y todos se quedan

muy callados, esperando a ver qué sucederá ahora. Creo que nunca había visto Manhattan sumida en un

silencio así.

—Audrey —susurra Colin desde lo alto del escenario de una manera casi inaudible, con los ojos

clavados en mí.

Yo suspiro conteniendo las lágrimas. Me muerdo el labio inferior y asiento sin dejar de mirarlo,

tratando de digerir todo lo que siento por él, lo asustada que estoy, las ganas que tengo de que me abrace,

de que me bese, de ser feliz con él.

Colin se baja de un salto, pasa las vallas de seguridad con otro y sale corriendo hacia mí. No me lo

puedo creer. No me puedo creer que esto esté pasando. Nos fundimos en un abrazo y por fin,

sencillamente, vuelvo a sentirme completa.

Todos estallan en aplausos. Me aferro a él con tanta fuerza, con las manos retorciendo la tela de su

abrigo, que casi no puedo respirar, pero no me importa. Vuelvo a ser feliz.

—Te quiero —dice separándose lo justo para atrapar mi mirada, tomando mi cara entre sus manos.

—Te quiero —respondo.

—Va a salir bien; lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

Se acabaron los miedos, las dudas.

—Mi vida sólo merece la pena porque tú estás en ella y voy a encargarme cada día de que seas feliz

—sentencia.

Y sin decir nada más, sella este cuento de hadas besándome con fuerza. Nueva York grita y aplaude.

Coldplay empieza a tocar *Charlie Brown*. [21] Cada deseo, cada sueño que he tenido, sencillamente se hace realidad. Lo quiero y Colin Fitzgerald me quiere a mí. Nos hemos odiado, hemos sido amigos, nos

hemos deseado y nos hemos querido, y sé que, a partir de ahora, todo eso sucederá a la vez, por eso es

amor de verdad, por eso los cuentos de hadas todavía existen, por eso tengo claro que vamos a tener

nuestro «felices para siempre».

Epílogo

—¿Estáis listos? —pregunto dejando la maleta de Audrey a los pies de la escalera.

—Ya vamos —responde desde la planta de arriba.

Miro a mi alrededor y sonrío. La casa de Nana siempre está igual, como si no hubiese pasado un solo día desde que viví aquí de crío.

Oigo pasos y Max baja las escaleras de prisa. Cuando pone un pie en el último peldaño, lo cojo de la cintura y lo llevo hasta mí haciéndole cosquillas e inmovilizándolo para que no pueda defenderse. Él se queja entre risas.

—Déjalo ya —protesta mi abuela apareciendo desde la cocina.

Obedezco a regañadientes y él tuerce el gesto tratando de resultar intimidante cuando logra alejarse unos pasos. Sonrío divertido y entonces alzo la cabeza, como si algo me pidiese que me hiciese el favor de hacerlo. Audrey está de pie en mitad de la escalera, observando toda la escena con una sonrisa en los labios. Inmediatamente le devuelvo el gesto. La quiero, joder, y verla aquí sólo hace que la quiera todavía más.

—Esto es para ti —le dice Nana a Max, tendiéndole mi balón de rugby.

Él lo coge y lo observa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Muchas gracias, Nana.

—Ese balón se lo regaló el abuelo Tom a Colin, pero algo me dice que ya no lo necesitará.

Nana me mira y sonríe cómplice. Tiene razón. Ya no lo necesito. Todo eso quedó atrás. Es otro efecto colateral del huracán Audrey. La

rabia ha desaparecido y ha dejado sitio a cosas mucho más valiosas.

—Vamos a la cocina —le propone Nana a Max—. Te he preparado un sándwich de crema de cacahuete y mermelada de arándanos para el camino.

El niño asiente y los dos se marchan. Yo doy un paso hacia Audrey.

—Me gusta tenerte aquí.

—¿Ah, sí? —inquiere haciéndose la interesante.

—Aunque me gustaría más tenerte desnuda aquí.

Audrey abre la boca escandalizada y yo le guiño un ojo a la vez que le dedico una sonrisa.

—No pienso acostarme contigo en estas escaleras, Colin Fitzgerald —replica muy seria, poniendo los brazos en jarras.

Comienzo a subir los escalones despacio, sin liberar su mirada.

—Te acorralaría contra la pared —subo un escalón más—, con esas preciosas piernas rodeando mi cintura. —Otro más—. Te taparía la

boca con la palma de la mano —y otro— para que nadie oyese tus gritos mientras te estoy follando, duro.

La última palabra la pronuncio a escasos, escasísimos, centímetros de su boca, y ya sé que me dejará hacerle todo lo que quiera. La agarro de la muñeca, la atraigo hasta mí y la llevo contra el papel pintado. Acaricio el reservo de su muñeca y sonrío con la vista perdida en el *shamrock*, el pequeño trébol que tiene allí tatuado. Todavía recuerdo cómo me sentí el día que me lo enseñó y creo que ni siquiera ahora sería capaz de explicarlo. Me dijo que lo había hecho para tener algo que siempre le recordara a mí, a lo que somos, a la suerte que tenemos por

habernos encontrado el uno al otro, pero para mí significó todavía más. Audrey Dempsey es lo mejor que me ha pasado en todos los días de mi vida.

Anclo mis manos a sus caderas. Audrey gime y todo mi cuerpo se llena de adrenalina y sangre caliente. Tocarla es lo mejor del maldito

universo.

—Además, también sería la primera vez para mí —susurro contra sus labios, torturándola un poco más.

—¿Me estás diciendo que el gran Colin Fitzgerald nunca se ha follado a una inocente chica de Portland Este en estas escaleras? —

inquiere jadeante, luchando por sonar insolente.

Yo sonrío y me aprieto un poco más contra ella. Un nuevo gemido se escapa de sus labios y otra vez sé que la tengo exactamente donde

quiero.

—Bueno, puede que haya habido un par de encuentros en un par de

escaleras.

Muevo las caderas. Audrey cierra los ojos y se muerde el labio inferior tratando de no hacer más ruido.

—¿Con quién? —pregunta en un esforzado murmuro, observándome de nuevo.

—¿Recuerdas a la señora Robinson?

Audrey abre la boca ofendidísima y me golpea en el hombro.

—¿Otra vez riéndote de mí, Fitzgerald?

—Es que me lo pones muy fácil, Niña Buena.

La beso antes de que pueda protestar y mis manos vuelan hasta colarse debajo de su vestido. Me separo para poder mirarla a los ojos

mientras deslizo mis dedos bajo sus bragas. Oímos ruidos en la cocina. La embisto. Audrey grita, pero acallo el sonido tapándole la boca con la palma de la mano mientras ella me mira con una mezcla de ansiedad porque nos descubran y todo el placer por haber hecho exactamente lo

que le prometí. Ese simple hecho, el tenerla en mis manos en todos los sentidos, nos excita más de lo que ninguno de los dos pueda siquiera explicar.

Retiro los dedos, la cojo de la mano y la obligo a subir las escaleras de prisa. La meto en mi antigua habitación y cierro con pestillo a su paso. Audrey se queda muy quieta en el centro de la estancia, con la respiración agitada y su mirada perdida en mi cuerpo, en mis manos, en mis ojos, en mí. Nos hemos pasado diez días en este cuarto. Cada noche, después de sentirla corriéndose entre mis brazos, Audrey observaba cada detalle y me preguntaba cosas sobre mi vida aquí, sobre mi abuelo, sobre mí, hasta que se le cerraban los ojos en contra de su voluntad y se dormía agotada. Yo me pasaba horas viéndola dormir, sintiendo cómo mi mundo volvía a encajar.

Doy un paso hacia ella y comienzo a desabrocharle los botones de su blusa. La obligo a caminar hacia atrás hasta que el reverso de sus

rodillas choca contra la cama. La blusa cae al suelo y por fin puedo tocar otra vez su piel.

—Colin —murmura completamente sobrepasado, comportándose otra vez como la cosa más sexy y dulce que he visto nunca.

Todo lo que sentimos el uno por el otro, todo el deseo, la está arrasando por dentro. Necesita un segundo para poner en orden sus ideas, pero no pienso dárselo. No quiero. Quiero que todo sea una locura, que sienta que no puede respirar, que el placer, la excitación y el amor se entremezclen, inundándola, porque así es exactamente como me siento yo.

La tumbo sobre la cama cubriendo con mi cuerpo el suyo. Ahora mismo no puedo pensar en nada más.

Libero mi erección y me pierdo en ella, embistiéndola con fuerza.

—Colin —gime arqueando su cuerpo bajo el mío.

La vi y me enamoré. La toqué por primera vez y perdí cualquier mísera oportunidad de vivir sin ella.

Regresamos a la cocina fingiendo que no ha pasado nada. A mí se me da un poco mejor que a Audrey, que durante los treinta primeros

segundos no es capaz de mirar a nadie a los ojos.

Cuando el taxi toca el claxon, nos dirigimos a la puerta principal.

—Te mandaré un coche para que te recoja en el aeropuerto —le recuerdo a Arielle.

—Nueva York te encantará —interviene Audrey.

Aprieto la mandíbula. Aún no sé si me gusta o no que Arielle vaya a trasladarse a Nueva York para continuar estudiando allí. Por un lado la tendré cerca y podré cuidar de ella para que ningún gilipollas se le acerque, pero, por otro, Nueva York es una ciudad muy grande y está llena de gilipollas.

Nos despedimos de todas y nos montamos en el taxi. El vuelo es relativamente agradable y el Jaguar ya está esperándonos cuando aterrizamos en el JFK.

De camino a mi piso, Max se queda dormido. Lo subo en brazos y lo tumbo en su cama. Audrey sigue conservando su apartamento, pero

podría decirse que oficialmente vivimos en el mío. Transformamos el cuarto de invitados en la habitación de Max. Mandé pintar las paredes y la llené de juguetes, balones de *soccer* y piezas de lego. Cuando la vio, se encerró dentro y pasó tres días saliendo sólo para comer.

Le quito los zapatos y la chaqueta. Él gruñe somnoliento y, en cuanto lo tapo con la colcha, se acurruca a un lado y sigue durmiendo plácidamente. Audrey sonríe y deja el balón de rugby en su mesita junto a la maqueta de un cohete y la foto firmada de la plantilla del New York City que Jackson le regaló hace un par de semanas.

Los dos sonreímos y salimos con cuidado de la estancia. Sosteniendo la puerta bajo el umbral, observo a Max un segundo. Nunca me imaginé mi vida así, pero este crío me ha puesto las cosas muy fáciles, o quizá demasiado difíciles, porque ahora tengo clarísimo que son dos las personas a las que tengo que proteger pase lo que pase.

—Lo he pasado muy bien en Portland —comenta Audrey rodeando la isla de la cocina, abriendo el frigo y sacando dos Budweiser heladas— y Max también. Nana es una mujer increíble.

—Se ha vuelto loca por Max —respondo con una sonrisa, acercándome a ella y cogiendo una de las cervezas—. Ya nadie podría convencerla de que no es su nieto. Creo que, de hecho, se enfadaría bastante si lo intentaran.

Nuestras sonrisas se ensanchan.

—Quiere bautizarlo —comenta Audrey dando un sorbo.

—Quiere bautizarte a ti —respondo imitando su gesto.

Sonríe de nuevo divertida y camina hasta que nos quedamos muy cerca.

—Hablando de familia... —comento observando la reacción de Audrey.

Ella arruga la nariz y se aleja intentando escapar de la conversación. Yo la cojo de la muñeca y vuelvo a atraerla hasta mí, puede que un poco más cerca de lo que estaba antes. Ésa es mi recompensa.

—No vas a escaparte, Niña Buena. —Audrey resopla impertinente y entorna los ojos tratando de resultar intimidante. No sólo no lo logra, sino que consigue que empiece a imaginármela desnuda sobre la encimera—. En Portland me convenciste para que fuera a ver a mi

padre. Estuviste tres días pidiéndomelo e incluso te aliaste con Nana y la tía Annie para conseguirlo. A cambio prometiste algo, ¿recuerdas?

—¿Sexo indiscriminado? —inquiere enarcando las cejas. Su respuesta me pilla por sorpresa y no puedo evitar sonreír—. Podemos empezar ahora mismo, si quieres —me ofrece fingidamente inocente.

Yo me humedezco el labio inferior, tratando de ocultar el hecho de que, en efecto, por mí podríamos empezar ahora mismo y acabar dentro de dos semanas, pero me prometió algo y va a cumplirlo.

—Tienes que hablar con tu madre —sentencio.

Audrey cabecea tozuda.

—Ya hice las paces con Steven, ¿no es suficiente?

Ahora el que niega soy yo.

—No, no lo es —replico—. Audrey, te mereces tener a toda la gente que te quiere en tu vida.

—Mi madre no me quiere en su vida —me recuerda triste.

—Tu madre se equivocó.

Odio tener que defenderla y no lo hago por ella, no movería un dedo si sólo se tratara de ella, lo hago por Audrey. Es lo único que me importa.

—Colin, no la necesito. Yo ya tengo a mi familia.

—Y vas a seguir teniéndola siempre. A mí, a las chicas, a Henry, a Steven y, además, ya tienes el honor de formar parte de la familia

Colton, Fitzgerald y Brent.

—Es un honor bastante dudoso —replica insolente, y a los pocos segundos se echa a reír, encantada con su propia broma.

Yo la observo luchando una vez más por no sonreír. La atraigo un poco más hacia mí y le pellizco la cadera. Audrey estalla en risas de

nuevo, a la vez que se lamenta. Cuando sus carcajadas se apaciguan, le meto un mechón de pelo tras la oreja mientras contemplo cada centímetro de su cara.

—Sólo es una cena —susurro.

Mi voz suena más ronca y mis ojos atrapan los suyos.

—No quiero que le haga daño a Max.

—Nunca lo permitiría.

Audrey se muerde el labio inferior, manteniéndome la mirada. Sé que ahora mismo está pensando y repesando cada pro y cada contra

para tomar la mejor decisión. Me alegro de que al final no hiciera eso conmigo. No tengo muy claro qué hubiese ganado.

—Está bien, iré —responde al fin.

—Ésa es mi chica.

Sonrío, Audrey me devuelve el gesto y yo la beso con fuerza. Mis manos vuelan hasta su trasero y, girándome, la siento sobre la encimera.

—Colin —murmura entre jadeos.

Otra vez está sobrepasada y otra vez me siento jodidamente invencible.

—Ésta es tu recompensa —susurro sin dejar de besarla, con la voz aún más salvaje— y vas a ver las putas estrellas.

—Cuando sea mayor, fabricaré robots —dice Max, completamente convencido, mientras cruzamos el semáforo de la 43 con la Octava—

y también cohetes.

—O puedes construir un robot que se transforme en un cohete —le propongo.

Lo piensa un instante.

—¿Cómo un transformer? —inquiere curioso.

—Sí, pero más grande.

—Y con luces por todos lados... y podría tener un superturbo que le

haga alcanzar la velocidad del sonido —añade emocionado, acelerando el paso para colocarse frente a mí y seguir caminando de espaldas.

Yo sonrío y le revuelvo el pelo.

—Está claro que tu universidad va a salirme por una pasta —murmuro socarrón.

Audrey me golpea divertida en el hombro y Max sonríe ajeno a todo. Apuesto cien pavos a que todavía está pensando en robots-cohete.

Su BlackBerry comienza a sonar. Mira la pantalla y me la enseña con una sonrisa. Es Henry. Yo le devuelvo el gesto. Desde que el Riley

Group compró Cunningham Media, las cosas no podrían ir mejor en la empresa. Además, Audrey, esforzándose al máximo, consiguió terminar

el número uno de su promoción en el máster de altos ejecutivos. Eso llamó la atención de las principales compañías de marketing de Nueva York, pero ella rechazó todas las ofertas y se quedó con Henry. Según sus propias palabras, «ya está exactamente donde quiere estar». Es la chica más leal del jodido universo.

Un par de minutos después llegamos al Malavita. Es domingo y hemos quedado todos para el *brunch*.

Nada más entrar, ya distingo una mesa enorme y un murmullo de risas y voces alborotando el local.

—Mirad quiénes han vuelto de Portland —comenta Jackson al vernos llegar—. Y Audrey aún sigue aquí, me debes veinte pavos —

añade señalando a Donovan.

Donovan bufa malhumorado. Se saca un billete de veinte del bolsillo de los vaqueros y se lo entrega a Jackson.

—¿Habías apostado a que saldría huyendo cuando viese mi ciudad? —inquiero indignado.

—No —responde Jackson—; apostamos veinte pavos a que no soportaría estar contigo y esa sonrisa seis horas encerrada en un avión.

—¿Se puede ser más cabronazo? —vuelvo a preguntar.

Oficialmente tengo los peores amigos del mundo.

—Fue complicado —dice de pronto Audrey, sentándose junto a Max —, pero pusieron una buena película y fingí que estaba dormida el

resto del viaje.

—Pero ¿qué coño...?

La miro conteniendo una sonrisa, mientras ella me dedica una mostrándome su perfecta dentadura y Jackson, Lara, Donovan y Katie se

mueren de risa.

—Dejadme en paz —me quejo—. Me voy con mi ahijado.

Rodeo la mesa y me acerco hasta el cochecito donde está el bebé más guapo del planeta. Comienzo a hacerle carantoñas como un completo gilipollas, pero la verdad es que me importa bastante poco. Adoro a este crío.

—Gracias a Dios, se parece a Katie y no a ti —comento.

—Eres un mentiroso de mierda —se queja Donovan—. Es igualito a mí.

—Y claramente ya es más maduro que tú.

—¿Sabes que Pecosa ha invitado a Beatrice al *brunch?* —me dice Donovan disfrutando de cada palabra.

—¿Mi Beatrice? —pregunto cauto—. ¿Por qué?

Katie se encoje de hombros y me dedica una sonrisa enorme, buscando que la perdone por adelantado.

—Porque Lara ha invitado a Lincoln —confiesa la señora Brent.

—¿Qué? No —protesto.

—Es tu secretaria, no tu madre —replica—, y sólo por aguantarte a ti ya se merece encontrar el amor.

—¿Entonces qué hacemos con la secretaria de tu marido? —bufo—, ¿le pagamos un fin de semana en la mansión de supermodelos masculinos de Armani?

Katie se echa a reír y Donovan me enseña el dedo corazón.

—Esto es una emboscada —refunfuño.

—Beatrice nunca va a dejar de quererte —interviene Audrey burlona.

—Tú, cállate —replico divertido—. Todavía estoy enfadado contigo por lo de la apuesta.

—Yo no —susurra casi sin voz e inmediatamente me dedica una sonrisa enorme que no tengo más remedio que imitar.

Poco después ya estamos todos y comenzamos a comer. Casi sin darme cuenta observo la mesa. Donovan está sentado junto a Katie y

ella tiene a su bebé en brazos. Mi amigo los mira, la besa en la frente y un segundo después lo hace en sus labios como si lo necesitara tanto como necesita respirar. Han sufrido demasiado y ahora se merecen ser simplemente felices.

—Max es el mejor nombre del mundo —le dice Max, el novio de Lola, a mi pequeño Max—. Te lo digo yo —sentencia.

Lola, sentada a su lado, pone los ojos en blanco y se apoya sobre la mesa para acercarse a nuestro crío.

—Lo importante es tener los ojazos que tú tienes —le dice—, lo del nombre es secundario.

Mackenzie y Arizona, al lado del pequeño, sonríen y asienten.

—Es que es el niño de diez años más guapo del mundo —conviene Arizona—. Ha salido a mí —añade fingidamente seria.

Sonrío. Al final no hemos tenido más remedio que hacernos amigos y creo que vamos a ser de los buenos. Miro a Mackenzie. Me alegro

de que todo se arreglara. Siempre estaré en deuda con ella.

Sigo contemplando la mesa... a Jackson susurrándole a Lara cualquier perversión al oído mientras ella sonríe tímida y se muerde el labio inferior. El sucio bastardo está enamorado de ella hasta las trancas. Sadie lo interrumpe, Jackson pone los ojos en blanco y ella tuerce el gesto a la vez que coloca los brazos en jarras y se queja de que siempre sea tan arisco. Sadie Hadley es la cruz de Jackson Colton y me encanta porque tiene pinta de que no va a rendirse nunca. A su lado, Allen sonríe. Me pregunto qué hay entre esos dos. La excusa de que se

han encontrado en la calle justo antes de entrar no se la cree nadie.

Junto a ellos está Beatrice, mi Beatrice, charlando animadamente con Lincoln. Tuerzo el gesto, pero, cuando él dice algo, no consigo escuchar qué, y ella sonríe, casi ríe, no tengo más remedio que alegrarme por los dos. Sólo espero que Lincoln sepa lo que hace y no se le ocurra meter la pata con ella. Será mejor que después tenga una charla con él al respecto.

Donovan y Jackson pierden su mirada en la mesa y los tres nos encontramos. Nos sonreímos cómplices, satisfechos y, más que todo, felices. Hace más o menos un año ninguno habría dicho que acabaríamos así, ninguno siquiera lo habría imaginado, pero ahora los tres tenemos claro que es sencillamente imposible que haya algo mejor. Ésta es nuestra familia, grande, ruidosa, y probablemente un poco disfuncional, pero nadie dudaría un solo segundo de que haríamos lo que fuera los unos por los otros y, al final, eso es lo importante, ¿no? En eso consiste el amor, en encontrar a alguien, ser jodidamente feliz con esa persona y quererla incondicionalmente.

Arizona le dice algo a Audrey y ella rompe a reír. Yo sonrío y toda mi atención se centra en ella. Esa risa destartalada cambió mi mundo desde la primera vez que la oí en el rellano de Mackenzie.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes la risa más chillona del mundo? —susurro divertido, ladeando la cabeza para que sólo ella pueda

oírme.

Ella tuerce los labios, contagiándose de mi humor.

—¿Y a ti te han dicho alguna vez que sonríes cada quince segundos? —inquiere impertinente—. Hay incluso leyendas urbanas sobre ello.

—¿Y qué más dicen esas leyendas urbanas?

—Que eres increíblemente feo e increíblemente malo en la cama.

Finjo sopesar sus palabras.

—Lo primero no tiene solución, pero para lo segundo lo mejor es la práctica.

—Eres un descarado, Fitzgerald.

Yo sonrío sin dejar de observarla. Es mi chica y va a serlo el resto de mi vida.

—Te quiero, Niña Buena.

Ella también sonríe.

—Te quiero, Guapísimo Gilipollas.

Biografía

Cristina Prada tiene treinta y dos años y vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz.

Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del

cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música.

Hasta el momento ha publicado siete novelas que forman parte de las series: «Todas las canciones de

amor que suenan en la radio» y «Manhattan Love», y *Las noches en las que el cielo era de color*

naranja, la primera novela independiente de Cristina que vio la luz en papel.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:

www.facebook.com/groups/1540181252865091

Cristina Prada @everysongwhich

Notas

[1]. *Welcome to New York,* © 2014 Big Machine Records, LLC, interpretada por Taylor Swift. *(N. de la E.)*

[2]. *Animals*, © 2014 Interscope Records, interpretada por Maroon 5. *(N. de la E.)*

[3]. *Let's go,* © 2014 Musical Freedom Label Ltd, under exclusive license to PM:AM Recordings, a division of Universal Music BV, interpretada por Tiësto e Icona Pop. *(N. de la E.)*

[4]. *What makes a good man?,* © Counter Records, interpretada por The Heavy. *(N. de la E.)*

[5]. *You only live once,* RCA Records Label, interpretada por The Strokes. *(N. de la E.)*

[6]. *Kiss me,* Atlantic Records UK, interpretada por Ed Sheeran. *(N. de la E.)*

[7]. *Manhattan,* RCA/Legacy, interpretada por Kings of Leon. *(N. de la E.)*

[8]. *Pay my rent,* © 2016 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por DNCE. *(N. de la E.)*

[9]. *Wanderlust* en inglés significa pasión por viajar.

[10]. *Heart of a dog,* © Domino Recording Co Ltd, interpretada por The Kills . *(N. de la E.)*

[11]. *Good for you,* © 2015 Interscope Records, interpretada por Selena Gómez y A$AP Rocky . *(N. de la E.)*

[12]. *Love myself,* © 2015 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Hailee Steinfeld. *(N. de la E.)*

[13]. *Hide away,* © 2016 ARTBEATZ Entertainment LLC. Distributed by Sony Music Entertainment, interpretada por Daya. *(N. de la E.)*

[14]. *Here's to us,* © 2016 Interscope Records, interpretada por Ellie Goulding . *(N. de la E.)*

[15]. La MLS es la Major League Soccer. La primera división de la liga de *soccer* estadounidense.

[16]. *Wait for me,* RCA Records Label, interpretada por Kings of Leon. *(N. de la E.)*

[17]. *Love in stereo,* © 2013 Capitol Records, LLC, interpretada por Sky Ferreira. *(N. de la E.)*

[18]. *The heart wants what it wants,* © 2014 Hollywood Records, Inc., interpretada por Selena Gómez. *(N. de la E.)*

[19]. *Fell in love with a girl,* Third Man Records, interpretada por The White Stripes. *(N. de la E.)*

[20]. *Future starts slow,* 2011 Domino Recording Co Ltd., interpretada por The Kills. *(N. de la E.)*

[21]. *Charlie Brown,* Parlophone UK, interpretada por Coldplay. *(N. de la E.)*

Manhattan Sexy Love

Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con

CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es

pura coincidencia.

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-08-16390-9

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

NOVELA
ROMÁNTICA

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- Prólogo
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- Epílogo
- Biografía
- Notas
- Créditos
- ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!